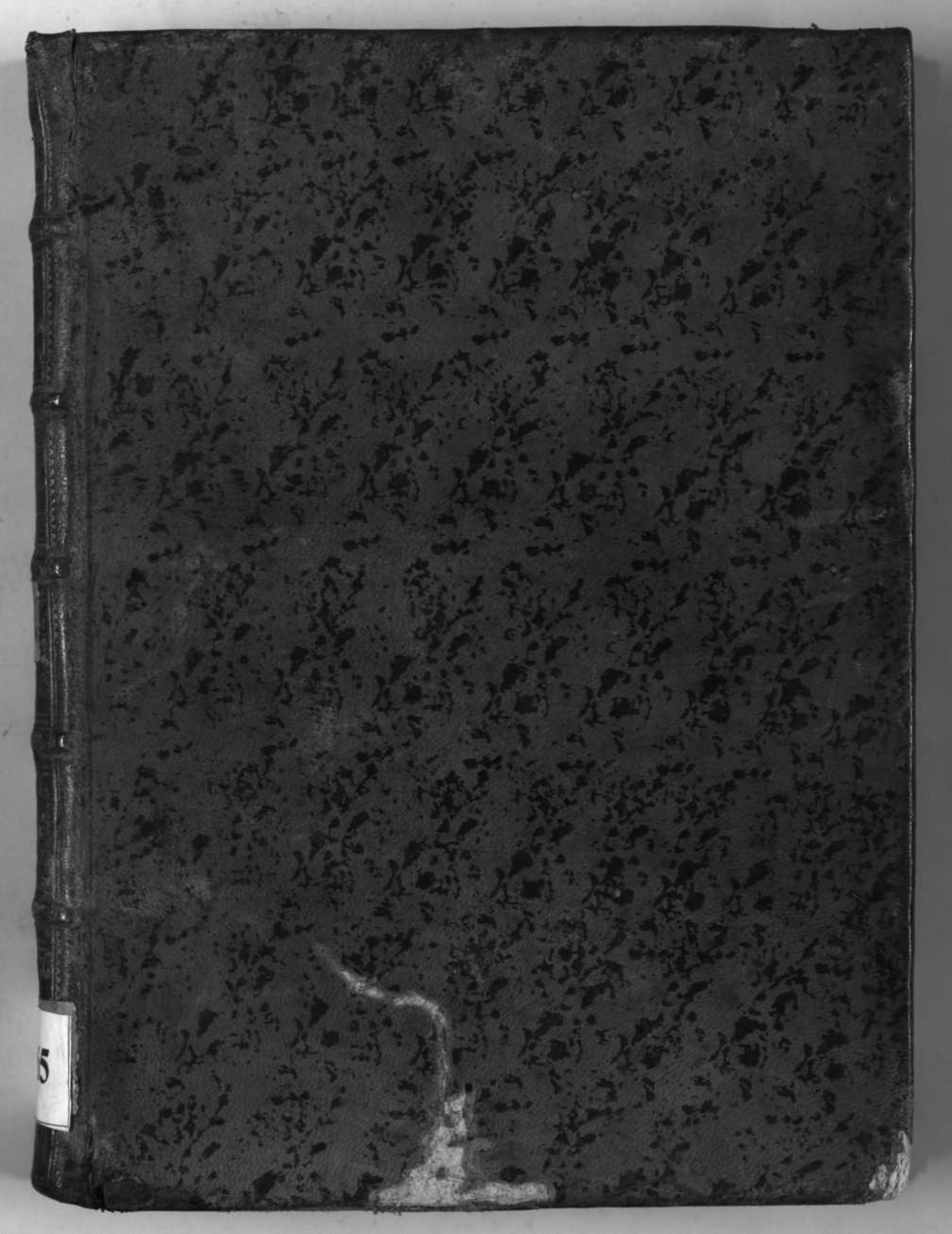
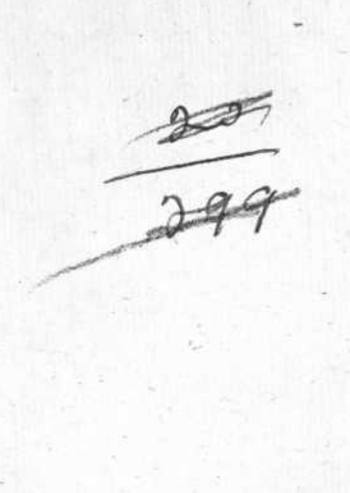



1265





LAS VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.

TOMO PRIMERO.

LAS VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.

SACADAS, REVISTAS, Y CORREGIDAS

SOBRE MUCHOS ANTIGUOS MANUSCRITOS

con el título de

ACTA PRIMORUM MARTYRUM

SINCERA ET SELECTA.

POR EL R. P. D. TEODORICO RUINART,

Benedictino de la Congregacion de S. Mauro.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

TOMO PRIMERO.





MADRID. MDCCLXXVI.

Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S.M.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

LAS VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.

SACADAS, REVISTAS, Y CORREGIDAS
SOBRE MUCHOS ANTIGUOS MANUSCRITOS
con el titulo de

ACTA PRIMORUM MARTYRUM
SINCERA ET SELECTA.

POR EL R. P. D. TEODORICO RUINART,
Benedictino de la Congregacion de S. Mauro.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

TOMO PRIMERO.



MADRID. MDCCLXXVI.

Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



PROLOGO

DEL QUE TRADUCE,

Y BREVE NOTICIA

DE LA VIDA, Y LITERATURA

DEL P. D. TEODORICO RUINART,

AUTOR ORIGINAL

DE LA COLECCION DE ESTAS ACTAS.

POca recomendacion necesitan ni el Autor de estas Actas, ni las Actas mismas. Aquel es bastante conocido en la República de las Letras: estas bien recomendadas son de los sabios, en cuyo número goza no pequeño lugar nuestro Autor. Baste decir en su elogio, que es contado entre los Menardos, los Mabillones, los Montfaucones, los Acheris, los Lamis, los Garnieres, &c. cuya memoria vivirá eternamente, y se conservará entre nosotros, y en el de la Obra, que ha sido recibida con tanto aplauso, y satisfaccion, aun de los mismos Críticos, que no dudan asegurar, y

proferir como despues de las Sagradas Escrituras, no tiene nuestra santa Religion *cosa mas pura, mas preciosa, ni mas recomendable que ella.*

Esto supuesto, contentarémonos con dar una breve noticia de su vida, y de sus escritos, remitiendo á los que quisieren saber mas por extenso quién fue el P. Ruinart, al *tom. 5. de los Anales de S. Benito*, en cuyo Prefacio se halla un elogio compuesto por el P. Masuet, bien conocido en la República de las Letras: á M. Dupin en el *XVII. siglo de su Biblioteca Eclesiástica*: á M. Baillet en sus *Juicios de los Sabios*, y en sus *Discursos sobre la vida de los Santos*: á Moreri en su *Diccionario* de la edicion de 1712, verb. *Ruinart*: al P. Cerf en su *Biblioteca histórica, y crítica de los Autores de la Congregacion de S. Mauro*: al Ill.^mo Fr. Miguel de S. Josef en su *Bibliografia crítica sagrada, y profana*, verb. *Theodoricus Ruinart*: al P. Honorato de Santa María, Carmelita Descalzo, en sus *Reglas de la Crítica*; y á otros muchos, que con términos tan honoríficos

ha-

hablan del P. D. Teodorico Ruinart.

Nació, pues, este Sabio en Reims, Ciudad de Francia, en la Campaña, y Capital de Remés, una de las mas antiguas, mas célebres, y mayores de aquel Reyno, el dia 10 de Junio de 1657. Fue de padres honrados, quienes desde luego le aplicaron á los estudios; aprovechando tanto en ellos, que en breve tiempo aventajó á todos sus condiscípulos. Dexó el siglo á los diez y siete años, y tomó el hábito de S. Benito en el Monasterio de S. Remigio de aquella Ciudad: entró en el noviciado el dia 18 de Octubre del año 1674; y profesó el 19 del mismo mes del de 1675, en la Abadía de S. Faron de Meaux, adonde se había trasladado el Noviciado: estudió la Filosofia, y la Teología en la Abadía de S. Pedro de Corbia. Los progresos que hizo, así en estos estudios, como en otras materias eclesiásticas, no se les ocultaron á sus Superiores, quienes desde luego condescendieron sin dificultad á la eleccion que de él hizo el célebre P. Mabillon para formarle en las ciencias, y con el fin de

que le ayudase despues en las tareas que había emprendido para utilidad de la Iglesia, y para gloria de su Orden. Fue, pues, á París el año de 1682; y allí experimentó, mejor que ningun otro, quánto puede allanar el escabroso camino que hay para llegar á las ciencias, y á los bellos conocimientos, una atenta docilidad á las lecciones, y á los dictámenes de un maestro habil, é ilustrado, quando por otra parte se ha recibido de la naturaleza un talento propio para cultivarlas. El P. Mabillon nada despreció por su parte de todo quanto podía instruirle, é ilustrarle; pero nuestro Autor le ahorró mucho trabajo, y cuidado con su teson, y aplicacion al estudio. De este modo formado por un Maestro tan habil, hizo grandes progresos en las ciencias, como lo veremos por las Obras siguientes.

En el año de 1689, y quando aún no contaba treinta y quatro de edad, ya publicó en Latin la Obra presente de las *Actas de los Mártires*, trabajada con tanto juicio, y solidez, que semejantes primicias

de sus estudios prometian bien en adelante una abundante, y madura cosecha en materia de erudicion. Es esta una coleccion de instrumentos originales, y de Actas auténticas del martirio de aquellos primeros Christianos, á quienes animaba Dios con su espíritu; y que sufrieron por su nombre tormentos increibles, durante las persecuciones de los Emperadores Paganos, en los quatro primeros siglos de la Iglesia. Es un compendio de lo mas puro, de lo mas precioso, y de lo mas respetable que tenemos en nuestra Religion despues de las Santas Escrituras. Estas Actas, por la eleccion, y el buen gusto de la antigüedad que reyna en ellas, han sido siempre muy estimadas de los Eruditos, y citadas con grandes elogios de nuestros mas célebres Autores. El P. Ruinart las añadió sus Notas, y Observaciones, con un Prefacio muy sabio, en el qual refuta de un modo muy sólido el tratado de M. Dodwel, Inglés, intitulado: *de Paucitate Mártyrum*, impreso en Oxfort en 1682. Mr. Drouet de Maupertuis juzgó estas Actas de tanta impor-

tan-

tancia, que empleó su docta, y elegante pluma en traducirlas á la lengua Francesa en dos tomos en octavo, impresos en París año 1708. Disponíase el P. Ruinart á publicar otra nueva edicion de esta Obra; pero la muerte le impidió este glorioso designio. Hízose en Holanda en 1713, en un tomo en folio, mucho mas amplia, y aumentada que la primera. Por esta, y la de París, se hizo la de Verona el año de 1731 en un tomo de gran folio; y todas estas hemos tenido presentes para la nuestra, que damos en Castellano.

En 1694 dió á luz una *Historia de la Persecucion de los Vándalos, escrita en Latin por Victor Obispo de Vite en Africa*, con Notas, y Observaciones muy juiciosas; la qual antes había publicado el P. Chiflet en el año de 1664; y antes el P. Labbé insertado en su Biblioteca de los Padres baxo el nombre de Victor de Utica: pero nuestro Autor la añadió quatro insignes monumentos de la Iglesia de Africa; á saber: Primero, *el Martirio de los siete Monges, que padecieron en Cartago en tiempo de Hu-*

ne-

nerico : segundo, una *Homilía que contiene el elogio de S. Cipriano* : tercero, un breve *Cronicon*, que comprehende hasta fin del siglo quinto; y el quarto una *Noticia de la Iglesia de Africa.* La *Homilía*, y el *Cronicon* jamás habian salido á luz ; pero lo demás, aunque había sido antes publicado, hizo en ello tantas adiciones, y tan considerables mudanzas con el auxîlio de los Manuscritos, que puede pasar por nuevo : y como esta Historia de Victor se hallaba imperfecta, la añadió un *Comentario histórico*, ó *Suplemento* de todo aquello que tenía de defectuoso.

En el año de 1699 dió en un tomo en folio una correctísima edicion de las *Obras de S. Gregorio Turonense*, con este título: *Sancti Georgii Florentii Gregorii Episcopi Turonensis opera omnia : necnon Fredegarii Scholastici Epitome, & Chronicum cum suis Continuatoribus, & aliis antiquis monumentis.* La erudita Prefacion que le precede, está dividida en cinco partes : en la primera hace ver el P. Ruinart de quánto pueden servir las Obras de S. Gregorio para ilustrar

la

la Historia de Francia, puesto que el Santo refiere muy por menor todo lo que nos puede hacer venir en conocimienio de la situacion de las costumbres, de la Religion, de las leyes, y usos que estaban en su vigor entre los Pueblos de Francia en aquellos primeros tiempos, la disciplina de la Iglesia Galicana, las elecciones de los Obispos, su ordenacion, y la de los demás Clérigos, el modo de celebrar el Oficio Divino, la obligacion de rezarlo en particular, la Liturgia, las ceremonias, la forma de los Templos, las inmunidades de las Iglesias, los usos antiguos, el modo de administrar los Sacramentos, &c. La segunda parte contiene el catálogo de las Obras del Santo. En la tercera refuta, é impugna al P. le Cointe, Presbítero del Oratorio, quien pretendió demostrar que S. Gregorio de Tours no es Autor de todo lo contenido en los diez libros de su Historia. En la quarta explica el designio, y fin de esta nueva edicion, y refiere todas las precedentes. Y en fin, en la quinta parte dá nuestro Autor muchas luces, especialmente por lo que toca

á

á Fredegardo, continuador de la Historia de S. Gregorio. Exâmina quál ha sido su verdadero nombre, su patria, su edad, y sus escritos. Despues á continuacion pone la Vida del Santo, sacada de sus Obras, y compuesta por S. Odon Abad de Cluni.

En 1700 publicó juntamente con el P. Mabillon dos tomos *del siglo VI Benedictino*, esto es, *del siglo XI de la Iglesia*, y que contienen las Actas de los Santos de su Orden.

En 1702 hizo imprimir una *Apología de la Mision de S. Mauro, primer discípulo de S. Benito*, que escribió en lengua Francesa, y dió á luz en un tomo en octavo. El fin del P. Ruinart en esta Obra es hacer ver que algunos Escritores en estos últimos tiempos vanamente han pretendido oponerse á la posesion en que se ha estado de mirar como un hecho averiguado, y manifiesto, que S. Mauro fue discípulo de S. Benito; que no era diferente del Abad de Glanfevil; que esta era la opinion comun del siglo IX; lo qual prueba nuestro Autor con el testimonio de Amalario, y de Aldrevaldo,

á quienes han seguido todos los Autores que han escrito despues de ellos; y con la costumbre tan establecida en Francia, por medio de la qual en las antiguas Letanías siempre acostumbraron invocar á S. Mauro inmediatamente despues de S. Benito, dándole siempre un culto público; siendo así que en Italia jamás se celebró su memoria, ni tuvieron noticia de su sepulcro. Demuestra que la Mision de S. Mauro en Francia se halla autorizada por un Breviario de Monte Casino de mas de seiscientos años de antigüedad, en donde claramente se refiere como este Santo fue enviado á Francia por S. Benito. Defiende ser verdadera la Vida de S. Mauro escrita por Fausto, y prueba no poder ser una pieza supuesta, puesto que es el Abad Odon quien la ha publicado, y quien asegura haberla hallado en un Manuscrito antiguo, y muy usado. Con no menor solidez refuta á Mr. Basnage, quien habla de S. Mauro como de una persona fingida, y que jamás ha exîstido.

Al fin de esta Obra añadió una Disertacion sobre el martirio de S. Plácido, y de sus

sus Compañeros. En ella confiesa con aquella ingenuidad que caracteriza siempre á un verdadero Historiador, que las Actas de estos Santos, conforme las tenemos, no merecen alguna creencia; pero hace ver muy bien que no por eso se sigue que su martirio sea supuesto. Tradúxolas nuestro Autor al Latin, y su traduccion se dió á luz al fin del tomo 1 de los Anales del Orden de S. Benito.

En 1706 hizo imprimir un libro en octavo con el título de *Ecclesia Parisiensis vindicata*. Este libro lo escribió contra el P. Germon, Jesuita, quien en el año de 1703 publicó un papel, en el qual daba por supuestos muchos de los instrumentos de la célebre Obra *de Re Diplomatica*, compuesta por el famoso P. Mabillon, Maestro de nuestro Autor, y en particular el Testamento de Vandemiro, y de su muger Erkamberta á favor de la Iglesia de París: y como el Maestro estuviese empleado en la Historia de su Orden, salió el discípulo á la defensa, y compuso esta admirable Obra: bien que estando para hacerse segunda impresion de la

de

de Re Diplomatica, el P. Mabillon hizo un Suplemento, en el qual impugna, y satisface los principales argumentos del P. Germon.

En medio de todas estas disputas no dexaba nuestro Autor de ayudar á su Maestro en la edicion de los Anales Benedictinos, y en otras muchas Obras que tenía entre manos; pero como este Sabio llegase á fallecer el dia 27 de Diciembre de 1707, con general sentimiento de todos los Literatos, su Discípulo, que le había venerado como á padre, en obsequio suyo, y en el de sus apasionados, escribió su Vida, que publicó el año de 1709 en dozavo.

Ni fue este el último trabajo que se tomó el P. Ruinart; porque como el P. Mabillon se preparase para dar una nueva edicion del célebre libro *de Re Diplomatica*, y le cogiese la muerte, tuvo el Discípulo que publicarle él mismo. Púsole, pues, un elegante, y sabio Prólogo, en el qual refuta con la solidez que acostumbra, las objeciones de Mr. Hikes, Inglés, contra dicha Obra; y confirma con nuevas pruebas las reglas que el P. Mabillon había establecido para discer-

nir

nir las piezas antiguas, y verdaderas de las que son mas modernas, y supuestas; añadiendo al fin nuevos títulos, é instrumentos, que no tuvo presentes la diligencia del P. Mabillon.

Igual trabajo tuvo en dar á luz el quinto tomo de los Anales; pues habiendo quedado por concluir de mano de su Maestro, tuvo él que ponerle algunas Disertaciones, y añadirle todo lo que le faltaba para que saliese con perfeccion.

Dexó escrita en Latin *la Vida del Papa Urbano II*, la qual publicó despues de su muerte el P. D. Vicente Thuillier en un tomo en quarto. En esta Obra, demasiado prolixa, refiere nuestro Autor muy por menor todos los sucesos, y acaecimientos particulares pertenecientes á este Santo Papa, cuya Vida escribió con preferencia á la de los demás: lo primero por ser del Orden de S. Benito, y natural de Reims, ó de su territorio (pues se ignora su patria); y lo segundo por haber sucedido realmente en su Pontificado cosas que no acaecieron en los de los demás. Al fin de ella añadió el P. Rui-

nart una *Disertacion Latino-Histórica sobre el Palio de los Arzobispos*; como tambien la Relacion del viage que hizo en 1696 á la Alsacia, y á la Lorena. Esta Disertacion la comienza nuestro Autor por el origen del *Palio*, y ciertamente ilustra un punto sobre el qual estan tan divididos los Autores.

Y por no ser prolixos, diremos en fin, como habiendo quedado el P. Ruinart despues de la muerte del insigne P. D. Juan de Mabillon como depositario, y heredero de sus papeles, y de sus escritos, se informó exâctamente de todos ellos, con el ánimo de continuar las Actas de los Santos, y los Anales del Orden. Para este efecto hizo un viage á Campaña, á fin de desenterrar de entre el polvo de las Bibliotecas todos los monumentos antiguos que tuviesen conexion, y perteneciesen á su Obra: pero volviendo á París, cayó malo en un Monasterio del Orden de S. Benito, llamado vulgarmente S. Pedro de Hautvillé, perteneciente á la Congregacion de S. Vanes, en donde murió el dia 24 de Setiembre de 1709.

Los Religiosos de Hautvillé sintieron mu-

cho

cho la muerte de este Sabio, y consagraron este epitafio á su memoria, el qual hicieron grabar sobre su sepulcro, que está en la nave mayor de su Iglesia, y dice así:

HIC JACET
DOMNUS THEODORICUS RUINART,
REMENSIS,
PRESBYTER ET MONACHUS
S. GERMANI A PRATIS,
PIETATE, MORUM LENITATE,
ET DOCTRINA CONSPICUUS,
QUI IN HOC MONASTERIO
HOSPES EXCEPTUS,
GRAVI FEBRE DECUMBENS
OBIIT DIE XXVII. SEPTEMBRIS
ANNI M.DCC.IX.
REQUIESCAT IN PACE.

PREFACION.

DEspues de las Santas Escrituras yo no sé que haya cosa que mas merezca nuestro aprecio, y nuestra veneracion, que las Actas auténticas de los primeros Mártires de la Iglesia. Una de las señales mas particulares de la bondad de Dios, es el haber permitido que estas Actas se hayan conservado, y que nosotros podamos aún, leyéndolas, animarnos, á exemplo de tantos generosos soldados de Jesu-Christo, á sufrir con alegría por su nombre, y á vencer con valor las dificultades que se encuentran en la práctica exâcta, y constante de las virtudes christianas. Un hijo noble, y generoso reconoce que su corazon se inflama, y se anima á la gloria, oyendo las ilustres acciones de su padre. Pues ved aquí lo que sucede con nosotros. Nuestro corazon debe abrasarse en el deseo de la eterna felicidad, quando oimos decir que por obtenerla, los Mártires han padecido mil trabajos, caminado sobre brasas encendidas, y entregado

su cuerpo á las llamas, á la espada, y á los dientes de las bestias feroces. La utilidad que se puede sacar de estas relaciones, es la que obligó á los primeros Fieles á recoger con cuidado hasta las menores circunstancias de la tolerancia de sus hermanos, y de sus padres en la Fé. Ganaban á fuerza de dinero los Oficiales de las Escribanías, en donde los Registros públicos estaban guardados, y sacaban copias de ellas: asistian, aun con peligro de su vida, á los interrogatorios que se les hacian á los Christianos, oyendo los cargos del Juez, y los descargos de los acusados: seguíanlos en las prisiones: hallábanse en quanto les era posible en los tormentos que se les hacian sufrir: acompañábanlos en los lugares de su martirio; y querian saber hasta lo que hacian de sus cuerpos despues de la muerte. Todas estas circunstancias eran escritas con exâctitud, limitándose á sola la relacion de los hechos; y despues enviaban estas Actas al Obispo del lugar, quien las exâminaba con cuidado, y hacía sacar copias, para que sirviesen de lectura ordinaria á los Fie-
 les.

les. Muchos Mártires tambien nos han dado ellos mismos su historia. Santa Felícitas nos ha dexado la suya. Saturo, Flaviano, y algunos otros hicieron la relacion de su martirio. S. Ignacio en su Carta á los Christianos de Roma, nos refiere una gran parte de sus sufrimientos. A S. Dionisio de Alexandría le debemos lo que sabemos de los Mártires de aquella Ciudad, y de lo que él mismo había sufrido por Jesu-Christo. En las Cartas de S. Cipriano tenemos las circunstancias de la historia de muchos Mártires. Ordinariamente los mismos Obispos, prontos ya á derramar su sangre, escribian á su pueblo, advirtiéndole no se dexasen aterrar á vista de los suplicios, ni por el temor de la muerte; y para animarlos por su exemplo, y por el de los otros Mártires á correr á ellos con alegría. Esto es lo que se vé particularmente en la Carta de Fileas Obispo de Thmuis, que Eusebio nos ha conservado. En fin, las Iglesias que habian tenido la gloria de llevar en su seno á estos ilustres Confesores, hallándose honradas por su martirio, recogian las circuns-

tan-

tancias en una carta circular, que enviaban á las otras, á fin de que su gloria no quedase reducida á un solo lugar, sino que pasase con su nombre hasta las Provincias mas remotas. Nosotros tenemos aún muchas de estas cartas circulares. Los Paganos, á quienes estos monumentos llenaban de vergüenza, hicieron quanto pudieron por suprimirlo. ¡Qué de violencias no han cometido contra los libros de los Christianos! ¡Y qué de Mártires no engendró aun esta nueva persecucion! Verdad es que el Paganismo consiguió, quitándonos muchas Actas, hacérnoslas perder. Pero la providencia ha permitido no obstante que se haya conservado un gran número de ellas; y multiplicando las persecuciones para quitarlas, ó hacerlas dar por fuerza, se han aumentado tambien estas Actas, que dan testimonio de la constancia de muchos Christianos, que quisieron mas bien sufrir los mas crueles tormentos, que entregar sus libros.

El valor de estos Christianos, el uso en que estaban de leer estas Actas en sus familias, ó cada uno para sí, la costumbre en

que la Iglesia estuvo por mucho tiempo de hacer que se tuviese tambien esta lectura el dia de la fiesta de cada Martir; todo esto ha servido de mucho para hacer pasar á la posteridad un gran número de estas Actas. Quando los Monges practicaban algunas tareas de la vida activa, unas de sus principales ocupaciones era el sacar copias de estos preciosos monumentos, para multiplicarlos, é impedir su pérdida. De aquí proviene tambien que se hallen Actas de Mártires en las Liturgias, así en España, como en las Galias, y en otras partes: uso util, y venerable, que se ha conservado hasta nuestros dias.

Despues que Dios hubo dado la paz á su Iglesia, confiando el Imperio á Príncipes Christianos, como la devocion para con los Mártires no se vió mas perseguida, casi no hubo Iglesia alguna que no se considerase como obligada á solicitar, y buscar las Actas de los suyos, para leerlas en las asambleas de los Fieles. Estas Actas fueron sacadas, como se ha dicho, en quanto se pudo, ó de los Notarios, ó de

de las Memorias de los Christianos que habian presenciado estas causas, ó de lo que se pudo hallar en las tradiciones, y noticias de aquellos que aún vivian, y que habian visto las persecuciones. Pero como la mayor parte de las Provincias del Imperio, vinieron á caer en la dominacion de los Bárbaros, que se apoderaron de ellas despues de haberlas saqueado, una gran parte de estas Actas fue comprehendida, y envuelta en esta desolacion. Sustituyéronse despues otras en su lugar; pero sin tener el mismo caracter de verdad, ni por consiguiente la misma autoridad. De estas Actas nos ha quedado un gran número, que aunque no tengan toda la pureza, é integridad de las primeras, y aunque visiblemente se observen muchas faltas, ya por lo que mira á las personas, ya por lo que toca á los tiempos, con todo eso no nos parece que se deben enteramente desechar. En el mismo orden es necesario colocar las Actas, que aunque verdaderas en su origen, las han corrompido manos ignorantes, ó temerarias, añadiendo falsos mi-

milagros, ó diálogos entre los Jueces, y los Mártires. Con las luces de la crítica se separa lo verdadero de lo falso. En fin, hay otras Actas, cuya verdad, y legitimidad son mas faciles de percibirse. Tales son aquellas que simples, y naturales en toda la narracion, solamente tienen una especie de prefacion al principio, y alguna adicion al fin. Porque como la mayor parte de las Actas acaban en la sentencia del Juez, y como hay pocas que contengan la muerte del Martir, á menos que esta no haya sucedido en medio de los tormentos, los Fieles suplian lo que faltaba á estas Actas. Pero que este suplemento haya sido hecho en el mismo tiempo de la persecucion, ó que no se haya insertado sino quando se hizo la coleccion; lo cierto es que esto no debe disminuir cosa alguna de su valor, ni de su autoridad.

Todas las Actas que se dan en la presente coleccion, son tanto mas preciosas, quanto tienen todas aquel caracter de auténticas, y legítimas, que se debe desear;

y

y esto es lo que ha hecho que siempre hayan sido buscadas con ansia hasta de los mismos Sabios. Pero como no se debe inferir que todas las Actas que no se hallan, sean por esto ilegítimas, y supuestas, tampoco es necesario sacar esta conseqüencia; es á saber, que la Iglesia no ha tenido otros Mártires que aquellos cuyas Actas se refieren. Este era el pensamiento de un sabio Inglés llamado Henrique Dodwel. Pero su opinion, tocante al pretendido corto número de Mártires, es tan nueva, como incapaz de ser sostenida.

Por leve tintura que se tenga de la Historia Eclesiástica, no se puede ignorar que la tradicion de la Iglesia tocante al número grande de Mártires que venera, no haya sido recibida por el consentimiento unánime de todas las Iglesias, y que este no haya sido el sentir de los Padres. Casi no se puede abrir ninguno de sus escritos en que no se hallen los nombres de algunos Mártires; y si los consultamos sobre su número, especialmente á los Padres del quarto, y quinto siglo, que han escrito des-

despues de las persecuciones, nos dirán todos que es infinito. Millares de Mártires, decía S. Agustin á su pueblo, os rodean por todas partes. Millares de millares de Mártires, dice en otra parte, han regado la tierra con su sangre. Desde Esteban, añade en otro lugar, rebosa esta con sangre de Mártires. Escribiendo contra Fausto le dice: Millones de nuestros Mártires se presentaban delante de vosotros. Cuéntalos por legiones: asegura que no se les puede contar: y con ocasion del pecado de S. Pedro, se hace él á sí mismo esta pregunta: Pero y qué, ¿habrá tantos Santos en el cielo? Y responde: Sí: porque en fin, sin hablar de Fieles, que de una santa vida pasan á la eterna, aun quando no hubiera sino solos los Mártires, ¡ó qué prodigiosa multitud! Este es el parecer de S. Atanasio, S. Ambrosio, S. Gerónimo, S. Juan Crisóstomo, S. Astero, y generalmente de todos los Padres, y Autores Eclesiásticos; pues hasta el Ministro Dodwel, nadie pensó en contradecirlos sobre este punto.

S.

S. Ireneo, que estaba perfectamente instruido en los asuntos, y estado de la Iglesia Griega, y Latina, habiendo recibido de aquella las primeras ideas de la Religion Christiana, y viviendo actualmente en esta, no solamente admite esta multitud de Mártires, sino que quiere que sea la señal por la qual se pueda conocer la verdadera Iglesia, y discernirla de las Sectas particulares. Por todas partes, dice en su libro contra las Heregías, en que se halla la Iglesia, se halla tambien esta Santa Madre enviando al cielo, por medio del martirio, una multitud de hijos suyos, que ofrece al Eterno Padre, como un testimonio del amor extremado que le tiene. Pero las otras asambleas, no solamente no tienen Mártires:::: Sola la Iglesia del Señor es la que quiere sufrir los oprobrios, para mostrarle quál es el exceso de su caridad, y quál es la grandeza de la Fé, que le hace confesar vivamente á Jesu-Christo. Muchas veces se le ha visto afligida por la pérdida de su sangre, y de sus miembros: despues restablecerse de re-

repente: volver á tomar nuevas fuerzas, y llegar á ser Madre de un número mucho mayor de hijos. Tal es el lenguage de S. Ireneo; y lo mismo se halla en todos los demás Padres de la Iglesia. Este es tambien el de los Historiadores Eclesiásticos. La mayor parte han referido muy por menor cada persecucion que la Iglesia ha padecido: y si no han nombrado á cada uno de los que dieron por entonces testimonio de Jesu-Christo, y que sellaron su Fé con su sangre, á lo menos han confesado que la multitud de estos generosos soldados del Christianismo ha sido innumerable. Causa admiracion la relacion que de ellos hacen Lactancio en su pequeño tratado de la muerte de los Tiranos, Tertuliano en su Apologético, S. Justino, y algunos otros en sus Apologías por los Christianos, S. Cipriano en sus Cartas, S. Optato en sus libros contra los Donatistas, Victor de Vite en su Historia de la Persecucion de los Vándalos, y un gran número de otros muchos. El Historiador Eusebio, que se cree favorable á la opinion del

del pequeño número de Mártires, contradice esta sentencia. En efecto, ¿no dice él en su Historia, que en sola la persecucion de Trajano, muchos Fieles sostuvieron valerosamente el combate, aunque se hubiesen visto atacados por todas partes de diversos tormentos? ¿No asegura que en tiempo de Antonino la constancia de una infinidad de Mártires se hizo admirar de todo el universo? Quando describe la persecucion que encendió Severo, confiesa que se vieron ilustres Atletas combatir por la piedad, y por la Fé en todas las Iglesias del mundo. En los mismos términos habla de las persecuciones de Decio, y de Valeriano.

En vano es el que M. de Dodwel lisonjee la clemencia de los Emperadores Romanos, y que pretenda decir que expidieron pocos edictos contra los Christianos. Se sabe que lo que excitaba persecuciones contra la Iglesia, no siempre era el rigor de los edictos, ó la animosidad de los Jueces particulares, ó los clamores del pueblo; sino la disposicion de la Juris-

risprudencia Romana, cuyas leyes no sufrian en el Imperio ninguna Religion estrangera. Pero los Christianos no solamente querian introducir una Religion estraña, respecto á la de los Romanos, sino que además de esto defendian que toda otra Religion que la suya, era falsa, y ridícula. El poder de los Emperadores, por absoluto que fuese en todas las demás cosas, era limitado, y precisado á someterse á estas leyes, especialmente quando de consentimiento de todo el Imperio se hallaban confirmadas por nuevos decretos. El Senado, dice irónicamente Orígenes, el Pueblo, y los Emperadores, han mandado que no haya mas Christianos. Tertuliano reconoce del mismo modo, y confiesa igualmente que había leyes dadas contra el Christianismo. No hay que admirarse, pues, segun esto, si contra la paz concedida por los Emperadores á la Iglesia, los Christianos no dexaban de ser muchas veces delatados, y castigados, como la Historia Eclesiástica nos refiere un gran número de exemplos. La moderacion

na-

natural de algunos Emperadores, y su inclinacion á la clemencia, no impidieron que los Paganos, confiados en aquella índole de benignidad, y clemencia de los Emperadores, tomáran aliento para hacer mas crueles persecuciones contra los Christianos. Si la conducta de estos Príncipes para con los Fieles, por inhumana que fuese, no pasaba por crueldad, es porque se consideraba á los Christianos como á sacrílegos, enemigos públicos, y á gentes manchadas de los mas enormes delitos; y porque se cuidaba poco de exâminar si eran tales en efecto, como se les representaba. Verdad es que ellos hicieron muchas veces su apología, que se justificaron con mucha fuerza, y últimamente manifestaron la evidente impostura de sus delitos; pero no pudieron borrar enteramente la idea en el espíritu del pueblo, y de los Magistrados; de suerte que siempre atribuían á los pretendidos delitos de los Christianos las calamidades públicas, como que los Dioses, irritados por sus imaginarias abominaciones de estos, se hallaban pre-

cisados á enviar sus castigos sobre un Imperio, en medio del qual se cometian. Si el Tiber, dice Tertuliano en su Apologético, llegaba á salir de madre: si el Nilo no salía de la suya: si el cielo rehusaba la lluvia: si la hambre, ó la peste se experimentaba; al punto se gritaba: Que se expongan los Christianos á las bestias. Los Hereges, y los Judíos fomentaban estas falsas preocupaciones; y esto bastaba para que una Religion, que por otra parte, segun la prediccion de Jesu-Christo, debía ser aborrecida, aunque debiese triunfar, fuese expuesta á toda especie de contradicciones. Otro motivo de la aversion que los Gentiles tenian concebido contra los Christianos, provenía de que estos trataban de impiedad los sacrificios que se ofrecian á las pretendidas Divinidades tutelares del Imperio por la salud de la patria, del Príncipe, y el bien del Estado; y de que ellos no querian jurar por el genio de la República, ó por el de los Emperadores. Añádese á esto el retiro que tenian de los espectáculos, de los juegos, y de

las fiestas que se celebraban, ó para dar gracias á los Dioses de las victorias alcanzadas sobre los enemigos, ó para honrar el dia de los nacimientos de los Emperadores. Entraba tambien en este odio la razon de Estado: los políticos temian que la diversidad de Religiones pudiese fomentar divisiones, y suscitar guerras civiles, é intestinas. Las enemistades particulares, la avaricia de los Jueces, el zelo, y la envidia de los Sacerdotes de los Idolos, la preocupacion en que estaba el pueblo de que los Christianos vituperaban las liberalidades que el Príncipe le hacía: todo esto aumentaba mas la aversion al Christianismo, y la hacía un objeto de persecucion. El destierro, los tormentos, la muerte, todo parecía permitido contra ellos. No se hacía distincion, especialmente en las grandes persecuciones, ni de edad, ni de sexô, ni de dignidad. Hombres, y mugeres, jóvenes, y ancianos, nobles, y plebeyos, libres, y esclavos, todo era confundido: se hacía uno digno del castigo desde el mismo

 pun-

punto en que era Christiano.

¿Pero qué ha ganado el Paganismo con todas estas violencias? Ha sido abatido, y confundido, y la Religion Christiana ha triunfado. Verdad es que este modo de estender una Religion, nada tiene que no sea contrario á las reglas ordinarias, y á la política humana: pero él es el que Jesu-Christo ha elegido: él es el camino por el que quiso que fuesen sus discípulos, y por el qual anduvo él mismo el primero, para llegar á la gloria de su Padre. Esta es la doctrina que enseñaba á sus Apóstoles, quienes á exemplo suyo, no solamente han sufrido la muerte por la Fé, y por el nombre de su Maestro, sino tambien una muerte prevista; y que exhortasen á sus discípulos á disponerse con cuidado para una muerte tan cruel. Vencieron al infierno, y á los Tiranos, es verdad; pero ha sido preciso que hayan dado su vida para comprar esta victoria: y aun quando en medio de los tormentos combatian contra los demonios, y contra hombres peores que los demonios mismos, no pe-

pedian á Dios el vencer sin combatir, sino el combatir sin ser vencidos. No se hacian Christianos en alguna manera sino para ser Mártires; y mucho menos se temía la crueldad de los Jueces, que su compasion. Atormentad, golpead, matad, aniquiladnos, decía Tertuliano á los Magistrados del Imperio::: pero sabed que conforme nos vais segando, renacemos en mayor número entre la misma hoz del segador. Esta es aquella semilla fecundada, y regada con la sangre de los Christianos, para fortificarlos; y para mostrar en ellos el poder de aquel por quien combatian, y que les hacía triunfar, obraba Dios un gran número de milagros por su intercesion. Por otra parte, considerando la Iglesia que no tenía miembros mas preciosos, como que se ha apresurado á darles un culto particular. Luego que se pudo, se les erigió altares sobre sus sepulcros; y los Concilios de Africa prohibieron que se levantase ninguno sin poner en él reliquias de Mártires. Comenzáronse á leer felizmente sus Actas en las asambleas de la Iglesia:

in-

invocáronse sus nombres en la celebracion de los santos misterios; pero no se oraba por ellos como por los demás Fieles, de quienes tambien se hacía memoria; porque, dice S. Agustin, hubiera sido hacer injuria á un Martir el orar por él en el momento en que se estaba obligado á recurrir á sus oraciones.

TABLA
DE LAS ACTAS DE LOS MARTIRES,
Y DE LAS NOTAS SOBRE ELLAS
CONTENIDAS EN ESTE PRIMER TOMO.

VER-



VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.

PRIMERA PARTE.

MARTIRIO DE SANTIAGO,
PRIMER OBISPO DE JERUSALEN.

Sacado de Eusebio, *Histor. Ecles.* lib. 2. cap. 23.

Año de Jesu-Christo 61. ó 62. en el imperio de Neron.



Espues de la muerte de Jesu-Christo, Santiago, su hermano, tomó con los Apóstoles el gobierno de la Iglesia. Llamábanle el Justo desde el tiempo mismo del Hijo de Dios; y por un nombre tan santo era por el que se le distinguía de algunos otros que tenian su mismo nombre. Fue consagrado á Dios desde el vientre de su madre: no bebió jamás ni vino, ni otro licor alguno que pudiese embriagarle, y guardó una perpetua abstinencia de toda comida sazonada. No cuidaba de su pelo, ó cabellera: jamás se

rasuró, y siempre se abstuvo del baño.

Una santidad tan eminente le hizo conceder la entrada en el Santuario, que no estaba abierta sino á los Sacerdotes; y tuvo tambien, como ellos, el privilegio de llevar la túnica de lino. Tenía de costumbre el ir al Templo á las horas que no había nadie, y allí postrado delante de Dios, oraba por los pecados del pueblo; y permanecía tanto tiempo en esta postura, que sus rodillas criaron unos callos tan duros como la piel de un camello. Esta continuacion en la oracion, y esta ardiente caridad, le hicieron merecer el ser llamado la Justicia del Pueblo de Jerusalen, su fortaleza, y su defensa. Esto es lo que los Profetas habian predicho de él.

Con todo eso, algunos de los que profesaban las diferentes Sectas, que dividian entonces á los Judíos, se llegaron á él, y le preguntaron lo que se debía creer de Jesu-Christo. El les respondió, que Jesu-Christo era el Salvador del Mundo: y habiendo esta respuesta tan clara, y tan compendiosa persuadido á muchos, creyeron que Jesus era en efecto el Ungido, ó Christo que aguardaban. La mayor parte de estas Sectas no admitía, ni la resurreccion, ni la última venida del Mesías, ni la eternidad de los suplicios, y de las recompensas; pero los que fueron bastante felices para ser ilustrados de las luces de la fé por el ministerio de Santiago, al punto renunciaron sus antiguos errores, y recibieron las verdades, que hasta entonces habian impugnado.

La

La conversion de estos Judíos, entre los quales se hallaban personas de consideracion, y de una calidad distinguida, sembró la turbacion, y la discordia en la Sinagoga. Los Fariseos, y los Doctores de la Ley se pusieron á gritar tumultuosamente, que su Religion iba á ser trastornada, que engañado casi todo el pueblo, se dexaba arrastrar á la falsa creencia de que Jesus Nazareno era el Mesías: en fin, habiéndose juntado, y deliberado un momento entre sí, buscaron á Santiago, y le hablaron en estos términos: Venimos á suplicaros, y juntamente á exhortaros todos unánimes, que empleeis todo el poder que la santidad de vuestra vida os ha adquirido sobre el espíritu del pueblo, para inclinarle á renunciar esas peligrosas novedades, que ya han pervertido á muchos: desengañadlos de la falsa opinion en que estan, de que Jesus es el verdadero Mesías, que nos está prometido. Bien veis que la fiesta grande de la Pasqua congrega aquí de toda la Judea un pueblo numeroso: inspiradles el juicio que debe formar de este impostor: sabemos que nada hay mas puro que vuestra virtud; y estamos convencidos de que vuestra probidad no está expuesta al favor, y al interés. Persuadid, pues, á este pueblo á no dexarse llevar de este vano fantasma del Mesías: subid sobre lo alto del Templo, á fin de que desde este lugar tan elevado podais ser oido de toda esta multitud de Judíos, y de Gentiles, que la solemnidad ha hecho venir de todas partes á Jerusalen.

Habiendo obligado así los Fariseos á Santiago á subir sobre la azotea, ó terrado del Templo, le gritaron de este modo: Santo hombre, haced oir vuestra voz á este pueblo: él está en el error adorando á un cierto Jesus, que ha sido clavado en una Cruz: enseñadle lo que conviene que crea de este hombre: hablad, explicaos; que vuestras palabras serán para nosotros, y para este pueblo como otros tantos oráculos pronunciados por la boca de la misma verdad. Entonces Santiago, esforzando su voz, les respondió: ¿Por qué me preguntais acerca de Jesus, Hijo del Hombre? Sabed que está sentado á la diestra del soberano poder de Dios, y que aparecerá algun dia en medio de nubes, para juzgar desde allí á todo el universo.

Un testimonio dado á la Divinidad de Jesu-Christo de un modo tan auténtico, y tan poco esperado, sirvió mucho para confirmar á los nuevos Christianos en la Fé que acababan de abrazar. Exclamaron todos á una voz, diciendo: Gloria al Hijo de David, honor, y gloria á Jesus. Pero por otra parte, viéndose los Doctores de la Ley, y los Fariseos tan distantes de lo que aguardaban, se decian los unos á los otros, ¿qué es lo que hemos hecho? ¿Toda nuestra prudencia no habrá servido, pues, sino de fortificar esta nueva secta con un testimonio tan considerable? Vamos, vamos al punto á vengarnos, así de nuestra Religion ultrajada, como de nuestra engañada política: subamos sobre el terrado del Templo,

y hagamos que aquel que ha hecho una injuria tan sensible á la una, y á la otra, sea precipitado á vista del pueblo, y enseñe á los demás por su muerte, que no se debe renunciar impunemente la Religion de nuestros padres, por abrazar los nuevos dogmas de un desconocido.

Pusiéronse á gritar al mismo tiempo de este modo: ¡Qué desgracia! El hombre de Dios está tambien en el error; y entonces fue quando se vieron cumplir aquellas palabras que se leen en la Sabiduría: Demos la muerte al Justo, porque nos sirve de molestia. Animados, pues, de un ciego furor, subieron á lo alto del Templo, y precipitaron al Santo. No obstante, no murió luego, y tuvo aún bastante fuerza para ponerse de rodillas, y para hacer á Dios esta oracion: Señor, perdonadles, no saben lo que se hacen. Pero estos hombres mas inhumanos que tigres, exclamaron: Es necesario apedrearle; y al mismo instante hicieron que lloviese sobre él una espesa nube de piedras. No hubo entre ellos sino es uno, que tocado de algun espíritu de humanidad, dixo á los otros: Deteneos, ¿qué haceis? ¿El Justo pide por vosotros, y vosotros le haceis morir? Con todo eso, estas palabras no tuvieron efecto, y no impidieron que un Batanero descargase con toda su fuerza sobre la cabeza del Santo un golpe con una especie de mazo de madera (1), de que se sirven para prensar sus paños; y este golpe puso fin al

(1) Llámase Cabestan, y es aquel con que aprietan los paños.

al martirio del Justo, y á su vida. Su cuerpo fue enterrado en el mismo lugar, y su sepulcro aún se veía en tiempo de Eusebio, á quien debemos la relacion de esta muerte. Fue esta para los Judíos, y para los Gentiles un testimonio irrefragable de la Divinidad, y de la Mision de Jesu-Christo. Pero Dios no la dexó por largo tiempo sin castigo, y así envió á Jerusalen á Vespasiano, que la hizo anegarse en la sangre de un millon, y cien mil personas de sus habitantes.

MARTIRIO
DE S. SIMEON,
OBISPO DE JERUSALEN.

Sacado de Eusebio, Hist. Ecles. lib. 3. cap. 32. *de la edicion de M. de Valois.*

Año de Jesu-Christo 104. en el imperio de Trajano.

PArecía haberse apagado enteramente la persecucion encendida contra los Christianos en el imperio de Domiciano, quando de repente se volvió á encender en el de Trajano. El haberse excitado una sedicion popular en todas estas Ciudades contra los Fieles, fue el origen de esta nueva persecucion. Muchos perecieron en ella, y entre ellos Simeon, hijo de Cleofas, y de María, primohermano de Jesu-Christo, y succesor de Santiago en el Obispado de Jerusalen. Unos Hereges, que

que intentaron desde su tiempo corromper la pureza de la Iglesia, que hasta entonces había permanecido pacífica, le delataron al Gobernador de Siria: acusáronle de ser Christiano, y ser de la sangre de David. Convencido Simeon de uno, y otro delito, fue condenado á ser clavado en una cruz; y se tuvo por muy dichoso en morir en el mismo género de suplicio, en que murió su Maestro. Pero esto no sucedió en su edad robusta, sino en aquella de 120 años, en que tan repetidas veces cansó á los verdugos en los tormentos que le hicieron padecer, causándoles á estos, y aun al mismo Juez, la mayor admiracion.

ACTAS
DE S. IGNACIO,
OBISPO DE ANTIOQUIA.

Sacadas de un Manuscrito Griego de la Biblioteca de M. Colbert.

Año de Jesu-Christo 107. en el imperio de Trajano.

QUando Trajano subió al trono, S. Ignacio, Discípulo del Apostol S. Juan, gobernaba la Iglesia de Antioquía. Como sabio piloto había dirigido con mucha precaucion esta sagrada nave en medio de las tempestades, que el furor de Domiciano excitó contra los Christianos. El supo oponerse á las furiosas olas de la persecucion, así con la oracion, y el ayuno, como con la fuerza de

 su

su palabra, y la pureza de su doctrina: y se había valido felizmente de todos estos medios, ó para sostener el vacilante valor, ó para asegurar la inconstante fé de aquellos de que él se temía, ó la fragilidad, ó la demasiada simplicidad que veía. Gloriándose ya en fin de que esta tempestad hubiese calmado sin haber tenido poder para que peligrase la nave, cuyo timon gobernaba, daba gracias á Dios por la tranquilidad que la Iglesia gozaba entonces. Pero le parecía no estar contento, ni satisfecho de sí mismo: reprehendíase su poco amor para con Jesu-Christo: suspiraba por el martirio, y estaba persuadido á que sola una muerte sangrienta podría hacerle digno de entrar en la familiaridad de Dios, á quien adoraba. No se tardó mucho tiempo sin ver el cumplimiento de un deseo tan noble, y tan christiano.

Inflado el Emperador de la victoria que acababa de alcanzar sobre los Dacios, y sobre los Escitas, creyó que aún le faltaba alguna cosa á su gloria, si no sujetaba á su imperio al Dios de los Christianos, y si no obligaba á estos mismos á abrazar con todas las Naciones del mundo, el culto de sus Dioses. Este impío proyecto fue el que dió principio á la persecucion; y esta se encendió con tanta furia, que los Fieles se vieron reducidos en un instante, ó á perder la vida, ó la Fé.

Temeroso Ignacio de alguna inquietud en su pueblo, se dexó conducir sin resistencia á la presencia de Trajano, que marchando contra los Partos,

tos, y apresurándose á juntarlos sobre las fronteras de la Armenia, se hallaba entonces en Antioquía. Luego que se vió delante del Emperador, le dixo este Príncipe: ¿Quién eres tú, espíritu inmundo, mal genio, que te atreves á violar mis órdenes, y á inspirar á los demás el menosprecio? Respondió Ignacio: Nadie, sino tú, ó Príncipe, llamará jamás á Teóforo (de este modo nombraban á S. Ignacio) con el nombre injurioso que acabas de llamarme. Bien lexos de que los siervos del verdadero Dios sean malos genios, ó agüeros, sábete que los malos genios tiemblan ellos mismos, y echan á huir á la voz de los siervos del verdadero Dios. Pero si con todo eso crees que yo merezco un nombre tan odioso, por haberme hecho formidable á vuestros demonios, yo me glorío de tenerlo. Porque en fin, yo he recibido de Jesu-Christo mi Maestro el poder trastornar todos sus designios, y librarme de todos sus lazos. ¿Y quién es ese Teóforo? le dixo el Emperador. Soy yo, respondió Ignacio, y qualquiera que lleva como yo á Jesu-Christo en su corazon. ¿Y te parece á tí, instó Trajano, que nosotros no tenemos tambien en el corazon Dioses, que miran por nosotros? Dioses? volvió á replicar Ignacio, os engañais: esos no son sino demonios. No hay mas que un Dios, que hizo el cielo, y la tierra, y todo quanto ellos encierran: ni hay mas que un Jesu-Christo, el Hijo único de Dios; y este es aquel gran Rey, cuyos favores solamente me pueden hacer feliz. ¿Cómo nombras

tú

tú á ese, replicó al punto Trajano? Qué, es ese Jesus, á quien Pilatos hizo clavar en una cruz? Antes bien dirás, contradixo Ignacio, que este Jesus crucificó él mismo en esta cruz al pecado, y á su autor, y que dió desde entonces á todos los que la llevan en su corazon, el poder aterrar al Infierno, y su potestad. ¿Pues qué, llevas tú á Jesu-Christo dentro de tí, le preguntó el Emperador? Sí, no hay duda, respondió Ignacio; porque está escrito (2. *Cor. c.* 6.): Yo habitaré en ellos, y les acompañaré en todos sus pasos.

Cansado Trajano de las vivas, y urgentes réplicas de S. Ignacio, pronunció contra él esta sentencia de muerte. Mandamos que Ignacio, que se glorifica de llevar en sí al Crucificado, sea puesto en prision, y conducido con una buena, y segura guarda, á la gran Ciudad de Roma, para ser en ella expuesto á las bestias, y servir de espectáculo al pueblo. Oyendo el Santo esta sentencia, exclamó en un transporte de alegría: Gracias os doy, Señor, de que me hayais dado un perfecto amor vuestro, y de que me honreis con las mismas cadenas con que en otro tiempo condecorasteis al gran Pablo vuestro Apostol. Diciendo esto se las puso él mismo, y ofreciendo á Dios sus oraciones con sus lágrimas, le recomendó su Iglesia. Despues sacrificándose voluntariamente por su rebaño, se entregó á toda la crueldad de una tropa de soldados inhumanos, que debian conducirle á Roma para servir de pasto á los leones, y de diversion al pueblo.

Ins-

Instado, pues, de un violento deseo de derramar su sangre por Jesu-Christo, salió de Antioquía con aceleracion, para ir á Seleucia, donde debía embarcarse. Despues de una larga, y peligrosa navegacion llegó á Esmirna. Luego que saltó en tierra, fue prontamente á buscar á S. Policarpo, que era Obispo de esta Ciudad, y su condiscípulo. Apenas lo llevaron á casa de este Santo Prelado, luego que hubieron comunicado juntos en la union de una caridad propia de unos Obispos, S. Ignacio lleno todo de gloria por sus cadenas, y mostrándoselas á S. Policarpo, le suplicó que no pusiese obstáculo alguno á su muerte. La misma súplica hizo á las Ciudades, y á las Iglesias del Asia, que le habian enviado á visitar en su tránsito; y dirigiéndose á los Obispos, á los Sacerdotes, y á los Diáconos, que habian diputado á su persona, pidióles encarecidamente no le retardasen en su viage, y que llevasen á bien que él fuese á ver á Jesu-Christo, pasando prontamente por los dientes de las bestias, que le aguardaban para destrozarle. Y temiendo que los Christianos que estaban en Roma se opusiesen al ardiente deseo que tenía de morir por su querido Maestro, les escribió la carta siguiente.

Carta de S. Ignacio á los Romanos.

IGnacio, por sobrenombre Teóforo, á la Iglesia favorecida de Dios, é ilustrada con su luz: á la que está baxo la proteccion del Todopodero-

roso, y de su único Hijo Jesu-Christo: á aquella Iglesia, digo, que se gloría de sujetarse en todo á la voluntad de aquel que nada ordena sino por respeto al amor de Jesu-Christo: á esta santa Asamblea de Romanos, tan digna de servir al Altísimo: á esa Iglesia, que merece ser alabada, respetada, y dichosa, en donde todo está reglado por la prudencia, gobernado por la sabiduría, donde reyna la caridad, triunfa la castidad, en donde la Ley del Hijo es reverenciada, y el nombre del Padre es santificado: á los ilustres Fieles unidos todos segun el espíritu, y segun la carne; llenos de la gracia, que estrechándolos unos con otros por vínculos sagrados, los separa de toda sociedad profana, salud en Jesu-Christo, Hijo del Padre, y plenitud de alegría en Jesu-Christo nuestro Dios, fuente infinitamente pura de una alegría del todo santa.

Condescendiendo Dios con mis súplicas, he obtenido en fin de su bondad el poder gozar de vuestra amable presencia. Porque por encadenado que me vea por el nombre de Jesu-Christo, dentro de poco espero verme entre vosotros. No obstante, si despues de haber comenzado tan felizmente, me he hallado digno de perseverar hasta el fin; y si uso bien de la gracia que se me ha dado, no dudo que bien presto me hallaré en posesion de la herencia que se me ha adquirido por la muerte de Jesu-Christo; pero temo á vuestra caridad, y me rezelo que tengais por mí una compasion muy tierna. Nada os es mas facil que

es-

estorvarme el morir ; pero oponiéndoos á mi muerte , os opondreis á mi dicha. Y así si teneis por mí una piedad sincera, me dexareis ir á gozar de mi Dios. Yo no puedo resolverme á complaceros , evitando el suplicio que me está preparado: á Dios solo es á quien quiero agradar ; y vosotros me dais exemplo de esto. Jamás tendría yo ocasion mas favorable de reunirme á él , que la que se presenta ; y vosotros no podríais tener otra mas bella , de exercer una buena obra. Para esto no teneis mas que estaros quietos : si no dais paso alguno por arrancarme de las manos de los verdugos , yo iré á volverme á juntar á mi Dios: pero si os dexais llevar de una falsa compasion por esta miserable carne , me volveis á enviar al trabajo , y me haceis volver á entrar en la carrera. Tened á bien que yo sea sacrificado en tanto que el altar está todavía eregido : unid solamente vuestra voz , y cantad durante el sacrificio cánticos en honor del Padre , y de Jesu-Christo su Hijo. Dad gracias á Dios de que ha permitido que un Obispo de Siria sea transportado desde el Oriente para ir á perder la vida en el Occidente. ¡Pero qué digo yo para perder la vida! Para renacer á mi Dios. ¿Vosotros jamás tuvisteis envidia á nadie , y habíais de envidiar mi felicidad ? Siempre supisteis enseñar la firmeza, y la constancia , ¿habíais de mudar ahora de máxîmas ? Antes bien alcanzadme por vuestras oraciones el valor que me es necesario para resistir á las tentaciones del espíritu , y para rechazar las

ex-

exteriores. De poco sirve parecer Christiano, si uno no lo es en el efecto: lo que hace al Christiano no son las bellas palabras, y las especiosas apariencias, sino la grandeza de alma, y la solidez de la virtud.

Escribo á las Iglesias que voy á morir con alegria, con tal que vosotros no os opongais á ello. Y así segunda vez os suplico que no tengais de mí compasion alguna que sea irregular, y que me sería tan poco ventajosa. Permitidme que sirva de pasto á los leones, y á los osos; que este es el camino mas breve para llegar al cielo. Yo soy el trigo de Dios, es necesario me veais molido para llegar á ser un pan digno de ofrecerse á Jesu-Christo. Halagad antes las bestias que deben despedazarme, á fin de que me destrocen enteramente, y que nada quede de mí, que pueda servir de molestia á ninguno. Quando el mundo no vea mas mi cuerpo, entonces se verificará que fuí un verdadero discípulo de Jesu-Christo. Alcanzad del Señor que sea recibido de él, como una víctima de agradable aceptacion. Finalmente, no creais que me tome aquí la libertad de prescribiros, ni mandaros nada: no puedo mas que suplicaros; y no son estas órdenes que os doy, sino un humilde ruego que os hago. No soy ni un Pedro, ni un Pablo: estos eran Apóstoles, y yo no soy sino un miserable cautivo: ellos eran libres, y yo soy prisionero; pero si soy bastante dichoso por padecer el martirio, vendré á ser el liberto de Jesu-Christo, y resu-

sucitaré en una perfecta libertad.

Despues que he dexado la Siria, combato dia, y noche contra las bestias feroces: la tierra, y el mar son testigos de su furor, y de mi paciencia. Estos son diez leopardos, baxo la figura de diez soldados, á los quales estoy sujeto, y encadenado; y que son tanto mas crueles, quanto mas se esfuerza uno en amansarlos con beneficios. Sus malos tratamientos me dan una instruccion grande para el martirio; pero por ellos aún no consigo el fin. En llegando á Roma espero hallar las bestias prontas á despedazarme: ojalá que no me puedan hacer desmayar: yo emplearé desde luego las caricias para obligarlas á que no me perdonen: y si este medio no me sale bien, las irritaré contra mí, y las obligaré á que me quiten la vida. Perdonadme estos afectos: bien conozco que me son interesantes: ya comienzo á ser un verdadero discípulo de Jesu-Christo: nada me mueve, todo me es indiferente, excepto la esperanza de poseerlo. Que el fuego me reduzca á cenizas; que una cruz me haga acabar con una muerte lenta y cruel; que echen sobre mí tigres furiosos, y leones hambrientos; que se esparzan mis huesos por todas partes; que se pongan cárdenos mis miembros; que se muela mi cuerpo; que todos los demonios agoten sobre mí su rabia, yo lo sufriré todo con alegria, con tal que por este medio llegue yo á la posesion de Jesu-Christo. La de todos los Reynos de la tierra no podría hacerme feliz: mucho mas glorioso es para

mí

mí el morir por Jesu-Christo, que reynar sobre todo el mundo. Mi corazon suspira por aquel que ha muerto, y resucitado por mí. Ved aquí lo que espero recibir en cambio de mi vida. Sedme, hermanos mios, favorables á mis deseos, y no me impidais el vivir, impidiéndome el morir: dexadme correr hácia esta pura, y divina luz: sufrid que yo llegue á ser en algun modo el imitador de Jesu-Christo muriendo por los hombres. Si alguno de vosotros le lleva en su corazon, facilmente comprehenderá lo que digo; y será agradable á mi pena, si se abrasare en el mismo fuego que me consume.

El Príncipe de este siglo me quiere robar de Jesu-Christo: esfuérzase por entibiar mis resoluciones: no favorezcais su impío designio: ¿no es mas justo que tomeis mi partido? Nada temais, porque este es el de Dios mismo. De otra suerte, hermanos mios, no penseis el poder conciliar al mundo con Jesu-Christo. Si su adorable nombre se halla en vuestra boca, haced que el amor de su enemigo no reyne en vuestro corazon. Si quando llegáre á vosotros, tuviese la flaqueza de mostraros otros modos de pensar, no me creais; sino dad fé á lo que al presente os escribo: ahora lo hago con una entera libertad de espíritu; y empleo estos últimos momentos de mi vida en enviaros á decir, que el deseo mas ardiente que tengo, es el verla acabar bien presto. Yo he dexado al pie de la Cruz de mi Salvador todos los malos deseos de mi alma: el fuego que me abrasa,

es

es un fuego puro, y divino, sin mezcla alguna de llamas terrestres, y groseras: el ardor que produce en mí, excita en el fondo de mi corazon una voz que grita sin cesar: Ignacio, ¿qué haces en esa vida temporal? Vén, corre, vuela al seno de tu Dios. No tengo ya mas gusto por las mas exquisitas viandas, ni por los vinos mas deliciosos, ni por todo aquello que los hombres anhelan con tanta pasion en los placeres de los sentidos. El pan que yo quiero es la adorable Carne de Jesu-Christo; y el vino que yo pidó es su Sangre preciosa: aquel vino celestial que excita en el alma el fuego vivo, é inmortal de una caridad incorruptible. Ya no estoy mas en la tierra; y no me considero ya como vivo entre los hombres. Quiera Jesu-Christo haceros conocer la verdad de lo que os escribo: su Padre mismo es quien gobierna mi pluma: ¿había de inspirarme la mentira? En fin, orad, pedid, y alcanzad por mí el premio, que no se da sino al fin de la carrera. No es la carne la que me ha dictado estas palabras, sino el espíritu de Dios, que me las ha inspirado. Si sufro por Jesu-Christo, os será amable mi memoria; pero si me hago indigno de sufrir, os vendrá á ser odioso mi nombre.

Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Siria, que despojada de Pastor, vuelve sus ojos, y sus esperanzas hácia á aquel que es el soberano Pastor de todas las Iglesias: que Jesu-Christo se digne tomar su gobierno durante mi ausencia. Yo la confio así á su Providencia, como

á vuestra caridad. Por lo que á mí toca, no me atrevo á ponerme en el número de los Obispos; y hallándome indigno de su divino caracter, me contemplo como el último de todos los Fieles, y como un aborto de la Iglesia. Os saludo en espíritu: todas las Iglesias que me han recibido en el nombre de Jesu-Christo, hacen lo mismo: ellas no me han recibido como á un estrangero, sino me han hecho conducir con una caridad enteramente christiana en todas las Ciudades que se han hallado á mi paso.

Los Efesios, gentes de consideracion, y de mérito, os entregarán esta carta. Croco, cuya persona me es tan amable, me acompaña hasta aquí, con otros muchos Fieles. Por lo que toca á aquellos que han salido de Siria para Roma, y que la gloria de Dios ha llevado delante de mí, creo que los conozcais. Os estimaré les hagais saber que ya estoy cerca: son personas dignas de la proteccion de Dios, y de vuestras atenciones. Hareis con ellos todos los buenos oficios que merece su virtud. Esmirna, y Agosto 23. Os deseo hasta el fin la paciencia de Jesu-Christo.═

Despues que S. Ignacio hubo escrito esta carta á los Christianos que estaban en Roma, para disponerlos á que asistiesen con la mayor resignacion á su muerte, sin oponerse en modo alguno á ella, salió de Esmirna; y cediendo á la cruel impaciencia de los soldados que le conducian, y que no cesaban de instarle por llegar á Roma antes del dia destinado á los espectáculos, vino

á ancorar en Troade; de donde tomando el camino de Nápoles (1), y pasando por Filipos, sin pararse en ella, atravesó toda la Macedonia: y habiendo hallado en Epidamne (2), sobre las costas del Epiro, un navío pronto á hacerse á la vela, se embarcó en el Mar Adriático, que le llevó al de Toscana: vió en él al paso las Islas, y recorrió las Ciudades fundadas en sus costas. Luego que estuvo á vista de Puzolo, suplicó que se le permitiese salir á tierra, deseando andar á pie por donde anduvo S. Pablo, y seguir sus preciosas huellas; pero habiendo arrojado su navío un uracan en alta mar, se vió obligado á pasar adelante, contentándose con dar grandes alabanzas á la caridad de los Fieles de esta Ciudad.

En fin, habiéndose enteramente declarado el viento á favor de nosotros, fuimos llevados en un dia, y en una noche á la embocadura del Tiber, y al Puerto de los Romanos (3). No obstante, estábamos nosotros en una extrema afliccion: gemíamos en secreto, viéndonos ya en el punto crítico de ser separados para siempre de este santo hombre; pero él al contrario, mostraba alegría, y parecía hallarse en el colmo de sus deseos, viéndose tan cerca de dexar el mundo por unirse á Dios, su único objeto.

(1) Nápoles de Romanía, Ciudad Arzobispal de la Morea en Grecia. (2) Epidamne, ó Durazo, antigua, y célebre Ciudad de la Turquía Europea en la Albania, con Arzobispo, y un buen Puerto en el Golfo de Venecia. (3) Porto, Ciudad Episcopal del Estado de la Iglesia, llamada en latin *Portus Romanus.*

Apenas se hubo saltado en tierra, quando hicieron tomar al Santo el camino de Roma: la noticia de su llegada, le anticipaba por donde quiera que pasaba. Con todo eso, habíase apoderado del corazon de los Fieles que le precedian, una grande inquietud, y temor, aunque al mismo tiempo sintiesen algunos movimientos de alegría, quando consideraban en medio de ellos á este grande hombre, y que habian sido elegidos para acompañarle. Algunos, aun de los mas valientes, vivamente tocados de la desgracia de Ignacio, comenzaban á decir ya entre sí, que era necesario apaciguar al pueblo, y procurar apagar aquella ardiente sed que tenía de su sangre. Pero habiendo dado á entender el espíritu de Dios al santo Obispo el proyecto que se formaba contra él, se detuvo un poco: despues de haber saludado á los que lo acompañaban con un ayre dulce, y magestuoso, pedido, y dádoles la paz, les habló con tanta fuerza para persuadirlos á no ser causa de que su dicha se difiriese, que se rindieron todos á las cosas que les dixo, y que añadió á las que les había escrito. Moderada, pues, de este modo la actividad de un amor demasiadamente humano, y puro, pusieron todos las rodillas en tierra, y levantando el Santo la voz, pidió á Jesu-Christo que se dignase hacer cesar la persecucion, dar la paz á la Iglesia, y mantener en el corazon de los Fieles un amor mutuo, tierno, y capaz de resistir á todos los combates de la carne, y del mundo. Acabada es-

esta oracion, fue levantado por sus guardas con precipitacion; y como los espectáculos se iban á acabar, fue conducido al Anfiteatro.

Celebrábanse estos en uno de aquellos dias solemnes que la supersticion Romana tenía consagrados baxo el nombre de Fiestas *Sigilares* (1): toda Roma había concurrido al Anfiteatro, y bebió con ansia la sangre del Martir, que entregado á dos leones, fue en un instante devorado por estos crueles animales. No dexaron de su cuerpo sino los huesos mas grandes, que fueron recogidos con respeto por los Fieles, llevados á Antioquía, y depositados en la Iglesia como un tesoro inestimable. Fue su muerte el dia 20 de Diciembre en el Consulado de Sura, y de Senecion.

Nosotros, despues de haber visto con dolor esta desgracia, nos retiramos á nuestra casa, en donde anegados en lágrimas, pasamos la noche postrados delante del Señor, pidiéndole con continuas, y fervorosas oraciones que se dignase darnos á entender el suceso de un combate tan sangriento, y si la resulta fue gloriosa para nuestro santo Obispo. Entonces se apoderó de nosotros un ligero sueño, y nos hizo ver á Ignacio baxo de diversas formas, y diferentes situaciones. Aparecióseles á algunos en pie: dexóse ver de otros con los brazos abiertos, y viniendo á ellos para abrazarlos: aparecióse á aquellos todo cubierto

 de

(1) A 20 de Diciembre.

de sudor, y como que salía de un penoso trabajo: á estos como orando: en fin, hubo quien le percibió al lado del Señor, todo bañado de luz. Comunicados nuestros sueños entre nosotros, dimos humildes acciones de gracias al Autor de todos los bienes; y nuestro bienaventurado Padre fue altamente proclamado por Santo en la Asamblea. Al mismo tiempo resolvimos enviaros una relacion fiel de todo lo acaecido en su martirio, de su lugar, dia, y circunstancias, á fin de que os uniéseis á nosotros para cantar las victorias de Jesu-Christo, que ha vencido al demonio, triunfando de él por tan ilustre, y generoso Atleta.

MARTIRIO
DE SANTA SINFOROSA,
Y DE SUS SIETE HIJOS.

Sacado de diversas ediciones revistas por dos Manuscritos, uno de la Biblioteca de la Sorbona, y otro de la de M. Colbert.

Año de Jesu-Christo 119. en el imperio de Adriano.

HAbiendo hecho edificar en Tibur (1) el Emperador Adriano un magnífico Palacio, quiso dedicarle, ó consagrarle con las ceremonias que los Paganos observaban en semejantes ocasiones.

(1) Tibur, ó Tívoli, era una Ciudad de Italia, edificada por Adriano, que al presente pertenece á los Estados de la Iglesia, con Obispo Sufraganeo del Papa, distante siete leguas de Roma.

nes. Ofreció sacrificios, consultó á sus Dioses tocante á la duracion de este soberbio edificio; y aguardaba una respuesta favorable, quando recibió esta: Príncipe, nosotros no podemos satisfacer tu curiosidad, sin que hayas hecho cesar el insulto que nos hace una Viuda Christiana, invocando á su Dios en nuestra presencia. Llámase Sinforosa, y es madre de siete hijos: haz que nos ofrezca incienso, y responderemos á tus preguntas.

Adriano, vivamente tocado del ultrage que se hacía á sus Dioses, mandó que prendiesen á Sinforosa, y á sus Hijos. Hízolos llevar delante de sí; y ocultando su indignacion baxo de una dulzura aparente, al principio solamente usó de palabras alhagüeñas para vencerlos á sacrificar á los Idolos. Pero Sinforosa, llena del Dios que ponía las palabras en su boca, respondió al Emperador en estos términos: Señor, yo he tenido por marido, y por cuñado á dos Oficiales de vuestros Exércitos (1): uno, y otro tenian el honor de mandar vuestros soldados, pues eran Tribunos. Ellos dieron su vida por Jesu-Christo, y han querido mejor padecer mil tormentos, que quemar un solo grano de incienso delante de los demonios, á quien adorais: en fin, han muerto despues de haber vencido á esos mismos demonios: y si su muerte fue vergonzosa delante de los

(1) Llamábanse Getulio, y Amancio, y se veneran el dia 10 de Junio.

los hombres, tambien ha sido honrada delante de los Angeles: al presente estan coronados de un resplandor inmortal: viven en el cielo; y siguiendo por todas partes al gran Rey que reyna en él, andan cubiertos de gloria entre los trofeos que se han adquirido por su martirio. Vivamente ofendido Adriano de una respuesta tan generosa, no pudo contenerse mas. O sacrifica, la dixo, ahora al punto á los Dioses todo poderosos, ó yo mismo te sacrificaré con tus hijos á estos mismos que tú desprecias. ¡Y de dónde me viene á mí esa dicha, exclamó Sinforosa, de poder ser sacrificada ocho veces á mi Dios! Ya te digo segunda vez, interrumpió Adriano, que te sacrificaré á mis Dioses. Vuestros Dioses, replicó esta àdmirable Viuda, no pueden recibirme en sacrificio: yo no soy víctima para ellos: pero si mandais que sea quemada por el nombre de Jesu-Christo mi Señor, sabed que el fuego que me ha de quitar la vida, es aquel que mi amor fomenta al mismo que me preparas en el suplicio. Elige, te digo, instó ásperamente el Emperador, ó sacrificar, ó morir. Sin duda pensais aterrarme, replicó Sinforosa: no, no: vuestras amenazas no me harán mudar de parecer: jamás estaré mas prontamente reunida á mi marido. Vos le quitasteis la vida en el martirio por haber confesado á Jesu Christo. ¿Qué aguardais? Ved, aquí estoy yo tambien pronta á morir, adorando al mismo Dios. Entonces mandó el Emperador que fuese llevada ante el Templo de Hércules; que se le des-

deshiciese el rostro á puñadas, y se colgase despues de los cabellos. Pero entendido en que estos tormentos solamente contribuirían á afirmarla mas en la Fé, hizo arrojarla en el rio (1). Su hermano Eugenio, que era uno de los principales del Consejo de Tibur, ó Tívoli, sacó el cadáver, y lo sepultó en un arrabal de esta Ciudad.

Al dia siguiente dispuso Adriano que se llevasen á su presencia los siete hijos de Sinforosa. Y viendo que ni sus amenazas, ni sus promesas, ni el aparato de los mas terribles suplicios, que hizo presentar á su vista, podian hacer titubear la constancia de estos generosos hermanos, ni reducirlos á sacrificar á los Idolos; hizo plantar siete estacas, ó potros al rededor del Templo de Hércules, donde los hizo estender, ó estirar con poleas. Este cruel Príncipe tuvo el placer de diferenciar sus tormentos. A Crecencio, el mayor de todos, lo hizo pasar con una espada por la garganta: al segundo, llamado Juliano, se le hirió el pecho con muchas puntas de hierro que le metieron en él. Nemecio recibió un golpe en el corazon. Primitivo lo recibió en el estómago. Rompiéronle los riñones á Justino. Abriéronsele los costados á Estacteo; y Eugenio, el mas joven, fue abierto de alto á baxo.

Al dia siguiente despues de la muerte de estos dichosos hermanos, habiendo ido Adriano al Tem-

(1) Este rio es Teverone, cerca del qual está situada la Ciudad de Tívoli.

Templo, mandó que se quitasen sus cuerpos, y que se echasen en una profunda fosa. El Pontífice, y los Sacrificadores del Templo de Hércules, llamaron á este lugar las Siete Viotanatas, quiere decir, los Siete Suplicios. Este tan sangriento martirio apaciguó el ánimo de Adriano en la persecucion, la que hasta diez y ocho meses despues no volvió á encenderse. Los Christianos emplearon este tiempo de paz en dar á las sagradas reliquias de los Mártires el honor que les es debido; y se les depositó en los sepulcros que la piedad de los Fieles les erigió en muchos lugares del mundo: sus nombres fueron grabados sobre estos monumentos; pero lo estan en el libro de la vida con caracteres de luz, que el tiempo no podrá borrar jamás. A el martirio de Santa Sinforosa, y de sus siete Hijos, da culto la Iglesia el dia diez y siete de Julio. Sus cuerpos reposan en el camino de Tibur, á ocho millas de Roma.

MAR-

MARTIRIO DE SANTA FELICITAS,

Y DE SUS SIETE HIJOS.

Sacado de Surio, y de Ugelo, y de diez y siete Manuscritos; á saber, tres de la Biblioteca del Rey; cinco de la de M. Colbert; uno del de la Sorbona; otro de la Abadía de Santa Genoveva de París; otro de la de S. Mauro de las Fosas; otro de la de S. Cornelio de Compiegne; otro de la Biblioteca de los RR. PP. Fevillans de París; y quatro de la de S. German de los Prados.

Año de Jesu-Christo 150. en el imperio de Antonino.

SAnta Felícitas era Romana: vivía en tiempo del Emperador Antonino; y fue nó menos ilustre por su virtud, que lo era por su nacimiento. Siete hijos que el cielo la había dado, vivian con ella en una continua práctica de las virtudes christianas, y en una perfecta union entre sí: y por lo que á ella toca, habiendo quedado libre por la muerte de su marido, consagró á Dios su castidad; y dándose dia, y noche á la oracion, era el exemplo de las viudas, y la edificacion de la Iglesia.

Pero conociendo los Sacerdotes de los falsos Dioses, que las virtudes de esta excelente Viuda atrahían muchas personas al Christianismo, por la buena fama que tenía en toda la Ciudad; fueron á verse con el Emperador, y le hablaron de es-

este modo: Nos ha parecido, Señor, que debíamos advertiros como hay en Roma una Viuda de esa secta enemiga de nuestros Dioses, que no cesa de ultrajarlos, y de irritarlos contra vos, y contra vuestro imperio. Está sostenida en esta impiedad por sus hijos: tiene hasta siete, que Christianos como su madre, hacen, como ella, votos sacrílegos; y que harán á nuestros Dioses implacables, si vuestra piedad no toma á su cargo contener su indignacion, obligando á esta familia impía á darles el culto que les es debido. Hizo esta harenga sediciosa mucha impresion sobre el espíritu de Antonino: mandó llamar á Publio, Prefecto de la Ciudad, y le ordenó obligase por todos los medios que Felícitas, y sus hijos hiciesen sacrificios á los Dioses, y los apaciguasen por medio de sus víctimas.

Obedeció el Prefecto las órdenes del Emperador. Valióse primero de la dulzura: pidióle por atencion á esta Señora, que se dexase ver con él: fue, pues, allá acompañada de sus siete hijos. Publio habló con ella privadamente; y mezclando con destreza algunas amenazas con modales gratas, y atractivas, le hizo ver las penas que le aguardaban si no se rendía á todas las señales de bondad, y de confianza que le daba, ni se aprovechaba de aquellos cortos instantes que el Emperador le concedía en su clemencia, siendo pronto su arrepentimiento.

Pero la intrépida Viuda le respondió con una noble osadía, y una modesta severidad: No es-

pe-

pereis, ó Publio, que una debil complacencia, ó un temor cobarde hagan olvidar á Felícitas lo que debe á su Dios: ni vuestras amenazas podrán aterrarme, ni engañarme vuestras promesas. Llevo en mi pecho á este Dios Todopoderoso: siento que me fortifica, y no permitirá jamás que su sierva sea vencida, pues que no combate sino por su gloria. Y así en vuestra mano está, Publio, el dexarme vivir, ó el darme la muerte; pero qualquier partido que tomeis, podeis esperar la vergüenza de ser vencido por una muger. Miserable, replicó el Prefecto, si la muerte tiene para contigo tan grandes delicias, ve, muere, yo no me opongo á ello; ¿pero qué furor te arrebata á querer quitar la vida á tus hijos, despues de habérsela dado? Mis hijos vivirán, replicó Felícitas, si rehusan sacrificar á vuestros Idolos; pero si su mano, llegando á ser sacrílega, les ofrece un criminal incienso, una muerte eterna será el castigo de esta impiedad.

Al dia siguiente de esta conversacion, sentándose el Prefecto en su tribunal en el Campo de Marte, mandó que le llevasen á Felícitas, y á sus hijos. Luego que estuvo en su presencia, la dixo: Ten compasion de tus hijos, y no seas causa, por una resistencia poco cuerda, que unos jóvenes como estos, de una tan bella esperanza, sean arrebatados del mundo en la flor de su edad. Guardad para otros esa falsa compasion, respondió Felícitas: nosotros no la queremos; y tenemos horror á una clemencia aparente, que no es

en

en efecto sino una cruel impiedad. Despues volviéndose hácia sus hijos: ¿Veis, hijos mios, les dixo, ese cielo tan hermoso, y tan elevado? Pues allí es donde Jesu-Christo os aguarda para coronaros. Pelead generosamente por su gloria, y por la vuestra; y mostraos fieles siervos de un Rey tan grande, y tan digno de todo vuestro afecto. Estas palabras, llenas de una verdadera grandeza de alma, no hicieron mas que irritar al Prefecto: mandó que se la diese una bofetada, diciéndola con un tono de voz furiosa: ¿Y te atreves tú en mi presencia á inspirarles semejantes doctrinas, y á despreciar de este modo las órdenes de nuestros Emperadores? Y haciendo despues acercar á su silla al mayor de los siete hermanos, llamado Januario, hizo todos sus esfuerzos por obligarle á idolatrar, ya prometiéndole bienes inmensos, ya amenazándole con los mas rigorosos castigos. Pero este valiente soldado de Jesu-Christo le respondió: Vos no me dais en esto un consejo digno de un sabio Magistrado: á mí mas me vale que siga el de la misma sabiduría, que es el de poner toda mi esperanza en Dios, á quien sirvo: él sabrá librarme de todos vuestros artificios, y me hará vencer los males con que me amenazais. El Prefecto le remitió á la carcel, despues de haberlo hecho azotar cruelmente. Presentóse despues Felix; é instándole Publio á la idolatría, le dixo con mucha firmeza: Nosotros no adoramos mas que á un solo Dios; y los sacrificios que nosotros le ofrece-

cemos, son votos, oraciones, y los afectos de una devocion sincera. Creedme que es en vano el que os esforceis á hacernos renunciar el amor que tenemos por Jesu-Christo. Tomad contra nosotros las resoluciones mas sangrientas: apurad sobre nuestros cuerpos las fuerzas de vuestros verdugos, y todos los tormentos que la crueldad mas ingeniosa os pudiere sugerir: todo esto no será capaz ni de hacer titubear nuestra fé, ni de disminuir nuestra esperanza. Hizo retirar á este el Prefecto, y al punto compareció Felipe sobre las gradas. Publio le dixo: Nuestro invencible Emperador Antonino Augusto os manda dar incienso á los Dioses todopoderosos. Respondió Felipe: Esos á quienes quieren que demos culto, no son ni Dioses, ni todopoderosos: no son mas que vanas representaciones, estatuas insensibles, y que sirven de guarida á los malditos demonios. Si yo sacrificase á esas miserables divinidades, merecería el ser como ellas precipitado en una eterna desgracia. Quitóse á Felipe delante del Prefecto, que bramaba de rabia, y traxeron á Silvano al mismo lugar. Publio le habló de esta manera: Por lo que voy viendo, todos vosotros obrais de concierto con la mas malvada de todas las mugeres, en la resolucion que habeis tomado de desobedecer á nuestros Príncipes. Una madre inhumana os ha envenenado con sus perniciosos consejos: ella os inspira la revolucion, y la impiedad; pero temed el caer con ella en el mismo precipicio. Silvano respondió al Prefecto: Si no-

nosotros fuésemos tan frágiles, ó tan imprudentes, que nos dexásemos amedrentar por el temor de una muerte que dura solo un momento, llegaríamos á ser despojo de una muerte que no debe acabarse jamás. Pero enseñándonos la Religion que profesamos, que hay en el cielo recompensas para los buenos, y penas en el infierno para los malos, no cuidamos obedecer á las órdenes que nos proponen el cometer un delito; sino obedecemos á las leyes de nuestro Dios, que no nos inspira mas que el amor á la virtud. Qualquiera que desprecia vuestros Idolos por no servir sino al verdadero Dios, vivirá eternamente con él; pero el culto abominable de los demonios os precipitará en los fuegos eternos con vuestros Dioses. Oyó el Prefecto impacientemente esta sabia reprehension: hizo señal á aquel que hacía que callasen, ó se retirasen. Despues hizo que se acercase Alexandro. Joven, le dixo, tu fortuna está en tus manos: ten compasion de tí mismo: salva una vida, que ahora comienza, y cuya pérdida yo no podré dexar de sentir. Obedece á las órdenes del Emperador: da culto á los Idolos, y procura merecer por esta complacencia religiosa la proteccion de los Dioses, y el favor de los Césares. Adelantóse Alexandro á responder al Magistrado, y dixo: Yo sirvo á un Señor mas poderoso que el César: este es Jesu-Christo. Yo le confieso, le llevo en el corazon, y le adoro sin cesar. Esta edad, aunque os parece tan tierna, y que lo es en efecto, tendrá to-

todas las virtudes de la mas fuerte, y especialmente la prudencia, si permanezco fiel á mi Dios. Mas por lo que toca á vuestros Dioses, estos pueden perecer con los que los adoran.

Habiendo sido llevado despues Vital delante del Prefecto, Publio le dixo: Tú, hijo mio, no vienes aquí, como tus hermanos, á buscar locamente la muerte: bien conozco que tienes el espíritu muy bien puesto, para no preferir una vida feliz, y colmada de toda suerte de bienes, á una muerte triste, y vergonzosa. Respondióle Vital: Verdad es, ó Publio, que yo amo la vida; y para gozarla por largo tiempo es por lo que adoro á un solo Dios, y por lo que tengo horror á los demonios. ¿Y quién son esos demonios, replicó el Prefecto? Son los Dioses de las Naciones, repuso Vital, y los que los reconocen por Dioses. En fin, habiendo hecho entrar Publio al último de los siete hermanos, llamado Marcial: Mucho compadezco á tus desgraciados hermanos, le dixo; pero ellos mismos se han acarreado las desgracias con que conspiran á su ruina. ¿Quieres tú seguir su exemplo, y despreciar, como ellos, las órdenes de nuestros Príncipes? Ah! Publio, respondió Marcial, si supiéseis qué terribles tormentos estan preparados en los infiernos á los que adoran los demonios::: Pero Dios aún tiene suspenso el rayo: no espereis á que lo arroje sobre vosotros, y sobre esos mismos Dioses, en quienes poneis vuestra confianza. O reconoced que Jesu-Christo es el único Dios, á quien todo

el

el universo debe adorar; ó temed las llamas que os tiene prevenidas la eternidad. Envió el Prefecto al Emperador el proceso de todo quanto había pasado en los diversos juicios que se acaban de referir.

No obstante, Antonino cometió á diferentes Jueces la execucion de la sentencia de muerte, que había dado contra Felícitas, y sus siete hijos. Uno de estos Jueces hizo moler con planchas de plomo al primero de estos Santos Mártires: otro morir al segundo, y al tercero á palos: otro precipitó al quarto en el Tiber: otro mandó cortar la cabeza á los tres últimos; y otro en fin, hizo padecer la misma pena á la madre de estos admirables Confesores de Jesu-Christo, que por diferentes caminos llegaron todos al lugar en donde este justo Juez los aguardaba, para darles á cada uno el premio que merecía su invencible constancia.

CARTA
DE LA IGLESIA DE ESMIRNA,
QUE CONTIENE EL MARTIRIO DE S. POLICARPO,
OBISPO DE AQUELLA IGLESIA,
Y EL DE SUS COMPAÑEROS.

Sacada de Eusebio, y de Userio, revistos por dos Manuscritos, uno de la Biblioteca de M. Colbert, y otro de la Abadía de los Prados.

Año de Jesu-Christo 166. en el imperio de Marco Aurelio.

LA Iglesia de Esmirna á la de Filomelia, y á todas las Católicas. La misericordia de Dios Padre, y el amor de Jesu-Christo nuestro Señor, produzcan en vuestros corazones una abundancia de gracias, y una plenitud de paz.

Os enviamos, muy amados hermanos nuestros, una relacion de la muerte de algunos Mártires, y particularmente de la del Bienaventurado Policarpo, quien por su sangre ha puesto como un sello á la persecucion. Nadie debe dudar de ningun modo, que todo quanto ha pasado en esta ocasion, no haya sucedido para verificar lo que el Salvador predixo en el Evangelio tocante á las persecuciones que deben dar la última perfeccion á su Iglesia. En él es, esto es, entre los preceptos divinos de la nueva alianza, donde nos enseña el camino que debemos seguir; pero no se

ha contentado con mostrárnosle desde lexos: él mismo ha entrado el primero: y si ha permitido que un traidor le entregase á sus enemigos, y que estos le clavasen en una cruz, ha sido para enseñarnos á sufrir con paciencia lo que la injusta crueldad de los hombres podrá algun dia hacernos padecer. Considerando este amado Maestro que el exemplo tiene mucha mas fuerza para mover la voluntad, que las palabras solas, comenzó desde luego á poner en práctica sus máximas; y nada nos ha prescrito, que no lo haya executado antes de mandarlo. El ha formado, pues, los Mártires con su exemplo: se ha hecho su modelo, y les ha enseñado por su muerte á morir con utilidad por su propia salvacion, y por la de sus hermanos. Por el camino, pues, de los sufrimientos, por una senda sembrada toda de cruces, es por donde se llega á la verdadera gloria. Merécese sin duda el cielo quando por Jesu-Christo se hollan, y pisan las grandezas de la tierra: quando se desprecian las riquezas; y quando no se dexa poseer el espíritu de los placeres: y si es cosa bella el renunciar por él aquel amor tan legítimo, y tan permitido, que la naturaleza nos da por nuestros padres; aun es mas agradable, y de un mérito mas exquisito, el romper el dulce, é inocente encanto de una tierna amistad, para no amar sino á Dios solo: todo esto (es preciso confesarlo) es digno de recompensa; pero despues de todo, lo que pone el cúmulo al mérito, lo que eleva á la altura de la glo-

gloria, es el martirio. Esta alta idea que tenemos de este heroico, y sublime esfuerzo del valor christiano, es la que hace que tomando la pluma para exponer á vuestra vista los combates de estos generosos Atletas, y los gloriosos trofeos que su amor por Dios, y su invencible paciencia les han alcanzado, nos sintamos nosotros apoderados de temor. En efecto, ¿quién podrá dexar de estar penetrado de unos afectos de veneracion, á vista de estos incomparables hombres, para quienes los tormentos, y los potros, los azotes armados de puntas, el hierro de los verdugos, y las llamas de un brasero ardiendo, no eran mas que un dulce, y agradable recreo? Veían sin desmayarse correr su sangre por mil heridas, que la crueldad de los tiranos había hecho en sus cuerpos: miraban con una vista serena, y tranquila palpitando sus entrañas. El pueblo, conmovido de un espectáculo tan lleno de horror, no podía contener sus lágrimas: solos los Mártires, firmes, é inalterables, no dexaban escapar ni aun un suspiro: apenas se les podía oir el menor gemido: cerrada su boca al llanto, y á la quexa, no se abría mas que para bendecir el nombre del Señor. Presentábanse á los suplicios con un ayre libre: pero los sufrian en silencio; y su paciencia no era menos digna de admiracion, que su generosidad. Dios, que desde el Empireo estaba mirando con complacencia estos ilustres guerreros, no solamente los animaba al combate, por la próxima esperanza de una eter-

na recompensa, sino que tambien hacía correr en sus desgarrados miembros una virtud secreta, que templaba la violencia de sus males, y que sosteniendo por su fuerza, del todo divina, su alma atacada por todas partes, la sacaba victoriosa del dolor contra la debilidad de sus cuerpos. Excitábalos tambien con la voz: hacía brillar á sus ojos las coronas que les preparaba: y de allí provenía el desprecio que hacian de los Jueces: de aquí aquella constancia invencible: de aquí aquellos violentos deseos de salir de esta triste morada, á quien una debil, y sombría claridad no la puede alumbrar sino con trabajo, por ir á gozar en la tierra de los Bienaventurados de aquella luz viva, y pura, que sale del seno de Dios como de una fuente fecunda, é inagotable: de aquí en fin nacía aquel sabio, y juicioso discernimiento que les hacía preferir la verdad á la mentira, el cielo á la tierra, y la eternidad al tiempo.

No obstante, el demonio no se dormía: empleaba sus astucias para procurar seducir á alguno de los hermanos; pero esto era sin suceso. La gracia de Jesu-Christo siempre se ponía de su parte, para cubrirlos de su proteccion, y librarlos de los dardos envenenados de aquella antigua serpiente. Sirvióse tambien del Martir Germánico (1), para asegurar por su firmeza los espíritus que los artificios del demonio comenzaban

á

(1) El dia 19 de Enero.

á atemorizar. Este santo Confesor, habiendo sido expuesto á las bestias, el Proconsul, tocado de una especie de humanidad, le exhortaba á tener compasion de sí mismo, y á conservar á lo menos sus dias, si le parecía que los demás bienes no merecian su afecto, y sus cuidados. Pero miró al Proconsul con desprecio; y juntando una sonrisa terrible, y desdeñosa, le dixo que mejor querría perder mil veces la vida, que recibirla de él al precio que se la ofrecía. Despues, adelantándose intrépidamente hácia un leon que venía á él, y buscando la muerte en las garras, y en los dientes homicidas de este animal, se apresuró por dexar allí el despojo sangriento de su cuerpo, y abandonar un lugar en donde no se respiraba sino la impiedad, y el delito. Esta accion heroica causó al pueblo admiracion, y cólera á un mismo tiempo; pero la cólera fue mas fuerte que la admiracion, y se oyeron mil confusas voces, que hacian resonar el Anfiteatro de estas palabras: Castíguese á los impíos, y búsquese á Policarpo.

En este intermedio, un Christiano llamado Quinto, natural de Frigia, y que acababa de llegar á Esmirna, se presentó al Proconsul; pero confiando demasiado sobre sus propias fuerzas, y dando oidos facilmente á un indiscreto deseo de morir por la Fé, bien presto dió tristes señales de su flaqueza. Porque apenas hubo alcanzado á ver las bestias, quando sintió que toda su resolucion le abandonaba: púsose pálido de miedo á

solo este aspecto: volvió hácia atrás: comenzó á arrepentirse de su zelo: y rindiéndose sin resistir al demonio que le incitaba, pidió vergonzosamente la vida: había venido para abatir á los Idolos, y alargó la mano para sostenerlos, habiendo obtenido de él el Proconsul sin dificultad su apostasía. Este exemplo nos enseña á ser sumamente contenidos en elogiar á los que por una presuncion temeraria, previenen la pesquisa de los Jueces; y que al contrario, aquellos son dignos de nuestras alabanzas, y de la gloria del martirio, que desconfiando de sí mismos, se estan ocultos; y que no saliendo de su retiro sino por orden de Dios, no temen el combatir, porque estan seguros de vencer. Y así vemos que el Evangelio prescribe á los Fieles esta conducta humilde, y prudente; y que al mismo tiempo que el imprudente Frigio, por haberla despreciado, se rinde, cede, y es vencido; el sabio Policarpo, por haberla seguido, se sostiene, resiste, y triunfa.

Este grande hombre, cuya prudencia no disminuía nada de su generosidad, habiendo sabido que se le buscaba, rehusó la persecucion de sus enemigos; pero mostraba con la tranquilidad de su alma, que no huía de la muerte por un cobarde temor, sino que evitaba este lance, desconfiando de sí mismo. Por lo qual, aunque los Fieles que le recibian en su retiro, le suplicasen no perdiese tiempo, y pusiese prontamente su vida en seguridad, no podía contribuir á las vivas

solicitudes de estos: y así, caminando lentamente, y deteniéndose en todas partes por donde pasaba, parecía que no se retiraba sino con sentimiento grande de aquel sitio donde le amenazaba su martirio. En fin, metióse brevemente en una quinta poco distante de Esmirna. Allí por medio de fervorosas, y continuas oraciones pedía al Dios Fuerte, y Dios de las Batallas, le fortificase para la que bien presto iba á emprender por su gloria; y de la que fue advertido tres dias antes por un sueño que Dios le envió. Parecíale que la cabecera de su cama, ó su almohada era toda de fuego, y que su cabeza estaba toda rodeada de él. Luego que despertó el Santo anciano, y que su pesado cuerpo por la edad, y por el sueño, hubo dexado su camilla, dixo á los que se hallaron presentes, que antes de tres dias sería quemado vivo.

Procuróse ponerlo en sitio donde estuviese oculto; pero apenas llegó á él, quando se encontró con los que le buscaban. Habiendo antes pasado mucho tiempo sin poder descubrir el lugar en que estaba escondido: pero en fin apoderáronse de dos niños, y azotaron á uno de ellos tan cruelmente, que sacaron de su boca una verdad, que la violencia de los golpes le arrancó por fuerza. No obstante, Herodes, que era un Juez criminal, é Intendente de lo político en Esmirna, deseaba apasionadamente el tenerle en su poder, para presentarle al pueblo en el Anfiteatro: para este efecto mandó á una esquadra de

archeros, y de gentes de á caballo, que baxo la conducta de este niño, tomasen el camino de la quinta, ó alquería donde estaba retirado Policarpo. Diríase al verlos marchar con un tan grande aparato, que iban á prender á algun famoso ladron; y no buscaban sino á un Obispo desarmado, y á un siervo de Jesu-Christo. Llegaron, pues, al lugar de su retiro un Viernes por la tarde, al punto que iba á ponerse á la mesa. Hubiérale sido facil el libertarse; pero últimamente quiso mas bien entregarse él mismo, diciendo á Dios: Señor, vuestra voluntad sea cumplida: he huido, bien lo sabeis vos, porque vos me lo habíais mandado: ahora cedo á mis enemigos, porque vos lo quereis así. Presentóse, pues, á ellos, y les habló en quanto la debilidad de su edad se lo pudo permitir; pero fue con inspiracion tan santa, que era facil conocer hablaba el Espíritu Santo por su boca.

Admiraban ellos en una edad tan avanzada una vivacidad tan grande, y un ayre tan dispuesto en un cuerpo arruinado por los trabajos de la penitencia. Dexóles en su admiracion, y les mandó dar de comer: cumpliendo á la letra el precepto de nuestro divino Maestro, que nos manda por la boca de su Apostol el proveer á nuestros enemigos abundantemente las cosas necesarias á la vida. Pidióles despues le concediesen algun tiempo para cumplir con Dios unas obligaciones que había acostumbrado á hacerle á ciertas horas. No se le pudo negar esta gracia; y poniéndose el

el Santo en pie, oró con los ojos levantados hácia el cielo, pidiendo á Dios la gracia de poder cumplir sus mandamientos hasta el fin de su vida. Su oracion duró cerca de dos horas, y la hacía con tanto fervor, que todos los asistentes, hasta sus propios enemigos, estaban en una admiracion, que apenas podian explicar.

Acabóla en fin, pidiendo á Dios por todas las Iglesias del mundo: llegó, pues, el momento que debía abrirle aquella penosa carrera, que conduce á la gloria. Fue puesto sobre una acémila, y tomaron el camino de la Ciudad. No se habian retirado mucho de la quinta, quando se percibió un carro en que estaban Herodes, y su padre Nicetas. Obligaron con mucha cortesía á Policarpo á subir á él, esperando el poder ganar por su atencion, y sus alhagos á un hombre que parecía estar á prueba de los ultrages, y de los malos tratamientos. Procuraron insinuarse en su ánimo por palabras dulces, pero artificiosas: repetíanle muy de ordinario estas: ¿Qué daño puede seguirse de decirle Señor al Cesar, de ofrecer sacrificios, para de este modo salvar la vida? Instáronle tan vivamente, y se sintió tan fuertemente importunado de las proposiciones impías que le hacian, que despues de haberlos escuchado apaciblemente, rompió en fin el silencio, y les dixo con toda la vehemencia que pudo inspirarle su zelo: No, nada será jamás capaz de hacerme mudar de dictamen: ni el hierro, ni el fuego, ni la prision, ni el destierro, ni todos

los

los males juntos, me harán jamás consentir en dar incienso á un hombre; ó lo que es aun mas horrible, á unos demonios. Esta respuesta irritó de tal suerte á aquellos á quienes la daba, que lo echaron á grandes puntillones fuera de su carro, quando marchaba con mayor velocidad. La caida fue cruel, y el Santo se rompió un hueso de la pierna; lo qual no obstante, no le impidió despues correr en el Anfiteatro con una agilidad admirable.

Al entrar en él, oyó una voz que le gritaba de lo alto del cielo, y le decía: Policarpo, ten buen ánimo. Esta voz fue oida de los Christianos; pero los Paganos no la comprehendieron. Condúxose al santo Obispo al pie del cadahalso, ó tablado del Proconsul, adonde habiendo llegado, confesó altamente á Jesu-Christo, mostrando estar tan poco sensible á las amenazas del Juez, como poco tocado de sus súplicas, y de la falsa compasion que le hacía mostrar. Dexad esa altivez, le decía este Magistrado: compadeceos de vuestra vejez: ¿creeis acaso poder tolerar unos tormentos, cuya sola vista hace temblar á la mas atrevida juventud? ¿Qué dificultad sentís en jurar por la fortuna del Emperador? Tomad mi consejo: renunciad vuestra supersticion, que un arrepentimiento nada tiene de vergonzoso, quando el Cesar, y los Dioses lo piden. Decid, pues, en alta voz, con todo este pueblo: Quítense los impíos; piérdase á los impíos. Entonces Policarpo, echando la vista por todas partes,

tes, y deteniéndola por algunos momentos sobre aquella multitud de pueblo que ocupaba los bancos del Anfiteatro, la levantó en fin hácia el cielo; y despues con una voz interrumpida de suspiros, profirió estas palabras: Quitad los impíos; perded los impíos. Acabad, le gritó el Proconsul: jurad por la fortuna del Emperador, y decid injurias á Christo. Ochenta y seis años há, replicó Policarpo, que le sirvo, y jamás me ha hecho mal: al contrario, me ha colmado de bienes; y quereis vosotros que yo le diga injurias, que ultrage á mi Señor, mi Maestro, de quien aguardo mi felicidad, en quien pongo toda mi esperanza, y que hace toda mi gloria. ¿Cómo podré yo ofender á aquel que no tiene para conmigo sino bondades: á aquel á quien debo amar únicamente: á el que me protege, y que se declara enemigo de los que me aborrecen? Y como insistiese siempre el Proconsul en hacerle jurar por la fortuna del Emperador: ¿Por qué, le dixo Policarpo, me instais á que jure por la fortuna del Cesar? ¿Ignorais quál es mi Religion, y no sabeis que soy Christiano? Si deseais saber de mí qué doctrina es esta, dadme un dia, que yo estoy pronto á instruiros en ella luego que esteis dispuestos á oirme. Al pueblo es, replicó el Proconsul, y no á mí, á quien es necesario satisfacer: á él es á quien debeis dar cuenta de vuestra creencia. ¿A él? preguntó Policarpo. El es indigno de esto: mas por lo que á vos toca, yo debo esta dilacion á vuestra dignidad, con

tal

tal que no abuseis de ella para precisarme á hacer alguna cosa contra mi obligacion. Así es como la Religion, de que os hablo, nos enseña á dar á las Potestades de la tierra el honor que les es debido. Ah! ya eso es demasiado, respondió con aspereza el Juez; y no sabes tú que tengo yo leones, y osos prontos para vengar los agravios de nuestros Dioses? Que salgan esos leones, y esos osos, dixo Policarpo: que vengan á saciar sobre mí su rabia, y vuestro furor: valeos para arrancarme, si fuese posible, cien veces la vida, de todo quanto la crueldad de los tiranos ha podido inventar de suplicios, que yo triunfaré en los tormentos: veré correr mi sangre con alegría, y la grandeza de mis penas será la de mi gloria: mi alma está dispuesta á todo. Yo no temo ni el dolor, ni la vergüenza. Tú me provocas, le instó el Proconsul; y una audacia presuntuosa, te hace despreciar la ferocidad de las bestias: ya veremos si esa firmeza podrá resistir al fuego. Ese fuego con que me amenazais, dixo Policarpo, se pasará bien breve: una hora, ó dos amortiguarán su ardor; pero el que el soberano Juez ha encendido para abrasar á los impíos, y que vosotros no conoceis, no se apagará jamás. ¿Pero de qué sirve todo este discurso? Acabad de hacer de mí todo lo que vuestra crueldad os aconseja: y si os viene al pensamiento algun nuevo género de martirio, no temais hacérmelo padecer.

Luego que el santo Martir pronunció estas úl-

últimas palabras, su rostro apareció bañado de una luz celestial: admiróse el Proconsul; pero no dexó de hacer gritar por un Rey de Armas: Policarpo insiste en confesar que es Christiano. El Pueblo, no bien apenas hubo oido esta declaracion, quando entró en furor, y todos quantos Judíos, y Gentiles se hallaron por entonces en Esmirna, á una voz exclamaron, pidiendo la muerte de Policarpo. Gritaban confusamente: Ese es el padre de los Christianos, el Doctor del Asia, el enemigo de nuestros Dioses, el profanador de sus Templos: este hombre es el que iba por todas partes destruyendo nuestra Religion, y condenando el culto de los Dioses inmortales: que muera, y halle en fin lo que busca tanto tiempo há. Encamínanse á Felipe, que era Asiarca (1): quiérenle obligar á soltar uno de los leones: resístese á ello, fundado en que la hora de los espectáculos había ya pasado. En fin, conviénense todos estos furiosos en pedir que se queme al santo viejo; y de este modo dan lugar, sin pensar en ello, al cumplimiento de su profecía. Esto es lo que él mismo hizo advertir á los Christianos que le acompañaban; porque interrumpiendo su oracion, y volviéndose hácia ellos con un rostro mas magestuoso que lo acostumbrado, les dixo: Reconoced ahora, hermanos mios, la verdad de mi sueño.

En-

(1) Asiarca, aquel que era elegido por el Consejo comun de toda el Asia, para tener la Intendencia de todo lo que pertenecía á la Religion, cuya parte componian los espectáculos.

Entretanto el pueblo corre á los baños públicos, rompe las puertas de las oficinas, y saca todo quanto puede servir para formar una hoguera. Los Judíos, segun su costumbre, se señalaron en esta ocasion, y se mostraron los mas furiosos de todos. Hecha la hoguera de todas aquellas materias combustibles, se la pone fuego. Acercóse á ella S. Policarpo. Quitóse su ceñidor, y su túnica primera, y despues se baxó para quitarse sus sandalias: lo que él no había acostumbrado hacer; porque los Fieles tenian por su virtud tan grande veneracion, que cada uno anhelaba á hacerle este oficio, para poderle besar sus sagrados pies. Disponíanse para atarlo á la hoguera con cadenas de hierro, segun lo que se practicaba ordinariamente en estas ocasiones; pero pidió que se le dexase así como estaba. Aquel que me ha dado, añadió, la voluntad de sufrir por él, me dará tambien la fuerza: él suavizará la violencia del fuego, y me hará la gracia de poder soportar su ardor. Y así se contentaron con atarle las manos atrás con cuerdas: y en este estado subió sobre la hoguera, como sobre un altar, para ser en él ofrecido á Dios, como una víctima escogida en todo el rebaño, y para ser allí consumido como un holocausto de agradable aceptacion. Levantando despues los ojos al cielo, pronunció estas palabras, que fueron las últimas de su vida: " Dios de los Angeles, Dios de los
» Arcángeles: gran Dios, que habeis destruido
» el pecado, y que destruiréis un dia la muerte:
» Mo-

» Monarca soberano del cielo, y de la tierra:
» protector de los justos, y de todos aquellos que
» andan en vuestra presencia: yo os bendigo, Dios
» mio: yo, que soy el menor de vuestros siervos,
» y os doy gracias de que me habeis juzgado
» digno de padecer por vos. ¡Qué gloria para
» mí, Señor, el recibir de vuestra mano la co-
» rona del martirio! ¡Qué honor el poder acer-
» car mi boca al caliz en que Jesu Christo vues-
» tro Hijo se dignó beber! Ved aquí, Señor, ved
» aquí mi sacrificio ya casi acabado: antes que
» se acabe el dia, veré yo el cumplimiento de
» vuestras promesas. Seais, pues, bendito para
» siempre, Señor: vuestro adorable nombre sea
» glorificado en todos los siglos por Jesu-Chris-
» to, Pontífice eterno, y omnipotente; y todo
» honor os sea dado con él, y con el Espíritu
» Santo."

Apenas había acabado esta oracion, quando saliendo la llama de todas partes por entre la leña de la hoguera á gruesas llamaradas, se levantó hasta el ci lo. Pero queriendo Dios honrar á su siervo delante de los hombres, hizo un milagro, que por su novedad sorprendió á todos aquellos que su providencia había elegido, para que fuesen testigos de él, y que debian divulgarle despues por todas partes, como un monumento ilustre de su poder, y de la gloria de su fiel ministro. Porque estos remolinos de llama, formándose en una especie de arco, y estendiéndose á la derecha, y á la izquierda, representa-

ban una vela de navío inflada por el viento. Esta bóveda de fuego, suspensa en el ayre, cubría el cuerpo del santo Martir, sin que la menor chispa se atreviese, digamoslo así, á acercarse, ni á tocar sus vestiduras. Exhalaba este sagrado cuerpo un olor semejante al de un pan tierno, ó recien cocido, y su color se asemejaba al de un oro puro, que sale del horno, y que por su resplandor recrea la vista. Además de esto, se sentía como un mixto agradable de todas suertes de perfumes, que disipaba el mal olor, que por lo comun sale de los cuerpos que el fuego consume. Esta maravilla pasmó á los enemigos de nuestra Religion: estaban convencidos por sus propios ojos, que el cuerpo de un Christiano se había llegado á hacer respetable al mas furioso de todos los elementos. Mandóse, pues, á uno de aquellos que tenian cuidado de atizar, y echar leña en la hoguera, que se acercase á ella, y reconociese de mas cerca la verdad del prodigio. Habiendo este hombre hecho su relacion, se le dixo que fuese á pasar con un puñal el cuerpo del Santo: hízolo así; y al mismo punto salió una abundancia tan grande de sangre, que apagó el fuego. Vióse tambien una paloma salir de en medio de aquellas olas de sangre, y tomar su vuelo hácia el cielo. Este tropel de milagros no causó menos terror que espanto á todo aquel pueblo. Confesaba que se hallaba una gran diferencia entre la muerte de los Christianos, y la de los demás hombres; y muchos se vieron obli-

obligados á reconocer la santidad, y la grandeza de nuestra Religion, sin tener con todo eso fuerza para abrazarla. De este modo es como Policarpo, Obispo, y Doctor de la Santa Iglesia de Esmirna, consumó su sacrificio.

Pero el demonio, aquel irreconciliable enemigo de los buenos, habiendo sido testigo, á pesar suyo, de la gloria que había acompañado al martirio de S. Policarpo, y cómo una vida ilustre por un gran número de virtudes, era coronada con una muerte llena de maravillas, puso sugestiones para que los Christianos no pudiesen tener el cuerpo de este santo Martir, aunque muchos deseasen poder hurtar este tesoro, y hubiesen ya intentado retirarle del medio de la hoguera. Para este efecto se sirvió de los Judíos, á fin de insinuar en el espíritu de Nicetas, padre de Herodes, y hermano de Aleo, el pensamiento de ir á verse con el Proconsul, y suplicarle negase estas preciosas reliquias á qualquiera que viniese á pedirlas de parte de los Christianos, asegurándole que abandonarían el culto de Jesu-Christo por poner á Policarpo en su lugar, si podian tener sus reliquias: como si pudiésemos no reconocer mas á Jesu-Christo por nuestro Señor, despues que ha padecido por nosotros; y como si nos fuese permitido ofrecer á otro Dios que á él nuestras oraciones, y nuestros votos. Porque aunque honremos á los Mártires, y á los demás Fieles siervos de Jesu-Christo: aunque nos dirijamos á ellos para obtener por

su intercesion el poder gozar algun dia de la gloria que ellos gozan; no obstante, nosotros no adoramos sino al Hijo único de Dios, y solo á él damos los honores divinos. Pero volviendo á nuestro asunto, el Centurion que el Proconsul había enviado para apaciguar la disension movida entre los Judíos, y nosotros acerca del cuerpo del santo Martir, no halló otro medio para terminarla, que quemar aquellos sagrados despojos. Con todo eso, no dexamos de recoger algunos huesos, que el fuego había perdonado, y que conservamos como otras tantas piedras preciosas. Nuestra Iglesia se ha congregado para celebrar con una santa alegría el dia de este dichoso nacimiento, habiéndonos hecho conocer el Señor su voluntad.

Así acabó la vida de S. Policarpo, que mezcló su sangre con la de otros doce Mártires de Filadelfia: pero su gloria, igual á su mérito, y á su dignidad, le pone en una clase distinguida; y toda el Asia le llama siempre el Maestro, y el Doctor. Amemos el ser sus discípulos, como él amó el serlo de Jesu-Christo. Unámonos á los Apóstoles, y á todos los justos de la Iglesia, del cielo, y de la de la tierra, y bendigamos todos á una voz á Dios Padre Todopoderoso: bendigamos á Jesu-Christo nuestro Señor, Salvador de nuestras almas, Maestro de nuestros cuerpos, y Pastor de la Iglesia universal: bendigamos al Espíritu Santo, por quien todas las cosas nos son reveladas. Muchas veces nos habeis insinuado el de-

deseo què teniais de que se os escribiesen las circunstancias del martirio del bienaventurado Policarpo: nosotros hemos tenido mucho gusto, y complacencia en satisfacer una curiosidad tan justa, y tan santa; y os enviamos por nuestro hermano Marciano una relacion sucinta, pero exâcta, de todo lo que ha pasado en esta preciosa muerte: dad parte de ello á las otras Iglesias, á fin de que el Señor sea bendito en todos los lugares, y que todos los hombres reverencien la eleccion que su gracia hace de los escogidos. A él sea la gloria, el honor, el poder, y la grandeza por Jesu-Christo nuestro Señor, en todos los siglos futuros. Saludad á todos los Santos: los que estan aquí con nosotros, lo hacemos así con vosotros. Evaristo, que ha escrito esto, os saluda igualmente, y toda su familia tambien.

S. Policarpo padeció el martirio el dia veinte y cinco de Abril á las dos de la tarde. Fue preso por Herodes, siendo Pontífice, ó Asiarca Felipe de Trales, y siendo Proconsul Estacio Quadrato. Sean dadas mil gracias á Jesu-Christo nuestro Señor, á quien pertenece la gloria, y el mando soberano en toda la eternidad.

Esto ha sido trasladado de la copia de Ireneo, discípulo de Policarpo, por Gayo. Y yo Pionio lo he escrito del precedente exemplar, despues que lo hube buscado, y que Policarpo me lo hubo dado á entender por revelacion. Quiera Jesu-Christo recibirme en su reyno con sus escogidos. A él solo sea la gloria, con el Padre,

y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

MARTIRIO
DE S. TOLEMEO,
DE S. LUCIO, Y DE OTRO SANTO MARTIR,
CUYO NOMBRE SE IGNORA.

Sacado de la Apología de S. Justino Martir, en el cap. 17. del lib. 4. de la Histor. Ecles. de Eusebio, de la edicion de M. de Valois.

Año de Jesu-Christo 166. en el imperio de Marco Aurelio.

HAbía en Roma una muger pagana, cuyo marido era sumamente estragado. Tuvo siempre por él un afecto enteramente perdido. Pero habiendo recibido las luces de la Fé, renunció al punto sus desvaríos: llegó á ser modesta; y guardando una gran circunspeccion en el uso de los placeres legítimos, emprendió persuadir á su marido á vivir de un modo mas casto que hasta entonces. La mudanza que apareció en esta muger, fue un efecto de la doctrina santísima del Christianismo, quien además de las máximas de una vida pura, como la que él propone, aún está todo lleno de amenazas contra los que deshonoran sus cuerpos por impurezas que condena el Evangelio, como la razon misma. Pero sordo este hombre á los sabios consejos de

su muger, no daba oidos mas que á la voz, y á los movimientos impetuosos del infame deleite, de que se había hecho esclavo. Continuaba siempre en exîgir de la que el matrimonio le había sujetado, cosas que la naturaleza misma no podía permitirle que condescendiese. Un desorden tan vergonzoso, le hizo perder enteramente todo quanto amor había podido engendrar la union conyugal en el corazon de esta esposa, que había llegado á ser casta: pensaba ella tambien en separarse de un marido tan indigno de su estimacion, y de su afecto. Sus parientes desde luego se opusieron á esta resolucion: aconsejáronla defiriese la execucion por algun tiempo, esperando que por su dulzura, y su exemplo podría atraherle á una vida mas arreglada. Consintió en ello, aunque con una suma repugnancia. Pero habiendo sabido en fin, que en un viage que hizo á Alexandría, se había arrojado á desórdenes todavía mas vergonzosos, y mas enormes, le pareció que si habitaba mas largo tiempo con él, se haría cómplice de sus delitos: resolvióse, pues, á retirarse; y rompiendo toda comunicacion con él, le hizo saber su divorcio.

Esta delacion jurídica, y autorizada por las leyes, irritó al marido hasta lo sumo; y en lugar de darse el parabien de tener una muger, que no solamente renunciaba por un principio de Religion una vida llena de excesos, y de brutalidad, sino que tambien se esforzaba á retirarle á él mismo de ella: en lugar, digo, de tener un

reconocimiento, y admiracion por una muger tan virtuosa, se hizo su delator, y la acusó de ser Christiana. Acudió ella desde luego á la justicia del Príncipe: presentóle un memorial, en que le exponía el estado de sus negocios domésticos: le pedía que le fuese permitido el ponerlos en orden, y prometía responder despues á la acusacion que se había intentado contra ella. Lo que la fue concedido.

Esta orden del Emperador detuvo las instancias del marido, y suspendió los sangrientos efectos del odio, que tan injustamente había concebido contra su muger; pero le convirtió todo contra un Christiano llamado Tolemeo, que había dado á esta muger la primera tintura de nuestra Religion. Resolvió, pues, el perderle; y con este ánimo se va á casa de un Centurion amigo suyo, lo delata, persuádele que lo prenda, y qué no le pregunte mas que sobre un solo capítulo, á saber, si era Christiano. Tolemeo, á quien la sombra misma de la mentira le daba en rostro, y cuya alma llena de candor, no podía sufrir el menor disfraz, respondió sin detenerse, que era Christiano. Esta confesion hizo que el Centurion le tratase con una extrema dureza, y lo tuviese largo tiempo en una oscura prision. En fin, llevado delante del Prefecto Urbicio, este Juez no le preguntó mas que si era Christiano. El, que estaba persuadido á que la doctrina de Jesu-Christo es una fuente fecunda de toda suerte de bienes; y que el único medio de ser feliz

es el atenerse á sus máxîmas, no dudó ni un momento, y respondió valerosamente segunda vez que era Christiano. Porque lo demás, qualquiera que niega la Religion Christiana, no lo puede hacer sino por dos motivos: ó porque la cree indigna de sí, ó porque sus costumbres lo hacen indigno de ella. Pero ni uno, ni otro motivo pueden obrar sobre un verdadero Christiano.

Habiendo dado Tolemeo de este modo testimonio de la verdad, y de la Religion que profesaba, recibió inmediatamente la recompensa de su generosa sinceridad. Fue, pues, condenado á muerte. Y como se le llevase al suplicio, Lucio, que era Christiano como él, y que no tenía el alma menos grande, fue tocado, y compadecido de un juicio tan iniquo; y fue á verse con Urbicio. ¿Qué justicia es esta, le dixo, acercándose á él, que os hace condenar á un hombre á perder la vida, porque lleva un nombre que os es odioso? ¿Pues qué, sin ser ni adúltero, ni homicida, ni usurpador de los bienes agenos, ni culpable de ningun otro delito, basta para merecer la muerte en el tribunal del Prefecto Urbicio el confesar que uno es Christiano? Creedme, que esta horrible injusticia no conviene á los tiempos en que vivimos. Por este medio deshonrais la piedad de nuestros Emperadores, y haceis injuria á la equidad del Senado. ¿No eres tú tambien Christiano? interrumpió el Prefecto: ¿Tú que te atreves á hablarme

á

á mí de esta manera? ó á lo menos me parece que tú tienes el lenguage, y los modales de ello. Habiéndolo confesado Lucio, el Prefecto le envió al suplicio inmediatamente despues de Tolemeo. Yo te doy las gracias, Urbicio, le dixo este soldado de Jesu-Christo yendo á la muerte, de que me quites al mas malo de todos los amos, por darme al mejor de todos los padres. Habiendo llegado otro tercer Christiano, y hecho al Juez las mismas reprehensiones, participó con los dos primeros, así de la ignominia de su muerte, como de la gloria de su triunfo.

ACTAS DE S. JUSTINO, FILOSOFO, Y MARTIR, Y DE SUS COMPAÑEROS.

Sacadas de Surio, y de otros Autores impresos.

Año de Jesu-Christo 167. en el imperio de Marco Aurelio.

IMperando Marco Aurelio, algunas personas apasionadas por el culto de los Idolos, alcanzaron de él que se publicasen en todas las Ciudades del Imperio edictos contra los que hacian profesion de la verdadera Religion. Contenian estos edictos, que en qualquiera lugar que se hallase un Christiano, se le prendiese, y que se le obligase al punto á sacrificar á los Dioses.

En-

Entónces fue quando Justino, y los que estaban con él, fueron arrestados, y conducidos á Roma, en donde se les hizo comparecer en el Tribunal de Rústico, Prefecto de la Ciudad. Dirigiéndose este Magistrado á Justino, le dixo: ¿No quieres tú obedecer á los Dioses, y al Emperador? Justino le respondió: Qualquiera que obedeciere á Jesu-Christo nuestro Salvador, no podrá ser jamás condenado. ¿Qué ciencia, ó qué arte profesas? continuó el Prefecto. Hasta aquí, respondió Justino, he trabajado en adquirir todos los conocimientos naturales, y humanos; y no hay género de erudicion alguna en que mi curiosidad no me haya hecho hacer algun progreso; pero en fin, ya me he fixado en la ciencia de los Christianos, aunque no sea del gusto de los que no le tienen sino por error. ¿Pues qué, miserable, volvió á preguntar Rústico, esa ciencia te puede agradar? Sí, sin duda, dixo Justino; porque me hace andar con los Christianos en el camino de la verdad, y porque contiene una doctrina recta, y pura. ¿Qué doctrina es esa? La que siguen los Christianos, que consiste en creer que no hay mas que un Dios, que ha criado todas las cosas que se ven, y todas aquellas que no estan sujetas á los sentidos: en reconocer á un Señor solo, que es Jesu-Christo Hijo único de Dios, predicho en otro tiempo, y anunciado á los hombres por los Profetas, que ha de venir á juzgar á todo el Género Humano. El es el que es el Autor de la salvacion, el que ha venido

á

á publicarla en el mundo. Gusta de ser el Maestro de los que quieren aprender de él las verdades que enseña. Pero yo, que soy un hombre sin inteligencia, confieso que tengo muy pocas luces para poder hablar de su divinidad de un modo que sea digno de ella: no toca sino á los Profetas el penetrar en este abismo de grandeza, y ellos son quienes por inspiracion de Dios han predicho la venida de aquel que yo acabo de llamar su Hijo, y la anunciaron muchos siglos antes que apareciese sobre la tierra. Preguntóle el Prefecto dónde se juntaban los Christianos. Justino le respondió, que era libre á cada uno el hallarse en qualquiera parte que pudiese. ¿Pensais acaso, continuó él, que tenemos nosotros algun lugar determinado en donde ordinariamente tenemos nuestras asambleas? No por cierto. Sabed que el Dios de los Christianos no está limitado á un lugar: es inmenso, como tambien invisible, y llena el cielo, y la tierra: de este modo es adorado en todo lugar, y cada fiel le puede rendir omenage en donde quiera que se halle. Yo quiero saber, instó el Prefecto, en dónde os juntais todos, y particularmente el lugar en donde tus discípulos te van á oir. Yo os diré de muy buena gana en dónde vivo, respondió Justino: hasta ahora he vivido inmediato á un hombre llamado Martin, y frente al Baño Timotino. Esta es la segunda vez que vengo á Roma: yo no conozco ninguna otra posada; porque si alguno ha querido venirme á ver, no le

he

he ocultado la doctrina de la verdad, y con mucho gusto le he comunicado lo que sabía. ¿Luego tú eres Christiano? le dixo el Prefecto. Sí que lo soy, respondió Justino.

Entonces, volviéndose el Prefecto hácia Cariton, le dixo: ¿Y tú eres tambien Christiano? Respondióle este: Sí lo soy por la gracia de Dios. Hizo el Prefecto acercar á una muger llamada Caritaina, y la preguntó si era Christiana; y ella dixo, que era Christiana por la misericordia del Señor. Preguntó el Prefecto á Evelpisto sobre su Religion, y de qué condicion era. Evelpisto respondió: Yo soy esclavo del Emperador; pero soy Christiano, y liberto de Jesu-Christo; y por un efecto de su bondad, tengo la misma esperanza que tienen estos que veis, y vivo como ellos en la misma espectacion. Dirigióse despues el Prefecto á Hierax, y le preguntó si era Christiano. Ciertamente, respondió Hierax, soy Christiano, y adoro al mismo Dios que los otros adoran. ¿Es ese Justino, dixo el Prefecto, quien te ha hecho Christiano? Por lo que á mí toca, respondió Hierax, yo he sido Christiano, y lo seré. Uno llamado Peon, que estaba presente, dixo en alta voz: Yo tambien soy Christiano. ¿Y quién te ha instruido? replicó el Prefecto. Mis padres, respondió Peon. Evelpisto añadió: Yo oía con placer las instrucciones de Justino, pero tambien he aprendido de mis padres á ser Christiano. Díxole el Prefecto: ¿Dónde estan tus padres? Estan en Capadocia, respondió Evelpisto. Hizo el

Pre-

Prefecto la misma pregunta á Hierax, que le respondió de esta manera: Nuestro verdadero padre es Jesu-Christo, y la Fé es nuestra verdadera madre: por ella es por quien nosotros creemos en él. Por lo que toca á los padres que yo he tenido sobre la tierra, digo que ya se han muerto. En quanto á lo demás, yo he sido sacado de la Frigia (1), y desde allí me han trahido aquí. Preguntó el Prefecto á Liberiano, qué decía él, y si era tambien Christiano, é impío para con los Dioses? Liberiano respondió que era Christiano, y que adoraba al verdadero Dios.

Volviendo otra vez el Prefecto á Justino, le dixo: ¿Escuchas tú, que haces de orador, y que te precias de eloqüencia, y de doctrina: tú que crees poseer la verdadera sabiduría; quando yo te hubiere hecho desgarrar á azotes desde la cabeza hasta los pies, piensas tú subir al cielo en este estado? Yo espero, respondió Justino, que si sufro por Jesu-Christo el suplicio con que me amenazais, recibiré de él lo que ya han recibido los que han guardado sus preceptos; porque sé que la gracia de Dios está reservada hasta el fin del mundo para todos aquellos que hubieren vivido de este modo. ¿Luego tú te imaginas, le dixo el Prefecto, que te aguarda una gran recompensa en el cielo? No lo imagino, lo sé; y estoy tan convencido de ello, que no tengo la menor duda. Díxole el Prefecto: Dexemos todo eso,

(1) De Iconium.

eso, y vamos al punto, y á lo que es mas urgente: juntaos todos, y animados de un mismo espíritu, preparaos para sacrificar á los Dioses. Tomando Justino la palabra por todos, dixo: Todo hombre cordato jamás abandonará la verdadera piedad, por seguir la impiedad, y el error. El Prefecto le dixo: Si no obedeceis á nuestra orden, podeis esperar el ser tratados sin alguna misericordia. Respondió Justino: Nada deseamos con mayor ardor, que padecer por nuestro Señor Jesu-Christo, y de llegar á verlo por medio de los tormentos. Este es quien nos dará la recompensa en su recto tribunal, donde todos los hombres han de comparecer para ser juzgados. Dixeron todos lo mismo, y añadieron: Haced lo que quisiéreis: nosotros somos Christianos, y no sacrificamos á vuestros Idolos.

Oido esto por el Prefecto, pronunció esta sentencia: Mando que los que no han querido sacrificar á los Dioses, ni obedecer á las órdenes del Emperador, sean azotados con varas, y conducidos al lugar del suplicio para perder allí la vida degollados, como lo mandan las leyes. Fueron, pues, llevados estos santos Mártires al lugar donde se ajusticiaban los delinqüentes; y allí entre las alabanzas, las acciones de gracias, y las bendiciones que daban á Dios, fueron primero azotados, y despues se les cortó la cabeza, confesando á su Salvador hasta el último suspiro. Despues de su muerte, levantaron algunos Fieles secretamente sus cuerpos, y los enterraron en lugar decente.

CAR-

CARTA
DE LAS IGLESIAS DE VIENA, Y DE LEON,
QUE CONTIENE EL MARTIRIO
DE S. POTIN, OBISPO DE LEON,
y de otros muchos Santos Mártires de la misma Ciudad.

Sacada de la Histor. Ecles. de Eusebio, lib. 5.

Año de Jesu-Christo 177. en el imperio de Marco Aurelio.

LOS siervos de Jesu-Christo, que viven en Viena, y en Leon, Ciudad de la Galia Céltica; á sus hermanos de Asia, y de Frigia, que tienen la misma Fé, y que esperan en el mismo Redentor, la paz, la gracia, y la gloria le sean dadas por la misericordia de Dios Padre, y la mediacion de Jesu-Christo nuestro Señor. Nuestras palabras jamás podrán explicar, ni pintar nuestra pluma todos los males que el ciego furor de los Gentiles les ha inspirado contra los Santos; ni todo lo que su cruel animosidad ha hecho padecer á los bienaventurados Mártires. Nuestro comun enemigo ha reunido todas sus fuerzas contra nosotros: pero habiendo formado el designio de nuestra pérdida, ha trabajado en ella poco á poco, y ha comenzado prime-

mero á hacernos sentir algunas señales de su odio; porque en fin, nada ha olvidado él de todo quanto sus malvados artificios le han podido sugerir de medios para perder los siervos de Dios; y no hay ni afrentas, ni injurias, ni tormentos que su malignidad no le haya hecho emplear contra ellos. Insensiblemente ha ido acostumbrando á sus Ministros á aborrecerlos, y sus malos tratamientos han sido como preludios de los males horribles, en donde por fin los ha precipitado. No solamente se les echaba de las casas, de los baños, de la plaza pública; pero ni aun sufrian que ninguno compareciese en lugar alguno.

Pero la gracia de Dios ha combatido por nosotros, y el demonio ha sido vergonzosamente vencido. Habiendo puesto esta gracia del todo poderosa á los mas débiles fuera del combate, y al abrigo del peligro, no ha expuesto sino á los mas valientes á los tiros del enemigo. Estos generosos soldados de Jesu-Christo, como otras tantas firmes columnas, han permanecido inalterables á todos sus golpes; y oponiendo sus cuerpos á la impetuosidad de sus olas, solos ellos han sostenido valientemente todo lo fuerte del combate. Habiéndose, pues, avanzado hácia este implacable enemigo, y habiéndolo juntado de cerca, al principio se vieron cubiertos de todas suertes de oprobrios: pero atropellando por todo aquello que parece mas penoso á la naturaleza, y mas formidable al espíritu, no han tenido en ello otra mira que la gloria que Jesu-Christo les

 mos-

mostraba: han caminado hácia ella mostrando á los hombres con su exemplo á no temer los males de esta vida, que no tiene proporcion alguna con la felicidad de la otra. Padecieron, pues, con una constancia admirable los clamores de un pueblo furioso, sus rabias, y su ferocidad: ellos han sufrido el ser azotados, arrastrados por el suelo, despojados de todos sus bienes, molidos baxo montones de piedras, metidos en prisiones oscuras: en una palabra, han padecido todo lo que un populacho brutal, y entregado al espíritu de odio, hubiera podido emprender contra los enemigos mas conjurados á su ruina.

Mas para observar algun orden en esta relacion, sabreis, muy amados hermanos nuestros, que estos siervos de Dios, despues de haber pasado por estas diversas pruebas, fueron en fin conducidos á la plaza pública por un Tribuno, y por los Magistrados de la Ciudad; y allí preguntados en presencia de un tropel de pueblo, y sobre su confesion juzgados culpables, se les hizo poner en prision hasta la llegada del Presidente (1). Algunos dias despues, habiendo venido el Presidente á Leon, los llevaron á su presencia; pero este apasionado Juez los trató al principio con tanta dureza, que Epagato, que se halló presente, no pudo dexar de mostrar su indignacion. Era este Christiano, y se abrasaba de un

(1) Presidente, esto es, un Subdelegado del Emperador, ó Teniente General de la Provincia: *Legatus Cæsaris*. Vales.

un ardiente amor de Dios, y de una caridad del todo santa por el próximo. Sus costumbres eran tan puras, y su vida tan austéra, que aunque en una edad poco avanzada, se le comparaba al santo viejo Zacarías, padre del incomparable Juan Bautista; porque andaba en todos los caminos del Señor, y cumplía sus preceptos, sin dar á nadie el menor motivo de quexa: siempre pronto á servir á Dios, á la Iglesia, y al próximo: animado siempre del zelo de la gloria de su Maestro: lleno siempre de fervor por la salvacion de sus hermanos. Siendo, pues, qual acabamos de representarle, no pudo sufrir el injusto proceder del Gobernador, sino dexándose llevar de los movimientos de una justa cólera, pidió que se le permitiese decir una palabra para defender la inocencia de sus hermanos: ofreciéndose á mostrar que la acusacion de impiedad, y de irreligion, de que se les imputaba, no era mas que una pura calumnia. Pero levantáronse al instante contra él mil confusas voces al rededor del tribunal (porque era muy conocido en la Ciudad); y ofendido el Juez por otra parte de la súplica tan justa que le había hecho, de poder hablar en favor de los acusados, habiéndole preguntado inmediatamente si era Christiano, lo confesó en alta voz, y al punto fue puesto con los Mártires, dándole el Juez por burla el glorioso renombre de Abogado de los Christianos, y haciendo su elogio, sin pensar en ello, en una sola palabra. Pero tenía él mismo al Espíritu

Santo por abogado, que le protegía, y le llenaba con mucha mayor abundancia que lo hizo con Zacarías, puesto que le inspiró el presentarse á una muerte cierta, por la defensa de sus hermanos; y que en esto fue verdaderamente pariente de Jesu-Christo, y un perfecto imitador del Cordero, á quien sigue ahora por todas partes en el cielo.

Este exemplo animó á los demás Christianos, que pusieron su gloria en darse á conocer, y distinguirse de los Paganos, entre los quales habian vivido hasta entonces confundidos. Hubo muchos que preparados por largo tiempo á todo acontecimiento, se mostraron prontos á morir; y poniéndose á la cabeza de los Fieles, hicieron con una alegría que brillaba sobre su rostro, y en el eco de su voz, la confesion de Mártires: pero tambien hubo otros, que por no exercitados en estos casos de turbacion, y venídose sin estar armados de fuerza, ó á lo menos sin haberse consultado sobre su flaqueza, dieron tristes señales de ella. Halláronse cerca de diez, que por su deplorable caida, nos causaron un dolor increible, é hicieron correr lágrimas entre la alegría que sentíamos de haber confesado á Jesu-Christo. Fue general la afliccion, y pasó hasta aquellos que, aun ocultos, andaban cerca de los Mártires para fortificarlos, y que no los dexaban de vista, aunque por este medio se expusiesen á un grandísimo peligro. Heridos de un mortal temor, vivíamos en una cruel incertidum-

bre

bre en quanto al éxîto que tendría este negocio. no porque los tormentos, ni la muerte nos diesen miedo; pero no atreviéndonos á mirar lo futuro sino con temblor, temíamos siempre que alguno de nosotros viniese á caer á nuestros ojos. Verdad es que el número de los que habian caido, fue bien presto felizmente reemplazado por los mas considerables, que todos los dias los estábamos deteniendo. De suerte, que los primeros de una, y otra Iglesia, y que por su industria, y sus trabajos las fundaron, todos fueron puestos en prision. Hubo tambien algunos de nuestros esclavos, que aunque paganos, fueron arrestados, dando el Gobernador órdenes muy estrechas de no dexar escapar á ninguno de nosotros, ni de los nuestros. Pero estas almas baxas, y serviles, estos pérfidos siervos, ó aterrados por la vista de los suplicios, que veían padecer á sus amos, ó incitados por el demonio, aquel espíritu de mentira, ó estimulados por los soldados, gentes poco religiosas, renovaron contra nosotros las antiguas, y crueles calumnias con que los Paganos tantas veces han oscurecido nuestra reputacion, y la inocencia de la Iglesia. Echáronnos en cara aquel festin sangriento de Tieste (1), y aquellos incestuosos abrazos de Edipo (2), y otros delitos, en los quales no nos atrevemos á pensar, y aun mucho menos á escribir, ni creer que

(1) Tieste se comió á su propio hijo en un festin que Atreo su hermano le hizo. (1) Edipo casó con su madre.

se pudiese hallar un solo hombre, que se atreva á cometerlos. No obstante, apenas se esparcieron estas falsas acusaciones entre el pueblo, quando los ánimos se exâsperaron con tanto furor contra nosotros, que si hasta entonces se encontraba alguno, que por algun enlace de sangre, ó de amistad se hubiese mostrado moderado para con nosotros, esta violenta deposicion de delitos imaginarios, al punto lo estrañaba, y lo hacía nuestro mas cruel enemigo. Veíase por entonces cumplirse aquella prediccion de Jesu-Christo: Vendrá tiempo en que se creerá hacer un acto de religion, dándoos la muerte. Y en efecto, estos santos Mártires sufrieron tormentos tan horribles, que el demonio se prometía sin duda, que su constancia podría en fin ser vencida, ó atemorizada su fé.

Pero el furor del Presidente, y el odio del pueblo, y de los soldados, se encendió particularmente en la persona de Santo, natural de Viena, y Diácono de la Iglesia de Leon. No estuvo menos expuesto Maturo, como tambien Atalo de Pérgamo. Aquel aún era neófito; pero mostró una generosidad digna de un antiguo Atleta de Jesu-Christo; y este siempre fue el apoyo, y una firme columna de nuestra Iglesia. En fin, ni la consideracion del sexô, respetable á las naciones mas bárbaras, pudo librar á Blandina; pero Jesu-Christo quiso hacer ver en la persona de esta Santa, que lo que parece vil á los ojos de los hombres, merece muchas veces que Dios lo honre

por

por sí mismo; porque vé una caridad ardiente, y sólida, que cuidando poco de brillar en lo exterior por una vana apariencia, se reserva toda para alguna accion heroica. Estábamos todos llenos de temor por ella; y especialmente su ama, que combatía valerosamente entre los otros Mártires, no podía disimular el temor en que se hallaba, de que viniendo á ceder la complexîon delicada, y el cuerpo debil de su esclava, á la violencia de los tormentos, careciese de fuerza para confesar á Jesu-Christo; pero su gran corazon sostuvo de tal suerte la debilidad de su cuerpo, que los verdugos, que desde la mañana hasta la noche, mudándose sin cesar, habian apurado sobre ella todo quanto su crueldad les sugería de variedad de castigos, se vieron obligados á rendirse; y confesándose vencidos por una niña, confesar igualmente que no podian concebir cómo un alma podía quedar en un cuerpo tan desgarrado, y herido por todas partes; siendo mas que suficiente uno solo de los tormentos, para hacerla salir por tantas brechas. Pero esta admirable esclava, así como un invencible Atleta, volvía á tomar nuevas fuerzas quando se mudaba de tormento: hallaba en la confesion del sagrado nombre de Jesu-Christo una secreta virtud, que casi la hacía insensible al dolor: dexaba de padecer todas las veces que pronunciaba estas palabras: Soy Christiana: no, no, entre nosotros no se comete ningun delito.

Por otra parte, Santo sufría con un valor su-

perior á la naturaleza humana todo quanto la inhumanidad mas refinada del hombre le hacía padecer; y aunque estos impíos esperasen á cada momento, que la violencia de tantos males le arrancaría por fin alguna palabra indecente, ó poco religiosa: engañó tan bien sus esperanzas, que no pudieron saber de él ni su nombre, ni de qué Provincia era, ni el lugar de su nacimiento, ni si era libre, ó esclavo; pero no respondiendo á sus preguntas sino estas palabras en lengua romana: Yo soy Christiano, comprendía en esta sola expresion su nombre, su país, su familia, su condicion, y generalmente todo quanto era. Este silencio sirvió solamente para hacer crecer el furor del Presidente, y sus ministros aun mas terco; hasta que despues de haber empleado en vano contra este invencible Martir todos los tormentos que les pudieron ocurrir, acudieron en fin á planchas de cobre ardiendo, que aplicaron á las partes mas delicadas, y mas sensibles de su cuerpo. Hizo el fuego su efecto; pero el Martir, inmoble en su fé, no lo fue menos en la situacion en que tuvo á su cuerpo; y derramando entonces Jesu-Christo sobre sus abrasados miembros el agua toda divina de su gracia, templaba su ardor mortal. En fin, ya no era este un cuerpo humano: era sí un monton confuso de carnes penetradas, desgarradas, sangrientas, y medio consumidas. Apenas se podía percibir en él alguna figura: todos los miembros estaban, ó encogidos, ó mutilados, ó no ocupaban ya su lugar natural; pe-

pero este cuerpo, por desfigurado que estaba, no dexaba de tener á Jesu-Christo, que le animaba, y obraba en él maravillas dignas de su omnipotencia. Servíase de estas informes reliquias de la crueldad de un tirano para confundir al enemigo, vencerle, y destruir su poder. Servíase de él para enseñar á los Fieles, que la caridad del Padre no debe dexar ningun temor, y que la vista de la gloria del Hijo, debe quitar todo sentimiento de dolor. Porque sedientos estos monstruos de la sangre del santo Martir, habiéndole vuelto á tomar para atormentarle de nuevo, se imaginaron que si volvian á poner, y meter el hierro, y el fuego en sus llagas, todas aún entumecidas, y todas hinchadas, su constancia sería en fin vencida por un tormento tan horrible, puesto que en este estado apenas se puede sufrir la mano mas suave, y mas ligera; ó que entregando el espíritu en tan terribles penas, infundiría el terror en el de los otros. Pero nada sucedió de quanto pretendian; porque contra la esperanza de todos, restablecido perfectamente su cuerpo, se halló pronto á padecer nuevos tormentos; de suerte, que esta segunda prueba á que fue expuesto, no fue un nuevo tormento, sino un remedio á sus primeras heridas.

Biblis era del número de los que habian renunciado á Jesu-Christo. Contábala el demonio entre sus cautivos; pero aún quería obligarla á juntar la blasfemia á la infidelidad. Condúxola, pues, al lugar en que se atormentaba á los Már-

ti-

tires; y habiendo ya experimentado su flaqueza, esperaba hacerla decir todo quanto él quisiese en deshonor de los Christianos. Pero volvió en sí luego que puso los ojos en la variedad de castigos, que le excitaron en el pensamiento los del infierno: y saliendo como de un profundo letargo, exclamó, y dixo: ¡Qué malvados sois! ¿Cómo os atreveis á acusar á los Christianos de comer la carne de un niño, siendo así que no les es permitido tocar á la sangre de las bestias (1)?

Empleados estos diversos tormentos sin ningun efecto; y habiendo embotado Jesu-Christo por la fuerza de su gracia toda la punta del dolor, y hecho á la constancia de los Mártires victoriosa, inventó el demonio uno de los mas crueles. Hizo de manera que se los echase en una prision incómoda, y oscura, y que se llevase allí una máquina de madera, en la qual se ponian sus pies, que apartaban con violencia, hasta el quinto agugero de la máquina, adonde los amarraban con una cuerda. En este estado, el mas horrible que se puede imaginar, animados los verdugos por inspiracion del demonio, y reventando de rabia de haberse visto tantas veces vencidos por unas gentes medio muertas, amontonaban contra ellos todo quanto el arte de atormentar á los hombres les había enseñado. Y este último esfuerzo fue tan terrible, que muchos murieron en

(1) Esta costumbre autorizada por una ley de los Apóstoles, ha estado por algun tiempo todo en su vigor, y fuerza en la Iglesia.

en él, permitiéndolo Dios así para su gloria. Por lo que toca á los otros, no aguardaban de momento en momento sino la muerte; porque fueron tan violentos los tormentos padecidos, que no se creía pudiesen sobrevivir, aun quando se cuidase el curar sus llagas. No obstante, aunque abandonados de los hombres, no lo fueron de Dios, á quien acababan de confesar. Velaba en su conservacion, y dió la salud á sus cuerpos, y aumentó la fuerza, y el vigor de su alma. Sus mismas palabras, y su exemplo consolaban, y fortificaban á un tiempo á los que estaban con ellos. Pero los nuevos Confesores, que poco antes fueron presos, y cuyo cuerpo no estaba aún acostumbrado á tantas fatigas, perecieron todos en la prision en muy poco tiempo.

Con todo eso, el bienaventurado Potin, que gobernaba por entonces la Iglesia de Leon, y que en la edad de cerca de cien años, y en un cuerpo cascado de la vejez, hacía aparecer la valentía de una alma joven, y vigorosa, fue llevado por soldados, y conducido al pie del tribunal. La vista cercana del martirio había pintado sobre su rostro una viva alegría. Extenuados sus miembros por este gran número de años, y por los esfuerzos de una enfermedad, se hallaban solamente con alma, para hacer triunfar á Jesu-Christo con ella. Seguíanle el pueblo, y los Magistrados, llenándolo de oprobrios, como si hubiese sido él el mismo Jesu-Christo, por quien tienen tanto horror. Dió entonces este santo an-

ciano un ilustre testimonio de la divinidad de su Maestro. Porque preguntándole el Presidente quál era el Dios de los Christianos, le respondió: Tú podrás conocerle, si te haces digno de él. Pero apenas había acabado de hablar, quando el pueblo se echó sobre él, con todo el ímpetu de los animales mas feroces. Los que se hallaban cerca de él, le acometian á puñadas, y á empellones, sin respeto alguno á su edad; y los que estaban distantes, agarraban todo quanto tenian á mano, y lo arrojaban á él: creyendo unos, y otros cometer un delito, si guardáran alguna moderacion en este lance; y formándose al contrario un mérito para con sus Dioses de una cólera tan opuesta á la razon, y á la naturaleza. En fin, teniendo ya su alma este santo Obispo á pique de exhalarla, fue puesto en una prision, donde murió dos dias despues. Pero sucedió por una singular disposicion de la providencia, y por la misericordia infinita de Jesu-Christo, que los que habian renunciado la Fé al principio, quando fueron arrestados, los confundieron con los Mártires, y pusieron sin distincion alguna en las prisiones. En vano alegaron ellos su mudanza: su apostasía les fue enteramente inutil: ni tampoco sirvió sino de hacerlos mas infames. Porque los que siempre habian persistido en la generosa confesion del Christianismo, no fueron tratados sino como Christianos, sin que se les imputase otro delito; en lugar de que estos cobardes desertores fueron tratados como homicidas, y malvados,

y con un rigor mucho mas grande. Fuera de que la alegría que aquellos gustaban de haber confesado á Jesu-Christo, el amor tierno que sentian redoblarse por él en su corazon, y la esperanza de la recompensa, hacian sus cadenas ligeras, y endulzaban sus trabajos, mientras que estos experimentaban los remordimientos mas vivos de una conciencia inquieta, y delinqüente. Veíanse sobre el rostro de los unos brillar la alegría, junta con una dulce gravedad, y la magestad en medio del agrado. Parecian adornados de sus cadenas, como una esposa con sus brazaletes, y de las franjas de oro que bordan sus vestidos; y despedian al rededor de sí un olor todo celestial de Jesu-Christo; pero tan agradable, y tan dulce, que muchos creyeron exhalaban de sus sagrados cuerpos los perfumes mas exquisitos del Asia. Al contrario, los otros mostraban un semblante triste, y un aspecto vacilante: los ojos melancólicos, la cabeza caida, el rostro denegrido, poseído de la confusion: derrotados, horrorosos, y arrastrando unos vestidos llenos de inmundicias, sirviendo de objeto á las sangrientas sátiras de los Paganos, que les echaban en cara su cobardía: en una palabra, despues de haber perdido el bello nombre de Christiano, no pasaban mas que por unos homicidas, cuyo nombre infame les quedaba por única recompensa de su desercion. Este espectáculo digno de horror, y á un mismo tiempo de compasion, no contribuyó poco en asegurar á los otros en la Fé; y

si

si algun Christiano llegaba á ser preso, no aguardaba á que se le obligase para confesar, temiendo que el demonio se sirviese de esta dilacion para inspirarle algun pensamiento que pudiera, aunque fuese poco, alterar su firmeza.

Pasado algun tiempo, se pensó en terminar el martirio de nuestros Santos Confesores por diversos géneros de tormentos: permitiéndolo así la Providencia, á fin de que pudiesen ofrecer á Dios una corona compuesta de toda especie de flores, y para que la variacion de sus colores le deleitase. Por otra parte era justo que estos valientes Atletas, que habian sostenido diversos combates, alcanzando muchas victorias, recibiesen una corona inmortal. Destinóse, pues, á Maturo, á Santo, á Blandina, y á Atalo para el Anfiteatro; y en su consideracion se eligió un dia extraordinario para dar un espectáculo público de la inhumanidad pagana. Santo, y Maturo volvieron á pasar de nuevo por todos los tormentos que habian ya experimentado, como si nada hubiesen aún padecido; ó por mejor decir, como invencibles campeones, que despues de aterrado el enemigo, solamente aspiran á la gloria. Vieron luego correr su sangre por aquellas cicatrices, aún no consolidadas, que antes abrieron los azotes, al rigor de los dientes de las fieras, y de otros castigos, que un pueblo obstinado inventaba prontamente, y que al punto eran executados por los verdugos, atentos á las mas leves insinuaciones del concurso. En fin, pidieron que se pusiesen

los

los cuerpos de los Mártires en la silla, ó potro de hierro hecha asqua, en donde sus abrasados miembros exhalaban por todo el Anfiteatro un hedor insoportable á todo otro que á un pueblo cruel, que ponía en esto sus delicias. Pero su furor aun no se satisfizo con esto, y la constancia de los Mártires mas, y mas lo encendía. No obstante toda su actividad, jamás pudo sacar de la boca de Santo otra palabra que la que no cesaba de proferir desde el principio de su martirio: consumólo en fin, muriendo degollado. Maturo acabó el suyo del mismo modo. Y los dos ocuparon todo un dia la atencion de un número infinito de personas, dando solos un espectáculo qual muchos pares de Gladiatores acostumbraban á dar. Blandina fue atada á un poste, y expuesta á las bestias: y á su vista sus partidarios volvieron á tomar nuevas fuerzas, y se sentian llenos de una alegría sobrenatural al verla casi del mismo modo que Jesu-Christo estuvo á la columna; sacando ellos un dichoso presagio de victoria, de que baxo la figura de su hermana, les parecía estaban viendo llegar á aquel que fue crucificado por ellos; y así caminaban á los suplicios gustosos, y persuadidos á que el que muere por la gloria de Jesu-Christo, recibe una nueva vida en el seno mismo de Dios vivo. No obstante, no habiéndose atrevido á tocarla los brutos, fue desatada, y llevada segunda vez á la prision para volver á ser sacada al combate, y para acabar de abatir enteramente al enemigo,

ya

ya tantas veces vencido. En este intermedio el pueblo pedía con grandes gritos á Atalo, y quería que se le entregase inmediatamente al suplicio. Era este, como hemos dicho, un personage considerable por su nacimiento, y por su mérito. Entró, pues, valerosamente en el campo de batalla, pronto para combatir, y la valentía de su fé le fomentaba esperanzas en su vencimiento. Hacíale intrépido el haber pasado toda su vida en una exâctísima observacion de las leyes del Christianismo, y tenido siempre entre nosotros por testimonio de la verdad. Hiciéronle dar una vuelta al Anfiteatro, llevando delante de sí una inscripcion, ó rótulo, en que se leían estas palabras en latin: *Atalo Christiano*. El pueblo se enfurecía mas, y mas, y no cesaba de pedir su muerte; pero habiendo sabido el Presidente que era Ciudadano Romano, le volvió á enviar á la prision con otros muchos Mártires. No obstante, escribió á Marco Aurelio para saber de qué modo procedería con todos aquellos que tenía en prisiones.

Esta dilacion no les fue inutil; porque mientras el Gobernador aguardaba las órdenes del Emperador, Jesu-Christo hacía resplandecer en la carcel un rayo de su misericordia. Muchos miembros muertos fueron reanimados por el socorro de los que estaban vivos; y los que permanecieron fieles, obtuvieron la gracia para sus hermanos, que por su desgracia habian caido en la infidelidad. La Iglesia, madre de unos, y de otros, fue

fue colmada de alegría viendo volver á la vida sus desgraciados hijos, cuya funesta muerte estaba llorando. Esta resurreccion milagrosa fue el efecto de la caridad de estos ilustres Mártires, que por sus oraciones dieron á estos informes abortos, órganos, facciones, y todo aquello que puede hacer un cuerpo místico perfecto, y propio para exercer las funciones de la vida; especialmente les inspiraron un calor celestial, que les hizo producir acciones de verdaderos fieles, y confesar generosamente al que acababan de negar con tanta cobardía. Habiendo, pues, vuelto á tomar con la vida las fuerzas, y la salud por la bondad infinita de Dios, que lexos de querer la muerte de los pecadores, hace todos los esfuerzos por excitarlos al arrepentimiento, se presentaron segunda vez para ser preguntados por el Gobernador, que había ya recibido del Cesar un rescripto en que mandaba, que aquellos que hiciesen la confesion de Christianos, fuesen ajusticiados sin dilacion; quedando libres todos los que abjurasen. Un dia, pues, en que se tiene en Leon un mercado solemne, durante el qual se da toda suerte de espectáculos al pueblo (1); lo qual atrahe gentes de todas las Provincias vecinas; sentándose el Gobernador en su tribunal, mandó que le llevasen los bienaventurados Mártires, haciéndolos volver á pasar como por una

(1) El dia 1 de Agosto, en el qual se erigió en Leon un altar en honor de Augusto.

especie de revista delante del pueblo. Hízoles nuevas preguntas, y condenándolos á muerte por su confesion, los Ciudadanos Romanos fueron degollados, y los otros expuestos á las fieras.

La inopinada mudanza de los que habian dado tan vergonzosas señales de su flaqueza, no fue menos gloriosa para Jesu-Christo, que lo era llena de consolacion para la Iglesia su esposa, y que despues fue sensible á los Paganos. Porque siendo preguntados á parte estos dichosos penitentes, solamente para la formalidad del juicio, y como que debian ser absueltos al punto que negasen, fue sorprendido el Juez al oirlos confesar á Jesu-Christo, y ponerse voluntariamente en la clase de los Mártires. Por el contrario, aquellos que no habian conservado tintura alguna de la Fé, y que no teniendo ni temor de Dios, ni respeto por la vestidura nupcial de que habian sido revestidos en el Bautismo, eran hijos de perdicion, y deshonraban por un camino tan del todo culpable la santidad de la Religion que profesaban, quedaron separados, y no se juntaron á los fieles; pero por lo que mira á los verdaderos Christianos, estos se reunieron, y estuvieron con los santos Confesores, á quienes se les hacian las mismas preguntas. Entre ellos se hizo notar un Frigio llamado Alexandro, que exercía la Medicina. Había ya muchos años que vivía en las Galias. Era este un hombre respetado de todos los Fieles por su ardiente caridad para con Dios, y por aquella libertad, verdaderamente apostólica,

con

con que predicaba la Fé de Jesu-Christo (porque había recibido de él la gracia, y la mision para anunciar las verdades del Evangelio). Este santo hombre estaba cerca del tribunal, y con repetidas señas exhortaba á los que respondian al interrogatorio, á permanecer firmes en la Fé. Al verle agitarse, hacer señas con las manos, y movimientos con la cabeza, y los ojos, y dar á todo su cuerpo diferentes contorsiones, parecía una muger que padece los dolores del parto. El pueblo que lo percibió, y que estaba desesperado al ver que los que habian abandonado la Fé, la confesaban con un nuevo fervor, volvió toda su rabia contra Alexandro, como autor de esta mudanza, que á ellos parecía un enorme delito. Y delatándole al punto al Gobernador, este Magistrado le preguntó quién era. Respondió él, que era Christiano; de lo qual irritado el Juez, le condenó á ser despedazado por las bestias. Al dia siguiente se le vió, pues, entrar con Atalo en el Anfiteatro; porque el Presidente, por dar gusto al pueblo, resolvió exponerlo al mismo castigo. Y así uno, y otro, despues de haber padecido todos los tormentos ordinarios, fueron degollados. Alexandro no dió ni el menor suspiro; sino retirándose, digamoslo así, todo en sí mismo, conversó siempre con Dios. Por lo que toca á Atalo, como se le hubiese puesto en la silla, ó potro de hierro, y exhalando su cuerpo ya medio asado por todas partes un hedor de grasa muy fastidioso, se volvió al pueblo, y ha-

blándole en latin: Lo que vosotros haceis ahora, les dixo, es lo que se puede llamar comer carne humana. Pero nosotros ignoramos qué cosa es hacer tan horribles comidas. Y como se le preguntase qué nombre tenía Dios: Dios, respondió él, no tiene nombre como los hombres.

En fin, el último dia de los espectáculos aún compareció Blandina en el Anfiteatro, acompañada de un joven de edad de cerca de quince años, llamado Póntico. Habíanles hecho entrar los dias antecedentes, á fin de que la vista de los tormentos, que sufrian los otros Mártires, hiciese alguna impresion en sus espíritus, y que los dispusiese á hacer lo que se quería de ellos: esto era jurar por los Idolos; pero como viesen que insistian siempre en su resistencia, y que mostraban un total desprecio á los vanos simulacros, el pueblo tomó contra ellos tan furioso encono, que sin tener respeto ni á la edad, ni al sexô, se les hizo sufrir toda suerte de tormentos, sin darles tiempo para respirar; y quando se les hacía pasar de un suplicio á otro, se continuaba siempre en quererlos obligar á jurar por los Dioses. Pero su constancia fue invencible. Porque sostenido Póntico por las vivas, y urgentes exhortaciones de la santa compañera de sus trabajos, dió su alma inocente en medio de los tormentos. Y así quedó Blandina la última sobre la arena, que parecía estar cubierta con los cuerpos de los otros Mártires, y teñida de su generosa sangre. Entonces podía considerarse como una noble madre de

mu-

muchos ilustres hijos, la qual despues de haberlos animado al combate por su exemplo, los envía delante de sí, brillando todos de gloria, á la Corte del gran Rey: despues, apresurándose por juntarse á ellos, vuelve á trazar el mismo camino por donde los ha visto marchar: hubiérase dicho al ver la alegría que resplandecía en su rostro, que estaba convidada á un banquete delicioso, y no que iba ella misma á ser el de los leones, y osos. Y así, despues que los azotes casi le agotaron sus venas de la poca sangre que los tormentos ya padecidos la habian dexado; despues que las bestias la hubieron por largo tiempo arrastrado sobre la arena; despues que la hicieron tantas heridas, quantas veces imprimieron sus mortales dientes en su delicada, y tierna carne, fue encerrada en una red, y entregada á la ferocidad de un toro. Embistióla luego, y la levantó muchas veces en el ayre; pero unida su alma á Jesu-Christo, y toda poseida de la esperanza próxima de una felicidad que la Fé le presentaba, hacía su cuerpo insensible. En fin, como una víctima pura, y obediente, estendió la garganta al cuchillo, que la sacrificó al Dios que adoraba: jamás se vió muger, por confesion misma de los Paganos, que hubiese sufrido ni tantos tormentos, ni tan crueles.

La muerte no pudo librar á los santos Mártires del furor de los Infieles. El demonio, que lo había excitado, no pudo sufrir que se apagase tan pronto; y así soplando este fuego infernal,

le dió un nuevo ardor, con el que comenzó á obrar contra unos cuerpos privados de sentidos, y cuya vida había ya acabado. La razon, y la humanidad no se hallaban ya en el alma de todo aquel pueblo, ni del Gobernador. La vergüenza de haber sido vencidos, no les movía: eran insensibles á los remordimientos, y á la compasion; y su injusto odio contra el orden natural, se encendía con tanta mayor fuerza, quanta menos materia hallaba en nosotros para encenderle ya, puesto que no correspondíamos al odio que manifestaban. Pero esto sucedía á fin que se cumpliese la Escritura (1), que dice: Que la malicia de los malos aún crece, y que la justicia de los buenos siempre se aumenta. Pues renunciando estos hombres á las leyes de la naturaleza, echaron á los perros los cuerpos de aquellos que habian perecido en la prision; observando con cuidado que ninguno de nosotros fuese á quitárselos á estos animales, y darles alguna sepultura. Juntando despues todos estos esparcidos miembros, tristes reliquias de las bestias, y de las llamas; y juntando los troncos sangrientos, y las cabezas que habian sido separadas, levantaron un trofeo á su crueldad, haciéndolos guardar dia, y noche por soldados. Los unos rechinaban los dientes, y bramaban de rabia contra estos Santos, por muertos que estuviesen: iban buscando en estos cadáveres alguna parte que aún pudiese ser-

(1) *Apocal.* 22.

servir de objeto á su furor: hubieran deseado poderle volver la vida, para hacérsela perder segunda vez. Otros les insultaban; y dando mil alabanzas á sus Dioses, atribuían á su poder la muerte de los Mártires; y se regocijaban con estos vanos Idolos de la venganza, que habian sabido tomar de los enemigos de su gloria. Otros, un poco mas equitativos, y que parecian compadecerse de nuestra desgracia, nos reprehendian nuestra credulidad. ¿Dónde está ahora su Dios, decian ellos, y de qué les ha servido el preferir su culto á su propia vida? De este modo era como siguiendo cada uno los diversos movimientos de que era agitado, los manifestaba de un modo mas fuerte, ó mas moderado. No obstante, nosotros sentíamos un vivo dolor de que no nos fuese permitido el recoger aquellas preciosas reliquias. En vano quisimos servirnos de la oscuridad de la noche para executar nuestro designio: en vano ofrecimos una suma considerable para obtener la libertad: en vano empleamos las mas vivas solicitudes: ni las tinieblas nos pudieron favorecer, ni la vista del oro pudo ablandar la dureza de aquellos hombres descompasivos: ni nuestras súplicas pudieron moverlos: prefirieron á todo esto el bárbaro placer de ver á tantos cuerpos consumirse poco á poco, y reducirse á polvo, sin haber recibido los honores de la sepultura.

Despues de haberlos dexado por seis dias expuestos sobre la tierra á toda suerte de igno-

minias, se convinieron en quemarlos, y echaron las cenizas en el Rona; imaginándose por este medio el poder quitar á Dios la potestad de resucitar estos santos Mártires, y á sus almas la esperanza de reunirse algun dia á sus cuerpos. Esta loca esperanza, decian ellos, es la que hace que estas gentes vengan á trahernos una Religion nueva, é incógnita; y esta ridícula presuncion es la que los hace correr á la muerte con tanta alegría, y con tanta ansia. Ahora veremos por un poco si han de resucitar, y si su Dios será bastante poderoso para sacarlos de nuestras manos.

Insértase aquí un pasage de la misma Carta, en que la dulzura, y la humildad de estos Mártires se expresan en estos términos.

Ponian todo su estudio, y toda su aplicacion en imitar á Jesu-Christo, y en formar sus ideas sobre las de aquel divino Sér, que heredó ser igual con su eterno Padre (1). Y así aunque hubiesen llegado al colmo de la gloria, confesado muchas veces á Jesu-Christo, combatido contra las bestias, y contra los horrores de una afrentosa prision: aunque sus miembros sagrados llevasen las gloriosas señales que el hierro, y el fuego habian impreso en ellos; y en fin, aunque su cuerpo estuviese todo cubierto de heridas, y de cicatrices, ilustres monumentos de su fé, aún no creían merecer el nombre de Mártires, y no po-

(1) *Philip.* 2. 6.

podian sufrir que se les diese la qualidad de tales. Y quando en la conversacion se nos escapaba el llamarlos así, ó quando recibian las cartas en donde hallaban este título de honor, se enfadaban, y nos hacian dulces, pero graves reprehensiones. A Jesu-Christo es, decian ellos, á quien le es debido este glorioso nombre, como á fiel, y verdadero testigo de la divinidad de su Padre, como aquel que ha resucitado el primero de entre los muertos; y en fin, como al principio, y al autor de la vida. Tambien son verdaderos Mártires, añadian ellos, aquellos que Jesu-Christo ha recibido en el tiempo mismo de su confesion, sellando por su muerte la profesion de su fé, como con un misterioso sello; y no unas viles criaturas como nosotros, y unos viles confesores. Y dándonos despues las manos, que regaban con sus lágrimas, nos suplicaban orásemos sin cesar para alcanzarles un dichoso fin á sus trabajos. Pero en efecto, ellos hacian ver claramente que poseían todas las virtudes de los Mártires, cuyo nombre, dulzura, y paciencia rehusaban, y especialmente un generoso atrevimiento, que los hacía incapaces del menor temor, y los formaba prontos á sufrirlo todo. Humilláronse, pues, baxo la mano del Todopoderoso, y esta misma ha tenido la complacencia de elevarlos sobre todas las grandezas de la tierra.

No reynaba menos la caridad en su corazon, que la humildad en su espíritu. Esta virtud les hacía tomar á su cargo la defensa de aquellos

que

que estaban oprimidos: no les permitía condenar á nadie: inclinábalos, al contrario, á ceder á los agravios de todo un mundo; pero tambien les prohibía especialmente el apretar demasiado las cadenas de los pecadores, que recurrian á la penitencia. Esta misma virtud les ponía en el corazon el perdon de sus enemigos, y en la boca fervorosas oraciones hácia Dios en su favor, á exemplo del primer Martir el bienaventurado Esteban. Esta virtud fue la que desencadenó, ó desató al infierno contra ellos, quando por impulso de un amor sincero, y ardiente por sus hermanos, corrieron á arrancarle á la serpiente infernal aquellos en quienes ya había comenzado á hacer su presa. Porque no se les vió jamás obrar con un zelo obstinado, y orgulloso con aquellos que por su desgracia habian caido; sino dándoles la mano para ayudarles á levantarse, y aliviando su escasez con su abundancia, tenian para con ellos las expresiones de una madre tierna, y compasiva; y por medio de abundantes lágrimas, que derramaban en la presencia del Señor, obtuvieron el perdon de su misericordia. En fin, como siempre habian amado la paz, y nada nos recomendaban con mayor ardor que conservarla, merecieron tambien morir en ella.

COM-

COMPENDIO
DE LA VIDA DE S. IRENEO,
OBISPO DE LEON, Y MARTIR.

Traducido del latin de D. Teodorico Ruinart.

Año de Jesu-Christo 203, ó cerca de él, en el imperio de Severo.

EUsebio (1), despues de habernos dado la Carta de las Iglesias de Viena, y de Leon, que acabamos de referir, nos da tambien un fragmento de otra Carta dirigida al Papa Eleuterio, por la qual los Mártires de Leon, que habian hecho portador de ella á S. Ireneo, ensalzan sumamente su mérito, y su virtud, llamándole no solamente Sacerdote de Jesu-Christo, sino tambien su perfecto imitador, y un fiel observador de la nueva Ley. Este fragmento nos ha dado motivo para tocar aquí alguna cosa de este santo Obispo. Porque aunque sea constante que padeció mucho tiempo despues que los Mártires de Leon, como se han perdido sus Actas, ó á lo menos hasta ahora estan tan ocultas, que no se ha podido tener noticia alguna de ellas, nos ha parecido debíamos añadir á lo que hemos referido de estos santos Mártires, algunas particularidades que les pertenecen: estas las hemos sacado ya de sus pro-

(1) *Lib. 5. cap. 4. de la Hist. Ecles.*

propias obras, ya de las de algunos antiguos Autores Eclesiásticos, á fin de que una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia de Francia, no padeciese el olvido de los hombres.

S. Ireneo fue discípulo de S. Policarpo Obispo de Esmirna, y Martir (1). Ignórase el año en que pasó del Asia á las Galias, y la ocasion que le hizo venir á ellas: solamente se sabe que el año de 177 de Christo estaba en Leon, quando se encendió una fuerte persecucion (2); y que fue enviado á Roma á asuntos de esta Iglesia, de que era Presbytero, haciéndole su mérito digno de succeder á S. Potin, que era su Obispo, y que fue privado su rebaño de él en esta misma persecucion.

Cumplió con mucha fidelidad, y exâctitud la dignidad que se le había confiado, é ilustró á su Iglesia no solamente con la santidad de su vida, sus discursos llenos de encendido amor, y divina luz, sino tambien con sus escritos. Se puede ver en las palabras que se siguen, y que hemos sacado de una de sus obras, qué espíritu era el que le animaba (3). "Ya que hemos tenido el honor, » escribe este varon santo, de ser llamados al » sagrado ministerio de la palabra, debemos tra» bajar con todas nuestras fuerzas en proveeros » de armas para combatir los Hereges, descubrir » sus contradicciones, y convencerlos. Tambien » nos

(1) Eusebio, *Hist. Ecles. lib.* 5. *cap.* 20. (2) *Lib.* 5. *cap.* 4. (3) *Prefacion del lib.* 5. *contra las Heregías.*

» nos aplicamos con todo el cuidado posible á
» volver al seno de la Iglesia á los que se ha-
» bian retirado de ella, y á confirmar á los neó-
» fitos, ó recien convertidos á la Fé, para que la
» conserven pura, como la han recibido de la
» Iglesia su Madre." En efecto, sugiere á los Católicos en sus libros una infinidad de métodos, y les pone en la mano toda suerte de armas para vencer, y desarmar á los Hereges; lo que hace decir á S. Epifanio (1): "Ireneo, aquel admira-
» ble anciano::: es un hombre lleno de todos los
» dones del Espíritu Santo: un guerrero lleno de
» fuerza, y de vigor, cubierto de armas celes-
» tiales, siempre pronto á combatir los enemigos
» de la verdad; y que por el socorro de una fé
» sincera, y de una sólida doctrina, descubre, y
» destruye todas las mentiras (2)." S. Gerónimo alaba mucho esta obra de S. Ireneo: S. Basilio se sirve de ella para establecer la divinidad del Espíritu Santo: S. Agustin la emplea contra los Pelagianos, y contra Juliano: Clemente Alexandrino, Cirilo de Jerusalen, y Teodoreto hacen un magnífico elogio de este hombre de Dios en sus libros. Este último le llama lumbrera de la Galia occidental; y Tertuliano le pone en el número de los grandes personages que se han distinguido por la piedad, y por la excelencia de su

(1) *Heres.* 31. *n.* 33. (2) *Carta á Magno*, *Orad. Rom. lib. de la Divinidad del Espíritu Santo*, *cap.* 29. *Lib.* 1. *cap.* 3. Eusebio, *lib.* 6. *Hist. Ecles. cap.* 13. *Catechesi* 16. *dialog.* 1. *lib. contra los Valentinianos.*

su ingenio. Lo cierto es, que es facil el reconocer, leyendo sus obras, que poseía perfectamente todo lo mas curioso, y exquisito que contienen las ciencias sagradas, y profanas, aunque su estilo sea sencillo, y sin ningun adorno, como lo confiesa él mismo en la Prefacion de su libro contra las Heregías. Sin duda se debe poner en el número de los principales monumentos de la antigüedad eclesiástica esta bella carta de S. Ireneo al Papa Victor, para apartarle del designio que había formado de privar de su comunion á los Obispos de Asia, que eran de parecer contrario sobre el dia en que se debía celebrar la Pasqua. Eusebio refiere en su Historia algunos lugares de esta carta, y despues añade (1): "Llenando Ireneo todo el significado de su nombre (porque Ireneo en griego quiere decir pacífico), se mostró verdaderamente amante de la paz por la dulzura de sus costumbres, moderacion de su conducta, bellas cosas que escribió, y que emprendió para la felicidad de su Iglesia."

El martirio puso fin á los trabajos, y á la vida de S. Ireneo. Todos los modernos convienen en ello; pero S. Gerónimo (2) lo dice en términos expresos, quando llama á S. Ireneo un hombre Apostólico, un Obispo, y un Martir. El Autor del libro de las Preguntas, y Respuestas á los Ortodoxôs, atribuido á S. Justino, asegura lo mis-

(1) *Lib.* 5. *cap.* 24. (2) *Cap.* 64. *de Isai.*

mismo (1). S. Gregorio el Grande se quexa á un Obispo de Leon, que por mucho cuidado con que trabajó en buscar los escritos de S. Ireneo, y las memorias de su vida, no pudo hallarlos jamás. Por lo que toca á sus escritos, nosotros tenemos la mayor parte de ellos; á saber, cinco libros contra las Heregías, y algunos fragmentos de sus cartas, que Eusebio nos ha conservado. Es asunto digno de nuestro deseo tener sus Actas completas. Baronio nos dice claramente en sus Notas sobre el Martirologio, y en sus Anales (2), que había visto un fragmento; pero no nos le ha mostrado. Conténtase con referir sucintamente que por orden del Emperador Severo se pusieron soldados en todas las entradas de Leon, mientras se les quitaba la vida á los Christianos que se hallaban en la Ciudad, entre los quales fue comprehendido S. Ireneo. Un Sacerdote llamado Zacarías, tuvo el cuidado de sepultar su cuerpo. Gregorio de Tours (3) dice que el número de los Christianos que perecieron por entonces, llegó á muchos millares; cuyas sagradas reliquias fueron recogidas, y encerradas en un lugar subterraneo cerca de la Iglesia de S. Juan (4). La fiesta de S. Ireneo se hace el dia 28 de Junio.

(1) *Lib.* 9. *ep.* 50. (2) *Año* 205. *n.* 28. (3) *Lib.* 1. *Hist. n.*29. (4) *Lib.* 1. *de la Gloria de los Mártires*, *cap.* 50.

MAR-



MARTIRIO
DE S. ALEXANDRO,
Y DE S. EPIPODIO,
DE LA CIUDAD DE LEON.

Sacado de dos Manuscritos, uno de la Biblioteca de M. Colbert, y otro de la de la Abadía de S. Remigio de Reims, cotejados con las ediciones de Surio, y de Bollando.

Cerca del año de Jesu-Christo 178. en el imperio de Marco Aurelio.

SI la Historia toma á su cuidado el conservar la memoria de los hombres ilustres, y consagrar con elogios las generosas acciones de los que han dado su vida, ó por defender su libertad, ó por el interés de su patria, ó solamente por adquirir una gloria vana, y futil: si sus virtudes, aunque falsas, y puramente naturales, se han dexado á la posteridad para servirle de exemplo; ¿con qué elogios no debe ensalzar la muerte de los Mártires, puesto que encierra como en compendio admirables exemplos de una fé viva, y de una piedad sincera, y que su sangre es una semilla preciosa, de donde se vé salir la santidad, y la vida? Padecieron no por un Rey de la tierra, ni Príncipe mortal, sino por el Rey del cielo, y Príncipe, cuyo poder es infinito, y eterno. Si se les ha visto entregarse á la muerte, no

no ha sido en favor de una patria, de quien se recibe una vida perecedera, sino por la patria celestial, por la verdadera patria, cuyos fundadores son los Santos, y cuyos habitantes son inmortales: en donde se goza de una libertad, que el infierno con toda su violencia no puede quitar jamás, y en donde está abundando una gloria todo divina. Pero aunque no se pueda tener una idea á fondo de aquella con que Dios recompensa los trabajos de los Mártires; porque es tan dificultoso el comprehenderla, como el merecerla; con todo eso, nada hay que sea mas digno de pasar hasta los siglos venideros, que los combates, y los triunfos de los Santos: nada que sea mas propio para excitar en el corazon de los Fieles un ardimiento heroico, que los conduzca á emprender una vida pura, que imite al martirio, por medio de la continua mortificacion de las pasiones, y sentidos. Con este ánimo es con el que hemos emprendido el referir la gloriosa victoria que los bienaventurados Epipodio, y Alexandro obtuvieron baxo los auxîlios de Jesu-Christo, y fomentos de su gracia, para aumentar, fortificar, y animar con su exemplo la fé de los Christianos.

A los diez y siete años de haber subido Lucio Vero, y Marco Aurelio al trono de los Césares, el furor de los Gentiles se extendió como un torrente impetuoso en todas las Provincias del Imperio contra la Iglesia. Pero particularmente en la Provincia de Leon fue donde causó mayores

estragos; y las ruinas que dexó, fueron tanto mas funestas, y tanto mas crecidas, quanto mas poblada la halló de un mayor número de Fieles. Los Magistrados, Gefes, Soldados, y Pueblo trabajaban de concierto, y con igual furor en destruir la Religion, empleando contra ella toda suerte de tormentos, y persiguiendo sin cesar á todo el que llevaba el nombre de Christiano, sin hacer distincion de edad, ni sexô. Conserváronse los nombres de algunos con las circunstancias de su muerte; pero son muchos mas los que por haber acabado sus dias en las cadenas, y en la oscuridad de una prision, ó perecido en algun motin popular han sido confundidos en el tropel, y no estan escritos sino en el libro de la vida bienaventurada. Porque despues de aquella horrible carnicería de Christianos, cuya sangre llenó la Ciudad de Leon, y puso roxas las aguas del Rona (como se puede ver en la Carta que las muy ilustres Iglesias de Viena, y de Leon escribieron sobre este asunto á las Iglesias de Asia, y de Frigia), creyeron los Paganos haber extinguido enteramente el nombre, y la Religion de Jesu-Christo. Por entonces fue quando Epipodio, y Alexandro, que la profesaban en secreto, fueron delatados al Gobernador por sus propios criados. Colérico este Magistrado de que estos dos Christianos se hubiesen escapado de su exâcta pesquisa, dió órdenes muy expresivas de arrestarlos, imaginándose poder en fin acabar de abolir en sus personas una Religion que le era tan odiosa.

An-

Antes que lleguemos á las particularidades de la muerte de estos Santos, es necesario decir algo de su vida. Alexandro era Griego, y Epipodio natural de Leon: unidos ambos desde sus mas tiernos años, por haber estudiado juntos, y por unos mismos exercicios; pero mucho mas unidos en adelante por los vínculos de una verdadera caridad. Crecía su amistad con sus luces, y se aumentaba conforme iban haciendo nuevos progresos en las ciencias. En fin, su union llegó á ser tan íntima, y sus dictámenes se hallaron tan conformes en todo, que aunque hubiesen recibido de sus padres (1) una educacion muy santa, con todo eso no cesaban de excitarse el uno al otro con recíprocas, y continuas exhortaciones, á caminar á una mas alta perfeccion. Hiciéronlo tan bien, que exercitándose con una atencion muy particular en la templanza, en la pobreza, en la fé, en la castidad, en las obras de misericordia, y generalmente en todas las mas excelentes virtudes del Christianismo, se hicieron víctimas dignas de ser sacrificadas á Dios; y tuvieron por una dichosa anticipacion todo el mérito del martirio antes de sufrir la pena. Estaban en la flor de su juventud, y no habian querido cohartar su libertad, ni cargarse del yugo del matrimonio. Luego que percibieron los primeros movimientos de la persecucion, pensaron en seguir el consejo del Evangelio; y así, no pudiendo huir de Ciudad

(1) Llevaban el título de Clarísimos.

en Ciudad, se contentaron con buscar un retiro, en que pudiesen vivir ocultos, y servir á Dios en secreto. Halláronle en un arrabal de Leon, cerca de Pierre-Encise, ó Peña Cortada; y fue la pequeña habitacion de una viuda Christiana, y de una singular piedad, la que luego los puso á cubierto de la primera pesquisa. Permanecieron allí por algun tiempo ocultos por la fidelidad que les guardó su santa huéspeda, y por el poco aparato que tenía su asilo. Pero fueron en fin descubiertos, y no pudieron escaparse de la importuna, y demasiado curiosa indagacion de un Oficial del Presidente. Fueron arrestados en el estrecho paso de una pequeña sala al punto que se iban á escapar, y quedaron tan atónitos quando se vieron en las manos crueles de las guardas del Gobernador, que Epipodio perdió uno de sus zapatos, que su caritativa huéspeda halló despues, y conservó como un rico tesoro.

Luego fueron puestos en prision, aun antes de habérseles tomado la confesion (1): llevando consigo solo el nombre de Christiano un convencimiento manifiesto de los mas graves delitos. Tres dias despues fueron conducidos con las manos atadas á las espaldas al pie del tribunal del Gobernador. Preguntóles este cruel hombre cómo se llamaban, y quál era su profesion. Ocupaba la audiencia una multitud innumerable de pueblo, y sobre el rostro de cada uno de ellos se veía pin-

(1) Contra las reglas de la Jurisprudencia Romana.

pintado el odio con los mas negros colores. Los acusados dixeron su nombre, y confesaron claramente que eran Christianos. A esta confesion, así el Juez, como toda la asamblea, gritan, se enfurecen, y braman de rabia. Pónese en movimiento toda una Ciudad para perder á dos inocentes. ¿Qué, dice el Gobernador con un tono que el furor hacía terrible, dos jóvenes temerarios se han de atrever á irritar los Dioses inmortales? ¿Las santas determinaciones de nuestros Príncipes han de ser atropelladas? ¿Pues de qué han servido tantos suplicios? ¿Luego es en vano el que se hayan levantado cruces, que se haya usado del hierro, y del fuego; de nada ha servido que las bestias se hayan hartado de los cuerpos de estos impíos? ¿Dónde están los potros, y las planchas de cobre ardiendo? ¿Dónde estan los tormentos mas horribles, y prolongados aun hasta mas allá de la muerte? ¿Que todo esto ha sido inutil? Los hombres ya no exîsten: sus huesos han sido reducidos á ceniza: apenas se halla el lugar en que estuvieron sus sepulcros; ¿y todavía resuena el nombre de Jesu-Christo en nuestros oidos? ¿Aún hacen unas bocas sacrílegas que se oiga este odioso nombre á vista de los altares, y delante de las sagradas imágenes de los Césares? No, no, no aguardeis que esta criminal audacia quede sin castigo. El cielo, y la tierra lo estan pidiendo: justo es el satisfacerlos. Mas para que no se alienten el uno al otro, y que no se animen á sufrir por palabras,

ó por señas, como se sabe muy bien que lo acostumbran estas gentes; que los separen; que se haga retirar á Alexandro, que parece el mas vigoroso, y se tome á Epipodio la confesion. Creyó el Gobernador que podría sacar alguna ventaja del estado en que se hallaba este pobre joven, privado del socorro de su amigo, y con tan pocos auxîlios como su edad tan tierna, y no discurriendo en una edad tan debil, resistencia valerosa. Siguiendo, pues, las huellas de la antigua serpiente, comenzó á emplear la dulce persuasion, y á hacer que se introduxese en su alma el veneno mortal del alhago. Ah! es lástima, le dixo, que un joven tan amable perezca por la defensa de una mala causa. Bien sé que tienes piedad, que tu alma está llena de tiernos afectos de religion: pero dime, ¿crees tú que nosotros somos impíos? ¿No tenemos religion, y Dioses; y la piedad está acaso desterrada de nuestros Templos? Toda la tierra adora las mismas divinidades que nosotros; y nuestros augustos Príncipes son los primeros en rendirles sus omenages. Por lo demás, nuestros Dioses gustan de la alegría: en medio de los suntuosos banquetes es donde se les dirigen oraciones; y los votos que se les hace, jamás son mejor oidos que quando se les acompaña con juegos, danzas, y harmoniosos conciertos. ¿Qué os diré yo en fin, sino que el amor, y los placeres, la alegría, y los vinos deliciosos, la magnificencia de los espectáculos, los agradables lances del teatro: en

una palabra, los mas dulces pasatiempos de la vida, hacen la mayor parte de su culto? Pero vosotros, vosotros teneis una religion triste, y melancólica: adorais á un hombre que ha sido clavado en una cruz; que no puede sufrir que se goce de todos estos placeres, que condena la alegría, que se complace en tener unos sequaces extenuados por los ayunos; y en fin, que aconseja una castidad triste, é infecunda. Pero despues de todo esto, ¿qué apoyo se puede esperar de ese Dios? ¿Qué bien puede hacer á los que se dedican á su servicio, aquel que no pudo librar su vida del atentado formado contra ella por los ínfimos de los hombres? He querido representarte todas estas cosas, á fin de que renunciando esa religion feroz, y salvage, ya no pienses mas que en pasar tu juventud entre los dulces, y tiernos pasatiempos de esa edad destinada por la naturaleza á gozar de todos los gustos que ofrece el mundo á los que saben usar bien de ellos.

El bienaventurado Epipodio respondió al Gobernador en estos términos: La gracia de Jesu-Christo mi Maestro, y la Fé Católica, que profeso, no me dexarán sorprender jamás de la envenenada dulzura de tus palabras. Tú finges el ser sensible á los males que yo me preparo; pero sábete que esa falsa compasion la miro como una verdadera crueldad. La vida que me propones, es para mí una eterna muerte; y la muerte con que me amenazas, no es mas que un paso á

una vida que no se acabará jamás; y es glorioso el morir de una mano como la tuya, acostumbrada á derramar la sangre de los que rehusan abandonar el partido de la virtud. Finalmente, este Dios que nosotros adoramos, este soberano Señor de todo el universo; en una palabra, este Jesus, que tú dices haber sufrido la muerte de cruz, sábete que ha resucitado: que siendo hombre, y Dios todo junto, se subió al cielo por su propia virtud, abriendo él mismo á sus siervos un camino á la inmortalidad, y preparándoles allá en lo alto unos tronos todos brillantes de gloria. Pero me parece que estas cosas son muy elevadas para tí; y así quiero hablar á tu gusto, y en un lenguage humano. Las tinieblas de que tu espíritu está cubierto, son tan espesas, que no te dexan ver que todo hombre está compuesto de dos diferentes sustancias, el alma, y el cuerpo: en nosotros el alma manda, y el cuerpo obedece: esos placeres infames, que tanto me alabas, y que tanto agradan á tus Dioses, alhagan deliciosamente al cuerpo, pero dan la muerte al alma. Nosotros tomamos el partido de nuestra alma contra nuestro cuerpo; y la defendemos de los vicios que produce la rebelion. No nos pondereis tanto vuestra piedad para con vuestros Dioses inmortales: el primero, y el mas grande de vuestros Dioses, es vuestro vientre: vosotros le sacrificais la mas noble parte de vosotros mismos; y abatiéndoos hasta la naturaleza de las bestias, despues de haber vivido como ellas, no aguar-

aguardais sino un fin semejante al suyo. Pero quando nosotros perecemos por vuestras órdenes, ¿qué hacen vuestros tormentos sino hacernos pasar del tiempo á la eternidad, y de las miserias de una vida mortal, á la felicidad de una vida que no está sujeta á la muerte?

No pudo el Gobernador ocultar su admiracion á vista de un discurso tan lleno de sabiduría, y de generosidad: fue tocado de él; pero no duró mucho tiempo, y bien presto le succedieron la vergüenza, el furor, y la rabia, con todos los horrores que les acompañan. No pudiendo, pues, resistir á estas tres furias, mandó que hiriesen á puñadas aquella boca que había hablado con tanta eloqüencia. El dolor que sintió el santo Martir, no hizo sino afirmar su constancia; y á pesar de la sangre que salía de su boca, con una parte de sus dientes, no dexó de proferir estas palabras: Confieso que Jesu-Christo es un solo Dios con el Padre, y el Espíritu Santo; y es justo que yo le vuelva un alma que ha salido de sus manos, y que ha rescatado con su sangre. Y así la vida á mí no se me quita, no hace sino mudarse en otra mas feliz; y me importa poco que este cuerpo dexe de vivir de qualquiera manera, con tal que el espíritu que le aníma, vuelva á aquel que le ha dado el sér. Apenas hubo acabado S. Epipodio estas últimas palabras, quando el Juez le hizo subir sobre el potro, y poner verdugos á la derecha, y á la izquierda, que le desgarrasen los costados con

uñas

uñas de hierro. Pero vé aquí que de repente se oye un ruido tremendo: todo el pueblo pide al Martir: quiere que se lo abandonen á él: unos juntan piedras para acabarle: otros mas furiosos se ofrecian á hacerlo pedazos; y todos en fin, hallaban la crueldad del Gobernador muy lenta á su rabia. Ni él mismo se tiene por seguro: sorprendido de esta inopinada violencia, teme no se le falte al respeto debido á su caracter; y deseando sosegar desde su principio esta sedicion, hace quitar al santo Martir; y sin dar tiempo á los amotinados de proseguir su atentado, le hace matar de una estocada. De este modo por una disposicion favorable de la providencia, el furor de los enemigos de S. Epipodio, abrevió el fin de su martirio, acelerándose el mismo Jesu-Christo por coronar á su siervo.

No obstante, el Gobernador estaba impaciente por teñir en la sangre de Alexandro sus manos, en las que todavía humeaba la de su querido Epipodio. Habíale dexado un dia en la carcel; y difiriendo su confesion para el siguiente, hizo que se lo llevasen, con el ánimo de poder con su martirio saciar su furor, y el de todo el pueblo. No obstante, se esforzó á sí mismo, y conteniendo con dificultad el impetuoso movimiento de una ciega cólera, quiso usar primero el camino de la dulzura, antes de tomar el de los tormentos. Vé aquí, le dixo, que aún eres dueño de tu fortuna: aprovéchate de la dilacion que te se ha dado, y del exemplo de aquellos á quienes

nes un loco capricho ha hecho perecer. Gracias á los Dioses inmortales, que hemos hecho tan buena guerra á los Sectadores de Christo, que casi eres tú el único que ha quedado de estos miserables; porque en fin, sábete que el compañero de tu impiedad ya no vive: cesa, pues, de prometerte la impunidad, si perseveras en tu delito: ten lástima de tí mismo, y ven á dar gracias á los Dioses de una vida que han tenido la bondad de conservarte.

A mi Dios es á quien debo todo mi reconocimiento, respondió Alexandro: sea su nombre adorable bendito para siempre. Tú crees espantarme por el recuerdo que haces á mi memoria de los tormentos que tantos Mártires han padecido; pues sábete que no haces sino inflamar mas el ardor que tengo de seguirlos, volviendo á traher á mis ojos sus triunfos. ¿Piensas tú haber hecho perecer esas almas bienaventuradas, que has echado de sus cuerpos á fuerza de suplicios? Desengáñate, que estan en el cielo, en donde reynan al presente: y cree que son los perseguidores mismos los que han perecido en esta ocasion. ¡Qué lástima tengo del error en que te veo! Este nombre sagrado, que te imaginas poder apagar en las olas de sangre que haces derramar, brilla mas, y mas. Esta Religion, que tú pretendes arruinar por tus débiles esfuerzos, sábete que es Dios quien ha echado los fundamentos, y que son inalterables: la vida pura, y santa de los Christianos sostienen el edificio, y su muerte preciosa la aumen-

menta, y la hermosea. El mismo Dios, que ha hecho el cielo, es el Señor de la tierra; y reyna por su justicia en los infiernos. Sábete que las almas, á quienes crees tú dar la muerte, se escapan de tus manos, y toman su vuelo hácia el cielo, en donde las aguarda un reyno, en lugar de que vosotros baxeis al infierno con vuestros Dioses. Sabed que habiendo hecho morir á mi amado hermano, asegurasteis su dicha; y yo muero de impaciencia de gozarla con él. ¿Qué aguardas, pues? Yo soy Christiano, siempre lo he sido, y no dexaré de serlo jamás. No obstante, bien puedes atormentar este cuerpo, que siendo formado de tierra, está sujeto á las potestades de la tierra: pero mi alma, de una naturaleza toda celestial, no reconoce tu poder; y aquel que la ha criado, sabrá librarla de tu crueldad.

Este discurso no hizo mas que aumentar en el alma del Gobernador la vergüenza, y la cólera. Y así hizo estender al santo Martir, y tres verdugos le azotaban sin cesar. Este tormento en nada disminuyó la santa constancia de este generoso Atleta, y jamás se dirigió sino á Dios, para implorar su socorro. Como su valor no se acobardaba, y comenzaba á cansar á los verdugos, que ya se habian parado muchas veces, le preguntó el Gobernador si persistía siempre en su primera confesion. Sí, respondió en tono de autoridad, que mostraba la grandeza de su fé; porque vuestros Dioses son unos malos demonios; pero el Dios que yo adoro, y que es él solo todo po-

poderoso, y eterno, me dará fuerza para confesarle hasta el último suspiro: él será el conservador, y guarda de mi fé. El Gobernador dixo entonces: Ya veo el pensamiento de estos miserables: su insensato furor ha subido á tal punto, que ponen toda su gloria en la duracion de sus tormentos; y creen por este medio haber alcanzado una señalada victoria de los que llaman sus perseguidores; pero es necesario curarlos de esta loca presuncion. Despues esforzándose á tomar un tono mas grave, y mas moderado, pronunció esta sentencia. Siendo una cosa contraria al buen exemplo, al respeto debido á la religion de los Dioses, y á la dignidad de nuestra silla, el sufrir por mas largo tiempo la impía obstinacion de este hombre llamado Alexandro, convencido del Christianismo; y como sería en algun modo hacerse cómplice el diferir su castigo, mandamos que sea expuesto en una cruz, para que satisfaga á su delito con su muerte. Al punto tomaron los verdugos á este Santo, y le ataron á aquel leño, que ha llegado á ser la señal de nuestra salvacion. No estuvo mucho tiempo en ella sin espirar; porque su cuerpo había quedado tan desgarrado en aquellos crueles azotes, que descarnadas las costillas, dexaban ver claramente las entrañas. Teniendo, pues, su alma unida á Jesu-Christo, se la entregó invocando su santo nombre.

Reunió el sepulcro á dos amigos, que sola la muerte pudo separarlos por algunos momentos; y así levantando los Fieles secretamente sus cuerpos,

pos, fueron á esconder este piadoso hurto en un lugar ignorado de los infieles. Había sobre la cuesta de una de las colinas de la Ciudad, un hoyo profundo cubierto de árboles espesos, y allí entre las malezas una especie de gruta. La caida de las aguas insensiblemente la había ido cavando; y su continua humedad hecho nacer al rededor zarzas, y espinas, que ofuscaban la vista á los que la casualidad conducía por aquellos retirados lugares. Esta caverna fue la que eligieron para ser la depositaria de los sagrados despojos de nuestros Mártires, y la que los puso á cubierto de una segunda persecucion de los Paganos, quienes por una inhumanidad ignorada de los pueblos mas bárbaros, rehusaban á los muertos el descanso de la sepultura. Este lugar ha llegado á ser célebre despues por los milagros que en él se obran todos los dias, y que atrahen la devocion del pueblo. Y vé aquí cómo comenzó á hacerse famoso.

Asolando toda la Ciudad de Leon una enfermedad contagiosa, un joven de distincion, consumido de los ardores de una fiebre maligna, fue advertido en sueños, que acudiese á los remedios que le daría cierta muger, que le fue nombrada. Era esta aquella misma que tenía el zapato de S. Epipodio. Quedó muy sorprendida de la súplica que se la hacía, de que tomase á su cargo la cura de este noble joven: dixo ella ingenuamente que no tenía conocimiento alguno de la Medicina; que era verdad había curado muchas enfermedades

por

por medio de un zapato que fue de un santo Martir, y que quiso Dios cayese en sus manos, para recompensarla la hospitalidad que había exercido con sus siervos. Al mismo tiempo Lucía, así se llamaba esta caritativa viuda, echó la bendicion sobre un vaso de agua, que presentó al enfermo. No bien apenas la hubo tomado, quando el fuego de su calentura se apagó al instante, no por un efecto natural, sino por un milagro de la divina Omnipotencia. Divúlgase la noticia de esta maravilla por toda la Ciudad: la Fé Christiana es exâltada, y el poder de los Santos es reconocido. Corre en tropas una multitud de pueblo al sepulcro de los Mártires: pide la salud: la recibe, y con ella la gracia del cielo, y la luz del Evangelio: búscase solamente la salud del cuerpo, y se obtiene tambien la del alma. Multiplícanse los milagros; y á vista de esta santa cueva, los demonios salen de los cuerpos, huyen las enfermedades, todos los males desaparecen; y en ella pasan tan grandes cosas, que la incredulidad se vé obligada á rendirse, á pesar suyo, á la evidencia de los hechos. Guardémonos, pues, de ser incrédulos: el poder de Dios gusta de descubrirse á los espíritus dóciles: él los favorece, él los ama; pero tambien se reserva, y esconde para los que dudan, y no se digna obrar nada en su favor.

ACTAS
DE S. SINFORIANO,
MARTIR DE AUTUN.

Sacadas de diversos Manuscritos; á saber, uno del Monasterio de S. Pedro de Concha, en la Diócesis de Evreux; tres de la Abadía de S. German de los Prados; uno de S. Cornelio de Compiegne; otro de S. Mauro de las Fosas; otro de la Biblioteca de la Sorbona; dos de la de M. Boyer, Presidente en el Parlamento de Dijon; uno de la Abadía de Cister, y de otros muchos.

Cerca del año de Jesu-Christo 180. en el imperio de Marco Aurelio.

ACababa de mover el Emperador Marco Aurelio una terrible tempestad contra la Iglesia, y sus furiosos edictos afligian por todas partes la Religion de Jesu-Christo, quando Sinforiano vivía en Autun, con todo el esplendor que pueden dar un alto nacimiento, y una rara virtud. Era de familia Christiana, y una de las mas considerables de la Ciudad: su padre se llamaba Fausto, ilustre por la sangre heredada de sus antepasados; pero mucho mas ilustre por la que su hijo había recibido de él. Este noble joven, cuyas costumbres estaban cultivadas, é ilustradas con las bellas letras, cuidó purificar sus estudios con el de la virtud, y religion; de suerte, que en una edad que de ordinario no dá mas que flores,

su

su espíritu, ya maduro, produxo frutos de una anticipada sabiduría, con que los ancianos mas consumados en la práctica de las virtudes, se hubieran podido honrar. Habíasele visto pasar desde la infancia á la juventud, sin experimentar las imperfecciones de estas dos primeras edades, las mas peligrosas de la vida; y desde la juventud se le veía entrar tan felizmente en la edad viril, y dar señales tan seguras de un mérito consumado, que los hombres de bien mas ilustrados, poseidos del esplendor de tan bellas qualidades, confesaban que no podrían llegar á tanto grado de perfeccion sin especiales socorros de la divinidad. Una prudencia sencilla, y sin artificio, junta con una simplicidad noble, y sin baxeza, templaban todas sus acciones, é introducian en él aquella justa mediocridad, que es el alma de todas las virtudes. En una palabra, habíase gobernado tan bien, y con tanta felicidad en medio de los escollos del mar tempestuoso del mundo, que evitó el padecer en él un seguro naufragio.

Autun, que veía remontarse hasta lo alto de la antigüedad su nobleza, y su nacimiento, seguía los antiguos errores de una religion sacrílega. Rodeada de Templos profanos, y llena de Idolos, se había entregado toda á las vanas supersticiones del Paganismo; y desocupado su pueblo de todo otro asunto, pasaba los dias, y las noches en el exercicio de un culto ridículo. Eran en él particularmente adorados Cibeles, Apolo, y Diana.

Haciéndose un dia una procesion solemne en honor de Cibeles (1), y á la que la devocion por la madre de los Dioses, atraxo toda la Ciudad; Sinforiano se halló por casualidad en un sitio por donde pasaba toda esta ceremonia. Viendo, pues, á la Diosa, que era llevada en unas andas, no se pudo contener en manifestar el desprecio que hacía de este Idolo; y lexos de adorarle, como se le quería obligar, se burló altamente de él. Fue arrestado inmediatamente, y presentado á Heraclio. Era este un Magistrado, Personage Consular, que por entonces estaba en Autun con una comision del Emperador para la pesquisa de los Christianos. Heraclio, estando en su tribunal, dixo á Sinforiano: Declarad vuestro nombre, y de qué condicion sois. Respondió: Yo soy Christiano, y me llamo Sinforiano. Díxole el Juez: ¡Tú eres Christiano! ¿Cómo, pues, te has podido escapar de nosotros? porque ya se ha extinguido esta clase de gentes. Respóndeme: ¿Porqué has rehusado adorar á la Diosa Madre? Sinforiano le respondió: Ya os he dicho que soy Christiano: yo no adoro sino al verdadero Dios, que está en el cielo. Y estoy tan lexos de adorar ese vano simulacro del demonio, que si gustais de hacerme dar un martillo, al punto voy á hacer pedazos á la Diosa Madre. Dixo el Juez: Este hombre no solamente es un sacrílego, sino que junta el

(1) Por otro nombre Berecinthia. Véanse las Notas al fin del tomo.

el desacato á la impiedad. ¿Es de aquí? Respondió un Oficial: Sí, señor, es de esta Ciudad, y de una de las primeras familias. Dixo el Juez á Sinforiano: ¿Es acaso eso lo que os hace tan fiero? ¿ignorais quáles son las órdenes de nuestros Príncipes? Que se las lean. Leyó el Escribano: "El Emperador Marco Aurelio á todos » los Gobernadores, Jueces, y Magistrados, Pre» sidentes, y otros Oficiales Generales de nues» tro Imperio, &c. Habiendo sabido que ciertas » gentes, que se dicen Christianos, no tienen di» ficultad alguna en violar las leyes mas santas » de la religion, queremos que se proceda con» tra ellos con todo rigor; y os mandamos los » castigueis con diversos suplicios quando caye» ren en vuestras manos, á menos que no quieran » sacrificar á nuestros Dioses. No obstante, de » modo que la justicia contenga la severidad en » sus justos límites; y que cortando al delito, no » castigue con demasiado rigor á los delinqüen» tes." Leido el edicto del Emperador, dixo el Juez: ¿Y qué decís á esto, Sinforiano? ¿Os parece que está en mi potestad el poder contravenir á una declaracion del Príncipe tan formal? No podeis negar que sois culpable de dos delitos: de sacrilegio para con los Dioses, y de falta de respeto para con las leyes. Y así, si no tratais de satisfacer á lo que contiene el edicto que se acaba de leer, no puedo dexar de hacer un exemplar en vuestra persona: las leyes ultrajadas, y los Dioses ofendidos, claman por vuestra sangre.

Sinforiano respondió: Jamás me persuadirán que esta imagen sea otra cosa que un prestigio del demonio, de que se sirve para engañar á los hombres, y para arrastrarlos con él á una infelicidad eterna. Sabed que todo Christiano, que no teme el detener sus ojos sobre estos objetos profanos, y que imprudentemente se mete en unas sendas que conducen á los delitos, caerá infaliblemente en el abismo, y dará en las emboscadas, que el antiguo enemigo de los hombres no cesa de armarles. Porque en fin, tenemos un Dios que no es menos severo, y riguroso quando castiga el pecado, que bueno, y liberal quando recompensa el mérito. El dá la vida á los que temen su poder, y la muerte á los que se rebelan contra él. Mientras que yo permaneciere firme en la protestacion pública, y sincera que he hecho de no adorar sino á él, estoy seguro de arribar al puerto tranquilo de una dichosa eternidad, sin temer ni los vientos, ni las olas que el furor del demonio puede suscitar contra mí para hacerme perecer.

Viendo, pues, el Juez que no había alguna apariencia de que se rindiese Sinforiano, le hizo azotar por sus lictores (1), y llevarlo á la carcel. Pasado el término concedido por las leyes, mandó el Juez que se le llevasen. Se vió salir del medio de las tinieblas á este hijo de la luz, y

(1) Guardias, ó Alguaciles, que llevaban las hachas, y los hacecillos de varas delante de los Magistrados Romanos.

y de lo profundo de un oscuro calabozo, aquel que en breve sería recibido en el palacio del Rey de la Gloria, estancia de una inmortal claridad. Los nudos que formaban sus cadenas, se habian afloxado, y apenas apretaban sino debilmente sus brazos, por flacos, y extenuados; y consumida con las incomodidades de la prision parte de la sangre que corría por sus venas, y cuerpo enflaquecido, el cielo la tenía tomada á su cargo, como si ya la hubiese derramado por él. Díxole el Juez: Considerad, Sinforiano, lo que perdeis, y el daño que os haceis, rehusando adorar los Dioses inmortales; porque además de la gloria que adquiriríais sirviendo al Emperador en sus Exércitos, aún podíais esperar de su liberalidad recompensas proporcionadas á vuestros servicios. ¿Quereis, pues, que haga eregir un altar? Creedme, ofreced á los Dioses el incienso, y por sacrificios dignos de su magestad suprema, haceoslos favorables. Respondió Sinforiano: Un Juez, que es el depositario de la autoridad del Príncipe, y de los negocios públicos, no debe perder el tiempo en discursos vanos, y frívolos. Si es peligroso el no trabajar cada dia en adquirir alguna nueva virtud, quánto mas se debe temer, apartándose del camino recto, el ir inconsideradamente á estrellarse contra los escollos de los vicios.

Díxole el Juez: Pues á lo menos sacrificad á los Dioses, para gozar de los honores que os aguardan en la Corte. Respondió Sinforiano: Un

Juez envilece su dignidad, y empaña su lustre, quando se sirve del poder que le dá para armar lazos á la inocencia. Causa á su alma un daño irreparable, y se expone á ver su nombre ajado de un oprobrio eterno. Por lo demás, yo no temo la muerte, puesto que ella, y el tiempo nos han de quitar tarde, ó temprano la vida, y que es una deuda que todo hombre no puede eximirse de pagar á Dios: prevengamos este momento para el deseo, y hagámonos un mérito para con él, ofreciéndosela voluntariamente: mudemos una deuda en un don, y un presente. ¿De qué me serviría el inutil, y tardío arrepentimiento de haber temblado delante de un Juez, que ha de morir como yo? Vos me ofreceis en una copa de oro una bebida, que baxo de alguna dulzura aparente, oculta una amargura mortal, y que dá la muerte á los que son demasiado imprudentes para recibirla. Yo rehuso todas las ventajas que me son ofrecidas por otra mano que por la adorable de Jesu-Christo. Las riquezas de que nos colma con una profusion digna de un Dios, son incorruptibles: en ellas no se teme ni la pérdida, ni la disminucion: pero vuestra insaciable codicia, queriendo poseerlo todo, nada posee en efecto. La fragilidad de los bienes de este mundo, no nos aflige; porque no les tenemos apego alguno; y la fortuna nada nos puede quitar, porque nada retenemos de ella. Vuestros placeres, y vuestras alegrías son semejantes á una agua helada, que se derrite al primer rayo del sol. Todo quanto ha-

hace el objeto de vuestros deseos, se acaba bien presto, está sujeto á la mudanza; y por fin es arrebatado por el rápido torrente de los años, al vasto seno de la eternidad. Solo nuestro Dios hay que pueda dar una felicidad durable. La antigüedad mas retirada no ha podido ver el principio de su gloria; porque su gloria es ante todos los tiempos; y los últimos siglos no la verán el fin; porque aún subsistirá despues de ellos.

El Juez le dixo: En fin, ya cansais mi paciencia, Sinforiano; y hace ya mucho tiempo que os oygo ensalzar con excesivas alabanzas el quimérico poder de no sé qué Christo. No hay palabras que valgan: ó sacrificad ahora al punto á la Diosa madre; ó despues de haberos hecho pasar por todo el rigor de los suplicios, yo pondré vuestra cabeza á los pies de Cibeles. Yo temo á Dios Todopoderoso, que me ha dado el sér, y la vida; y á solo él adoro. Mi cuerpo está en vuestro poder; y este no durará mucho: mas por lo que toca á mi alma, esa es independiente de vos, y de vuestro tribunal. Sufrid solamente que os represente quan monstruoso es el culto que dais á vuestros Idolos. Avergonzaos de una supersticion tan poco conforme á la naturaleza, y á la razon. ¿Y quién no se avergonzaría al ver una tropa de medios hombres mezclar en los transportes de una alegría insensata, el furor con la brutalidad, y hacer de un delito detestable, un acto de religion? ¿Quién no se avergonzaría viendo á vuestro Apolo echado

vergonzosamente del cielo, verse reducido á guardar los rebaños del Rey Admeto? ¿Qué Dios adorais vosotros? ¿Qué exemplo adorais en ese Dios, que cantando dia, y noche al son de su lira sus infames amores, gusta de ver sus laureles mezclados de mirtos, y de rosas? No hablo de esas voces que los demonios, baxo el nombre de ese Apolo, hacen salir del fondo de una gruta que brama, y del medio de una trípode, ó trévedes, las quales por mil rodeos vienen á asustar vuestros oidos, y á engañar vuestros espíritus. ¿Pero qué ceguedad os hace adorar al demonio de mediodía baxo la figura de una Diana? Porque esto es lo que un exâmen curioso ha descubierto á nuestros santos Doctores. Ese demonio, que recorriendo las plazas, y las encrucijadas (1) de las Ciudades, vá sembrando en los corazones de los míseros mortales la discordia, y la envidia. Aquí fue interrumpido Sinforiano por el Juez, que no pudiendo contener mas su rabia, pronunció todo colérico esta sentencia: " Declaramos á » Sinforiano reo de crimen de lesa magestad di» vina, y humana, ya por haber rehusado el sa» crificar á los Dioses, ya hablado de ellos con » poco respeto, ya en fin ultrajado á sus sagra» dos altares: en satisfaccion de lo qual, le con» denamos á morir por el filo de la espada, ven» gadora de los Dioses, y de las leyes."

Como se le conduxese al suplicio, su madre, ve-

(1) *Unde etiam Diana dicitur Trivia; scilicet à Triviis.*

venerable por su edad, y por su virtud, le exhortaba desde lo alto de los muros de la Ciudad á morir como verdadero soldado de Jesu-Christo; y haciéndole oir una voz, que hiriendo su oido, penetraba su corazon, le gritó: Hijo mio, Sinforiano, hijo mio, no pierdas de vista al Dios por quien mueres: tenle siempre en el pensamiento. Hijo mio querido, ten valor: la muerte no hay que temerla, quando no hace mas que conducirnos á la vida: mira al cielo, y haz que tu corazon siga á tus ojos: ponlos sobre aquel que reyna en él. Hoy es el dia que truecas una vida sujeta á la muerte, por una vida inmortal. ¡O, hijo mio, y qué feliz cambio! Fuera de los muros de la Ciudad fue donde este bienaventurado Martir acabó su santa carrera por la mano de un verdugo, que le separó la cabeza del cuerpo. Algunas personas piadosas hurtaron secretamente sus sagradas reliquias. Muy cerca del lugar en que S. Sinforiano sufrió el martirio, pasa una fuente, á cuyo lado estaba edificada una pequeña habitacion. Allí fue donde se puso al santo Martir. Pero no estuvo mucho tiempo oculto; pues los milagros que Dios obraba por él, le descubrieron bien presto. Los mismos Paganos, atónitos de tantas maravillas, no pudieron rehusarle su veneracion.

(Y en fin, hácia la mitad del quinto siglo, Eufronio, Obispo de Autun, no siendo aún mas que Presbítero de esta Iglesia, le erigió un magnífico Templo.)

S.

S. APOLONIO,
MARTIR.

Esto se ha sacado de Eusebio, lib. 5. de la Hist. Ecles. cap. 21. de la edicion de M. de Valois.

Cerca del año de Jesu-Christo 185. en el imperio de Cómodo.

SIendo Emperador Cómodo, quedaron los asuntos de Religion en un estado bastante tranquilo, gozando la Iglesia, por la misericordia de Dios, de una paz perfecta por toda la tierra. No obstante, la palabra que obra la salud en las almas, atrahía un grandísimo número de personas al culto del verdadero Dios: de suerte, que las mas considerables de Roma, ya por su nacimiento, ya por los bienes de la fortuna, acudian todos los dias, seguidos de toda su casa, para recibir el santo bautismo. El demonio, enemigo irreconciliable de los buenos, no pudo ver, sin una extrema rabia, el admirable progreso que hacía el Christianismo en la primera Ciudad, y entre los primeros hombres del universo. Y vé aquí que inventa nuevas máquinas contra nosotros: ármase de nuevos artificios para procurar destruir un culto que destruía el suyo: corrompe al criado de uno llamado Apolonio, hombre á quien el estudio de las bellas letras, y de la filosofia, hacía recomendable, y que se había adquirido por su virtud la estimacion de todos los buenos. Este es-

esclavo, hombre perdido, y digno de contribuir al cumplimiento de los designios del Príncipe de las tinieblas, delató á su amo delante del Prefecto de Roma; pero le salió tan mal, que le costó la vida; porque por un edicto del Emperador estaba prohibido, só pena de muerte, á qualquiera que fuese, delatar á los Christianos; y así este miserable fue al mismo tiempo preso, y por sentencia del Prefecto Perenne hecho pedazos vivo.

Entretanto Apolonio, que en su corazon se ofrecía á Dios en sacrificio, y á quien aceptaba como una víctima que le era agradable: Apolonio, digo, despues de haber resistido generosamente á todo lo que el Prefecto le pudo decir para moverle, y para hacer vacilar su firmeza, obtuvo el permiso de hablar delante del Senado, y dar razon de su Fé. Hizo un discurso muy eloqüente en defensa de esta misma, y su propia justificacion. Despues que dexó de hablar, todo el Senado á una voz le condenó á cortarle la cabeza. Porque había un reglamento hecho poco tiempo antes por esta misma Junta, el qual decía que luego que un Christiano fuese denunciado una vez, no podía ser enviado libre, y absuelto, á menos que no mudase de opinion, y de religion.

(En todo lo demás, todos los procedimientos hechos contra este santo Martir, su interrogatorio, y la harenga que pronunció en pleno Senado, fueron cuidadosamente recogidos por Eusebio en su libro de los Antiguos Mártires, *que nosotros*, por nuestra desgracia, *no tenemos*.)

AC-

ACTAS PROCONSULARES
DE LOS MARTIRES
ESCILITANOS.

Sacadas de Baronio, y de un Manuscrito de la Biblioteca de M. Colbert.

Año de Jesu-Christo 200. en el imperio de Severo.

A Diez y nueve de Julio, en el segundo Consulado de Claudio, teniendo la Audiencia en Cartago, Metrópoli de Africa, fueron citados delante de los Magistrados, y personalmente emplazados los famosos Esperad, Narzal, Citin, y las célebres Donata, Vestina, y Segunda; á quienes, habiendo comparecido, el Proconsul Saturnino habló de esta suerte: Bien podeis esperar el hallar gracia en nuestros muy Augustos Emperadores Severo, y Antonino (1), si sínceramente os poneis en estado de dar á nuestros Dioses el honor que les debeis. Respondió Esperad: Nosotros no hemos cometido ninguna injusticia: nadie se puede quexar de nosotros: á nadie hacemos daño. Vuestros malos tratamientos jamás han podido sacar de nuestra boca la menor quexa contra vosotros.

Al contrario, no volvemos sino bendiciones, y

(1) Hijo de Severo, llamado Caracalla.

y acciones de gracias por todo el mal que nos haceis. Este es el motivo por que os declaramos que nosotros no adoramos á otro que al verdadero Dios, que es el Señor, y el dueño de todas las cosas. El Proconsul Saturnino dixo: Nosotros gustamos que sepais, que tenemos una religion, que es toda de dulzura, y que consiste en una grandísima simplicidad. Esperad le dixo de esta manera: Si me haceis el honor de escucharme tranquilamente, os descubriré el misterio de la dulzura, y de la simplicidad Christiana, que os es desconocida. El Proconsul Saturnino le respondió: Nada tienes que temer, quiero escucharte de buena gana: jura solamente por el genio de nuestro Príncipe. Esperad habló de esta suerte: Yo no conozco el genio del Emperador de la tierra, sino sirvo á mi Dios, que es el Dios del Cielo, á quien ningun hombre ha visto jamás, ni le puede ver. Yo no soy culpable de delito alguno: no tomo los bienes agenos: si compro alguna cosa, pago los derechos á los recaudadores del Emperador; porque sé que Dios me lo ha dado por amo: pero no adoro sino á mi Señor, que es el Rey de los Reyes, y Dueño de todas las Naciones del mundo. El Proconsul Saturnino le instó diciendo: Déxate de todos esos vanos discursos, y sin mas dilacion sacrifica á los Dioses. Respondió Esperad: Yo nada temo: no he ofendido á nadie. Dirigiéndose el Proconsul Saturnino á los demás, les dixo: No os dexeis engañar por el exemplo de este, y no os hagais cómplices de su

fu-

furor: antes bien temed el desagradar al Emperador, rehusando obedecer á sus órdenes. Citin habló así: Nosotros no tememos desagradar mas que á Dios, nuestro único Señor, que está en el cielo. Mandó entonces el Proconsul Saturnino, que los lleven á la carcel, y que los pongan en el cepo hasta el dia siguiente.

Este dia, que era el veinte del mismo mes de Julio, sentándose el Proconsul Saturnino en su tribunal, ordenó que los presos se le volviesen á presentar; y habiendo llegado, preguntó á las mugeres: ¿No quereis dar á nuestros Príncipes el honor que les debeis, y sacrificar á nuestros Dioses? Respondió Donata: Nosotras damos al Emperador el honor que le debemos como á Emperador; pero ofrecemos solo á Dios nuestras adoraciones, y nuestros votos. Vestina dixo: Yo tambien soy Christiana, sí, yo lo soy. Segunda igualmente: Y yo creo en mi Dios, y quiero vivir siempre unida á él; pero á vuestros Dioses no los adoraremos. Oidas por el Proconsul Saturnino estas respuestas, hizo retirarlas; y haciendo acercar á los hombres, preguntó á Esperad: ¿Persistís siempre en vuestra Religion? Respondió Esperad: Sí, yo persisto en ella: escuchad todos los que estais aquí presentes, yo declaro que soy Christiano. Todos los demás prisioneros dixeron tambien: Nosotros declaramos que somos Christianos. Y entonces les dixo el Proconsul: Luego vosotros no quereis que se os conceda alguna dilacion para tomar la última pro-

vi-

videncia, ni que se os haga alguna gracia. Habló por todos Esperad, diciendo: No la queremos, ni se debe pedir en una guerra justa. Haced lo que quisiéreis: moriremos con alegría por Jesu-Christo. Instó de nuevo el Proconsul Saturnino: ¿Qué libros son esos que dicen que adorais vosotros? Respondió Esperad: Son los quatro Evangelios de nuestro Señor Jesu-Christo, las Epístolas del Apostol S. Pablo, y toda la Escritura, que ha sido inspirada de Dios. Y el Proconsul Saturnino: Yo os doy tres dias para que tengais tiempo de pensar en lo que debeis hacer, y de repasarlo entre vosotros mismos. A esto volvió á decir Esperad: Yo soy Christiano, y todos los que estan conmigo lo son tambien: nada nos podrá hacer mudar de parecer: haced lo que gustáreis: jamás abandonaremos la Fé de nuestro Señor Jesu-Christo.

Viendo el Proconsul su inalterable firmeza, dió contra ellos esta sentencia, que fue al punto registrada: "Mandamos que Esperad, Narzal, » Citin, Voituce, Felix, Acillin, Letancio, Ja» nuario, Generosa, Vestina, Donata, y Segun» da, por haber confesado que eran Christianos, » y rehusado dar al Emperador el honor que le » es debido, se les corte la cabeza." Despues que se les hubo leido, Esperad, y los demás dixeron: Gracias os damos, ó Dios eterno, de que os digneis recibirnos hoy dia en el cielo en el número de vuestros Mártires. Condúxoseles despues al lugar del suplicio, donde puestos de rodi-

dillas, dando nuevamente sus acciones de gracias á Jesu-Christo, les cortaron la cabeza.

MARTIRIO
DE SANTA PERPETUA,
Y DE SANTA FELICITAS,
Y DE SUS COMPAÑEROS.

Sacado de dos Manuscritos, el uno de la Iglesia de Salsbourg, y el otro de S. Cornelio de Compiegne, cotejados con la edicion de Lucas Holstenio.

Año de Jesu-Christo 202, ó 203, en el imperio de Severo.

ARrestáronse en Cartago á siete de Marzo, por orden del Emperador Severo, algunos jóvenes catecúmenos: Revocato, y Felícitas, ambos á dos de condicion servil: Saturnino, Secúndula, y Vivia-Perpetua, de una familia ilustre de aquella Ciudad, y casada esta con un hombre de distincion. Tenía ella padre, madre, y dos hermanos, uno de los quales era tambien catecúmeno; y un niño de pecho, á quien criaba: y escribió la historia de su martirio de esta manera.

Aún estábamos con nuestros perseguidores, quando vino mi padre á hacer nuevos esfuerzos para asustarme, y para hacerme mudar de resolucion. Padre mio, le dixe, ¿veis este vaso de tierra, que está aquí? Sí, me dixo, le veo. ¿Se le

le puede, continué yo, darle otro nombre que el que tiene? No, me respondió. Pues lo mismo, le repliqué yo, yo no puedo ser otra que la que soy, esto es, Christiana. Al decir esta palabra, mi padre se tiró á mí para sacarme los ojos; pero se contentó solamente con maltratarme; y se retiró confuso de no haber podido vencer mi constancia con todos los artificios del demonio, de que se valió para engañarme. Dí gracias á Dios de que estuviese algunos dias sin volverle á ver, y su ausencia me dexó gustar un poco del reposo. En este pequeño intervalo fui bautizada; y el Espíritu Santo me inspiró el no pedir otra cosa que la paciencia en los tormentos.

Poco tiempo despues me llevaron á la carcel: el horror, y la oscuridad del lugar me sorprendieron al principio; porque yo no sabía qué cosa eran prisiones. ¡O qué largo se me hizo aquel dia, y quánto padecí en él! ¡Qué terrible calor! Ahogábase una en ella: tan apretados estábamos allí: fuera de que nos era preciso á cada momento experimentar la insolencia de los soldados que nos custodiaban en ella. En fin, lo que me causaba un extremo dolor, era el que yo no tenía mi niño. Pero Tercio, y Pomponio, dos caritativos Diáconos, alcanzaron á fuerza de dinero, que se nos pusiese en un lugar, en donde estuviésemos mas anchos, y donde en efecto comenzamos á respirar un poco. Cada uno pensaba en lo que le tenía cuenta. Por lo que á mí toca, yo me puse á dar de mamar á mi hijo,

que me llevaron, aunque estaba ya todo desmayado, por haber estado largo tiempo sin tomar el pecho. Toda mi inquietud era por él. Con todo eso, yo no dexaba de consolar á mi madre, y á mi hermano; pero sobre todo les suplicaba tuviesen cuidado de mi niño. Verdad es que estaba con gran sentimiento de verlos á ellos mismos tan afligidos por amor de mí. Sentí estas penas por muchos dias; pero habiendo obtenido que me dexasen mi hijo, comencé bien presto á no sentirlas mas: halléme enteramente consolada, y la prision se me vino á hacer una habitacion agradable; y tanto se me daba vivir allí, como en otra parte.

Un dia me dixo mi hermano: Hermana mia, yo estoy persuadido que tú tienes mucho poder para con Dios; y así pídele, te suplico, que te dé á entender en una vision, ó de qualquiera otra manera, si tú has de sufrir la muerte, ó si saldrás libre. Yo, que sabía muy bien que tenía algunas veces el honor de conversar familiarmente con Dios, y que recibía de él cada dia mil señales de bondad, respondí llena de confianza á mi hermano: Mañana sabreis lo que ha de suceder. Pedile, pues, á mi Dios, que me enviase una vision; y vé aquí la que tuve.

Percibí una escala toda de oro, de tan prodigiosa altura, que llegaba desde la tierra al cielo; pero tan estrecha, que no se podía subir sino uno á uno. Los dos lados de ella estaban todos sembrados de espadas cortantes, de venablos, de

chu-

chuzos, de guadañas, de puñales, de largos hierros de lanzas: de manera que quien subiera descuidadamente, y sin tener siempre la vista inclinada hácia lo alto, no podía dexar de ser despedazado por todos estos instrumentos, dexando allí una gran parte de su carne. Al pie de la escala había un espantoso dragon, que parecía estar siempre pronto á abalanzarse á los que se presentaban para subir. Emprendiólo, no obstante, Asturo (habíase él venido á hacerse prisionero de su voluntad, queriendo probar nuestra misma fortuna, porque no estaba con nosotros quando fuimos presos): y llegando felizmente á lo alto de ella, se volvió hácia mí, y me dixo: Perpetua, ya te aguardo; pero ten cuidado no te muerda el dragon. Yo le respondí: No le temo; y voy á subir en el nombre de nuestro Señor Jesu-Christo. Entonces el dragon, como temiendo él mismo, inclinó dulcemente la cabeza; y yo, habiendo levantado el pie para subir, me sirvió de primer escalon. Habiendo llegado á lo último, me hallé en un espacioso jardin, en medio del qual ví á un hombre de buen semblante, vestido de pastor, sus cabellos blancos como la nieve. Tenía allí un rebaño de ovejas, de quienes ordeñaba la leche; y estaba rodeado de una multitud innumerable de personas vestidas de blanco. Alcanzóme á ver; y llamándome por mi nombre, me dixo: Seas bien venida, hija mia. Y me dió de la leche que ordeñaba. Esta era muy espesa, y como una especie de quaxada. Recibíla juntando

las manos, y la comí: todos los que estaban allí presentes respondieron Amen. Dispertéme al ruido, y me hallé en efecto que tenía en la boca una cosa muy dulce, que comía. Luego que ví á mi hermano, le conté mi sueño; y todos conocimos que bien presto habíamos de padecer el martirio. Comenzamos, pues, á desprendernos enteramente de las cosas de la tierra, y á poner todos nuestros pensamientos en la eternidad.

Pasados algunos dias, divulgada la noticia de que íbamos á ser preguntados, ví llegar á mi padre: el dolor aparecía en su rostro, y una mortal tristeza le consumía. Vino á mí, y me dixo: Hija mia, ten compasion de la vejez de tu padre, si es que á lo menos merezco llamarme así. Si aún te queda alguna memoria de los cuidados tan tiernos, y tan particulares que he tomado de tu educacion. Si es verdad que el extremo amor que he tenido por tí, me ha hecho preferirte á todos tus hermanos, no seas causa de que yo llegue á ser el oprobrio de toda una Ciudad. Muévate la vista de tus hermanos: pon la vista en tu madre, la madre de tu marido, y tu hijo, que no podrá vivir si tú mueres: cede algun tanto de ese fiero valor: hazte un poco mas tratable, y no nos expongas á todos á una vergüenza inevitable. ¿Quién de nosotros se atreverá á parecer, si tú acabas tus dias á manos de un verdugo? Sálvate, por no perdernos á todos. Diciendo esto, me besaba las manos; y despues echándose á mis pies todo bañado en lágrimas, me

me llamaba mi señora. Confieso que estaba penetrada de un vivo dolor, quando consideraba que mi padre sería el único que no sacaría ningun provecho de mi muerte; procuré, pues, consolarle lo mejor que pude. Padre mio, le dixe, no se aflija Vm. tanto, que no sucederá nada de todo esto, sino lo que fuere del agrado de Dios: nosotros no dependemos de nosotros mismos, sino de su voluntad. Mi padre se retiró con una tristeza, y un abatimiento que no se puede imaginar.

Un dia estando comiendo, nos vinieron á sacar de repente para responder al interrogatorio. Habiéndose esparcido al punto la noticia por toda la Ciudad, en un instante se llenó de gente la sala de la audiencia. Hiciéronnos subir sobre una especie de teatro, en que el Juez tenía su tribunal. Todos los que respondieron antes que yo, confesaron altamente á Jesu-Christo. Quando me tocó á mí, como yo me preparase á responder, vé aquí á mi padre, que aparece en el momento, haciendo llevar mi niño por un criado. Apartóme un poco del pie del tribunal; y valiéndose de las mas vivas instancias: ¿Serás tú, me decía, tan insensible á las desgracias que amenazan á esta inocente criatura, á quien has dado la vida? Entonces el Presidente, llamado Hilarion, que sucedió al Proconsul Minucio-Timinieno, que poco antes había muerto, juntándose á mi padre: ¿Es posible, me dixo, que las canas de un padre, que vais á hacer miserable, y la inocencia

de ese hijo, que vá á quedar huérfano por tu muerte, no son capaces de moverte? Sacrifica solamente por la salud de los Emperadores. Yo respondí: No sacrificaré tal. Replicó Hilarion: ¿Luego tú eres Christiana? Sí lo soy, le respondí. Entretanto mi padre, que esperando siempre ganarme, se había quedado allí, recibió un golpe con una vara de un alguacil, á quien Hilarion mandó que le retiráran. El golpe me fue muy sensible. Suspiré de ver á mi padre tratado tan indignamente por mí; y lloré su desgraciada vejez. Al mismo tiempo pronunció el Juez la sentencia, por la qual éramos todos condenados á las fieras. Despues de haberla oido leer, baxamos del tribunal, y volvimos á tomar alegremente el camino de la prision. Quando volví á entrar en ella, envié con el Diácono Pomponio á pedir mi niño á mi padre, que no quiso dármele; y Dios permitió que el niño no pidiese mas de mamar, y que no se me accidentasen los pechos. De este modo me hallé con el espíritu enteramente libre, y sin ninguna inquietud.

Como todos nosotros estuviésemos cierto dia en oracion, pronuncié por casualidad el nombre de Dinocrato. Admiré como una cosa extraordinaria, de que no habiendo pensado en él despues de su muerte, me acordase de él por entonces de un modo tan singular. Derramé algunas lágrimas por el triste accidente que nos le había quitado; y conocí que sería oida si pedía por él. Comencé, pues, á ofrecer oraciones, y

á

á gemir mucho en la presencia de Dios. La noche siguiente me pareció ver salir á Dinocrato de un lugar oscuro: estaba todo cubierto de sudor: sus labios secos, y abrasados, y su boca medio abierta, daban á entender que padecía una extrema sed. Su rostro estaba cubierto de caspa; y aún se veía la llaga que tenía en él quando murió. Era este un horrible cancer en la mexilla. Este Dinocrato era mi hermano, que murió de edad de siete años. Por lo demás, parecíame que había una grande distancia entre los dos; de suerte que me era imposible acercarme á él. Estaba allí un estanque lleno de agua; pero de una altura tal, que Dinocrato no alcanzaba á sacar agua con que apagar su sed. Hacía varios esfuerzos sobre ello; pero siempre en vano. Dispertéme con la agitacion, y la inquietud que me causaba la pena en que le veía; pero tuve una firme esperanza de que mis oraciones no le serían inútiles para librarle de ella; y así no cesaba de pedir dia, y noche por este querido hermano, mezclando á mis súplicas mis suspiros, y mis lágrimas. Pasáronnos entonces desde allí á la prision del campo; porque estábamos destinados para servir á los espectáculos que se debian celebrar el dia del nacimiento de Geta-Cesar (1).

Pusiéronnos á todos en una cadena hasta el dia en que debíamos ser expuestos á las bestias. En este pequeño intervalo fue quando el cielo

(1) Véanse las Notas al fin de la Obra.

aún me favoreció con esta vision. Aquel lugar oscuro de donde había visto salir á Dinocrato, me pareció muy iluminado, y al mismo Dinocrato limpio, bien vestido, el rostro fresco, en donde no se percibía mas que una ligera cicatriz en la parte en que había estado aquella llaga mortal. Ví tambien que los bordes del estanque estaban baxos, y que no le llegaban mas que á la cintura del niño, que sacaba agua con suma facilidad. Estaba tambien allí un frasco lleno, del qual bebía, sin que se disminuyese el agua. Despues que hubo bebido, corrió á jugar, como hacen los niños. Comprehendí entonces yo que estaba libre de las penas que padecía (1).

Pasados algunos dias, el que mandaba las guardias de la prision (2), advirtiendo que Dios nos favorecía con muchos dones, concibió tan grande estimacion para con nosotros, que dexaba entrar libremente á los hermanos que venian á vernos, ya para consolarnos, ya para recibir ellos mismos el consuelo. Pero pocos dias antes de los espectáculos, ví yo entrar á mi padre en el lugar en que estábamos, lleno de una tristeza, que no se puede explicar. Arrancábase la barba, tirábase contra el suelo, y permanecía echado sobre el rostro, dando desde allí grandes gritos, y echando mil maldiciones al dia en que había nacido. Sentía el haber vivido demasiado: llama-

(1) Este lugar prueba excelentemente que los difuntos pueden ser libres de sus penas por las oraciones de los vivos. (2) Llamábase Prudencio, y era Inspector.

maba á su vejez desgraciada: en una palabra, decía cosas tan tristes, y se servía de unos términos tan tiernos, que sacaba las lágrimas, y hacía partir el corazon de compasion á todos quantos le oían. Yo me moría de dolor viéndole en aquel lastimoso estado.

En fin, la víspera de los espectáculos tuve esta última vision. Parecióme que el Diácono Pomponio venía á la puerta de nuestra prision, que llamaba con grandes golpes, y que yo había acudido á abrirle. Estaba vestido de una túnica blanca de tela muy preciosa, y bordada de una infinidad de pequeñas granadas de oro. Díxome: Perpetua, nosotros te aguardamos, ¿no quieres venir? Al mismo tiempo me dió la mano; y echamos los dos á andar por un camino áspero, y estrecho: en fin, despues de haber dado muchas vueltas, y revueltas, llegamos al Anfiteatro casi sin aliento. Pomponio me conduxo hasta en medio de la plaza, y me dixo: No temas nada: dentro de un instante soy contigo, y vengo á ayudarte. Al decir esto, vase, y me dexa. Como yo sabía que estaban para exponerme á las fieras, no comprehendía cómo tardaban tanto en echarlas contra mí. Entonces se apareció un Egipcio sumamente feo, que se vino á luchar conmigo, acompañado de otros muchos tan disformes como él: pero al mismo tiempo dos jóvenes perfectamente formados, y bien hechos, se declararon á mi favor. Quitáronme mis vestidos, y me sentí asistida de un espíritu varonil, vinien-

niendo á ser un luchador fuerte, y vigoroso. Estos jóvenes, que se habian puesto de mi parte, me untaron con aceyte, como se acostumbra hacer á los que entran en la lucha. Pero estando ya á punto de venir á las manos, se acercó á nosotros un hombre de una estatura alta, y de un porte magestuoso. Tenía una túnica de púrpura, que le arrastraba, y que formaba muchos pliegues, ceñida con un broche de diamantes. Traía una vara delgada, semejante á la que llevan los Intendentes de los Juegos, y un ramo verde, de donde colgaban manzanas de oro. Habiendo hecho poner silencio, dixo: Si el Egipcio vence á la muger, le será permitido el matarla; pero si la muger queda victoriosa del Egipcio, se le dará este ramo, y estas manzanas de oro. Luego que dió esta como sentencia, fue á tomar su correspondiente lugar. Travamos el Egipcio, y yo un áspero combate. Hacia él todos sus esfuerzos por agarrarme el pie para derribarme; lo qual evitaba yo cuidadosamente, dándole muchos golpes en el rostro. Tambien me sentí como elevada en el ayre, desde donde hería á mi enemigo con ventaja. En fin, viendo que el combate era muy porfiado, junté mis dos manos, de suerte que los dedos estaban enlazados unos con otros; y dexándolas caer á plomo sobre la cabeza del Egipcio, le derribé sobre la arena, poniéndole al mismo tiempo el pie sobre la cabeza, como para quebrantársela. Comenzó el pueblo á dar palmadas; y mis generosos defensores juntaron la

dul-

dulzura de sus cánticos á los aplausos del pueblo. Entonces me fui hácia el Intendente de los Juegos, hácia aquel hombre admirable, que había sido el testigo de mi victoria, para pedirle el premio; y recibí el ramo con las manzanas de oro. Y dándomele, me besó, y me dixo: Hija mia, la paz sea siempre contigo. Salí del Anfiteatro por la puerta que mira á la que se llama Sanavivaria. Aquí se acabó mi sueño; y yo disperté pensando en mí misma, que tendría que combatir, no con las bestias del Anfiteatro, sino con los demonios. Lo que me consoló fue que la vision que me anunciaba el combate, me aseguraba al mismo tiempo la victoria.

He escrito lo que me sucedió hasta el dia de los espectáculos: si alguno quiere continuar la relacion de lo que pasáre despues, lo puede hacer.

Saturo tuvo tambien una vision, que él mismo escribió en estos términos.

Ya había algun tiempo que estábamos presos, quando de repente quatro Angeles nos sacaron de la prision. Llevábannos sin tocar á nosotros. Ibamos hácia el Oriente. Finalmente, no íbamos todo derecho, y perpendicularmente, sino como si hubiésemos seguido la falda apacible, y gustosa de una agradable colina. Quando ya estuvimos un poco distantes de la tierra, nos hallamos rodeados de una gran luz. Yo dixe entonces á Perpetua, que estaba cerca de mí: Hermana mia, vé aquí lo que el Señor nos había prometido: ya

co-

comenzamos á ver esta promesa cumplida. Despues de haber andado un poco, nos hallamos en un jardin lleno de todas especies de flores: en él se veían rosales altos como cipreses, cuyas rosas blancas, y encarnadas, movidas por un dulce zéfiro, caían continuamente como gruesos copos, y formaban como una nieve olorosa, y de diversos colores. Quatro Angeles, mas hermosos aún que aquellos que nos habian llevado á este jardin, nos vinieron á introducir en él, y nos hicieron mil agasajos. Decian á nuestros conductores con cierto gesto de admiracion: Míralos como han llegado. Entonces los quatro primeros se despidieron de nosotros, y comenzamos á pasearnos á pie en estas vastas, y deliciosas llanuras. Allí encontramos á Jucundo, Saturnino, y Artaxes, que todos tres habian sido quemados vivos por la Fé; y á Quinto, que murió en prision por la misma causa. Luego que nos informamos del sitio en que estaban los demás Mártires conocidos nuestros, los Angeles dixeron: Entremos, y venid, saludaremos al Señor de este hermoso jardin. Hiciéronnos, pues, entrar en una habitacion la mas soberbia que se puede ver: las tapicerías que cubrian las paredes, parecian estar hechas con rayos de luz; y tambien las paredes brillaban como si hubiesen sido fabricadas de diamantes. Hallamos en el umbral otros quatro Angeles de mas recomendable presencia, que nos hicieron tomar á cada uno una vestidura blanca. La sala en que fuimos introducidos, era incomparablemente mas

ri-

rica, y mas brillante que todas las que habíamos atravesado. Unas voces, las mas admirables del mundo, hacian oir allí esta sola palabra: SANTO, SANTO, SANTO, que repetian sin cesar, y siempre con nuevos encantos. Hácia la mitad de la sala vimos á un hombre de una excelente hermosura; pero este no era mas que hombre: tenía los cabellos largos del color del cisne, que le caían sobre las espaldas con gruesos rizos. No pudimos nosotros ver sus pies: tenía á su derecha, y á su izquierda veinte y quatro ancianos sentados sobre sillas de oro; y detrás de él muchas personas de pie. Hiciéronnos acercar al trono los quatro Angeles; y subiéndonos á él con amor, nos facilitaron la llegada cerca de la persona de este admirable joven, que nos hizo el honor de abrazarnos. Dixéronnos luego aquellos venerables, que nos quedásemos allí; lo que hicimos. Y despues nos dixeron que podíamos ir donde gustásemos, y mejor nos pareciese, y divertirnos con mil géneros de juegos, que se practican en esta agradable morada. Entonces volviéndome hácia Perpetua, le dixe: Y bien, hermana mia, ¿estás contenta? Sí, me respondió ella, gracias al Señor. Bien sabeis, continuó ella, que yo era naturalmente alegre, y de un humor bastante festivo, quando estaba en el mundo; pero ahora es otra cosa muy diferente; y yo siento en mí un fondo de alegría, que no os puedo explicar. Al salir hallamos al Obispo Optato, y á Aspacio, Sacerdote, y Magistral de nuestra Iglesia;
pe-

pero muy tristes, y distantes uno de otro algunos pasos. Luego que nos alcanzaron á ver, se vinieron á echar á nuestros pies, diciéndonos: Hacednos el favor de reconciliarnos. Nosotros les respondimos todos admirados: Ah! ¿No sois vosotros el uno nuestro Obispo, y el otro un Sacerdote del Señor? ¿Pues cómo podremos nosotros sufrir esteis de este modo á nuestros pies? Eso nos toca á nosotros, el postrarnos á los vuestros. Y al mismo tiempo nos arrojamos á ellos, y los abrazamos con mucho respeto, y veneracion. Perpetua se puso despues á conversar con ellos; y los llevamos al jardin, en donde nos detuvimos debaxo de un rosal; pero llegaron unos Angeles, que dixeron á Optato, y á Aspacio: Dexadles que se diviertan á su libertad: ellos no tienen que ver con vuestras diversiones: si teneis los dos alguna diferencia, podeis evacuarla solos. Tú, Obispo, corrige á tus Diocesanos: estos estan en una continua disension, de modo que parece no salen del circo, segun tienen los unos con los otros contiendas incesantes. Habiéndoles hablado los Angeles de este modo con esta aspereza, aún mostraron en su semblante el quererles cerrar la puerta del jardin. Pero nosotros pasábamos el tiempo dulcemente en esta dichosa mansion, como alimentados de unos exquisitos perfumes, que nos daban vigor. Vé aquí quál fue mi sueño.

Por aquel tiempo llamó Dios para sí á Secóndulo, estando en la prision. Este fue un favor del

del cielo, con que quiso dispensarle del combate de las bestias. Beneficio que al tiempo que lo agradeció el cuerpo, lo sintió el alma, deseosa del martirio.

Hablemos ahora de Felícitas. Estaba ella embarazada de ocho meses; y acercándose el dia de los espectáculos, estaba inconsolable, previendo que su preñado diferiría su martirio, haciéndola despues morir con los malvados. Esto era lo que temía mas; y que su sangre pura, é inocente, fuese confundida con la impura, y criminal de algun homicida. Pero no era sola la que se afligía de esta dilacion: estaban tan ansiosos los otros Mártires, como ella. Porque no podian resolverse á dexar expuesta á los peligros de la vida presente, una tan amable, y tan digna compañera de sus trabajos. Juntáronse, pues, para obtener de la bondad de Dios, que Felícitas pudiese verse libre antes del dia del combate. Fueron oidos; porque apenas habian acabado su oracion, quando comenzó á sentir los dolores del parto. Y como no hallándose sino en los ocho meses, el parto era mucho mas dificil, padecía mucho, y la fuerza de los dolores le hacía dar gritos de quando en quando. Por lo qual la dixo un Portero: Si ahora te quexas tanto, ¿qué será quando seas despedazada por las bestias? Mas te hubiera valido sacrificar á los Dioses. Al qual dió esta generosa muger esta bella respuesta: Ahora soy yo quien sufro; pero allí habrá otro que estará conmigo, y que sufrirá por mí, porque yo sufriré por él.

Fi-

Finalmente, puesto que es la voluntad del Espíritu Santo, que se dexe á la posteridad un monumento eterno de la gloria que Perpetua, y sus compañeros adquirieron, combatiendo contra las bestias; por indigno que yo sea de un empleo tan sublime, y aunque esté persuadido á que carezco de lo que es necesario para cumplir con él como se debe, no dexaré de emprenderlo, obedeciendo á los últimos preceptos de la muy santa Martir Perpetua, ó por mejor decir, para executar los de la misma Fé, que parece exîgir de mí esta relacion, que voy á comenzar por una accion generosa, y llena de firmeza, con la qual mostró Perpetua su constancia, y su valor en la ocasion que se sigue. El Tribuno que tenía á los santos Mártires á su custodia, los trataba con un extremo rigor; porque ciertas gentes, ó mal intencionadas, ó neciamente crédulas, le hacian temer no se le escapasen de la prision por medio de la magia; de cuya sospecha eran comunmente acusados los Christianos en aquel tiempo. Díxole Perpetua con mucho valor: ¿Y te atreves tú á tratar con esta dureza á unas personas de consideracion, que pertenecen al Cesar, y que deben honrar con sus combates el dia de su nacimiento? ¿Por qué has de impedir tú que gocen de este poco de alivio que les es concedido hasta este dia? A esta reprehension quedó avergonzado, y confuso el Tribuno; y queriendo hacer olvidar á sus prisioneros el mal tratamiento que habian recibido de él, dió nuevas órdenes, por

por las quales mandaba que fuesen tratados con mas humanidad; que se les diese libertad á los hermanos para visitarlos; y que le fuese permitido á toda clase de personas el llevarles agasajos. El Carcelero Pudente, que acababa de hacerse Christiano, les hacía ocultamente todos los buenos oficios que podía.

Siendo costumbre en la tarde antecedente al dia de los espectáculos el dar á los que son condenados á las bestias una cena, que llamaban la cena libre: nuestros Santos mudaron, en quanto les fue posible, esta última cena en una comida, ó convite de caridad (1). Estaba la sala en que comian, toda llena de gente. Los Mártires hablaban con ellos de quando en quando. Tan presto con una fuerza maravillosa, amenazándoles con la cólera de Dios: tan presto les declaraban como Dios les pediría la sangre inocente, que prontamente irían á derramar; y algunas veces les reprehendian con un tono de ironía su brutal curiosidad. ¿No os bastará el dia de mañana, decía Saturo á este pueblo inhumano, para vernos muy de espacio, y para saciar el odio que nos teneis? Quereis mostraros sentidos de nuestra desgracia, y mañana aplaudireis con vuestras palmadas nuestra muerte, y alabareis á nuestros matadores. Observad bien nuestros rostros, para que nos reconozcais en aquel dia terrible, en que todos los hombres serán juzgados. Estas palabras,

(1) Los Agapes.

pronunciadas con toda la seguridad, y toda la firmeza que dá la inocencia, arrojaron el terror, y el espanto en el alma de la mayor parte: los unos se retiraron llenos de temor, que el primer objeto disipó; pero muchos se quedaron para instruirse, y creyeron en Jesu-Christo.

Llegó, en fin, el dia que debía manifestar el triunfo de nuestros generosos guerreros. Hízoseles salir de la prision para conducirlos al Anfiteatro. Dexábase ver la alegría en sus rostros: brillaba en sus ojos, manifestábase en sus acciones, y se ostentaba en sus palabras. Perpetua iba la última: la tranquilidad de su alma se advertía en su semblante, y en su modo de andar. Llevaba los ojos baxos, no fuese que su gran resplandor, y brillo hiciese contra su voluntad aquellos terribles efectos, que unos ojos hermosos son capaces de hacer. Por lo que toca á Felícitas, no podía explicar la alegría que sentía, de que su feliz parto la permitiese combatir tambien como los otros; pensando entre sí misma que iba á purificarse en su sangre de las impurezas de su parto. Luego que llegaron á la puerta del Anfiteatro, se les quiso hacer tomar vestidos consagrados por los Paganos para sus ceremonias sacrílegas: á los hombres la vestidura, ó ropa de los Sacerdotes de Saturno; y á las mugeres la que llevan las Sacerdotisas de Ceres. Pero estos generosos soldados del verdadero Dios, siempre firmes, é inalterables en la fidelidad que le habian jurado, dixeron: Nosotros hemos venido aquí

de

de nuestra voluntad, baxo la palabra que se nos ha dado de no forzarnos á hacer nada contra lo que debemos á nuestro Dios. Por aquella vez la injusticia reconoció el derecho, y se lo conservó. Consintió el Tribuno que pareciesen en el Anfiteatro con sus vestidos ordinarios. Perpetua cantaba, pensando en el Egipcio, cuya derrota se le había predicho. Revocato, Saturnino, y Saturo amenazaban al pueblo con el gesto, y con la voz. Quando estuvieron enfrente del balcon de Hilarion, le dixeron en altas voces de este modo: Tú nos juzgas en este mundo; pero Dios te juzgará á tí en el otro. Irritado el pueblo de este generoso atrevimiento, y deseando hacer la corte al Proconsul, pidió que se les hiciese pasar por los azotes (1). Y nuestros Santos se regocijaron de ser tratados como lo había sido Jesu-Christo su Dios, y su Maestro.

Aquel que ha dicho: Pedid, y recibireis el efecto de vuestras peticiones, concedió á nuestros Mártires lo que le habian pedido: porque divirtiéndose un dia en contar las diversas suertes de suplicios que se hacian padecer á los Christianos; unos deseaban morir de un género de muerte, y otros de otro. Saturnino mostró que desearía de todo su corazon el tener que combatir con todas las fieras del Anfiteatro: y en parte alcanzó lo que deseaba; porque él, y Re-

(1) Todos los verdugos, teniendo cada uno su azote en la mano, se ponian en dos filas; y conforme iban pasando los Mártires por en medio, les descargaba cada uno.

vocato, despues de haber estado largo tiempo en las garras de un leopardo, aún fueron vivamente acometidos por un oso furioso, que los atormentó hasta cerca del teatro, en donde los dexó todos hechos pedazos. Saturo nada temía tanto como ser expuesto á un oso; y deseaba que un leopardo le hubiese quitado la vida del primer bocado. No obstante, vé aquí que sueltan contra él un javalí; pero al mismo punto, volviéndose la bestia contra el picador que la conducía, le abrió el vientre con sus colmillos: despues volviendo á Saturo, se contentó con arrastrarlo algunos pasos sobre la arena. Y habiéndole llevado despues muy cerca de un grande oso, jamás se le pudo obligar á salir de su lago. Y así Saturo entró en el combate, y salió sin haber recibido herida alguna.

Por otra parte, rebentando el demonio de rabia al ver que el sexô mas debil se disponía á alcanzar sobre él una señalada victoria, había hecho de suerte, que, contra la costumbre, se echase una vaca cerril, y furiosa, para combatir contra Perpetua, y Felícitas. Quitáronles, pues, sus vestidos, y las metieron desnudas en una red. Pero el pueblo á este espectáculo fue poseido del horror, y de la compasion á un mismo tiempo, considerando por una parte una persona joven, delicada, y de distinguido nacimiento; y por otra una muger recien parida, y cuyos pechos estaban todos arrojando la substancia de sus entrañas. Llevóselas, pues, á la barre-

ra,

ra, y se las permitió volver á tomar sus vestidos. Perpetua se avanza al punto, cógela la vaca, la tira á lo alto, y la dexa caer de costillas. La joven Martir, vuelta en sí, y conociendo que su ropa estaba desgarrada todo á lo largo de su muslo, la volvió á juntar con aseo, menos ocupada en los dolores que sentía, que en la honestidad, que podía ser ofendida. Habiéndose enderezado al mismo tiempo, volvió á atar sus cabellos, que se habian descompuesto (porque no era decente que los Mártires, en un dia de victoria, tuviesen el rostro cubierto, como las personas afligidas se lo cubren en un dia de luto). Habiendo entonces conocido Felícitas, que esta vaca furiosa la había maltratado mucho, tendida sobre la arena, corre á ella; y dándola la mano, la ayudó á levantarse. Y ya se presentaban para sostener un nuevo lance; pero cansándose el pueblo de ser cruel, no quiso que se las expusiese mas. Volvieron, pues, hácia la puerta Sanavivaria, en donde Perpetua fue conocida de un catecúmeno llamado Rústico, que siempre la había tenido un grande afecto. Esta admirable muger, habiendo dispertado como de un profundo sueño, ó por mejor decir, saliendo de un largo éxtasis, preguntó que quándo se les exponía á aquella vaca furiosa. Y quando le contaron lo que le había sucedido, no quiso creer nada; hasta que en fin llegando á conocer á este catecúmeno, y á mirar sus vestidos, desgarrados por muchas partes, y en algunas contusiones, que se

la hicieron advertir, comenzó á darle crédito. Entonces, haciendo acercar á su hermano, y á este catecúmeno, les dixo: Perseverad en la Fé: amaos los unos á los otros; y no temais á vista de mi padecer.

Por otra parte, Saturo, que estaba retirado baxo de un pórtico del Anfiteatro, decía á Pudente: ¿No os lo había yo ya predicho, que las bestias no me harían mal? De este modo se han cumplido mis deseos, á la reserva de uno; y es, que creais de todo vuestro corazon en el que yo creo. Vé aquí que yo vuelvo al Anfiteatro para recibir allí la muerte: un leopardo me la ha de quitar del primer bocado. En efecto, al acabarse los espectáculos, habiéndose tirado á él un leopardo, de la primera dentellada le hizo una herida tan grande, que salía de ella la sangre á borbotones; de manera que el pueblo exclamó de esta suerte: Veelo allí bautizado segunda vez. Entonces, volviéndose por último hácia Pudente: A Dios, amigo querido, le dixo: acuérdate de mi fé, é imítala: no te turbe mi muerte: sino al contrario, anímete á sufrir. Despues, sacándose del dedo una sortija, la mojó en su sangre; y dándosela á Pudente: Recíbela, le dixo, como un testimonio de nuestra amistad: llévala por amor de mí; y la sangre en que está bañada, te haga acordar de la que yo derramo hoy por Jesu-Christo. Despues de lo qual fue llevado al sitio en donde se acababa de quitar la vida á los que las fieras no habían enteramente muerto. Y como el

el pueblo pedía que los otros Mártires, que no estaban sino heridos, fuesen llevados al medio de la plaza, para ser allí degollados, se levantaron todos por sí mismos; y habiéndose abrazado para sellar su martirio por el ósculo santo de paz, se fueron arrastrando adonde el pueblo los pedía: allí recibieron todos la muerte, sin hacer el menor movimiento, y sin dexárseles escapar la menor quexa, ni siquiera un suspiro. Saturo, segun la vision que había tenido Perpetua, la qual le vió llegar el primero á lo alto de aquella escala misteriosa, fue tambien el primero que espiró. Siguióle Perpetua. Había caido por desgracia en manos de un gladiador poco diestro; cuya mano trémula, y poco firme, le hacía padecer, por ser muy pequeñas las heridas. Vióse, pues, obligada á llevar ella misma á su garganta la espada de este tímido, señalándole el lugar en donde debía descargarla; lo qual hizo así. Tal vez porque una muger tan maravillosa no podría morir de otra manera; y que el demonio, que le temía, no se atrevería jamás á quitarle la vida, si ella misma no hubiese consentido en ello.

MARTIRIO
DE S. LEONIDES,
S. PLUTARCO,
Y DE ALGUNOS OTROS SANTOS MARTIRES
DE ALEXANDRIA.

Sacado de Eusebio, lib. 6. de su Histor. Ecles. cap. 1. y sig.

Cerca del año de Jesu-Christo 210. en el imperio de Severo.

MOvida por el Emperador Severo una nueva persecucion contra la Iglesia, se hallaron en todas las Provincias generosos fieles de Jesu-Christo, que combatieron á favor de la Religion, hasta derramar toda su sangre por la defensa. Pero principalmente en Alexandría fue donde se vió correr con abundancia; y esta gran Ciudad fue como un vasto teatro, en donde se señalaron los mas bravos combatientes del Egipto, y de la Tebaida, presidiendo Dios en estos combates, y distribuyendo coronas á todos los que por su gloria perdian la vida en medio de los tormentos. Entre estos santos Mártires fue uno Leonides, padre de Orígenes, á quien degollaron, dexando á su hijo de muy poca edad. Por lo que no será fuera de propósito decir aquí, en pocas palabras, algo del gran zelo que este hombre mostró desde sus mas tiernos años por los in-

intereses de Jesu-Christo, y del ardor con que abrazó la Fé de la Iglesia.

El año décimo del reynado de Severo, teniendo Leto el Gobierno de Alexandría, y de todo el Egipto, y acabando Demetrio de succeder á Juliano en el de las Iglesias de esta Provincia, se encendió en ella la persecucion con tanta violencia, que hizo perecer á una infinidad de Fieles. Orígenes, aunque muy joven, se sintió arrebatado de un deseo tan grande del martirio, que todos los dias se exponía á todo género de peligros; y aun quería tambien presentarse á los Tiranos, con el extremo anhelo que tenía de sufrir por nuestra Fé: sin duda hubiera perdido la vida por entonces, si Dios, que la quería conservar para la salud de muchos, no hubiese animado á su madre á oponerse á ello con todas sus fuerzas. Al principio empleó las súplicas, pidiéndole encarecidamente la libertase de una afliccion tan sensible como la sería la de verse privada de él por su muerte. Pero nada era capaz ya de contenerle, quando supo que S. Leonides, su padre, había sido arrestado, y puesto en prision; y no pensando mas que en irse á poner en manos de los verdugos, su madre se vió obligada á esconderle todos sus vestidos, para impedirle que saliese de casa. Hallándose arrestado de este modo contra su voluntad; y sintiendo un nuevo acrecentamiento de ardor por el martirio, resolvió hacer á lo menos lo que estaba en su poder; y así escribió á su padre una carta llena

to-

toda de zelo, y de fuego, por la qual le exhortaba con mucha vehemencia á la gloria del martirio, diciéndole, entre otras cosas, estas propias palabras: Teneos firme, padre mio, y cuidad de no mudar de parecer por causa nuestra::: Molestaba tambien algunas veces á su padre, pidiéndole la explicacion de algunos lugares muy oscuros de los libros sagrados: y S. Leonides se veía obligado á reprehenderle severamente en la apariencia, diciéndole que no debía elevarse de aquel modo sobre la comprehension de su edad, sino contentarse con el sentido claro, y natural de la Escritura: aunque él sintiese en sí mismo una grande alegría, y que diese gracias á Dios de todo su corazon de la gracia muy particular que le había hecho en darle semejante hijo. Dícese tambien que muchas veces, quando dormía, le descubría el estómago, y que se lo besaba con respeto, como un templo en donde reposaba el Espíritu Santo, no pudiendo admirar bastantemente su dicha de ser padre de aquel hijo::: Reglando Orígenes de este modo su vida, y sus costumbres, por las máximas de esta divina, y sublime filosofia, muchos de sus discípulos llegaron á ser imitadores de su virtud. De suerte que aun entre los mismos Paganos, se vieron hombres respetables por su profunda erudicion, que despues de haberse dado mucho tiempo al estudio de la sabiduría, se sujetaron con gusto á la doctrina de un maestro tan excelente, y recibieron de él las luces de la Fé con tanta docilidad,

y

y ardor, que algunos de ellos sufrieron gloriosamente el martirio.

Plutarco fue el primero de estos dichosos discípulos. Quando se le llevaba al lugar destinado para el suplicio, Orígenes quiso servirle de maestro, y de padre hasta el fin, no habiéndole dexado en aquel último momento de su vida. Y aun pensó él mismo ser maltratado por los amigos de este santo Martir, que le acusaban ser la causa de su muerte. Pero se libró por las solicitudes de la divina providencia. El segundo Martir que salió de la escuela de Orígenes, fue Sereno, cuya fé se vió probada en el mismo fuego. El tercero se llamaba Heráclides; y el quarto Heron: estos dos últimos fueron degollados, el uno siendo aún catecúmeno; y el otro á poco tiempo de haberse recibido en la Iglesia. El quinto, que tambien se llamaba Sereno, habiendo salido de esta escuela como de una academia de santidad, combatió generosamente por Jesu-Christo; y despues que padeció todas especies de tormentos, le cortaron la cabeza.

No se señaló menos entre los Mártires de Jesu-Christo una muger llamada Heraida, que se había hecho ilustre entre los discípulos de Orígenes; pues no siendo aún mas que catecúmena, recibió el bautismo de fuego (1), segun la expresion del mismo Orígenes. Cuéntase tambien en el número de sus discípulos un soldado llamado Ba-

(1) Véanse las Notas.

Basílides, aquel mismo que la ilustre Potamiene convirtió quando él la conducía al suplicio.

La reputacion de esta admirable Virgen pasó mucho mas allá del Egipto; y los Paganos han mirado su virtud con tanta veneracion como los Christianos mismos. Y ciertamente el deseo que siempre tuvo de conservarse pura, la obligó á sostener diversos combates contra los que ponian asechanzas á su integridad: resistencia que le transformó sus mayores amantes en fieros enemigos. Era sumamente hermosa; y no hería menos el corazon por la hermosura de su alma, que agradaba á los ojos por las gracias de su rostro, y por los encantos que estaban repartidos en toda su persona. Ni tuvo menos que sufrir por la defensa de su fé, que por la de su castidad; y así, dos veces Martir, fue consumida por el fuego con su madre Marcela, despues de haber padecido tormentos, que no se pueden referir sin estremecerse.

Al llevarla al lugar en que debía ser quemada, un insolente pueblo la seguía, se arrojaba sobre ella, y la insultaba, diciéndola palabras poco decentes, que ofendian su incomparable pureza. Basílides, que era Archero, y que la conducía, retiraba aquel descarado populacho, y mostraba á la Santa quan gravemente estaba dolorido del estado en que la veía. Mostróle ella un reconocimiento por aquellos buenos afectos, y le exhortaba á que esperase su salvacion, asegurándole que le alcanzaría de Dios la gracia luego que

que llegase á su presencia (1); y que bien presto recibiría la recompensa de los buenos, y caritativos oficios que había hecho por ella. Apenas acabó de hablar, quando derramaron pez derretida sobre todo su cuerpo; y de este modo concluyó su vida por medio de una muerte lenta, y cruel; pero con una constancia digna de una memoria eterna.

Sucedió algunos dias despues, que habiendo querido los compañeros de Basílides obligarle á hacer un juramento, les dixo que no le era permitido, porque era Christiano, lo que declaraba públicamente. Al principio creyeron ellos que se burlaba: pero quando le vieron subsistir seriamente en su confesion de Fé, le llevaron delante del Juez; y este no pudiendo hacerle mudar de parecer, le hizo conducir á la carcel luego. Fueron al punto á verle los Fieles, y le preguntaron la causa de una mudanza tan pronta, y tan no esperada como la presente. Sobre lo qual les refirió, que tres dias despues que Santa Potamiene padeció el martirio, se le había aparecido una noche, poniéndole una corona sobre la cabeza, diciéndole había pedido á su Señor por él, y alcanzádole la gracia que le tenía ofrecida; y que bien breve estaría con ella en el número de los bienaventurados. Recibió despues por su medio el sagrado sello del bautismo, y al otro dia le cortaron la cabeza, despues de haber confesado glo-

(1) Véanse las Notas.

gloriosamente á Jesu-Christo. Pero no fue él solo el convertido de un modo tan admirable; tambien hizo Dios la misma gracia á un número de personas de la Ciudad de Alexandría, por la intercesion de Santa Potamiene, que se les aparecía en sueños, y les exhortaba á abrazar la Fé.

MARTIRIO
DE SANTA POTAMIENE,
VIRGEN DE ALEXANDRIA.

Sacado de la Historia Lausiaca de Paladio, cap. 3. (1).

Cerca del año de Jesu-Christo 210. en el imperio de Severo.

EL bienaventurado Isidoro, Administrador del Hospital de Alexandría, me hizo la relacion de una Historia, que sin duda merece que pase hasta los siglos venideros. Teníala él del Grande S. Antonio, que la refería á los que iban á verle.

Había en Alexandría una esclava muy hermosa, llamada Potamiene. Esta servía á un hombre perdido, y muy desenfrenado, que inutilmente se valió de todos los medios para corromperla. Luego que se vió despreciado, y fuera de toda esperanza de obtener lo que solicitaba, pasó prontamente de un exceso de amor al de furor, cons-

(1) Véanse las Notas.

conspirando á la total ruina de ella. Para esto la entregó en manos del Gobernador de Alexandría (que por entonces lo era Aquila), acusándola de ser Christiana, y de que hablaba con desacato contra el gobierno, y contra la misma persona de los Emperadores, á causa de la persecucion que se hacía á la Iglesia. Prometióle al mismo tiempo una gruesa suma de dinero al Gobernador, para inclinarle á condescender con su pasion en el modo que pudiese: suplicándole que si la persuadía á que accediese á sus deseos, no la hiciese padecer; pero que si perseveraba en su dureza, la castigára hasta quitarle la vida, para que no triunfase de su amor, y de su ceguedad por mas tiempo.

Fue, pues, conducida esta generosa doncella delante del tribunal del Gobernador, quien usó de todos los artificios imaginables para sorprenderla. Atormentósela despues de mil diferentes maneras. Pero ni todas las falsas caricias de su enemigo, ni los mas horribles tormentos, pudieron hacer titubear su firmeza. El Juez, montando mas en cólera á vista de esta constancia, se le ocurrió un castigo mucho mas cruel que los antecedentes. Hizo llenar de pez una gran caldera, baxo de la qual hizo encender un muy activo fuego: y luego que la pez estaba ya toda hirbiendo, le dixo con un tono fiero, y sin piedad: Vé, obedece á la voluntad de tu amo; ó si lo rehusas, sábete que te haré echar en esa caldera ardiendo. Potamiene le respondió sin alterarse:

No quiera Dios que haya jamás un Juez tan injusto, que me mande consentir en deseos desordenados, y obscenos. El Gobernador, no pudiendo contenerse mas, mandó inmediatamente que se la despojase, y que la echasen en la caldera. La Santa dixo al Juez: Si habeis resuelto el hacerme sufrir este tormento, os suplico por la vida del Emperador (1), por quien teneis mucho temor, y respeto, no me hagais despojar, sino antes bien mandar que se me meta poco á poco en esa caldera, á fin de que podais conocer quál es la gracia de la paciencia que he recibido de Jesu-Christo, que es el Dios que no conoceis. Pusiéronla, pues, al principio de pies en la pez hirbiendo, y la fueron sumergiendo poco á poco, y como insensiblemente, por espacio de tres horas, hasta que estando metida hasta el cuello, espiró.

(1) Véanse las Notas.

CARTA
DE S. DIONISIO,
OBISPO DE ALEXANDRIA,
A FABIO,
OBISPO DE ANTIOQUIA,

Que contiene el martirio de muchos Santos Confesores, que sufrieron la muerte por los años de Jesu-Christo 249, y 250, en el imperio de Filipo, y en el de Decio.

Sacada de Eusebio, lib. 6. de la Hist. Ecles. cap. 41. y 42.

EL último año del reynado del Emperador Filipo, cierto hombre de Alexandría, que se preciaba de adivino, y que tenía tambien sus ciertos ramos de furor poético, se valió de motivos de religion, para animar contra los Christianos al pueblo de esta gran Ciudad. Como tenía demasiada inclinacion á toda suerte de vicios, se halló sumamente gozoso de tener una ocasion tan favorable de acomodar su pasion dominante con el interés de sus Dioses; y se abandonó, só color de piedad, á todos los excesos que el infierno, cuyo partido sostenía contra el cielo, le pudo sugerir para perder á los Fieles.

La primera víctima que los Alexandrinos sacrificaron á su rabia, y á la de sus demonios, fue

un anciano llamado Metran. Quisieron obligarle por fuerza á proferir palabras impías contra el culto del verdadero Dios; y por la resistencia que hizo, le maltrataron á palos, le metieron hastillas de caña en los ojos; y en fin, habiéndole arrastrado en uno de sus arrabales, lo apedrearon.

Apoderáronse despues de una muger Christiana llamada Quinta. Lleváronla al Templo de uno de sus Idolos, y la quisieron forzar á adorarle; pero ella, bien lexos de consentir en esta impiedad, cargó de mil injurias á aquella divinidad exêcrable. Lo qual hizo á este pueblo tan furioso, que se puso á arrastrar por los pies á esta fiel sierva de Jesu-Christo por medio de las calles de la Ciudad, en las que había abundancia de guijarros muy puntiagudos; y despues de azotarla cruelmente, y magulládole todo el cuerpo con gruesos pedazos de piedra de molino, fueron á acabarla de matar en el mismo arrabal, donde la hicieron espirar baxo de un monton de piedras.

No pararon en esto las cosas; porque se formó de repente en Alexandría una tempestad tan universal contra los Christianos, que en un instante se vió echarse por todas partes sobre sus casas, y sobre sus personas. Forzábanse sus habitaciones, echábanse sobre los que se hallaban en ellas, arrojábanlos de allí, y las despojaban. Los mejores muebles eran robados, como un botin tomado en guerra viva de los enemigos; y se

que-

quemaban los que no eran sino de madera: en una palabra, veíase por todas partes en Alexandría la imagen de una Ciudad tomada por asalto. Los Hermanos no ponian de su parte mas empeño para la defensa, que el huir de esta horrible violencia: mostrábanse poco afligidos de la pérdida de sus bienes; y veían el pillage con aquella alegría tranquila, que dá á entender el poco apego que se les tiene. Pero su fé fue firme, y perfecto su desinterés; porque de todos los que cayeron en las manos de estas furias, no hubo mas que uno solo, que yo sepa, que fuese desgraciado por negar á Jesu-Christo.

La admirable Polonia, á quien la vejez, y la virginidad hacian igualmente venerable, no lo pudo ser para estos hombres sangrientos. Hiciéronla saltar los dientes á fuerza de descargarla puñadas en las quixadas: despues habiendo hecho encender un gran fuego fuera de la Ciudad, la amenazaron de quemarla viva si no decía con ellos ciertas palabras impías. Pidióles algun momento como para deliberar; pero no lo fue sino para echarse ella misma en el fuego, rehusando pudiese sospechar el mas ínfimo de las gentes, que su sacrificio no era voluntario. Cierto hombre, llamado Serapion, fue atormentado en su propia casa, y precipitado desde lo alto. En fin, ningun Christiano se atrevía á presentarse ni de dia, ni de noche en las calles de Alexandría; porque al instante corrian las gentes tras de él, le detenian, y le amenazaban con el fuego, á

menos que no pronunciase al instante aquella fórmula impía, y sacrílega, que les hacian repetir con ellos. Una guerra civil solo pudo poner fin á tantos malos tratamientos. En tanto que nuestros enemigos se despedazaban unos á otros, y volvian contra ellos mismos el hierro, y el fuego, de que se habian servido contra nosotros, respiramos un poco.

Esta calma no duró mucho tiempo, pues mudando el Imperio de Señor, despues de un gobierno dulce, y moderado, y que habíamos experimentado favorable, nos vimos expuestos á nuevos sustos. Entonces salió aquel horrible edicto del Emperador Decio, tan cruel, y tan funesto para la Iglesia, que se ha dudado si era este aquel que el Señor predixo había de ser, aun para los escogidos, un motivo de escándalo, y de caida. Esparcióse el terror generalmente entre todos los Fieles. Apoderóse al principio de los que por sus grandes bienes, y sus altas dignidades, hacen en el mundo una figura considerable, y fueron los primeros que se rindieron. Hubo tambien quienes por una infeliz necesidad de conexîon que tenian con el Príncipe, á causa de los negocios públicos de que estaban encargados, se vieron como precisados á tener para con él una cobarde complacencia. Otros, que no podian resistir á las instancias de sus amigos, y á las solicitudes de sus parientes, se dexaban arrastrar al pie del altar de los falsos Dioses. Algunos llevaban un semblante pálido, y deshecho;

y aunque parecía que estaban en la firme resolucion de no sacrificar; con todo eso, era esta tan debil, vacilante, y perplexa, que mas bien manifestaban sus semblantes ir á ser sacrificados ellos mismos, siendo digno de risa el verlos poseidos de tanta timidez. Presentábanse otros sin modo; y sin detenerse mucho en salvar las apariencias, daban incienso á los Idolos, y protestaban altamente que jamás habian sido Christianos. En fin, el mayor número se rindió vergonzosamente: muchos echaron á huir, y se detuvieron otros. Pero entre estos últimos hubo tambien algunos que no tuvieron firmeza sino para sufrir la prision, y las cadenas, y la desvanecieron luego que llegaron á ver la cara á los Jueces: otros, que se resolvian vigorosos, pero solo para los primeros tormentos, faltándoles la constancia en la repeticion de ellos.

En fin, no todos abandonaron la Fé: halláronse algunos hombres bienaventurados, columnas firmes, é inalterables, á quien la mano del Señor había afirmado; los quales se sintieron con una fuerza, y una generosidad capaces de dar testimonio de la verdad de esta Fé, y del soberano poder de Jesu-Christo. De este número fue Juliano (1). Se hallaba muy atormentado de la gota; y esta le había quitado de tal suerte el uso de sus miembros, que no podía andar, ni aun tenerse sobre los pies: viéronse obligados á

(1) A 27 de Febrero.

llevarlo delante del Juez por medio de dos hombres, uno de los quales renunció al instante; pero el otro, llamado Cronion, habiendo confesado altamente con el santo senecto Juliano á Jesu-Christo, les hicieron subir sobre camellos, y dar de este modo una vuelta á toda la Ciudad, que es, como se sabe, de una grandísima extension. Por todo el camino no cesaban de azotarlos con manojos de varas; y en fin, se les echó en una grande hoguera á presencia de una infinita multitud de pueblo, que se estuvo complaciendo en verlos reducir á cenizas. Un soldado, que se llamaba Besas, se halló presente quando los llevaban al suplicio, y no pudo sufrir el que se les cargase de injurias, aun en aquel momento en que se les iba á quitar la vida; y dió á entender bastantemente que esta violencia brutal le desagradaba mucho. Al punto fue llevado al Juez entre la gritería de un populacho insolente; y no habiéndose desdicho este generoso soldado de Jesu-Christo en aquel combate emprendido por su gloria, le cortaron la cabeza. Otro, originario de la Libia, llamado Feliz (1); pero feliz, y dichoso en efecto por las favorables disposiciones de la providencia para con él, no habiendo podido ser obligado á negar á Jesu-Christo, por mas medios que pudo emplear el Juez para forzarle, fue quemado vivo. En fin, Epima-

(1) Llamábase Macario, que en Griego significa Feliz, ó Dichoso.

maco, y Alexandro (1), despues de haber sufrido por muchos dias todos los horrores de una oscura prision, y de haberse probado su constancia por las uñas de hierro, los azotes, y otros mil tormentos, los arrojaron en una fosa llena de cal viva, en donde sus cuerpos fueron consumidos, y calcinados.

Quatro mugeres Christianas tuvieron la misma suerte. La primera se llamaba Amonario: esta era una santa Virgen (2). El Juez la hizo atormentar por largo tiempo para obligarla á pronunciar alguna blasfemia contra Jesu-Christo; pero ella siempre rehusó con una constancia admirable el manchar sus labios con aquella impiedad; y el Juez la envió al suplicio. Las otras tres eran Mercuria, respetable por su vejez: Dionisia, madre de muchos hijos; pero por quienes su corazon se interesaba mucho menos que por el Señor; y otra Amonario, que no cedía en nada á la generosidad de la primera. El Juez no se atrevió á hacer tentativa con sus tormentos, temiendo la inutilidad de ellos, y la vergüenza de ser vencido por mugeres: hízolas cortar la cabeza; habiendo tenido sola la Virgen Amonario la gloria de sufrir por sus compañeras.

Presentáronse despues al Juez, Heron, Atero, y Isidoro, todos tres de Egipto; y un joven de solos quince años, llamado Dióscoro. Dirigióse luego el Juez á este: creyó que siendo de un na-

(1) A 12 de Diciembre. (2) A 12 de Diciembre.

natural alegre, y sin experiencia, facilmente se dexaría sorprender de palabras cariciosas, y que si se libraba de este lazo, no podría de ningun modo, siendo debil, y delicado como era, resistir á la violencia de los tormentos. Pero engañóse el Juez en su esperanza; porque ni sus discursos artificiosos pudieron ganar nada con este joven Martir; ni los tormentos pudieron intimidarle. Ni hicieron mas efecto sobre los otros; y así se les echó en el fuego. Pero á Dióscoro, no pudiendo el Juez dexar de admirar la sabiduría de sus respuestas, lo dexó libre, haciéndole comprehender que le concedía alguna dilacion en favor de su tierna edad, y con la esperanza de que se aprovecharía de ella para reconocer su desvarío. Este admirable joven se halla al presente con nosotros, reservándole Dios para un combate mas largo, y mas glorioso. Habian preso á Nemesion (1), y se le acusaba falsamente de ser de una bandada de ladrones, que tambien se habian cogido en aquellos dias. No le costó mucho trabajo el indemnizarse de un delito, del qual no se debía haber tenido ni la mas mínima sospecha, y se justificó muy bien para con el Centurion. Pero poco tiempo despues, habiendo sido delatado como Christiano, fue llevado delante del Prefecto; y este iniquo Juez le hizo azotar mucho mas cruelmente que lo había hecho con los ladrones; y le condenó despues á

 ser

(1) A 19 de Noviembre.

ser quemado con estos malvados: dichoso por haber acabado entre ladrones su vida, como Jesu-Christo su Maestro.

Había cerca del tribunal del Gobernador algunos soldados de su guardia, que eran Christianos; y entre otros Amon, Zenon, Tolemeo, Ingenuo, y el anciano Teófilo. Hacíase el interrogatorio por entonces á un Christiano; y como el Juez le instase vivamente, el pobre hombre comenzaba á turbarse, y á dar señales de una fé dudosa, y titubeante: poco faltaba para que negase á Jesu-Christo. Pero vé aquí que la inquietud se apodera de nuestros soldados: no pueden dexar de mostrarla; y las diversas señales que hacian para animar á este debil guerrero, los declararon bien presto. Pero no aguardaron ellos que los prendiesen; sino acercándose mucho mas al Juez, declararon en voz alta que eran Christianos. Esta confesion tan poco esperada, espantó al Prefecto, y á los demás Jueces, y suspendió por un poco su severa crueldad. No se atrevieron á disponer nada contra estos valientes soldados, que salieron del Pretorio llenos de alegría, y cubiertos de gloria por haber hecho triunfar á Jesu-Christo de la impiedad, y de los Idolos á la vista misma de sus altares, y en presencia de sus Ministros mas zelosos, y condecorados.

No solamente fue en la Capital del Egipto donde los Gentiles sacrificaron á Dios tantas santas víctimas: las otras Ciudades, las Villas, y las

Al-

Aldeas tuvieron parte en este honor, produciendo tambien sus Mártires. No referiré mas que un exemplo. Isquirion hacía veces de Magistrado de la Provincia. Queriendo su gefe obligarle á sacrificar á los Dioses, y no pudiendo él consentir en ello, fue al principio maltratado; y despues traspasado con una estaca, que este hombre colérico le embasó por el vientre (1).

¿Quién podría decir ahora quántos Fieles han perecido durante esta persecucion en los desiertos, y en las montañas, en donde la hambre, la sed, el frio, y la desnudez, los ladrones, y las bestias, les han quitado una vida, que anhelaban por librar de la espada de los infieles? Y si algunos de ellos se han escapado de tantos enemigos por una particular providencia, no han sido reservados sino para venir á publicar las victorias de estos generosos combatientes, que sin estos testigos hubieran quedado sepultadas en el silencio de las soledades, y la oscuridad de los bosques. El santo anciano Queremon era Obispo de Nilople; y habiéndose refugiado con su muger á los peñascos de una montaña de Arabia (2), ni el uno, ni el otro han vuelto á parecer. En vano han hecho los Hermanos una exâcta pesquisa, é indagacion; ni aun siquiera se han podido hallar sus cuerpos. Otros muchos han caido en manos de los Sarracenos, que los han puesto

(1) A 22 de Diciembre. (2) Llamada Troica por los Geógrafos.

to en prision: algunos se han rescatado á fuerza de dinero; pero aún restan muchos, que hasta ahora no han podido conseguir la libertad.

ACTAS
DE S. SATURNINO,
OBISPO DE TOLOSA, Y MARTIR.

Sacadas de diversos Manuscritos; á saber, uno de la Abadía de S. Mauro de las Fosas; otro de la Biblioteca de M. Colbert; otro de la de la Sorbona; dos de S. German de los Prados; uno del Monasterio de Conches; otro de la Abadía de S. Benito sobre el Loira; otro de S. Mariano de Auxerre, &c.

Desde el año de Jesu-Christo 245, y verosimilmente en el imperio de Decio, y acaso en el del de Valeriano.

PAsados dos siglos y medio desde el nacimiento de Jesu-Christo, este sol de justicia, que nació en medio de las tinieblas, había ya comenzado á estender la luz de la Fé sobre los vastos, y fértiles paises del Occidente: ya la trompeta del Evangelio se dexaba oir en las extremidades de las Galias; y ya los pueblos que habitan al pie de los Pirineos, tenian recibida la doctrina de los Apóstoles; quando baxo el Consulado de Decio, y de Grato (1), Tolosa recono-

(1) El Autor que ha recogido estas Actas, vivía aún por los años de 300, y las sacó de los Registros públicos, como lo testifica él mismo en este lugar.

noció á Saturnino por su primer Obispo. A la verdad, los Christianos eran aún muy corto número en estas bellas Provincias: el Dios del cielo tenía en ellas pocos Templos, mientras que en todas las demás Ciudades se veían humear los altares, y correr la sangre de las víctimas en honor de los falsos Dioses. Saturnino comenzó á destruir su impío culto en su Ciudad Episcopal, impúsoles silencio, hizo cesar sus oráculos, descubrió los misterios de iniquidad; y en poco tiempo se vió la Fé de los Christianos, sostenida por la palabra de su santo Pastor, é ilustrada por su piedad, llevar ventajas sobre la infidelidad, estableciéndose la Religion de Jesu-Christo sobre las mismas ruinas de la idolatría. Al santo Obispo, para ir á una pequeña Iglesia, que había edificado, le precisaba pasar por delante del Capitolio. Los demonios, que habitaban aquel soberbio Templo, no pudieron sufrir la presencia del hombre de Dios: viéronse precisados á confesar el poder de Jesu-Christo, que Saturnino exercía sobre ellos; y volviendo á tomar sus vanos simulacros su ser insensible, con grande admiracion de los que los consultaban, no volvieron ya á dar mas respuesta.

Apodérase al punto el terror de sus Sacerdotes: esta novedad los confunde: pregúntanse unos á otros de qué puede provenir un silencio tan poco ordinario á sus Dioses: quién puede haberles cerrado de este modo la boca? ¿Estan enojados, ó ausentes? ¿De qué nace que insensibles

á

á las oraciones que se les dirigen, ni aun oyen la voz de nuestros Ministros? De nada sirve el ofrecerles víctimas: en vano corre á arroyos la sangre de los toros delante de sus altares: nada es capaz de hacerlos hablar: estan sordos, y mudos.

Algunas personas poco afectas á nuestra Religion, fueron á verse con estos Sacerdotes, denunciándoles habia algun tiempo que se dexaba advertir una nueva secta de profesion enemiga á Dioses inmortales; que ha jurado su ruina; y que no tiene otro fin que substituir en su lugar otro Dios, que ella adora; que un cierto Saturnino es la cabeza de esta secta en Tolosa; que este hombre pasa muchas veces por delante del Capitolio (1); y que su vista, que parece insultar á los Dioses que habitan en él, sin duda los ha irritado; y que hay mucha apariencia de que aquella es la causa de su silencio; que no hay sino un medio para apaciguarlos, y es el de darle la muerte á este.

¡O ciega locura! ¡ó error miserable! ¿Cómo has podido tú persuadir á unos espíritus racionales, que un hombre pueda poner miedo á los Dioses; y que para evitar su presencia, estas pobres divinidades, trémulas, y pasmadas, salgan desterradas de su Templo? O, y qué miserables que sois! ¿Por qué pretendeis, pues, el matar á este hombre? Id antes bien á adorarle: que

(1) Véanse las Notas.

que ciertamente merece mejor vuestros omenages, que esos Dioses, que tiemblan delante de él. ¿No veis que le reconocen por su Señor? A lo menos él los trata como á sus esclavos. ¡Qué extravagancia el temer á los que temen, y no temer al que se hace temer!

Entretanto los ánimos se ven agitados de diversos movimientos: unos estan atónitos de este suceso: otros lloran su desgracia, y sienten el retiro de sus Dioses, ó temen su cólera. El pueblo se adelanta curioso por saber la causa de este prodigio. Dispónense todas las cosas para un sacrificio extraordinario: es elegido un toro entre ciento de los mas hermosos: júzgase á esta víctima digna de ser ofrecida á Júpiter; y no hay nadie que no espere, que á este golpe, admirados los Dioses de la hermosura del sacrificio, volverán á su antigua morada, y romperán en fin su largo, y porfiado silencio. Todo estaba dispuesto, y se iba á comenzar el sacrificio, quando del tropel, habiendo alcanzado á ver á Saturnino, que iba á su pequeña Iglesia para celebrar el Oficio del dia (era uno de los solemnes), exclamó: Vé aquí viene el enemigo de nuestros Dioses, la cabeza de la nueva Religion: este es aquel hombre que predica por todas partes, que nuestros Dioses no son sino unos demonios; y que es necesario derribar sus Templos: él es la causa de que los oráculos no respondan palabra, y el que nosotros no podamos sacar de ellos alguna respuesta. Los Dioses nos

lo

lo entregan oportunamente; y á nadie le toca sino á nosotros el vengarnos del daño que nos hace, y el vengar tambien á nuestros Dioses de la injuria que reciben de él. Es necesario, ó que él les dé su vida para contentarlos; ó el incienso para apaciguarlos. Dixo esto; y al mismo tiempo esta multitud, acalorada por este discurso sedicioso, rodea al santo Obispo. Veese de repente abandonado de un Presbítero, y de dos Diáconos que le acompañaban, y al punto llevado al Capitolio. Y como se le instase el sacrificar á los Idolos, levantó su voz, y dixo: Yo no adoro sino á un Dios, que es el único, y el verdadero; y estoy pronto á ofrecerle víctimas de alabanzas. Pero vuestros Dioses no son sino demonios, que se complacen mucho mas en el sacrificio de vuestras almas, que en los de vuestros toros. Y así, ¿cómo quereis que yo les tema, si confesais vosotros mismos que tiemblan delante de mí? Estas palabras, pronunciadas con todo el zelo de un hombre apostólico, acabaron de enfurecer á este pueblo: toman al toro, que estaba destinado para el sacrificio, y le hacen servir á un ministerio de crueldad: átanle por los hijares una cuerda, de la qual dexan pendiente un extremo; y con él atan á Saturnino por los pies: despues dándole grandes aguijonazos, ahuyentan á este furioso animal. Precipítase de lo alto del Capitolio, y lleva arrastrando consigo al santo Obispo. Pero á la primera caida pártesele el craneo, y esparcidos los sesos, ensangrientan las

pri-

primeras gradas del Templo. El cuerpo es hecho pedazos, y el alma recobra su libertad. Jesu-Christo la recibe, y la corona de inmortales laureles.

No obstante, el toro llevaba siempre arrastrando el cuerpo privado de sentimiento, é incapaz de dolor, hasta que viniendo á romperse la cuerda, quedó tendido sobre la arena, en donde se le dió una sepultura conforme lo podía permitir la ocasion. Porque no atreviéndose los pocos Christianos, que habian quedado por entonces en Tolosa, por causa de los Paganos, á hacer las últimas exêquias á su Obispo; dos mugeres, venciendo la fragilidad de su sexô, y triunfando de la de los hombres por una fé llena de fuerza, y de generosidad, despreciando, á exemplo de su santo Pastor, los tormentos á que se exponian: dos mugeres digo, encerraron en un atahud de madera el cuerpo de este bienaventurado Martir, y lo pusieron en un hoyo profundo, pensando mucho menos en erigirle un sepulcro, que en librar á sus preciosos despojos del odio, y del sacrilegio.

Quedaron estos por algun tiempo ignorados de los hombres baxo de un simple céspede; pero conocido de Dios, y honrado de los Angeles; hasta que S. Hilario, que gobernó la Iglesia de Tolosa muchos años despues, habiendo hecho cavar hasta dar con el atahud, descubrió este tesoro; pero no atreviéndose á tocar estas sagradas reliquias, se contentó con cubrirlas, á

la

la ligera, con una bóveda de ladrillos, que no obstante, tuvo la precaucion de ocultarlas con tierra, por no exponerlas á la profanacion de los Infieles, y levantó sobre todo aquel lugar una pequeña capilla de madera. Pero teniendo despues muchos Fieles la devocion de hacerse enterrar cerca del cuerpo del santo Martir, este lugar se llenó de sepulcros; lo que hizo emprender á S. Silvio, succesor de S. Hilario, el designio de una bella, y espaciosa Basílica, con el pensamiento de trasladar á ella las reliquias de S. Saturnino (1). Comenzó la obra, pero la muerte le impidió el acabarla. Esta gloria estaba reservada á S. Exûpero (2), que sucedió á S. Silvio. Este Prelado, cuyo extraordinario mérito, y raras virtudes, lo igualaban no solamente á todos sus predecesores, y á todos los demás Prelados de su siglo, sino tambien al gran Saturnino, puso felizmente la última mano á este soberbio edificio. No obstante, como hallase alguna dificultad de trasladar á él el cuerpo del santo Obispo, no por falta de fé, sino por un motivo de respeto, fue advertido en sueños de no diferir por mas tiempo el executar su primer designio; que en lo demás, las almas de los Santos no temian que su feliz reposo fuese interrumpido por la disminucion que podía suceder á sus cenizas, ó por qualquiera movimiento que pudiesen

(1) Véanse las Notas. (2) Lo que se sigue hasta el fin, fue añadido á la relacion precedente á principios del quinto siglo.

sen recibir sus cuerpos; antes bien por el contrario, lo que sería ventajoso para la santificacion de los Fieles, no podría ser sino muy glorioso á los Santos Mártires. Habiendo asegurado esta vision á S. Exûpero, presentó al punto un memorial al muy religioso Emperador para obtener el permiso de esta translacion: lo que obtuvo sin dificultad de la piedad de los Príncipes; y se hizo la ceremonia con una magnificencia proporcionada á la gloria á que estaba elevado S. Saturnino, y digna de la piedad de S. Exûpero.

COMPENDIO
DE LA VIDA, Y DEL MARTIRIO
DE S. ALEXANDRO,
OBISPO DE JERUSALEN.

Traducido del latin de D. Teodorico Ruinart.

Año de Jesu-Christo 251. en el imperio de Decio.

NO tenemos las Actas de S. Alexandro, Obispo de Jerusalen, y Martir; pero nos ha parecido poderlas suplir en algun modo por esta coleccion de diversas particularidades, concernientes á su vida, y á su muerte, que hemos sacado de Eusebio, y de otros Autores antiguos de la Historia Eclesiástica.

Na-

Nada se sabe de positivo de su país, ni del modo que pasó los primeros años de su vida; y los Historiadores nos le muestran de repente en las cadenas, combatiendo por Jesu-Christo baxo el reynado, y durante la persecucion de Severo, hácia el año 204. Finalmente, nos inclinaríamos lo bastante á creer que era por entonces Obispo en la Provincia de Capadocia, si este dictamen pudiese concordar con una carta que escribió por aquel tiempo desde su prision al pueblo de Antioquía, con motivo de la ordenacion de Asclepíades, en la qual no toma la qualidad de Obispo, sino simplemente la de siervo, y de prisionero de Jesu-Christo.

Despues de la muerte de Severo, habiéndose estendido la paz por toda la Iglesia, Alexandro, siendo ya Obispo en Capadocia, pero de una Iglesia, cuyo nombre se ignora, hizo un viage á Jerusalen, para hacer allí sus votos en el sepulcro de nuestro Señor. Llegó á tiempo en que Narciso, Obispo de esta santa Ciudad, y que había vuelto poco tiempo antes á su Iglesia despues de una ausencia muy larga, la gobernaba siendo ya de edad de cerca de cien años. Este santo Prelado creyendo no tener ya bastante fuerza para sostener por sí solo la pesada carga del Obispado, puso los ojos en Alexandro para fiarle una gran parte de este grave empleo. Salióle la cosa como lo había proyectado: Alexandro fue detenido en Jerusalen, y con el aplauso del Clero, y del Pueblo puesto en la misma silla

con Narciso por los Obispos de la Provincia. A la verdad fue necesario que el cielo se declarase á favor de esta eleccion por revelaciones divinas, que inclinaron al pueblo, y al Clero á que la hiciesen, y por diversos milagros que la confirmaron. Y ciertamente una cosa tan extraordinaria como esta, y tan formalmente opuesta á los Cánones, y al uso, debía tener semejantes protectores para no ser condenada por las otras Iglesias. Rufino (1) se estiende mucho sobre estas revelaciones; porque despues de haber hablado de la llegada de S. Alexandro á Jerusalen, añade que el cielo declaró su voluntad evidentemente por revelaciones, y señales milagrosas, no solamente al bienaventurado Narciso, sino tambien á muchas personas del pueblo; que la que pareció mas manifiesta, y la mas ilustre fue esta. El dia que Alexandro había de llegar á Jerusalen, habiendo salido muchos Fieles fuera de una de las puertas de la Ciudad para recibirle, se oyó distintamente una voz, que baxaba del cielo, y que profería estas palabras (2): Recibid por vuestro Obispo al que Dios mismo os ha destinado.

Pero no fueron solamente estos prodigios, y estas revelaciones las que contribuyeron á elevar á S. Alexandro sobre el trono episcopal de Jerusalen: la gloriosa confesion que había hecho del

(1) Rufino, *lib.* 6. *cap.* 8. (2) S. Hier. Cat. Niceph. *lib.* 5. *de su Hist. cap.* 2. Papebr. *Hist. Cronol. de los Obispos de Jerusalen.*

del nombre de Jesu-Christo, no fue un motivo menos poderoso para determinar á ella los Obispos, y el pueblo. Eusebio (1) ha tenido cuidado de advertirnos este motivo, al mismo tiempo que nos señala el año de este suceso. Habiendo tenido Severo, dice este Historiador, diez y ocho años el Imperio, le dexó por su muerte á su hijo Antonino, por sobrenombre Caracalla, á causa del arrogante modo con que se vestía ordinariamente. Entonces fue quando Alexandro, siendo del número de aquellos que combatieron generosamente durante la persecucion, y que por una providencia particular habian sobrevivido á la crueldad de los verdugos, y al rigor de los tormentos, fue elevado al Obispado en consideracion de esta generosa, y fiel perseverancia en confesar á Jesu-Christo, aunque Narciso, que era Obispo, viviese todavía.

Los Canonistas notan en esta ordenacion dos defectos considerables, y directamente opuestos á las reglas de la disciplina eclesiástica: primeramente el que Alexandro fue trasladado de una silla á otra: en segundo lugar, el que viviendo el mismo Obispo Narciso, le fuese dado por succesor, ó á lo menos por coadjutor, no habiendo habido aún en la Iglesia exemplo alguno de estas suertes de substituciones. Y vé aquí de donde se puede tomar el origen de los Coadjutores, ó Auxîliares, que ahora son un poco mas freqüentes

(1) Eusebio, *lib.* 6. *cap.* 8.

tes que lo eran entonces. A la verdad, Alexandro mas debe ser llamado succesor, que coadjutor de Narciso, como lo observa M. de Valois, y como parece insinuarlo el mismo Alexandro en su carta al pueblo de Antinoee (1). Narciso, les dice, os saluda: este ilustre anciano, de edad de ciento diez y seis años, que antes que yo tan dignamente ha ocupado la silla de Jerusalen. De donde se podrá inferir que se le habría conservado á Narciso el nombre de Obispo, y los honores del Obispado; pero que Alexandro tendría la autoridad, y la jurisdiccion, que exercería no en nombre del antiguo Obispo, como hacen hoy dia los Auxîliares, sino en su propio nombre, y por el derecho de su eleccion, y de su consagracion. Despues de todo esto, es necesario confesar de buena fé, que casi todos los Autores antiguos han dicho que Alexandro había sido el asociado de Narciso, y su colega en el Obispado de Jerusalen.

Aunque los Cánones, para reprimir la ambicion, y la avaricia de los Eclesiásticos, hubiesen prohibido estas suertes de translaciones de una Silla á otra, y que se diesen coadjutores á los Obispos, por miedo de que una misma Iglesia tuviese á un mismo tiempo dos esposos vivos: con todo eso, quando una urgente necesidad parecía exîgirlo, y que sin atender á la utilidad de los particulares, se miraba por las ne-
ce-

(1) Eusebio, *lib.* 5. *cap.* 11.

cesidades de la Iglesia; entonces congregados los Obispos en un Concilio Provincial, podian dispensar de estas reglas, como se vé por muchos exemplos que la Historia Eclesiástica nos provee.

Coronó Dios con un glorioso martirio los trabajos que Alexandro habia padecido por muchos años en el gobierno de sus dos Iglesias; porque habiendo muerto Felipe, que siempre fue favorecedor de los Christianos, despues de haber tenido el Imperio siete años, le succedió Decio, quien viéndose Emperador, por desayre, y en odio de Felipe, excitó contra la Iglesia una nueva persecucion. Llegó esta desde su principio á Roma, en donde al Papa S. Fabian dieron martirio, y en su lugar se eligió á S. Cornelio. Habiéndose estendido despues por la Palestina, Alexandro fue citado para que compareciese delante del Presidente de la Provincia. Allí habiendo alcanzado una nueva gloria por haber confesado segunda vez á Jesu-Christo, fue puesto en prision, sin embargo de que sus canas, y la pureza de sus costumbres, le hacian venerable á todo el mundo. En ella murió, perseverando hasta el fin con el testimonio auténtico que dió repetidas veces de la verdadera Religion en pleno tribunal (1).

(1) El Menologio de los Griegos hace mencion de él el dia 12 de Diciembre; y el Martirologio Romano el dia 18 de Marzo.

MARTIRIO
DE S. PIONIO,
Y DE SUS COMPAÑEROS.

Sacado de quatro Manuscritos; á saber, dos de la Biblioteca de M. Colbert; uno del Monasterio de nuestra Señora de las Hermitas en la Suiza; y otro de la Biblioteca de M. el Abad de Noailles.

Año de Jesu-Christo 250, en el imperio de Decio.

CElebrando Pionio, Sabina, y Asclepíades en Esmirna la fiesta del bienaventurado Policarpo, fueron arrestados el Sábado 23 de Febrero. Pionio tuvo la víspera una vision. Ayunando aquel dia con Sabina, y Asclepíades (1), vió en sueños que había de ser preso al dia siguiente; y la vision era tan clara, que mandó hacer tres cadenas, una para sí, otra para Sabina, y otra para Asclepíades. Pusiéronselas al cuello, á fin de que quando los que tenian orden de prenderlos, los hallasen así encadenados, reconociesen que no debian aguardar de ellos que consintieran, como otros muchos, en gustar de las viandas ofrecidas á los Idolos; y que aquellos hierros, que tenian puestos ellos mismos, eran una señal de la pureza de su fé, y de la resolucion en que estaban de morir antes que renunciar-

(1) Ayunábase las vísperas de las fiestas de los Mártires.

ciarla. Habiendo, pues, hecho la oracion solemnè, y tomado el pan santificado, y el agua, vieron llegar á Polemon, uno de los guardias de un Templo de los Idolos, acompañado de una tropa de archeros, que el Magistrado de la Ciudad le habia dado para prender á los Christianos. Apenas hubo alcanzado á ver á Pionio, quando le dixo: ¿Sabeis que hay una orden del Emperador, que os manda sacrificar á los Dioses? Nosotros no ignoramos, respondió Pionio, que hay una orden; pero es aquella que nos manda adorar á un solo Dios. Replicó el guardia: Pues seguidme, y conocereis que lo que os he dicho es verdad. Sabina, y Asclepíades dixeron tambien en un tono muy alto: Nosotros obedecemos al único, y verdadero Dios. Conduciéndoseles á la plaza, el pueblo, vistas las cadenas que llevaban, se movió de esta novedad; y como es naturalmente curioso, y gusta de convertirlo todo en diversion, y espectáculo, los fue siguiendo; y aumentándose por instantes la numerosa confusion, unos á otros se atropellaban; de suerte que al llegar á la plaza, se halló tanta multitud de gentes, que la llenaron toda; y hasta los texados de las casas, y de los Templos que la rodean, todo estaba cubierto del popular concurso. Vinieron tambien tropas innumerables de mugeres, porque era dia de Sábado, en el qual es de precepto el descanso entre los Judíos. Cada uno se apresuraba por verlos; y los que eran muy pequeños, se subian sobre bancos,

cos, y cofres, temiendo perder la menor accion de esta pieza trágica, que se iba á representar.

Estaban los Mártires en medio de todo este pueblo; y hablando con ellos Polemon, les dixo: ¿Quánto mejor os sería, para evitar el suplicio, el someteros, como los demás, y obedecer á las órdenes del Príncipe? Entonces llevando la voz Pionio, y estendiendo la mano, respondió con un rostro alegre: " Ciudadanos de » Esmirna, que os gloriais de la altura de vues» tras murallas, y de la hermosura de vuestra » Ciudad, y que teneis á grande honor el tener » al Poeta Homero por vuestro compatriota; y » si hay aquí entre vosotros algunos Judíos, es» cuchadme: á mí me parece que os burlais de » los Christianos que van de su voluntad á sa» crificar á vuestros Dioses, ó que no resisten » sino debilmente quando se les quiere forzar; » que acusais á los unos de ligereza de espíritu, » y á los otros de falta de valor: no obstante, » debiérais antes oir á vuestro maestro, y á vues» tro doctor Homero, que no quiere que se in» sulte á la memoria de los muertos, ni que se » tenga nada que disputar con aquellos que ya » no exîsten sino en los sepulcros. Y vosotros, » Judíos, mejor haríais en obedecer á Moysés » vuestro Legislador, que os dice (1): Si ves á » la bestia de tu enemigo caida con la carga, » no te pases sin ayudársela á levantar: y á Sa» lo-

(1) *Deuter.* 22.

» lomon, el mas sabio de vuestros Reyes (1), que
» os prohibe el alegraros de la desgracia de vuestro enemigo. Pero yo mas quisiera padecer todas suertes de tormentos, y morir mil veces, que seguir otras máxîmas que las que hasta aquí, ó he aprendido, ó he enseñado. ¿ De dónde provienen, pues, esos ímpetus de risa, y esas crueles sátiras de los Judíos, no solamente contra los que han sacrificado, sino contra nosotros? Ellos nos insultan, y dicen que nos han dexado por mucho tiempo respirar. Aun quando nosotros fuésemos sus enemigos, siempre somos hombres. Porque en fin, ¿ qué daño les hemos hecho? ¿ Qué suplicio les hemos hecho sufrir? ¿ Los hemos perseguido? ¿ Los hemos obligado á adorar á los Idolos? ¿ Juzgan ellos no ser mas culpables que aquellos á quienes el temor de los hombres ha hecho caer al presente? Hay mucha diferencia entre un pecado voluntario, y un crimen forzado: ¿ pero qué es lo que obligaba, decidme, á sus padres instruirse en los misterios de Beelfegor (2), ó asistir á los sacrificios impíos, y á los supersticiosos festines de los difuntos? ¿Se les hacía alguna violencia quando se manchaban en los infames abrazos de los Madianitas, y quando solicitaban un deleite pecaminoso (3)? ¿ Les ponía alguno el puñal á la gar-

(1) *Proverb.* 24. (2) *Psalm.* 105. *Numer.* 25. *Exod.* 15. 16.
(3) *Numer.* 14. *y* 16.

» garganta para hacerles quemar sus propios hi-
» jos delante del Idolo de Moloc? ¿Les obliga-
» ban á hablar mal en secreto de Moysés, y á
» murmurar en voz alta del mismo Dios? Y en
» fin, ¿se ha exîgido jamás de ellos el ser in-
» gratos, pérfidos, y adoradores de un becerro
» de oro?

» Por lo demás, señores Ciudadanos, no les
» escucheis si os refieren las cosas de otra suerte:
» creed que tienen ánimo de engañaros. Pero no-
» sotros, que sabemos á fondo sus máxîmas,
» jamás accederemos á sus falsedades. No hay
» mas que abrir sus libros, para ser convencido
» de que no profiero sino la verdad. Qué os lean,
» si se atreven, la historia de sus Jueces, la de
» sus Reyes, el Exôdo, y los demás libros his-
» tóricos de su Ley: estos son otros tantos mo-
» numentos de sus infidelidades, y de sus ingra-
» titudes: son otros tantos testigos, que deponen
» contra ellos. A vosotros mismos os está con-
» fundiendo el ver la mayor parte de los Chris-
» tianos apresurarse ellos mismos á ofrecer el
» incienso á vuestros Dioses. Figuraos una era
» llena de mieses, las quales acaban de segar, y
» de trillar; de una parte el trigo, y de la otra
» la paja: decidme ahora, señor, qué monton os
» parece mas grande. O si no, los pescadores,
» que echan su red en la mar, ¿todos los peces
» que cogen son excelentes? No, por cierto; y
» los que se los escapan, componen el mayor núme-
» ro. Pues vé aquí la figura de los Christianos:
» los

» los buenos estan mezclados con los malos; y
» estos por su número vencen á aquellos; pero
» por poca atencion que se ponga, es facil el
» hacer el discernimiento. ¿Pues á qué título que-
» reis hacernos sufrir los tormentos que nos pre-
» parais? Si es como á hombres malos, vosotros
» mismos sois bien malos, y bien injustos en el
» mismo hecho de tratarnos con tanto rigor, sin
» saber si merecemos el ser tratados así. Pero si
» es como á hombres de bien, ¿qué esperanza
» os queda de aquel que se declara altamente su
» protector? Y puesto que los hombres justos no
» pueden librarse de vuestra crueldad, ¿cómo
» podreis vosotros, que sois impíos, evitar la
» venganza, que el mas equitativo de todos los
» Jueces está pronto á descargar sobre vuestras
» vidas? Porque en fin, él está ya casi para ma-
» nifestar este terrible juicio: temblad Judíos: con
» vosotros es con quienes hablo. Vuestro pais, os
» debe recordar la imagen de este temible acon-
» tecimiento. Yo la he visto: yo he visto aque-
» lla tierra donde aún está humeando el fuego
» que la Justicia Divina encendió allí en otro
» tiempo: una parte de él está reducida á ceni-
» zas, tristes reliquias, estériles ruinas de cinco
» Ciudades abominables. Yo he visto aquel Lago,
» cuyas aguas dan la muerte: aquel mar de que
» huyen los peces, como él mismo huye de los
» hombres. ¡Cosa maravillosa! no poder sufrir
» que ninguno le toque, ó se acerque á él: y si
» por casualidad cae alguno en su seno, al punto
» le

» le arroja sobre sus orillas: tanto parece temer, » que los hombres, ó no le manchen, ó no le » atraygan nuevos castigos.

» ¿Pero para qué he de referir sucesos tan » remotos, ni qué necesidad hay de remontarse » tan alto en la antigüedad para hallar exemplos » de la ira de Dios, quando la vemos explicarse » de un modo tan terrible para los impíos? Echad, » Señor, la vista sobre la Lidia: allí vereis diez » Ciudades que estan siempre humeando, y cuyo » incendio aún no está apagado: volvedla des- » pues hácia la Sicilia, y la vereis toda cubier- » ta de un diluvio de fuego, que arroja el mon- » te Etna del fondo de sus entrañas inflamadas. » Considerad la Licia, que la destruyen fuegos » subterraneos. ¿Dónde pensais vosotros que se » encienden esos fuegos? Pues sabed que esas » inflamadas montañas, esos ardientes peñascos, » esos incendios, que nunca se acaban, esas aguas » sulfureas, esos líquidos manantiales; sabed, di- » go, que son otros tantos respiraderos, por los » quales parece que arroja el infierno algunas » chispas del fuego que la justicia de Dios con- » serva en él. Y en fin, todo esto no es sino al- » gunas señales de aquel juicio universal, que os » anunciamos, y que se hará sobre todos los » hombres por el Verbo de Dios Jesu-Christo, » que debe venir á juzgar al mundo por medio » del fuego. En resolucion, nosotros no adora- » mos á vuestros Dioses, ni á vuestras estatuas » de oro; y lo que estimamos quando mas es la

» ma-

» materia, y el arte del Estatuario, ó del Fun-
» didor."

Habló largo tiempo, y le escucharon con una grande atencion. En fin, como dixo: Nosotros no adoramos á vuestros Dioses, ni á vuestras imágenes de oro, se les sacó de una galería en donde estaban, y se les llevó al medio de la plaza. El pueblo que los rodeaba, les decía con Polemon: Vuestra probidad, Pionio, hace que os juzguemos digno de vivir: creednos, que es bueno respirar, y el ver la luz. Y yo tambien, respondió Pionio, digo que es bueno vivir, y el ver la luz; pero hablo de aquella que nosotros deseamos. Nosotros no despreciamos estos dones de Dios; pero preferimos á ellos otros mayores. En lo demás, os estimo el afecto que me mostrais; pero me temo haya en él alguna maquinacion: el odio declarado es menos terrible que las caricias alhagüeñas.

Entonces uno llamado Alexandro, hombre maligno, le dixo: Escúchame tambien. Pionio le respondió: Oyeme tú mismo; porque yo sé lo que tú sabes, y tú no sabes lo que sé yo. Alexandro burlándose le preguntó: ¿Qué quieren decir esas cadenas? Pionio le responde: Son para que viéndonos pasar por el pueblo, no se crea que vamos á idolatrar; y para que no nos lleveis á vuestros Templos como á los otros; y tambien para mostraros que no hay necesidad de preguntarnos, puesto que nos vamos á la prision. El pueblo continuaba en suplicarle; y como Pionio per-

permaneciese firme, y les hablase de las cosas futuras con fuerza, y vehemencia, dixo Alexandro: ¿Qué necesidad hay de tantos discursos, puesto que ni podreis vivir, ni dexar de perecer todos?

El pueblo quería ir al teatro para oir mas cómodamente las palabras de Pionio; pero se acercaron algunos á Polemon, y le dixeron que si permitía que el Martir hablase, se podría levantar algun tumulto, y confusion. Díxole, pues, Polemon: Si no quieres sacrificar, á lo menos entra en el Templo de nuestros Dioses. No será de la satisfaccion de vuestros Idolos, respondió Pionio, que entremos en él nosotros. ¿Luego es imposible, prosiguió Polemon, el persuadírtelo? Pluguiera á Dios, replicó Pionio, que yo pudiese persuadiros que os hiciéseis Christianos todos. Algunos dixeron, burlándose: No hagas tal, que pueden quemarnos vivos, como á vosotros. Quánto peor es, dixo Pionio, el ser quemado vivo despues de muerto. Estando en esta contestacion, vieron que Sabina se reía: dixéronla en voz de amenaza: ¿Te ries? Replicó: Rio, pues que Dios lo quiere así, porque somos Christianos. Pues sufrirás, la dixeron, lo que no querrás; porque las que no quieren dar culto á nuestros Dioses, experimentan el castigo de sus delitos entre el dolor, y la infamia. Ella dixo: Dios proveerá entonces.

Polemon instó de nuevo á Pionio: ¿Nos obedeces? Respondió: Si tienes orden de persuadir, ó

ó castigar, castiga; porque el persuadir te será infructuoso. Ofendido aquel del arresto: Sacrifica, le instó. No haré tal, le responde. ¿Por qué no? Porque soy Christiano. ¿Qué Dios adoras? Al Dios Todopoderoso, que ha hecho el cielo, y la tierra, y todo quanto estos producen, y contienen: á aquel que nos crió á todos, dándonos con abundancia todas las cosas, y á quien nosotros confesamos por divino Verbo humanado con el nombre de Jesu-Christo. A lo menos dá adoraciones al Emperador. Yo no adoro á un hombre, concluyó Pionio.

Despues Polemon le hizo jurídicamente el interrogatorio, haciendo escribir todas sus respuestas por un Notario, que las grababa sobre cera, y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Respondió: Christiano. ¿De qué Iglesia? De la Católica. Dexó á Pionio, y hablando con Sabina, le preguntó su nombre. Ella lo había mudado por consejo de Pionio, temiendo no ser conocida por el de su ama, que era Pagana, y que en tiempo del Emperador Gordiano, instándole á la apostasía, la puso en prisiones, y desterró á las montañas, en donde los Fieles secretamente la alimentaron, en Teodota, y Christiana. Si eres Christiana, ¿de qué Iglesia? De la Católica. ¿Qué Dios adoras? Al Dios Todopoderoso, que hizo cielo, tierra, y mar, y todo lo que estos contienen: á quien confesamos Verbo divino humanado con el nombre de Jesu-Christo. Preguntóle despues Polemon á Asclepíades, que no estaba lexos, quál

era su nombre. El respondió: Me llamo Christiano. ¿De qué Iglesia? De la Católica. ¿Qué Dios adoras tú? A Jesu-Christo. ¿Pues qué, ese es otro Dios distinto del de tus compañeros? No, es el mismo que acabamos de confesar todos.

Despues de esto los llevaron á la carcel. El tropel de pueblo que los seguía, llenaba toda la plaza. Algunos decian por Pionio: Mirad ese hombre, que siempre estaba pálido, y flaco, cómo de repente se ha puesto colorado. Sabina le tenía agarrado por su vestido para sostenerse en el apreton; y uno la dixo: Parece que temes el separarte de su instruccion. Otro gritó: Si no quieren abjurar su Religion, que sean castigados. Polemon les respondió: No tenemos esa facultad nosotros; porque no tenemos la de quitar la vida, ni aun dar azotes. Otro decía, burlándose de Asclepíades: Este hombrecillo vá á nuestros sacrificios. Mientes, dixo Pionio, no hará tal. Otro decía en alta voz: Este, y aquel sacrificarán. Pionio respondió: Cada uno tiene su libertad: yo me llamo Pionio: llámese como se llamáre el que hiciere este atentado. Entre los que hablaban de una parte, y otra, hubo uno que dixo á Pionio: Tú que eres tan sabio, ¿por qué te entregas á la muerte con tanta obstinacion? Lo que vosotros discurrís ser mi ruina, dixo Pionio, es lo que manda hoy mi atencion; pues bien sabeis la mortandad, y las hambres que habeis sufrido todos, sin contar otras desdichas. Pero

tú

tú tambien, dixo cierto hombre, has sufrido la hambre con nosotros. Sí, dixo Pionio; pero con la esperanza que he tenido, y tengo en Dios. El tropel era tan grande, que apenas podian los ministros introducir en la prision los Mártires.

Hallaron allí un Sacerdote de la Iglesia Católica, llamado Lemno: una muger del Lugar de Careña, á quien nombraban Macedonia; y cierto hombre, que decian Eutiquiano, de la Secta de los Frigios (1), ó Montanistas. Pusiéronlos todos juntos; y los guardas notaron que Pionio, de acuerdo con los suyos, no recibía cosa que le traxesen los Fieles, diciendo: Si por necesidad que haya tenido, jamás á nadie he sido gravoso, ¿por qué lo he de ser ahora? Los guardas, que estaban acostumbrados á recibir regalos de los que venian á ver á los Christianos, irritados de que estos no les servian de utilidad, los metieron en el calabozo para atormentarlos con la oscuridad, y el hedor. Pero ellos, conformándose, entraron en él alabando á Dios, dando á los guardas lo que era acostumbrado. El Carcelero quedó aturdido, y quiso volverlos á poner en el lugar que estaban antes; pero ellos lo rehusaron, diciendo: Bendito sea Dios, nosotros nos hallamos bien, y tenemos mas libertad aquí para meditar, y orar de dia, y de noche.

Muchos Paganos venian á visitarlos á la carcel, y se esforzaban por persuadir á Pionio; pero

(1) Véanse las Notas.

sus respuestas les causaban admiracion. Los mismos que habian apostatado por fuerza, entraban tambien, y lloraban amargamente, con particularidad aquellos cuya vida había sido irreprehensible. Pionio decía al verlos: "Sufro un nuevo
„ suplicio: paréceme que me hacen pedazos, quan-
„ do veo las perlas de la Iglesia pisadas de los
„ puercos, las estrellas del cielo echadas á tier-
„ ra desde la cola del dragon. Siento partirse mis
„ entrañas quando pongo los ojos sobre esta vi-
„ ña, que Dios se había complacido en plantar
„ por sí mismo, viéndola destruida por un ter-
„ rible javalí, ó abandonada á la discrecion de
„ los pasageros, que la vendimian. Mis discípu-
„ los, aquellos mismos que enseñaba, é instruía,
„ hasta dexarlos formados en la Ley de Jesu-
„ Christo (1): mis queridos, alimentados con el
„ sustento de mi doctrina, y criados con tanta
„ delicadeza en el seno de la Iglesia su Madre,
„ se han metido en caminos ásperos, y escabro-
„ sos. Susana (2) todavía es perseguida el dia de
„ hoy por los malos: unos viejos corrompidos
„ aún le ponen asechanzas; y esperando satisfa-
„ cer su pasion lasciva, no temen poner del to-
„ do desnuda á esta casta, é inocente belleza, y
„ hacer con una falsa calumnia se conspire con-
„ tra su vida la indignacion del pueblo. Amán ha
„ jurado vengarse de Mardoqueo (3): lo ha con-

„ se-

(1) Todo esto está dicho figuradamente de los Judíos de Esmirna, y de otras Ciudades de Asia, las quales nada omitian por perder á los Christianos. (2) *Daniel* 13. (3) *Ester* 3.

„ seguido; pero Ester gime, y todo el Palacio „ de Asuero está turbado. En fin, la persecucion, „ como una quarta plaga, lleva por todas partes „ la desolacion, y el terror. Al presente es, ¡ay „ de mí! quando se descubre el sentido oculto „ de esta máxîma de Jesu-Christo: Las vírgenes „ se han dexado vencer del sueño (2). Y si el „ Hijo del hombre viniese hoy dia á la tierra, „ ¿en qué lugar hallaría fé (2)? Yo oigo decir „ por todas partes: Este Christiano ha vendido á „ este otro Christiano: este Fiel ha denunciado „ al otro Fiel. Y veo con un amargo dolor cum- „ plirse la parábola del Evangelio: El hermano „ entregará á su hermano á la muerte. Pero y „ qué (3)! Porque Satanás ha pedido acribarnos, „ y porque el Señor tiene el bieldo en las ma- „ nos para limpiar su era, ¿se imaginarán que to- „ da la simiente de la Iglesia ha perdido aque- „ lla sazon, y sustancia, y que no merece sino „ el desprecio, y baldon? No, no, la miseri- „ cordia de Dios siempre subsiste: nada ha per- „ dido de sus continuadas bondades: oid lo que „ dice el Señor: Mi mano no se cansa en levan- „ taros de vuestras caidas, ni mis oidos de aten- „ der á los clamores de los que cayeron en su „ fragilidad. Pues si Dios no nos oye siempre, „ no es porque tenga dureza para con nosotros, „ sino porque le disgustamos con nuestras infi-

(1) *Luc.* 18. (2) *Matth.* 10. (3) Todo este discurso de S. Pionio es de un estilo alegórico, y muy semejante á aquel de que se servian los Profetas.

„ delidades. Porque en fin, ¿qué no hemos he-„ cho contra él? Le hemos vergonzosamente aban-„ donado: hemos despreciado aquel mandamien-„ to suyo, que por decirlo así, le tiene mas en „ el corazon, que es el grande de la caridad. „ Los Christianos se han hecho acusadores unos „ de otros: se han vendido mutuamente, y mu-„ tuamente se han dado golpes mortales; aunque „ su piedad, y su justicia debiera ser mucho mas „ perfecta que la justicia, y la piedad de los Es-„ cribas, y de los Fariseos.

„ Tambien me han dicho que los Judíos los „ convidaban á ir á sus Sinagogas. Sabed que „ no podríais cometer mayor pecado; y que este „ sería propiamente aquel que no puede ser per-„ donado ni en este mundo, ni en el otro; esto „ es, la blasfemia contra el Espíritu Santo. ¿Que-„ reis llegar á ser como ellos, Ciudadanos de „ Sodoma, Príncipes de Gomorra; y quereis te-„ ñir con ellos vuestras manos en la sangre de „ los Santos? ¿Son los Christianos los que han „ derramado la de los Profetas, y que han con-„ denado al Salvador á una muerte cruel? ¿Ha-„ beis olvidado tan presto lo que vosotros mis-„ mos oisteis decir á los Judíos? ¿Quántas ve-„ ces, con una boca impía, han publicado que „ Jesu-Christo murió por fuerza, como qualquier „ otro hombre? ¿Decid quál es aquel hombre „ muerto por fuerza, cuyos Discípulos estuvieron „ solo con la invocacion de su nombre ahuyen-„ tando por tanto tiempo los demonios? ¿Quál

„ es

„ es el hombre muerto por fuerza, por quien sus
„ Discípulos, y tantos otros hayan sufrido vo-
„ luntariamente los suplicios, y la muerte? Ellos
„ tienen ademas de esto, la impiedad de acusar
„ á Jesu-Christo de haber tenido comercio con
„ el infierno, y exercido la magia: dicen tam-
„ bien que no ha sido sino por el socorro de
„ este arte detestable por quien ha resucitado.
„ ¿Qué se debe pensar de unas gentes que ha-
„ blan así? ¿No se les puede llamar impostores, y
„ malvados?

„ Yo les he oido decir esto mil veces en mi
„ juventud; pero nada hay mas facil que con-
„ vencerlos de mentira, y de error; porque vé
„ aquí lo que está escrito en los libros sagrados:
„ Saul, habiendo ido á ver á la Pitonisa, la di-
„ xo (2): Hazme aparecer al Profeta Samuel; y
„ esta muger vió un hombre que salía del sepul-
„ cro, vestido de una túnica de lino. Saul tuvo
„ á esta fantasma por Samuel, y la consultó so-
„ bre los acontecimientos que temía. ¿Dirán ellos
„ acaso que esta mágica resucitó en efecto al Pro-
„ feta? Si lo confiesan, es necesario que con-
„ vengan al mismo tiempo en que el delito tiene
„ mas fuerza para con Dios, que la inocencia; y
„ que comunica mas voluntariamente su poder á
„ los malos que á los buenos. Si niegan que es-
„ ta muger tuvo este poder, ¿por qué quieren
„ que Jesu-Christo haya resucitado á esfuerzos

 „ de

(1) 1. *de los Reyes* 28.

„ de la magia? Confiesen, pues, que su opinion,
„ ó es injuriosa á Dios, ó llena de impostura,
„ respecto de Jesu-Christo. Vé aquí por lo de-
„ más lo que se debe creer tocante á esta qües-
„ tion (1). No se imaginen que el demonio de
„ la Pitonisa haya podido sacar del seno de
„ Abrahan, y de la apacible mansion del lim-
„ bo, el alma del Profeta Samuel. Este espíritu
„ de tinieblas jamás ha tenido este poder; y es
„ contra el órden, y la naturaleza de las cosas,
„ que el mas debil venza al mas fuerte. El Pro-
„ feta no salió del seno de Abrahan en esta oca-
„ sion, como algunos creen. Pero, ¿y qué se ha
„ de decir de esta aparicion? Es necesario res-
„ ponder, que así como los Angeles buenos acu-
„ den á la vóz de los justos que los invocan,
„ así tambien los demonios obedecen á las in-
„ vocaciones sacrílegas de los magos: preséntan-
„ se á los adivinos, que los llaman por encan-
„ tamientos; inspirándoles estos espíritus de men-
„ tira una especie de furor profético, les hacen
„ pronunciar falsos oráculos. Esto es lo que ha
„ hecho decir al Apostol (2): Puesto que Sata-
„ nás mismo se transforma en Angel de luz,
„ ¿qué hay que admirarse si sus ministros se
„ transforman en ministros de la gracia? De es-
„ te modo es como querrá el Ante-Christo algun
„ dia hacerse reconocer por el mismo Jesu-Chris-
„ to: y de este modo fue como los demonios re-
„ pre-

(1) Véanse las Notas. (2) 2. *Cor.* 11.

„ presentaron la persona de Samuel delante de „ Saul, y la Pitonisa; y como revistiéndose de „ su figura, hicieron aparecer una fantasma á sus „ engañados ojos. Lo que se sigue en el texto sagra„ do confirma bien admirablemente este dictamen. „ Porque se ha notado que Samuel dixo al Rey: „ Nosotros nos veremos hoy dia juntos. ¿Cómo po„ día un Príncipe sacrílego, desobediente á las ór„ denes de Dios, y dado al culto de los demonios, „ encontrarse entre los Profetas, y los Patriarcas?

„ Si se debe, pues, tener por constante que „ el alma de Samuel no ha sido jamás sacada de „ los infiernos, ¿cómo se puede decir que Jesu„ Christo no ha salido del sepulcro sino por la „ fuerza de los encantos; despues que sus Discí„ pulos lo han visto subir al cielo, y han derra„ mado su sangre por sostener esta verdad? Pero „ si todo lo que os acabo de decir no os persua„ de (concluyó Pionio, dirigiendo particularmente su palabra á los que habian tenido la flaqueza de idolatrar), „ si no estais convencidos, „ convengo en que os dirijais á los que han des„ preciado el culto del verdadero Dios por el „ de los Idolos; y que aprendais de ellos el ca„ mino de la perfeccion." Habiendo dexado de hablar, les mandó salir de la prision.

Entonces Polemon, y Teófilo, General de la Caballería, llegaron con guardias, y un gran tropel de pueblo, y dixeron con una terrible voz: Vé aquí á Eudemon vuestro Obispo, sirviendo á la idolatría: obedeced tambien: Lépido, y Eude-

demon os harán el interrogatorio en el Templo. Replicó Pionio: Los que estamos en prision, esperamos la llegada del Proconsul; ¿por qué quereis meteros en su empleo? Despues de esta resistencia se retiraron. Pero volvieron con mayor tropa; y el General de la Caballería les dixo artificiosamente: El Proconsul nos ha enviado á los que veis aquí, con orden de llevaros á Efeso. Pionio respondió: Que venga el que está encargado de la orden, y al punto salimos sin dilacion. El Gefe de la Caballería dixo: Si rehusas obedecer á la orden, tú sentirás mi poder. Y al instante le puso una soga al cuello, apretándole tan fuerte, que pensó le ahogase. Púsole, pues, en manos de los guardas, que lo llevaron á la plaza con Sabina, y los demás. Gritaban todos en alta voz que eran Christianos, y se echaban en el suelo por no entrar en el Templo de los Idolos. Pero seis soldados levantaron á Pionio, quien se resistía tan fuertemente, que les costó bastante trabajo para meterle dentro, dándole empellones por todas partes, sin que se moviese de un lado; pero él se hacía mas pesado. Reforzáronse los ministros, y llevándolo con grande alegría, y algazara, lo pusieron en tierra, delante del altar, como una víctima. Eudemon estaba allí todavía de pie, despues de su apostasía.

Lépido, que era uno de los Jueces, dixo con voz severa: ¿Por qué no dais adoracion vosotros? Porque somos Christianos, respondió Pionio. ¿Qué Dios adorais? Al que ha hecho el cielo, y la tier-

tierra, y todo quanto contienen. ¿Hablas tú de aquel que ha sido crucificado? De aquel que Dios ha enviado para la salvacion del mundo. Los Jueces decian entre sí, pero de suerte que lo pudiese oir Pionio: Es necesario obligarle á decir lo que queremos. Y respondió Pionio: Avergonzaos, adoradores de los Dioses: tened algun respeto á la justicia: obedeced á vuestras leyes: ellas no os mandan hacer violencia á los que se resisten, sino darles la muerte.

Entonces uno llamado Rufino, que pasaba por eloqüente, dixo: Cesa, ó Pionio, de buscar la vanagloria. Pionio respondió: ¿Es esa tu eloqüencia? ¿No fue así tratado Sócrates por los Atenienses? Ya no se ven mas que hombres imperfectos, cobardes, y perezosos (1). ¿Luego, segun tu parecer, Sócrates, Arístides, Anaxârco, y sus semejantes, buscaban la vanagloria, porque se aplicaban á la sabiduría, y á la virtud? Rufino, habiéndole oido hablar así, calló. Otro, que estaba constituido en dignidad, le dixo con Lépido: No grites tan alto, Pionio. El le respondió: No nos hagais violencia, sino encended una hoguera, y entraremos voluntariamente en ella. Uno, llamado Terencio, gritó entre el tropel: Sabed que este es el que sostiene á los otros con sus discursos, y con su autoridad, y el que los impide el que sacrifiquen. Entonces pusieron sobre la cabeza de Pionio unas coronas, que rompió

(1) Véanse las Notas.

pió al instante, y los pedazos quedaron delante del altar. Un Sacerdote idólatra había venido con asadores, ó parrillas, en que había entrañas de víctimas todavía calientes, como para dárselas á Pionio; pero no se atrevió á presentárselas á ninguno de ellos, y se contentó con comérselas él mismo delante de todos. Exclamaron todavía: Nosotros somos Christianos. Y los Paganos, no sabiendo qué hacerse, los volvieron á la prision.

El pueblo se burlaba de ellos, y los daba bofetadas. Hubo uno que dixo á Sabina: ¿No podías tú morir en tu país? Ella respondió: ¿Quál es mi país? Yo soy hermana de Pionio. Terencio, á cuyo cargo estaban los combates de los espectáculos, dixo á Asclepíades: Yo te pediré como condenado para servir en los combates de los gladiadores. Asclepíades respondió: No me espantarás por eso. Y así llegaron á la carcel. Al entrar en ella, uno de los archeros le dió á Pionio un gran golpe sobre la cabeza, y le hirió. Pionio lo sufrió con paciencia; pero al archero al instante se le hinchó tanto la mano, y el costado, que apenas podía respirar. Habiendo entrado, alabaron á Dios por la fuerza que les había dado, particularmente contra el pérfido Eudemon.

Pocos dias despues volvió á Esmirna el Proconsul Quintiliano, segun la costumbre; y estando sentado en su tribunal, hizo llevar á Pionio, y le preguntó su nombre. El respondió, que Pionio. ¿De qué Secta eres tú? De la Católica.

¿De

¿De qué Católica? De la Iglesia Católica. ¿Eres tú su Doctor? Yo les instruía. ¿Les enseñabas tú la locura? No, la piedad. ¿Qué piedad? La que mira á Dios, que ha hecho el cielo, la tierra, y el mar. Pues sacrifica, dixo el Proconsul. Yo he aprendido, respondió Pionio, á adorar al Dios vivo. Nosotros tambien adoramos á todos los Dioses, y al Cielo, y á los que estan en él. ¿Por qué miras al ayre? Sacrifica. No es al ayre al que yo miro, sino es á Dios, que ha hecho el ayre. ¿Quién lo ha hecho? Ahora no es tiempo de decirlo. Es preciso que digas que es Júpiter quien está en el cielo, con quien estan los demás Dioses, y todas las Diosas. Sacrificale, pues, á este Rey del cielo, y de todos los Dioses. Como callase Pionio, el Proconsul hizo que le cogiesen para darle tormento; y quando se hubo comenzado, le dixo: Sacrifica. El respondió: Nada menos que eso. Muchos han sacrificado, y han evitado los tormentos. Yo no sacrifico. Sacrifica. No. ¿No? No. ¿Qué presuncion te hace abrazar la muerte? Haz lo que se te manda. Yo no soy presuntuoso, sino temo al Dios eterno. ¿Qué dices? Sacrifica. Ya acabais de oir que temo al Dios vivo. Sacrifica á los Dioses. No.

Viéndole el Proconsul tan firme, hizo una larga consulta con su asesor. Despues dirigiéndose aún á Pionio, le dixo: ¿Insistes temerario en tu resolucion? ¿No quieres arrepentirte? Respondió él: No. Díxole aún el Proconsul: Tienes la li-

libertad de consultar, y deliberar por mas largo tiempo. El respondió: No. El Proconsul: Pues que así aspiras á morir, serás quemado vivo. Despues formóle la sentencia escrita en latin sobre una tablilla, en estos términos: "Habiendo » confesado el sacrílego Pionio ser Christiano » hemos juzgado que debe ser quemado vivo por, » vengar á los Dioses, y dar escarmiento á los » hombres." Volvióse Pionio con mucha alegría, y serenidad al lugar del combate; y habiendo llegado allá, no aguardó á que el verdugo le dixese nada, y se despojó él mismo. Entonces pensando en la pureza de su cuerpo, fue lleno de una grande alegría, levantó los ojos al cielo, y dió gracias á Dios, que le había conservado así puro, y sin mancha. Tendióse sobre la leña, ó madero, y dió sus pies, y sus manos á que se los clavasen.

Despues que estuvo clavado, le dixo el verdugo: Mírate bien, y muda de parecer, y te se quitarán los clavos. El respondió: Bien los he sentido. Y despues de haberse quedado por algun tiempo pensativo, dixo: Deseo, Señor, y me apresuro por levantarme quanto antes, denotando la resurreccion por estas palabras. Levantósele, pues, clavado al madero; y despues á uno llamado Metrodoro de la secta de los Marcionitas. Estaban ambos á dos vueltos hácia el Oriente, Pionio á la derecha, y Metrodoro á la izquierda. Amontonóse al rededor una gran cantidad de madera; y como Pionio cerrase los ojos, cre-

creyó el pueblo que estaba muerto. Pero oraba en secreto; y habiendo acabado su oracion, abrió los ojos, miró al fuego con un rostro alegre, dixo *Amen*, y espiró con un leve suspiro, diciendo: Señor, recibid mi alma. Despues que se hubo apagado el fuego, los Fieles que estaban presentes, hallaron su cuerpo entero, y como en sana salud: las orejas flexîbles, los cabellos todos en la cabeza, la barba hermosa, y todo el rostro resplandeciente. Los Christianos eran confirmados en la Fé: los Infieles se retiraban aturdidos, y agitados de los remordimientos de su conciencia.

Esto pasó baxo el Proconsul Julio Próculo Quintiliano, en el tercer Consulado del Emperador Decio, y el segundo de Grato. Segun los Romanos, el dia quatro de los Idus de Marzo (1); segun el uso de Asia, el doce del sexto mes Macedonio, llamado Xántico, á diez horas.

(1) El 12 de Marzo (y segun nuestro modo de contar, el año de Jesu-Christo 250, el dia 5 de Marzo, á las quatro de la tarde).

ACTAS
DE S. ACACIO,
OBISPO, Y MARTIR.
ó
Relacion de lo que pasó entre él, y el Consul Marciano, con motivo de la Religion Christiana.

Sacadas de los Manuscritos del Señor Obispo, y Conde de Chalons, y de diversas ediciones.

Cerca del año de Jesu-Christo 250. en el imperio de Decio.

HAllándose Marciano, varon Consular, y enemigo declarado de los Christianos, en Antioquía, pequeña Ciudad de su Gobierno, mandó comparecer ante sí al Obispo: llamábase este Acacio; y su zelo episcopal, junto con una ardiente caridad para con todos, le había hecho dar el sobrenombre de escudo, y de refugio del país. Luego que este santo hombre fue introducido en la presencia de Marciano, le dixo este Gobernador: Puesto que teneis la dicha de vivir baxo la proteccion de las Leyes Romanas, estais obligado á amar, y á honrar á nuestros Príncipes, que son ellos mismos los protectores. Acacio respondió: Sabed que de todos los vasallos del Imperio, ningunos hay que amen, y que hon-

honren mas al Emperador que los Christianos. Nosotros pedimos sin cesar por su persona; y suplicamos á Dios en nuestras oraciones, que le conceda una vida dilatada, llena de prósperos sucesos, y colmada de todas suertes de bendiciones; que le dé el espíritu de justicia, y de sabiduría para gobernar sus pueblos; que todo su reynado se pase en una paz floreciente; y que mantenga la alegría, y la abundancia en todas las Provincias que le obedecen. M. Todo eso es muy loable; pero para que el Emperador pueda estar aún todavía mas fuertemente persuadido de vuestra fidelidad, y del zelo que decís tener por su persona, venid á ofrecerle con nosotros un sacrificio. A. Acabo de deciros que yo ofrezco mis votos por la salud del Príncipe á mi Dios, que es el único, y verdadero Dios: mas por lo que toca al Príncipe, no puede él exigir de nosotros sacrificio alguno, ni nosotros se lo debemos ofrecer; porque en fin, lo que se llama sacrificio, no le es debido á hombre alguno, por soberano que sea. M. Pues dime, ¿qué Dios adorais vosotros, para que de nuestra parte podamos tambien presentarle nuestros votos, y nuestros inciensos? A. Yo deseo de todo mi corazon que le conozcais. M. Enséñame su nombre. A. Llámase el Dios de Abrahan, de Isac, y de Jacob. M. ¿Son tambien esos Dioses? A. No por cierto: son unos hombres á quienes Dios ha hablado verdaderamente. No hay otro mas que él solo, que sea Dios, y él solo debe ser adorado, temido, y amado.

M. ¿Quién es en fin ese Dios? A. Adonai el Altísimo, que está sentado sobre los Querubines, y sobre los Serafines. M. ¿Qué es Serafin? A. Es uno de los Ministros del Dios Altísimo, y uno de los principales Señores de la Corte celestial, que se acerca mas al trono.

M. ¿Qué quimeras nos vendeis aquí? Dexad todas esas cosas invisibles, y adorad antes á unos Dioses, que podeis ver, y conocer. A. Pues decidme ahora igualmente, ¿qué Dioses son esos á quienes quereis que sacrifique? M. Apolo, el salvador, el libertador de los hombres; que nos puede preservar de la hambre, de la peste, y de las otras miserias; que ilustra, rige, y gobierna el universo. A. ¿Apolo decís? ¿Qué, ese joven loco, que perdido de amor por una doncella (1), andaba tras ella, sin preveer que en el momento mismo la iba á perder para siempre? Ello es constante que no era Profeta (2), puesto que ignoraba lo que había de suceder: y aun mucho menos era Dios, puesto que se dexó engañar por una muger. Pero no fue esta la única desgracia que le sucedió, ni sola la necedad que cometió. Porque amando los hermosos mancebos, concibió una pasion detestable por el bello Jacinto, como todo el mundo sabe; y fue bastante vil en quebrarle la cabeza á este hermoso galan con el mismo texo con que jugaba con él. ¿No es tambien ese

(1) Dafne, que fue convertida en laurel. (2) Consultábasele por toda la tierra sobre lo futuro.

ese Dios quien con Neptuno, otro Dios como él, se hizo albañil, y se ajustó con un Rey (1) para construir las murallas de una Ciudad? El fue tambien quien arrojado del cielo, no teniendo dinero, se puso á guardar los rebaños del Rey Admeto; y quereis obligarme á ofrecer sacrificios á semejante divinidad. ¿No quisiérais tambien que ofreciese yo á Esculapio, aunque lanzado, y fulminado por Júpiter: á Venus, á pesar de su libertina vida, y de sus infames amores; y á otros cien monstruos semejantes, á quienes sacrificais vosotros? No creáis que el temor de perder la vida en medio de los mas terribles suplicios, me pueda hacer jamás resolver á adorar á los que me avergonzaría de imitar; y de los quales no hago sino menosprecio, teniéndoles horror. Decidme: si alguno en vuestro gobierno, despues de haber cometido semejantes atentados, quisiese justificarse con él exemplo de vuestros Dioses, ¿les tendríais tanto respeto, y complacencia, que los dexaríais libres? Y con todo eso adorais en vuestros Dioses lo que castigaríais severamente en los hombres. M. Yo bien sé que es muy freqüente en vosotros los Christianos vomitar fuertes injurias contra la magestad de nuestros Dioses: por eso quiero que ahora al punto vengais conmigo al Templo de Júpiter, y de Juno, para darles en un banquete religioso, que allí haremos en honor suyo, lo que les es debido á estas

 gran-

(1) Laomedon Rey de Troya.

grandes divinidades. A. Bueno: ¡con que había yo de ir á sacrificar á un hombre, cuyo sepulcro se vé aún el dia de hoy en la Isla de Creta (1)! ¿Pues qué ha resucitado? M. Todo eso no vale nada: es necesario sacrificar, ó morir. A. Vé ahí justamente lo que usan los salteadores de Dalmacia en los desfiladeros de sus montañas con los pobres pasageros, á quienes su desgraciada fortuna los lleva por allí: la bolsa, ó la vida les piden; y es necesario dexar la una, ó la otra. Lo mismo es necesario hacer aquí: ó perder la vida, ó cometer un delito. Pero yo os digo claramente que nada temo, que nada me dá cuidado: las leyes castigan á los adúlteros, á los ladrones, y á los homicidas. Si yo fuese reo de alguno de estos delitos, yo sería el primero á condenarme, y á castigarme, sin aguardar vuestro juicio: pero si todo mi delito es adorar al verdadero Dios, y por esto solo soy conducido al suplicio, ya no será la ley la que me condene, sino la injusticia del Juez. Uno de nuestros Profetas, que era Rey, exclama en muchos lugares (2): Ellos se han apartado todos del camino real: todos se han llegado á hacer inútiles: no hay uno que obre bien: no hay ni uno solo. Y en uno de nuestros libros sagrados (3) está escrito: Sereis juzgados del mismo modo que juzgáreis; y se hará con vosotros como hubiéreis hecho con los demás. M. Yo, yo no tengo orden de

(1) Candia. (2) *Ps.* 13. *y* 52. (3) *Luc.* 6.

de juzgar, sino de precisar. Y así si no obedeceis voluntariamente, yo sabré haceros obedecer por fuerza. A. Y yo, yo tambien he recibido un mandato, al qual deseo obedecer; y es el no negar á mi Dios. Si creeis estar obligado á executar las órdenes de un hombre mortal, que mañana será el pasto de los gusanos; ¿quál debe ser mi fidelidad, y mi exâctitud en obedecer á un Dios, cuya duracion es eterna, y el poder es infinito, y que ha pronunciado esta terrible sentencia contra los que le abandonaren (1): Qualquiera que no confesáre mi nombre delante de los hombres, yo tampoco lo reconoceré delante de mi Padre, quando venga á juzgar, todo cercado de gloria, y de magestad, á los vivos, y á los muertos? M. Acabais justamente de declarar este error de vuestra secta, que largo tiempo há tenía yo gana de saber. ¿Con que dices que Dios tiene un Hijo? A. Sí, tiene uno. M. ¿Y quién es ese Hijo de Dios? A. El Verbo de gracia, y de verdad. M. ¿Es ese su nombre? A. No me habeis, pues, preguntado su nombre, sino quál era su poder. M. Y bien, ¿su nombre quál es? A. Jesu-Christo. M. ¿De qué muger ha tenido Dios ese Hijo? A. Dios no engendra á su Hijo al modo de los hombres; antes bien quando Dios crió al primer hombre, le formó un cuerpo con un poco de tierra, y despues le inspiró el alma, y la vida: con que no penseis que es-

(1) *Matth.* 10.

esta Divina Magestad, que es un espíritu puro, mancha su infinita pureza con el comercio de alguna muger mortal. Y así el Hijo de Dios, el Verbo de la verdad, ha salido del entendimiento de Dios: esto es lo que está declarado en los libros divinos en estos términos (1): Mi corazon ha producido una palabra santa. M. ¿Luego Dios tiene cuerpo? A. Aunque solo Dios verdaderamente se conoce, nuestra fé nos le propone incorporeo; y así veneramos en esta esencia divina un espíritu de virtud, y poder. M. Si Dios no tiene cuerpo, ¿cómo le dais corazon? Todo lo que tiene principio de sensacion, precisamente debe tener cuerpo. A. No se ha de entender por la voz corazon sino el mismo entendimiento, y la misma sabiduría: Dios es principio de ella; y esta es superior, é independiente de todo sér corporeo: con que tiene de cuerpo el mismo entendimiento, y la misma sabiduría. M. Volvamos al asunto. Considerad los Catafriges (2): estas son unas gentes que profesan una antigua religion: ahora bien, ellos han renunciado sus antiguos errores, y se han juntado á nosotros para ofrecer sacrificios á nuestros Dioses. Creedme, y haced otro tanto. Juntad todos los Christianos que estan baxo vuestra conducta, y persuadidles que abracen la religion del Emperador. Haced que todo el pueblo os siga al Templo. A. A mí no es á quien este pueblo obedece: es á Dios. Y así me

(1) *Ps.* 44. (2) Antiguos Hereges.

me oirá voluntariamente quando le quisiere enseñar cosas justas, y puestas en razon, y que no sean opuestas á la Ley de Dios; pero todos me abandonarán, y no harán sino despreciar mis palabras, como conozcan que son contrarias á esta divina Ley, y que solicito el pervertirlos.

M. Dadme sus nombres. A. Sus nombres estan escritos en el cielo, y en los sagrados registros de Dios. ¿Creeis que los ojos de un mortal puedan leer unos caracteres formados por la mano del mismo Dios? M. ¿Dónde estan los otros mágicos tus compañeros, aquellos diestros impostores, que hacen, como tú, profesion de ese arte fruslera? A. Ninguno hay en el mundo que tenga mas horror á la magia que los Christianos. M. Esa nueva Religion que introducís, ¿qué otra cosa es que magias, y que encantamientos? A. Llamais encantamientos á lo que nosotros hacemos con vuestros Dioses, que derribamos nosotros muchas veces con una sola palabra, y que hacemos baxar de aquel alto grado en que vosotros les habíais colocado, quitándoles la divinidad que tenian de vosotros. Porque en fin, esos pobres Dioses quedarian imperfectos, si la madera, ó la piedra faltase al oficial que los hace. Pero nosotros, nosotros no tememos á aquel que hemos forjado con nuestras manos, sino á aquel que nos ha formado con las suyas; que nos ha criado, como el Dueño, y Señor de la naturaleza; que nos ha amado como un buen padre; que nos ha librado de la muerte,

y del infierno, como un pastor cuidadoso, y apasionado. M. Dame, te digo, los nombres que te he pedido, y tema mi severidad tu resistencia. A. Comparezco delante de vos, y me preguntais mi nombre: quereis tambien saber el de los otros Ministros del Señor: creeis poder desarmar á muchos, no pudiendo resistir á uno solo. Mas ya que tanto gustais de saber los nombres, yo me llamo Acacio; y si quereis aún saber mas, me llaman Agatange, y mis dos compañeros, Pison, Obispo de Troyes; y Menandro, Presbítero de esta Iglesia. Haced ahora lo que gustáreis. M. Tú estarás en prision hasta que haya informado al Emperador de la ley que tan tenazmente sigues; y aguardaré sobre esto sus órdenes.

Decio, habiendo leido esta relacion, no pudo dexar de admirar las respuestas vivas, y llenas de caridad, y justicia, de que usó el santo Obispo Acacio; y disimulando toda esta disputa, premió á Marciano con el Gobierno de la Panfilia, y permitió á Acacio que siguiese con libertad su Religion.

ACTAS
DE S. MAXIMO,
MARTIR.

Sacadas de diversos Manuscritos; á saber, quatro de la Biblioteca de M. Colbert; tres de la de S. German de los Prados; uno de S. Remigio de Reims; otro de los PP. Celestinos de París; otro de la Abadía de la Seauve-Mayor; y otro de la del Monte S. Miguel.

Año de Jesu-Christo 251, en el imperio de Decio.

HAbiendo formado Decio el impío designio de exterminar enteramente la Religion Christiana, hizo publicar en toda la extension del Imperio un edicto, que obligaba, pena de la vida, á todos los Christianos á abandonar el culto del verdadero Dios, para abrazar el de los Idolos. Este edicto dió motivo á que se declarase un santo hombre llamado Máxîmo, con la mayor constancia, por siervo de Jesu-Christo. Era del orden plebeyo, y exercicio mercader. Al punto fue arrestado, y conducido delante de Optimo, Proconsul de Asia (1).

(1) O acaso de Asisa, Ciudad de Istria.

In-

Interrogatorio á que satisfizo Máxîmo delante del Proconsul Optimo.

Proconsul: ¿Cómo te llamas? Máxîmo: Me llamo Máxîmo. P. ¿De qué condicion eres? M. De condicion libre, pero esclavo de Jesu-Christo. P. ¿Qué oficio tienes? M. Soy un hombre del pueblo, y vivo de un pequeño comercio. P. ¿Eres Christiano? M. Sí lo soy, aunque pecador. P. ¿No tienes noticia de los edictos que poco há se han publicado? M. ¿Qué edictos son, y qué contienen? P. Que todos los Christianos, abjurando su supersticion, no reconozcan mas que á un solo Señor, á quien todo le obedece; y no tengan otra religion mas que la suya. M. Sí, ese edicto impío, é injusto, bien lo sé; y esto mismo es lo que me ha obligado á hacer una profesion manifiesta del Christianismo. P. Pues que estás informado del tenor de estos edictos, sacrifica á los Dioses. M. Yo no sacrifico sino á un solo Dios, y á él es á quien me he sacrificado desde mi primera juventud. P. Sacrifica, te digo, si quieres aún vivir; porque te hago saber que á poco que te resistas, te haré espirar en los tormentos. M. Eso es lo que siempre he deseado ardientemente; y no me podríais dar mayor gusto que quitarme prontamente esta mezquina, y miserable vida, para hacerme pasar á la otra bienaventurada, y eterna.

Entonces el Proconsul le hizo dar muchos golpes con unos palos, ó bastones; y á cada gol-

golpe le gritaba el Juez: Sacrifica, Máxîmo, sacrifica. Máxîmo le respondió: Os engañais, si creeis que estos golpes me hacen mal: lo que se padece por Jesu-Christo, mas que tormento, es un dulce consuelo. Pero si yo fuese tan imprudente, que me apartase, aunque fuese poco, de la práctica de los divinos preceptos, que estan contenidos en el Evangelio, entonces sería quando me debiera preparar á sufrir los eternos suplicios. Hizo, pues, el Proconsul que le pusiesen sobre un potro; y mientras que le atormentaban, le repetía muchas veces estas palabras: Arrepiéntete, miserable: reconoce tu error: retrata ese loco capricho, y dales á nuestros Dioses adoracion, para salvar tu vida. Al contrario: la perdería, replicó Máxîmo, si idolatrase; y el conservarla ès el por que no accedo á ese culto sacrílego. Ni vuestros palos, ni vuestras uñas de hierro, ni vuestro fuego, son capaces de causarme el menor dolor; porque la gracia de Jesu-Christo está en mí, y ella me librará de vuestras manos, para ponerme en posesion de la misma felicidad, de que gozan al presente tantos Santos, que en este mismo sitio han triunfado de vuestro furor, y crueldad. Por medio de sus oraciones obtengo la fuerza que en mí veis. El Proconsul pronunció esta sentencia: "La divina clemencia de nues-
» tros invencibles Príncipes manda, que aquel que
» rehusando obedecer á sus sagrados edictos, no
» ha querido sacrificar á la gran Diana, sea apedrea-
» do, para servir de exemplo á los Christianos."

Al mismo tiempo fue arrebatado por una tropa de Alguaciles (1), que le sacaron fuera de la Ciudad, en donde fue apedreado.

ACTAS

DE LOS SANTOS MARTIRES

PEDRO, ANDRES, PABLO, Y DIONISIA, VIRGEN.

Sacadas de muchos Manuscritos; á saber, uno de la Iglesia Metropolitana de Reims; tres de la Biblioteca de M. Colbert; tres de la de S. German de los Prados; uno de la de M. el Abad de Noailles; otro de S. Remigio; otro de los Celestinos de París; otro de Citeau; otro de Long-Pont; otro de Orcam, y de Bolando.

Cerca del año de Jesu-Christo 251. en el imperio de Decio.

TOda la tierra estaba regada con la sangre de los Mártires, que el injusto furor de los Tiranos derramaba en todas las Provincias del Imperio, quando se prendió en Lampsac (2) un joven llamado Pedro, mozo gallardo, y en quien la hermosura del alma correspondía al agradable exterior del cuerpo; pero especialmente de una fir-

(1) El dia 14 de Mayo. (2) Ciudad del Asia Menor en la baxa Mœsia, en los confines del Helesponto.

firmeza, y de una constancia inmutable en la Fé. Fue conducido delante del Proconsul, quien le preguntó jurídicamente de esta suerte (1). Pr. ¿Cómo te llamas? P. Yo me llamo Pedro. Pr. ¿Haces profesion del Christianismo? P. Sí, yo soy Christiano. Pr. Ya has oido la publicacion que se ha hecho de los edictos de nuestros invencibles Príncipes, y no ignoras lo que contienen: ofrece, pues, sacrificios á la gran Venus. P. No me persuadirás facilmente á dar incienso á una prostituta, cuyas aventuras no se podrían referir sin avergonzarse, no habiendo sido toda su vida otra cosa que un conjunto de disoluciones, con que nos escandaliza su historia. Si vos mismo no dificultais de llamarla una muger perdida, una infame cortesana, ¿cómo quereis obligarme á adorarla, y á ofrecerla sacrificios? Mucho mas glorioso me es sin duda el ofrecer á Dios vivo, al Dios verdadero, á Jesu-Christo, Rey de todos los siglos: ofrecerle, digo, en sacrificio votos, alabanzas, y un corazon contrito, y humillado. El Proconsul, sin atender á la juventud, y á las excelentes qualidades de este generoso Confesor, le hizo estender sobre una rueda entre pedazos de madera, que se ataron en muchas partes con cadenas de hierro; y que descargando sobre todo su cuerpo, debian quebrantarle todos los huesos con el movimiento. Quanto mas su-

(1) Interrogatorio satisfecho por Pedro delante del Proconsul Optimo.

sufría este admirable joven, mas fuerza, y valor mostraba. Reíase tambien en lo mas fuerte de este tormento, y le echaba en cara al Tirano su inutil furor. Despues levantando los ojos al cielo: Yo os doy gracias, Señor, decía, del valor que siento, y que me dais para vencer al Tirano, y los tormentos. El Proconsul le hizo acabar la vida con una espada.

Por el mismo tiempo, habiendo ido el Proconsul á Troades (1) con un gran séquito, traxeron á su presencia tres Christianos, Andrés, Pablo, y Nicómaco. Preguntóles de dónde eran, y de qué Religion. Anticipándose á los demás Nicómaco, dixo en voz alta que era Christiano. Hablando despues el Proconsul á los otros dos, les dixo: ¿Y vosotros? Ellos respondieron modestamente: Nosotros somos Christianos. Vuelto este á Nicómaco, le dixo: Sacrifica á los Dioses, como lo manda el edicto del Príncipe. Nicómaco respondió: No ignorais que no le es permitido á un Christiano el sacrificar á los demonios. Vista esta respuesta, el Juez le hizo poner á tormento. Pero él, no pudiendo ya casi aguantar mas, y viéndose reducido al último extremo, gritó: Que paren: yo jamás fui Christiano: pronto estoy á sacrificar á los Dioses. Al punto hizo afloxar el Proconsul; pero apenas hubo sacrificado, quando apoderándose el demonio de él, y agitándole con crueles golpes, lo tiró contra el suelo: allí

(1) Ciudad edificada por Alexandro sobre las ruinas de Troya.

allí espiró este infeliz, despues de haberse cortado la lengua con los dientes, y habérsela comido.

Asistía entre los que estaban presentes á este horrible espectáculo, una joven doncella llamada Dionisia, de edad de quince á diez y seis años, que no pudo contenerse en exclamar: ¡Ah, miserable, que por no haber podido sufrir todavía un momento, te has preparado una eternidad de penas. Fue esto oido del Proconsul, quien la hizo acercar; y habiéndola preguntado si era Christiana, respondió que sí; y este es el motivo porque lloro á este infelice, que por evitar algunos momentos de dolor, se ha privado él mismo de un descanso que no se acabará jamás. Replicóla el Proconsul: Te engañas, hija mia; porque sacrificando á los Dioses, y á los Emperadores, ha cumplido con su obligacion, y ha hallado el descanso que decís. Pero para que no quedase expuesto á las reprehensiones que vuestros Christianos hubieran podido hacerle por su dichosa mudanza; Venus, y la gran Diana se han dignado retirarle prontamente del mundo. Y tú disponte á sacrificar, ó á ser quemada viva. Dionisia respondió: Yo no os temo: el Dios á quien sirvo es mas poderoso que vos: él me dará la fuerza para sufrir.

Entonces el Proconsul la entregó á dos jóvenes perdidos, para que hiciesen de ella lo que gustasen: y á Andrés, y á Pablo los volvió á enviar á la carcel. Los jóvenes disolutos llevaron

á

á Dionisia á su casa. Hicieron todos sus esfuerzos por obligarla á satisfacer su brutalidad; pero ella se defendió tan bien, y por tan largo tiempo, que los cansó; y con esta larga, y generosa resistencia, apagó el fuego impuro de sus infames pasiones. A la media noche se apareció de repente un mancebo, todo bañado de luz, en la sala en donde estaban todos tres. Entonces estos jóvenes viciosos, temblando, y medio muertos de terror, se echaron á los pies de la casta Dionisia, y la suplicaron los librase de la cólera de aquel hombre tan admirable. No temais, les dixo ella con mucha dulzura: verdad es que este que veis es el Angel de guarda de mi pureza; pero por mi atencion no os hará mal alguno.

Luego que amaneció, se juntó el pueblo al rededor de la casa del Proconsul, pidiéndole las vidas de Andrés, y Pablo, con tumultuaria algazara. Habíanse mezclado entre el pueblo Onesicrato, y Macedon, ambos á dos Sacerdotes de Diana, y le acaloraban mas, y mas. Aumentándose la sedicion, envió el Proconsul á buscar á Andrés, y á Pablo, y les dixo: No hay mas que un medio de apaciguar este tumulto, y es el ofrecer víctimas al instante á la gran Diana. Respondieron los dos Mártires: Nosotros no conocemos á Diana por Diosa, ni por Dioses á los otros demonios que adorais: no adoramos mas que á un solo Dios. Oyendo esto el pueblo, instó al Proconsul se los entregase para darles la muerte; lo que le concedió, despues de haber hecho des-

tro-

trozar á los Mártires sus carnes con azotes. Apoderado de ellos el pueblo, los sacó fuera de la Ciudad, en donde comenzó á tirar sobre ellos una nube de piedras.

Llegó bien presto la noticia á los oidos de Dionisia. Entonces esta Virgen, escapándose de sus guardias, entre gemidos, y abundantes lágrimas, llega presurosa al lugar en donde se executaba el suplicio. Luego que estuvo en él, se arrojó sobre los cuerpos de los santos Mártires, que todavía respiraban; y hablando con ellos, les decía así: ¿Por qué os quereis ir al cielo sin mí? Yo quiero morir con vosotros, para vivir eternamente en vuestra compañía. Informáronle al instante al Proconsul, que esta joven doncella había triunfado de las violencias de los dos jóvenes desalmados, milagrosamente preservada de ellos; y que habiéndose escapado de la prision, estaba resuelta á morir con los dos Christianos que estaban apedreando: entonces mandó que la retirasen de allí, y que la conduxesen á otro lugar, para cortarle la cabeza. Lo qual al punto fue executado. En Lampsac el dia quince de Mayo, siendo Emperador Decio, y Proconsul Optimo.

ACTAS
DE S. LUCIANO,
Y DE S. MARCIANO,
MARTIRES.

Sacadas de dos Manuscritos; á saber, uno de la Biblioteca de M. Colbert; y otro de la Abadía de la Seauve-Mayor.

Cerca del año de Jesu-Christo 250. en el imperio de Decio.

YO quiero, hermanos mios, para vuestra edificacion, contaros la historia del martirio de S. Luciano, y de S. Marciano. Eran estos Paganos, y tan adictos al demonio, que no tenian mayor pasion, ni mas gusto que seducir almas, para atraherlas á su sacrílego culto. Servíanse para esto de aquella ciencia tenebrosa, que los demonios han enseñado á los hombres; porque eran mágicos de profesion, y por la fuerza de sus encantos, y la virtud de sus filtros, de sus anillos constelados, y de sus figuras talismánicas, hacian conseguir á los unos el fin de sus amores, y facilitaban á otros los medios de satisfacer sus odios. Y así, qualquiera que quería, ó hacerse temer, ó hacerse amar, no tenía mas que acudir á ellos. Pero Dios, que se complace en que veamos brillar su gracia entre la oscuridad de los mayores delitos, y que gusta de dar á conocer su nombre á los que parece estar los mas distantes,

y que son en efecto los mas indignos de este divino favor: Dios, digo, obró en un instante la conversion de estos dos famosos encantadores del modo que voy á referir.

Había en Nicomedia una joven, que habiéndose negado al estado del matrimonio, y abrazado el de la virginidad, se consagró á Dios, sirviéndole con una exâcta fidelidad, y un afecto sincero. La hermosura de su cuerpo era superior á la de las demás matronas, siendo solamente inferior á la de su alma. Todo este conjunto de prendas le hicieron comprehender, que solo el que la había criado era digno de ser su esposo. Dióse, pues, enteramente á él, y le pedía sin cesar se dignase conservarla para él solo.

Viéronla nuestros dos mágicos; y aquella estupenda belleza causó en ellos su efecto natural: deslúmbralos al principio; y contra su intencion les hizo concebir el amor, y los deseos; pero un amor pecaminoso, y unos deseos impuros. No obstante, como desesperaban de poderlos satisfacer por los medios ordinarios, recurrieron á su arte, implorando el socorro de sus demonios. Pero fue en vano. Ni el infierno, ni sus diabólicos artificios tuvieron poderío sobre la que el cielo protegía. Luciano, y su compañero bramaban de rabia viendo lo futil de su arte; y su confusion era tanto mayor, quanto aquella á quien perseguian no hacía otra cosa para defenderse, y para hacer inútiles sus esfuerzos, que dirigir á Dios sus fervorosas oraciones. Pero ellos redoblando

sus conjuros, y apurando todo quanto su funesta, y sombría sabiduría les subministraba de encantos, y de prestigios, no cesaban dia, y noche de consultar sus demonios sobre el mal suceso de su empresa. Fatigados estos espíritus malignos de sus continuas quexas, y de aquellas invocaciones tantas veces reiteradas, les respondieron en fin en estos términos (1): Mientras que vuestros designios han sido contra unas personas idólatras, nos fue facil el concederos nuestra asistencia, quando nos la habeis pedido, y siempre hemos hecho salir las cosas á vuestro gusto. Pero al presente, que nos es necesario combatir un corazon defendido por la castidad, hallamos nosotros en él una resistencia tan grande, que desesperamos de poderlo sujetar á vosotros. Estamos obligados á deciros que esa persona, cuya hermosura os trahe perdidos, es del número de aquellas vírgenes que estan consagradas á Jesu-Christo, Señor, y Dios de todos los hombres, que ha dado su vida por ellos. No podreis creer el cuidado que tiene de preservarla de todos nuestros artificios, y lo que nos hace sufrir todas las veces que queremos emprender alguna cosa contra ella. Y así cedemos, á pesar nuestro, á un poder superior; y nos vemos forzados á retirarnos llenos de vergüenza, y á confesar nuestra flaqueza.

Esta confesion de los demonios sorprendió es-

(1) Véanse las Notas.

estrañamente á nuestros magos; y fueron tan vivamente penetrados de la confusion, que cayeron como muertos con el rostro en tierra. Quedaron por algun tiempo apoderados del pasmo, y del temor. En fin, volviendo en sí poco á poco, y habiendo recobrado el uso de los sentidos, y de la luz, se despidieron de los demonios. Despues, mirándose el uno al otro, se quexaban de su desgraciada fortuna. ¡Que, decian ellos, Jesu-Christo es tan poderoso! ¡Todo le obedece, todo le cede, y aun aquellos mismos que nosotros teníamos por Dioses, tiemblan delante de él! Retiraos de nosotros, vanas ilusiones de un arte engañoso, encantaciones ineficaces, detestable magia: y vosotros, espíritus impuros, volved á entrar todos en el abismo, de adonde no habíais salido sino para engañarnos. De Jesu-Christo crucificado es de quien queremos ser de hoy en adelante: á él es á quien debemos temer; y él solo merece que se le adore.

Entonces fue quando se vió un considerable colmo de gracias, en donde no se había hallado hasta entonces sino una abundancia de pecados. Porque llenos de una santa impaciencia, é impelidos de un movimiento ignorado, pero divino, corren á la plaza pública, encienden una grande hoguera, arrojan á ella sus libros, sus caractéres mágicos, y todo quanto servía al exercicio de su exêcrable ciencia. Esta ilustre accion sorprendió los ánimos; pero ellos, levantando su voz, publicaban la gracia que acababan de recibir del

Señor. Bendito sea el gran Dios del cielo, decian, que ha disipado las sombras de la muerte, que nos rodeaban; y ha abierto nuestros ojos á la luz de la vida. Infelices de nosotros, que seguíamos tras de fantasmas formadas por los demonios, para seducirnos. Todo esto no era sino ilusion, y mentira. Pero ahora reconocemos al Dios verdadero, y ponemos toda nuestra esperanza en él. Hablando de este modo, vanse hácia la Iglesia, y allí confiesan públicamente sus pecados. Despues que fueron recibidos en el número de los Fieles, y que fueron bautizados, se retiraron á un desierto, en donde comenzaron á practicar los mas laboriosos exercicios de la penitencia, viviendo una vida tan austera, y tan mortificada, que no tomaban hasta el tercero dia mas que un poco de pan, y agua.

Solian dexar algunas veces su soledad por ir á predicarles á los Gentiles, que Jesu-Christo era el Verbo divino, haciéndoles ver los torpes errores de su falsa religion. Cada uno estaba admirado, y se decian unos á otros: ¿No son estos aquellos hombres tan sabios en los misterios de nuestros Dioses, y que tenian tan bellos secretos para hacernos gozar de los objetos de nuestras pasiones; y ahora predican al Crucificado, de quien tanto mal decian en otro tiempo? A esto los admirables solitarios respondian de este modo: Creednos, hermanos mios, que si nosotros hubiésemos conocido otro camino para llegar á la felicidad, jamás hubiéramos entrado en

es-

este. Seguid, pues, nuestro exemplo: convertíos: y si quereis evitar las desgracias eternas, reconoced el mismo Dios que nosotros confesamos. No tuvieron estas palabras el mismo efecto que deseaban: al contrario, no hicieron sino encender el furor en aquel pueblo. Echanse sobre ellos, apodéranse de sus personas, lleváseles delante del Proconsul (1); porque la persecucion movida por el Emperador Decio comenzaba á desolar la Iglesia. Fueron, pues, nuestros dos santos penitentes presentados al Juez. Ved aquí, le dicen, dos hombres, que impugnan ahora lo que antes defendian, y que defienden lo que impugnaban.

Entonces mirando el Proconsul á Luciano, le preguntó su nombre: respondió este: Yo me llamo Luciano. P. ¿De qué profesion eres? L. En otro tiempo hice la de baldonar la Religion Christiana, y de perseguir á los que la seguian; pero ahora, aunque indigno, hago profesion de predicarla, y de seguirla. P. ¿Con qué autoridad te atreves tú á predicar esa Ley? L. Cada uno tiene vocacion para eso; y á todo hombre le es permitido por el derecho natural, y comun el retirar á su hermano del error en que le vé metido; y así procura la libertad á este, y se adquiere para con Dios un nuevo mérito.

Volvióse despues el Proconsul hácia Marciano, y le dixo: ¿Y tú cómo te llamas? Yo

 me

(1) Sabino.

me llamo Marciano. P. ¿De qué condicion? M. De condicion libre, y de la Religion que no reconoce mas que un Dios. P. ¿Quién os ha metido en la cabeza el abandonar los Dioses inmortales, y venerables, que os han colmado de bienes, y que os hacian la delicia de este pueblo, por dedicaros al culto de un hombre muerto, castigado con el último suplicio, y que no tuvo poder ni aun para librarse? M. Ese mismo de quien hablais, es el que ha tenido la bondad de perdonarnos nuestros desvaríos, como perdonó en otro tiempo otro error semejante á Pablo, tan conocido en el Asia, que de perseguidor de la Iglesia, llegó á ser despues por la gracia de este hombre clavado en la Cruz, el Apostol, y el Predicador del Universo. P. Pensadlo bien: volveos á la Religion de vuestros padres; y por una mudanza tan sabia, y al mismo tiempo tan necesaria, haceos favorables los Dioses del cielo, y los Señores de la tierra, nuestros invencibles Príncipes; pero sobre todo, pensad en que os vá la vida en ello. L. El consejo que nos dais no es de hombre muy sabio. Nosotros damos gracias á Dios de que se haya dignado sacarnos del medio de las tinieblas, para elevarnos á la gloria de que al presente gozamos. P. ¿Así toma vuestra defensa ese Dios, cuyo alto poder tanto haceis resonar? ¿Pues cómo ha sufrido que cayéseis en mis manos? ¿Cómo no acude á vuestro socorro? M. En eso mismo consiste la dicha de los Christianos, en perder lo que llamais la vi-

vida, y que en efecto no es sino la sombra, para obtener la verdadera, y eterna. Nosotros pedimos de todo nuestro corazon al Dios que adoramos, os conceda la gracia de conocerle, de conocer su supremo poder, y sobre todo aquella bondad infinita, que muestra para con los que creen en él. P. Sin duda que os dá raros testimonios de su amor; y vosotros teneis gran motivo para ponderarnos tan fuertemente su bondad: se conoce muy bien que os ama, pues os dexa de este modo en manos de la justicia. L. Ya os hemos dicho que en esto consistía la gloria de los Christianos. Sí por cierto: el Señor promete una vida, que jamás tendrá fin, al que hubiere despreciado las amenazas del demonio, y que hubiese hollado los placeres, las grandezas, y todos esos falsos bienes, que no hacen sino pasar, y que faltan en un momento. P. Ideas puras, cuentos en el ayre. Escuchad, no tengo que deciros mas que una palabra. Sacrificad al instante: esta es la voluntad del Emperador: obedeced, y no me obligueis á que dé en extremos, de que os podríais arrepentir bien presto: demasiado habeis excitado ya mi cólera. M. Aquí estamos prontos á sufrir todo lo que quisiéreis hacernos padecer: pero de ninguna manera nos resolveremos á negar al Dios de la verdad, y de los vivientes, para ser arrojados despues á las tinieblas exteriores, y en un fuego que jamás se apagará, y que está preparado para quemar al demonio, y á sus sequaces.

Vien-

Viendo el Proconsul la firmeza de estos generosos Christianos, y desesperando de poderlos atraher á sí, pronunció esta sentencia:

"Habiendo sido Luciano, y Marciano con-
» vencidos por nos de haber violado, y traspa-
» sado nuestras leyes divinas, y de haber abra-
» zado las vanas supersticiones del Christianis-
» mo; aunque hayamos empleado las mas vivas
» solicitudes para reducirlos á obedecer los edic-
» tos de nuestros invencibles Emperadores, y ofre-
» cer sacrificios á los Dioses inmortales; y que
» en caso de resistencia les hayamos amenazado
» del suplicio: no haciendo los susodichos caso
» alguno de todas estas cosas, sino despreciando
» por el contrario, con una terquedad invencible,
» nuestras exhortaciones, y nuestras amenazas; los
» hemos condenado á ser quemados vivos."

Luego que hubieron llegado al lugar de la execucion, á una voz dieron gracias á Dios, diciendo: Señor, Jesus, aunque nuestros corazones os alaban, y os bendicen con todo el ardor de que son capaces, confesamos que no os podrían alabar, ni bendeciros bastantemente de que no os hayais desdeñado de poner sobre nosotros los ojos de vuestra misericordia. Nuestra miseria no ha acabado vuestra tolerancia; y por indignos que fuésemos de vuestras bondades, os habeis dignado de sacarnos del medio de los errores del Paganismo, y del abismo de desvaríos de una vida sacrílega, para elevarnos á este honor supremo, en que nos vemos hoy dia, de morir por vues-

vuestro nombre. Tened á bien, Señor, que pongamos nuestras almas en vuestras manos, y recibid con nuestras alabanzas el último suspiro.

Acabada esta oracion, pusieron fuego á la hoguera que los debía consumir.

Así murieron estos bienaventurados Mártires, padeciendo por Jesu-Christo, que despues de haberles dado valor para tan grande sufrimiento, los hizo participantes de su gloria.

HISTORIA
DEL MARTIRIO DE S. HIPOLITO,
PRESBITERO DE LA IGLESIA DE ROMA,
Escrita en verso por el Poeta Prudencio en el Libro de las Coronas.

Sacada de diversas ediciones, cotejadas con un Manuscrito de la Abadía del Monte S. Miguel.

Año de Jesu-Christo 252. en el imperio de Galo.

ILustre Valeriano (1), sabio dispensador de los misterios de Jesu-Christo, Roma me ha hecho ver las preciosas reliquias que encierra en su recinto. Tales son los sagrados despojos con que una infinidad de Mártires la han enriquecido. Si me preguntais sus nombres, y qué titulos de

(1) Véanse las Notas.

de honor se leen sobre sus sepulcros, dificil es que os responda. Todo un pueblo entero de Santos ha visto correr su sangre al pie de los altares de los Dioses Troyanos (1); y Roma, animada de un impío furor, y queriendo honrar la religion de sus padres, tambien se entregó á este sangriento destrozo. Verdad es que aún se ven en ella algunos sepulcros, que contienen el nombre del Martir que encierran, ó alguna inscripcion que grabó la memoria de algun amigo; pero aún es mucho mayor el número que se halla de aquellos cuyos mármoles mudos, en epitafios concisos, no explican mas que el nombre del cadaver que ocultan. Por aquí se puede juzgar qué montones de cuerpos sagrados tiene la tierra en su seno, separados de nuestra vista: y yo me acuerdo que me enseñaron un monton de arena, que daba sepultura á sesenta, cuyos nombres solo Jesu-Christo los conoce, y que estan escritos en su corazon, como un amigo lo está en el de su amigo.

Mientras que una santa curiosidad me hace recorrer estos monumentos, y yo me esfuerzo en averiguar hasta aquellos que la antigüedad les ha ocultado á nuestros siglos, se le ofrece por materia á mi pluma, Hipólito, aquel que habiéndose entregado infelizmente en otro tiempo al partido de Novato (2), aunque la Iglesia de Roma le contase entre sus Presbíteros, se había de-

(1) Véanse las Notas. (2) Véanse las Notas.

declarado abiertamente contra ella. Pero ya le percibo (1) llevando el estandarte del martirio, y todo cubierto de su sangre, origen fecundo de una gloria inmortal. Sin duda estais admirado de ver á un anciano, á quien el espíritu del cisma largo tiempo había animado, detestarle de repente, y recibir un honor, que parece no ser debido sino al mas zeloso defensor de la Fé Católica.

Quando le llevaban arrastrando al tribunal del Prefecto, su alma victoriosa de los falsos Dioses, y del cisma, aún sentía la alegría de verse bien presto en libertad por la destruccion de su cuerpo. El amor que su pueblo (2) le tenía, había juntado una tropa de Fieles, de que iba rodeado. Preguntáronle quál era la verdadera Iglesia, si la que tenía á Novaciano por cabeza, ó la que obedecía á Cornelio. Huid, respondió, huid, hijos mios, el cisma del detestable Novato: reuníos á los Católicos: una sola Fé os ilustre: una sola Iglesia os junte: y esta Iglesia es la antigua, y la que el gran Pablo reconoce, y que vé en medio de ella la Cátedra de S. Pedro. Yo abjuro el error en que he estado, y al que he conducido á otros; y pronto á derramar mi sangre por Jesu-Christo, debo deciros que lo que he creido en otro tiempo ser opuesto al verdadero culto de Dios, esto mismo es lo que merece toda vuestra veneracion. Despues que

por

(1) Esto es, su cuerpo. (2) Véanse las Notas.

por estas palabras hizo que su amado pueblo dexase el peligroso camino que seguía, retirándolo él mismo de las extraviadas sendas, volvió á entrar en el camino real para servirle de guia: llegando á ser un doctor de la verdad de un maestro del error, que hasta entonces había sido, fue presentado al Gobernador de Roma, que executaba en Ostia horribles violencias contra los Christianos. Había salido este hombre cruel de Roma en aquel mismo dia, para aterrar á las Ciudades vecinas; siendo su presencia como la peste, que asola todos los lugares por donde pasa. No contento con estos sangrientos estragos, ni con haber hecho una carnicería la Capital del mundo, y anegado de sangre inocente la tierra que sus muros encierran; viendo á esta correr por el Janículo (1), el palacio, el tribunal de las harengas, y los arrabales (2): se extendió su furor á lo largo de las riveras del mar de la Toscana; y los contornos del Puerto de los Romanos (3), que experimentaron muy en breve los efectos. Veíasele sentado en un elevado tribunal rodeado de verdugos. Estaba lleno de un falso zelo por la gloria de sus Dioses; y toda su pasion era hacer infieles los fieles discípulos de Jesu-Christo. Allí había tropas de Christianos, que mandó llevar á su presencia. Sus tristes semblantes, y desaliñados trages, estaban explicando la prision hor-

(1) Véanse las Notas. (2) La Suburra, ó Rione de Monti. (3) Porto.

horrible que tanto tiempo los había oprimido. Allí se oía el melancólico ruido de las cadenas, que arrastraban estos inocentes reos, mezclado con el que hacian los azotes (1), y las correas de cuero armadas de hierro, y de plomo, cuyos formidables golpes herian el ayre, que parecía quexarse de ellos con sus gemidos. Las uñas de hierro (2) hacian grandes heridas en los costados, y llegaban hasta las entrañas sus puntas mortales. Los verdugos se sentian sin fuerzas; pero el furor del Juez las volvía á tomar de nuevo. Bramaba de rabia viendo inútiles sus esfuerzos, y su crueldad engañada; porque no se halló uno de tantos siervos de Jesu-Christo, que entre unos suplicios tan horrorosos diese la menor señal de flaqueza. Basta, verdugos, exclamó de repente con un tono de voz terrible: quitad allá vuestras uñas de hierro: dexad vuestros tormentos: ya conozco su inutilidad: sola la muerte nos puede deshacer de estos miserables, y vengarnos de su demasiada resistencia. Que le corten la cabeza á este; que una cruz levante á aquel en los ayres, y que se quede para presa de los buitres; que vea yo precipitar desde lo alto de ese peñasco á esos otros; aquellos estan destinados para el fuego; y una sola hoguera nos servirá para castigar á muchos delinqüentes. Es preciso abandonar á unos en una barca medio abierta, ó hendida, expuesta á las olas, para

que

(1) Véanse las Notas. (2) Véanse las Notas.

que quando estuviere distante de la orilla, y batida por los golpes del mar, esas tablas mal unidas lleguen á separarse; y que padeciendo esos impíos su último naufragio entre las ondas amargas, no tengan mas sepultura que el vientre de sus bestias. Hallábase en esta especie de furor, quando le fue llevado el santo anciano Hipólito cargado de hierro. Gritaba sin cesar al rededor de él una loca juventud, diciendo: Vé aquí el maestro de los Christianos: este es al que miran como á su cabeza. Si quereis que todos los Christianos adoren nuestros Dioses, es preciso que les quiteis este hombre, que los mantiene en su impiedad. Instan al Juez que lo entregue á la muerte, y que invente para él un nuevo castigo, que haga temblar á todos los que rehusaren dar incienso á los Dioses de los Romanos. Entonces el Gobernador preguntó cómo se llamaba aquel hombre. Respondiéronle que Hipólito. Pues bien, que sea, dixo el Gobernador, como aquel otro Hipólito hijo de Teseo (1), arrastrado, y despedazado por caballos. Apenas fue dada esta bárbara, y cruel sentencia, quando van á buscar á una yeguada dos potros, á quienes el freno, la rienda, ni la espuela habian llegado jamás; que estaban espantadizos, feroces, é indómitos. No obstante, unidos estos á pesar de su resistencia, fuérzaseles á recibir un bocado, que los sujete por algun tiempo baxo de un yugo, que no les

es

(1) Véanse las Notas.

es menos nuevo que importuno. Atan á él una cuerda, que ciñéndolos los costados, y pasando por en medio de los dos, á manera de un timon, viene á caer por cerca de los pies de atrás: despues, estendiéndose un poco mas, asía con un nudo las piernas, y los pies del santo Martir, teniéndolos fuertemente apretados por medio de otra cuerda menos gruesa. Despues que se hubieron tomado todas las medidas que se creyeron necesarias para salir con este nuevo género de tormento; en el qual por una ingeniosa crueldad se había hallado el secreto de experimentarse hasta tres suplicios (1); se hace marchar á este funesto tiro: anímanse los caballos: excítaseles con la voz: avívanlos con el látigo, y les hacen sentir el aguijon. Las últimas palabras de este Santo, que se pudieron oir, fueron estas: Ellos arrastran mi cuerpo; ó Jesus, recibid mi alma. Brincan las fieras, corren, y se enfurecen luego, agitadas con la gritería de los infieles ministros, y demás concurso. Trepan por los peñascos: atraviesan los bosques: y ni la orilla del rio, ni la rapidez de un torrente, pueden sosegar su ardor: tronchan los renuevos, derriban los árboles, echan por barbechos, por vallados, y por colinas: los caminos sembrados de guijarros llegan á ser para ellos una carrera seguida: apartan todo quanto puede retardar el ímpetu de su curso precipitado. Con esto el cuerpo del Santo se hace pedazos:

 aquí

(1) *Verbera, vincla, feras.*

aquí los espinos se han quedado con una parte: allá se quedó otra pendiente de la punta de un peñasco: la yerva en mil partes ha mudado su color verde en el de púrpura; y teñida la tierra de esta generosa sangre, dexa ver una larga huella.

Aún se vé el dia de hoy este triste suceso pintado en una pared. Este doloroso aspecto está delineado tan vivamente, que causa horror, y piedad á un mismo tiempo. Represéntase al Santo sobre una pequeña montaña, como en una cueva, teniendo el cuerpo despedazado, y sangriento. Cerca de allí se perciben unos peñascos, de los quales caen gotas de sangre; y malezas en que la sabia mano del Pintor ha sabido mezclar diestramente lo colorado con lo verde. Un poco mas allá se ven los esparcidos miembros, y que ya no tienen entre sí aquella union que la naturaleza les había puesto.

Entretanto los amigos del Santo le siguen derramando lágrimas á lo largo de sus mexillas, manifestando el dolor en sus semblantes. Adviértense en sus ojos el ansia, y el cuidado, mirando á todas partes con turbacion, pero con curiosidad: siguen la huella de la sangre, y se les vé baxarse, y recoger en el paño de su vestido los esparcidos miembros de su amigo. Uno mira la cabeza que ha hallado, y la blancura de sus cabellos manchada de sangre, y de polvo: pero que entre los oscuros colores de la muerte aún inspira respeto. Este coge los hombros, de donde los

los brazos han sido arrancados, y las manos, que ya no estan en ellos. Aquel encuentra á sus pies las piernas separadas de ellos, y rotas por muchas partes. Otros cogen en sus capas la arena que ha bebido la sangre del Martir, para que no quede nada de aquel precioso riego sobre una tierra profana, y maldita; y otros en fin juntan cuidadosamente con esponjas la que ha saltado sobre los troncos de los árboles. Ya no tiene el bosque parte alguna de este sagrado cuerpo, ni hay el temor de que ninguna de ellas sea privada de los honores de la sepultura. Y así despues que esta piadosa tropa de los amigos de Hipólito hubo recogido con un extremo cuidado los esparcidos miembros de este bienaventurado Martir: despues que estuvieron seguros de que poseían enteramente este tesoro, pensaron en buscarle sepulcro. Dexan á Ostia, y creen que no hay sino Roma, que sea digna de conservar tan preciosas reliquias.

En el hondo de un valle, y bastante cerca de una llanada de árboles frutales, hallan entre unas aberturas una oscura gruta. Conduce á ella una torcida senda por una dulce cuesta. Este lugar fue siempre impenetrable á la luz, pues jamás ha podido llegar á él: sola la entrada es quien recibe una poca, aunque debil, por una abertura estrecha. Pero despues que se hicieron algunos escalones, y que por diferentes vueltas, y revueltas se ha penetrado mas adelante, se hallan algunas rendijas en el techo por donde pasa

la luz: y aunque á los dos lados de la gruta se hayan fabricado baxo de pórticos unos pequeños, y reducidos aposentos, no dexa de penetrar el dia por medio de muchos de estos tragaluces, que estan abiertos en el techo, y donde se goza del beneficio del sol en unos lugares oscuros por su naturaleza.

En esta lóbrega, y secreta mansion quedó el cuerpo de S. Hipólito. Erigióse cerca del sepulcro un altar: y esta mesa, que estaba pegada á él, y que era á un mismo tiempo en donde se celebraba el santo sacrificio, como en sagrado depósito de su Martir, conserva cuidadosamente sus sagrados huesos hasta el dia en que el soberano Juez les ha de dar la inmortalidad, y alimenta al mismo tiempo de un pan celestial al pueblo santo que habita sobre las orillas del Tiber. Este lugar ha venido á ser célebre por la piedad de los Fieles; y porque se halla en él con mas prontitud á Dios, si es lícito decirlo así; y mas pronto á oir los votos que se le presentan por la mediacion de este Santo, que comunmente alcanzan un feliz suceso á los que acuden á su intercesion. Aquí es razon que se muestre mi reconocimiento; porque todas las veces que agoviado de los males del alma, ó del cuerpo, me he postrado delante de este sepulcro, he recibido su restauracion al mismo tiempo. Si yo vuelvo á ver esos lugares, que me son tan amados: si me es permitido, ó ilustre Prelado, el abrazaros; y en fin, si gozo del dichoso tiempo que me hace

es-

escribir estos versos, todo esto se lo debo á Hipólito: él es quien lo ha obtenido por mí de Jesu-Christo; y este Dios tan bueno se ha dignado darle parte de su poder, á fin de que siempre estuviese pronto á conceder lo que se le pidiese.

Los preciosos despojos de esta grande alma estan encerrados en una caja de plata maciza. Una magnífica mano ha cuidado de adornar el lugar en que reposa, con un rico techo dorado, cuyas grandes piezas de marfil, mas blancas que la nieve, y mas lisas que un hielo, componen el rico enlace de ellas. Y esta misma mano, no contenta con haber embaldosado todo el pórtico de un precioso marmol (1), tambien la ha enriquecido con festones de bronce, y de cobre dorado.

¿Hablaré yo (2) del prodigioso concurso que hay allí todos los dias? Desde que sale el sol vá allá el pueblo en tropas á orar. Vase esta tropa de gentes, viene otra segunda, y á esta segunda sucede otra tercera: y aun anochecido ya, se vé este sagrado lugar lleno de los que van á él á hacer sus promesas. Los Romanos, y los Bárbaros, la Italia, y las Provincias van á montones: un mismo espíritu los guia; y el amor de la Religion es quien los conduce. Mientras que unos besan con respeto el metal que encierra los

(1) De la Isla de Paro, una de las Ciclades. (2) *Nota.* La devocion de los pueblos para con las santas reliquias en el quarto siglo.

santos huesos, otros derraman perfumes, ó lágrimas. Pero quando el año en su circular espacio ha señalado el dia del nacimiento del Santo, ¡qué innumerable tropel de pueblo no concurre de todas partes! ¡Qué ansias, qué votos no se sacrifican á Dios! ¡y quánto le ofrecen! ¡Quién los pudiera contar! La Ciudad augusta, la Ciudad imperial envía allá todos sus Ciudadanos; aquellos ilustres Ciudadanos (1) de la primera Ciudad del mundo. Los Grandes del Imperio, las familias Patricias se complacen en mezclarse entre este devoto pueblo: la piedad confunde al Artesano con el Senador; y la Fé iguala al noble (2) con el plebeyo. Alba, la antigua competidora de Roma, aún le disputa, no el imperio de Italia, sino la ventaja de ser mas devota al Santo Martir. Sus vecinos, vestidos de blanco, salen á bandadas de sus puertas. Todos los caminos estan llenos de pueblos diferentes, que cultivan los fértiles paises de la Hesperia (3). Vense los Toscanos, los Samnites, y los de la Marca de Ancona: Capua, y Nola vienen á quedar desiertas. Todo resuena de cánticos de alegría: el marido, y la muger, rodeados de su pequeña familia, marchan con alegre aceleracion. Las campiñas mas dilatadas estan cubiertas de esta agradable, y pacífica inundacion de tantos pueblos; y los lugares mas espaciosos son de-

(1) *Quirites.* (2) *Umbones, discrimen procerum.* Véanse las Notas. (3) La Italia.

demasiadamente estrechos para darles paso: en ellos oprímense unos á otros; y se ven obligados á pararse muchas veces. La santa cueva sería sin duda muy estrecha para tantos devotos peregrinos, si un grande, y soberbio Templo, erigido con una magnificencia enteramente real, no sirviese para recibir el continuo tropel, é inundacion de gentes que incesantemente estan concurriendo á la capilla. La elevacion del edificio, y las ricas ofrendas que se hacen en él, le dan un ayre de grandeza, y de magestad: dos órdenes de columnas sostienen la bóveda, apoyada sobre un arquitrave dorado. Dos naves, debaxo de una bóveda un poco mas baxa, forman una hilera de capillas, y de aposentos, donde se puede recoger uno para orar: pero la nave ancha, y espaciosa se eleva hasta lo sumo de una prodigiosa altura. El trono del Obispo, colocado sobre un estrado, ó lugar eminente, adonde se sube por muchas gradas, se ofrece luego á la vista de los que allí entran. Está este en lo interior del Templo; y desde allí es de donde el santo Pontífice anuncia la palabra de Dios. El pueblo que entra, y sale sin cesar, parece á un mar alborotado, ó á un rio, que crece, y se aumenta por la caida de los torrentes; que su madre es muy estrecha para contener todas sus aguas; que es necesario que rebosen por encima de sus orillas, y que inunden los campos vecinos (1). El

(1) Véanse las Notas.

dia 13 de Agosto se repite todos los años esta funcion tan solemne. Yo os exhorto, y os suplico á un mismo tiempo, sabio, y piadoso Doctor, que sigais el exemplo de Roma, y pongais esta fiesta en el número de las de vuestra Diócesis; que siga su turno con la del gran Cipriano, del generoso guerrero Celidonio, y de Eulalia, gloria de las Vírgenes.

Así el Señor os oiga quando postrado en su presencia, le ofreciéreis el sacrificio de vuestras oraciones á favor de vuestro pueblo. Así el lobo hambriento, y rabioso no pueda jamás acercarse á vuestro rebaño, ni hurtar ninguno de vuestros tiernos corderos. Puedan vuestros caritativos, y ansiosos cuidados, hallándome sobre la seca yerva, como una oveja escarriada, y lánguida, conducirme al redil. Ojalá en fin, que despues de haber multiplicado el rebaño que el cielo os ha confiado sobre la tierra, le podais conducir á los pastos èternos en compañía del bienaventurado Hipólito.

FRAG-

FRAGMENTOS
DE TRES CARTAS
DE S. DIONISIO,
OBISPO DE ALEXANDRIA,

En donde dá cuenta á sus amigos de lo que ha padecido en las persecuciones de Decio, y Valeriano; con un Extracto de los Registros de la Escribanía del Crimen del Gobernador de Africa.

Sacados de la Historia Eclesiástica de Eusebio, lib. 6. cap. 40. y 7. cap. 11.

Fragmento de una Carta de S. Dionisio, en donde refiere lo que le sucedió durante la persecucion de Decio (1).

DIOS conoce el interior de mi corazon: hablo en su presencia, y sabe muy bien si falto en algo á la verdad; pero lo cierto es que no fue por mi propio impulso, y movimiento la resolucion de huir, y ocultarme, sino por una inspiracion interior, que me hizo ver era aquella la voluntad divina. Lo cierto es que acabado de publicar el edicto del Emperador Decio, el Prefecto Sabino envió un soldado á mi casa con orden de

(1) Eusebio, *lib.* 6. *de la Hist. Ecles. cap.* 40.

de prenderme. Aguardéle quatro dias enteros. Entretanto él recorría los caminos, los campos, los rios; en una palabra, no hubo lugar alguno que no visitase, pensando que podría haberme puesto en salvo, huyendo la orden expedida contra mí. Pero Dios le había cegado, para que jamás se le pudiese ocurrir que yo me hubiera estado quieto en tiempo de tanta persecucion. En fin, pasado el quarto dia, mandándome Dios que me retirase á otra parte, y habiéndome abierto el camino contra toda apariencia, de un modo del todo milagroso, salí de mi casa seguido de mis criados, y acompañado de muchos fieles. El suceso se calificó por efecto de la providencia; porque en lo succesivo no fuimos del todo inútiles á algunas personas::: No estábamos muy distantes, quando al ponerse el sol dimos en manos de los ministros, que nos conduxeron á Taposira (1): pero permitió Dios que Timoteo, por no hallarse con nosotros, no fuese arrestado. Y así, habiendo ido algun tiempo despues á mi aposento, halló que estaba embargado todo con guarnicion, y nosotros presos::: Entonces todo turbado echó á huir: encontróle un paisano, y le preguntó qué tenía, y quál era la causa de la turbacion que mostraba en su rostro. Contóselo Timoteo: el paisano se entró en una casa donde había una boda, á que estaba él convidado (estos regocijos duran de ordinario toda la noche); y

(1) Ciudad pequeña de Egipto en la Mareota.

y refirió á los concurrentes la noticia que acababan de darle. Estos se levantaron todos juntos de la mesa, se fueron al lugar en donde yo estaba con mi guardia: entraron en él gritando, y nos instaron á que saliésemos. Los soldados que nos guardaban, al punto se huyeron; y estas buenas gentes nos hallaron acostados en unas camas. Yo al principio los tuve por ladrones: é incorporándome en la mia desnudo, les ofrecí los vestidos que estaban cerca de mí. Dixéronme que me levantase, y saliese quanto antes. Entonces, comprehendiendo á qué habian venido, comencé á exclamar, y decirles: Retiraos, os suplico, y dexadnos: ó si me quereis dar gusto, decid á los que me han trahido aquí, que me corten la cabeza. En tanto que gritaba de esta manera, me hicieron levantar por fuerza: yo me eché á tierra de espaldas; pero ellos me cogieron por los pies, y manos, y me sacaron afuera. Seguíanme Cayo, Fausto, Pedro, y Pablo: lleváronme en brazos algo distante de la Ciudad (1): allí me pusieron sobre un pollino en pelo, y me iban conduciendo:::

(1) El año 250.

(Habiéndose escapado S. Dionisio de este modo de las manos de sus perseguidores, se retiró á un desierto de la Libia, en donde permaneció hasta la muerte del Emperador Decio.)

Frag-

Fragmento de otra Carta de S. Dionisio, Obispo de Alexandría, á Domicio, y á Dídimo, que contiene la relacion de lo que él, y algunos otros Mártires de Egipto padecieron durante la persecucion de Decio (1).

INutil es el referiros aquí los nombres de nuestros Mártires: su número es muy grande; y ninguno de ellos os es conocido. Basta solamente que sepais en general, que sin que se tuviese el menor respeto ni á la edad, ni al sexô, ni á la condicion, se atormentó indiferentemente á hombres, y á mugeres, á jóvenes, y á viejos, al soldado, y al ciudadano; que todo el mundo experimentó la rabia de los infieles; y que los azotes, el hierro, y el fuego se emplearon contra los Fieles. Tambien se han hallado algunos de quienes Dios no ha querido recibir el sacrificio sino despues de haberlos exercitado por largo tiempo. Yo soy de este número, pues hasta ahora difiere el recibir el mio; pero lo hará quando su providencia, que sola ella dispone de los tiempos, hubiere señalado el momento: pero estoy seguro de que elegirá aquel que es el mas ventajoso para mí, segun la palabra del Señor (2): Yo os he oido en el instante favorable, y vine en vuestro socorro en los dias de gracia, y de misericordia.

Pero supuesto que deseais particularmente saber

(1) Eusebio, *lib. 7. de la Hist. Ecles. cap.* 11. (2) *Isaías* 49.

ber lo que ha sucedido, por lo que toca á nosotros, y el estado presente de nuestros negocios, os lo contaré de muy buena gana. No conviene que ignoreis de qué manera nos arrancaron, á pesar nuestro, los paisanos de la Mareota de las manos de algunos ministros de justicia, que nos tenian presos: éramos cinco, Pedro, Cayo, Pablo, Fausto, y yo. Los dos primeros no me han dexado; y todos tres nos hemos retirado en lo interior de un áspero desierto, á tres jornadas de Paratona.

Entretanto Máxîmo, Dióscoro, Demetrio, y Lucio, todos quatro Sacerdotes, estan ocultos en la Ciudad para asistir á los Fieles en esta ocasion. Faustino, y Aquila no han creido debian esconderse: antes bien sin temer el exponerse, declaradamente recorren todo el Egipto. Por lo que toca á los Diáconos, no son mas que tres los que se hallan libres; á saber, Fausto, Cheremon, y Eusebio: Eusebio, digo, á quien Dios de tal manera ha fortificado desde el principio de la persecucion, que despreciando los peligros á que su zelo le expone, no cesa de exercerlo, tanto con los Confesores prisioneros, á los quales hace continuos servicios, quanto con los santos Mártires, cuyos cuerpos tiene cuidado de sepultar. El Prefecto no hace gracia alguna á los que caen en sus manos, quitando cruelmente la vida á los unos, haciendo padecer á otros los rigores de los mas horribles tormentos, y exponiendo á otros á todos los horrores de los mas oscu-

curos, y mas hediondos calabozos: tambien hace cuidadosamente, por medio de los soldados, que se nos niegue la entrada; pero Dios desprecia la crueldad del Tirano: y complaciéndose en engañar su vigilancia, dá el medio á la caridad de los Fieles de comunicarse en estos terribles lugares, introduciéndoles la consolacion, y diversos alivios á las penas que allí padecen.

Otro fragmento de una Carta escrita por S. Dionisio de Alexandría, sobre la persecucion de Valeriano, durante la qual fue preso, y desterrado.

LA necesidad en que me hallo de referir aquí el modo con que la Divina Providencia se ha declarado á nuestro favor, podría hacerme temer que pasase por un hombre poco cuerdo, si la Santa Escritura no me asegurase por sí misma, enseñándome que no nos es menos glorioso el publicar los beneficios que hemos recibido de Dios, que es loable el ocultar con un inviolable silencio el secreto que el Príncipe nos ha confiado. Y así no temeré el hacer públicas las bondades que Dios ha usado con nosotros, y servirme de esta confesion para defenderme contra la calumnia de Germano.

Presentéme delante del Prefecto Emiliano, acompañado del Presbítero Máxîmo, y de los Diáconos Fausto, Eusebio, y Cheremon. Hubo tambien uno de nuestros Hermanos de la Iglesia de

de Roma, que hallándose por entonces en Egipto, entró con nosotros en la sala de la audiencia. El Prefecto no me prohibió que tuviese al principio asambleas. Ciertamente fuera en vano anticipar esta providencia á la que miraba mas importante. Porque en fin, á él le era indiferente que yo juntase los Fieles en mi casa, ó en la Iglesia: el punto esencial consistía en estorvarnos el ser Christianos. Esto fue lo que obligó á Emiliano á mandarme desistiese enteramente de la profesion que hacía del Christianismo, con la esperanza de ver á los otros seguirme, luego que me viesen á mí abandonarla. No tardé mucho tiempo en buscar una respuesta, y dixe claramente al Gobernador: Mejor es obedecer á Dios, que á los hombres: pero añadí, tomando un tono todavía mucho mas alto, y mas firme, que adoraba á aquel que solo él era Dios; que nada sería capaz de hacerme mudar de dictamen; y que no me vería renunciar el honor que tenía de ser Christiano. Con esta respuesta, mandó el Gobernador que se nos conduxese á una Aldea llamada Cefro, que está á la entrada del desierto. Mas vé aquí una copia de lo que pasó de una parte, y otra. Yo os la envío conforme se ha sacado de los Registros de la Escribanía.

Ex-

Extracto de los Registros de la Escribanía del Gobernador de Egipto.

HAbiendo sido introducidos á la audiencia Dionisio, Fausto, Máxîmo, Marcelo, y Cheremon, les dixo el Prefecto Emiliano: Ya habeis podido conocer por las conferencias que he tenido con vosotros, y por todo lo que os he escrito, como nuestros Príncipes se han mostrado benignos para con vosotros; pero aún os lo quiero volver á decir: ellos hacen depender vuestra conservacion, y vuestra vida de vosotros mismos, y vuestra fortuna está en vuestras manos. Nada mas piden de vosotros que una sola cosa, que la razon exîge de toda persona racional; y es, que adoreis los Dioses protectores de su Imperio, y que abandoneis ese otro culto tan contrario á la naturaleza, y al buen modo de pensar. Hablad: ¿qué decís á esto? Os contemplo con un ánimo demasiado instruido para que querrais corresponder con una ingratitud injuriosa, y fuera de sazon, á los testimonios que nuestros Príncipes se dignan daros de su clemencia, y á los esfuerzos obligatorios que hacen por reduciros al buen partido.

Dionisio respondió: Todo el mundo no tiene los mismos Dioses, y cada uno adora á los que cree serlo verdaderamente. Por lo que á nosotros toca, no adoramos sino á uno solo, Criador de todas las cosas: y este es aquel mismo que ha dado el Imperio á los muy augustos Valeriano,

y

y Galieno. Nosotros le ofrecemos sin cesar votos, y oraciones por sus sagradas personas, para que aseguren su trono, y haga feliz su reynado.

Replicó Emiliano: ¿Quién os impide el adorar á un mismo tiempo á nuestros Dioses, y al vuestro? Bien veis lo que contiene el edicto. En él se dice que adoreis á los Dioses, esto es, á todos los que son reconocidos por tales.

Respondió Dionisio: Nosotros no adoramos jamás sino á uno solo.

Instó el Prefecto: Ya voy viendo que sois ingratos, que abusais de las bondades que os muestran los Emperadores. Un ridículo capricho no os permite el conocer, como debiérais, el honor que os hace. Ahora bien, vosotros no habeis de habitar mas en esta Ciudad, y voy á enviaros á Cefro en lo interior de la Libia. Allí será el lugar de vuestro destierro, segun el orden que he recibido de nuestros Emperadores. Por lo demás, ni penseis en tener vuestras asambleas, ni ir á hacer vuestras oraciones en aquellos lugares que llamais cimenterios: esto os es absolutamente prohibido, ni yo lo permitiré á nadie; porque si alguno tiene la temeridad de contravenir á ello, y no se vá al punto al lugar que acabo de señalar, sepa que lo pasará mal, y puede esperar un severo castigo. Retiraos, y obedeced sin dilacion á lo que se os ha mandado.

Vime, pues, precisado, aunque enfermo, á salir en la hora, y ni aun un solo dia pude alcanzar de dilacion. Pero á pesar de las prohibi-

ciones del Prefecto, las asambleas de los Fieles fueron tan freqüentes en Alexandría, como si yo hubiese estado presente. Verdad es que yo lo estaba con el espíritu, y que aunque ausente, no dexaba de fomentar sus juntas con alguna especie de estudio. El mismo lugar de nuestro destierro vino á ser en poco tiempo una Iglesia numerosa, formada en parte de los Christianos que nos habian seguido, y parte de los que acudian de diversos lugares del Egipto. Tambien se dignó Dios abrirnos una puerta á la predicacion de su Evangelio; porque aunque los habitantes de estos lugares montaraces, al principio nos apedrearon, no obstante despues se amansaron, y muchos de ellos abjuraron la idolatría por abrazar al verdadero Dios. Y así tuvimos el consuelo de dárselo á conocer á un pueblo, á quien jamás había llegado á su noticia; y haber sembrado los primeros la palabra divina en una tierra que hasta entonces había estado inculta. Como si Dios no nos hubiese enviado á ella mas que á iluminarla con la Fé, luego que cumplimos con nuestro ministerio, nos hizo trasladar á otro destino.

Resolvió Emiliano ponernos en los lugares mas ásperos, y mas vecinos á la Libia; y para este efecto nos hizo á todos venir á la Mareota, señalando á cada uno su Aldea, y alojándome á mí con mis compañeros al mismo paso del camino, con el fin de tenernos á nosotros mas cercanos; porque su intencion era ponernos en seguro, para poder echar mano de nosotros todas

las

las veces que le pareciese. Quando supe que nos debian pasar de Cefro á Colution, me puse muy triste; porque aunque el lugar me fuese mas conocido, me imaginaba no hallaría allí ni Christianos, ni gentes sociables; y sabía ademas de esto que era expuesto á importunas visitas de viageros, y á continuas correrías de ladrones. Pero los Hermanos disiparon bien presto estos rezelos, haciéndome considerar que este lugar estaba mucho mas cerca de Alexandría. Es verdad, decian ellos, que en Cefro se junta un gran número de Christianos de Egipto; pero allí la proxîmidad de Alexandría os facilitará el gusto de ver vuestros amigos, y las personas que son mas de vuestro afecto: se irán unos, y vendrán otros á las asambleas, como quien vá á un arrabal un poco distante. Y así sucedió.

HISTORIA
DEL MARTIRIO
DE S. LORENZO,
DIACONO DE LA IGLESIA DE ROMA,

Escrita en verso por Aurelio Clemente Prudencio en el Libro de las Coronas.

Sacada de diversas ediciones, cotejadas con un Manuscrito del Monte S. Miguel.

Año de Jesu-Christo 258, en el imperio de Valeriano, y de Galieno.

ROma, que por tantos siglos has encerrado en tu recinto un pueblo de Idolos; y que por una feliz mudanza no estás ya mas sujeta que á Jesu-Christo; si ahora le haces triunfar de su culto impío, es siguiendo las huellas de Lorenzo, su ilustre Martir. Acuérdate del tiempo que ponías toda tu gloria en trastornar Imperios, derribar tronos, y poner en cadenas á los Reyes, ¡quánto mas glorioso te es el haber abatido los Templos en que reynaba la idolatría, y haber destruido sus Dioses! Pero aún le faltaba alguna cosa á tu dicha, y era la de poder poner á los pies de Jesu-Christo, su Soberano, al infame Júpiter. Ya lo has conseguido, no por fuerza de armas, ni por el valor de un Coso (1), de un Ca-

(1) Véanse las Notas.

Camilo, ó de un Cesar; sino por la sangre del generoso Lorenzo, aquel joven heroe, que muriendo, te ha hecho vencer. La Fé fue quien combatió en su auxilio, y por ella es por quien alcanzó la victoria; pero le costó la vida: y solamente muriendo pudo triunfar de la muerte. Habíaselo predicho el gran Sacerdote Sixto desde lo alto de la cruz, de la qual estaba pendiente, quando viendo á Lorenzo, que bañaba el pie con sus lágrimas: Cesa, hermano mio, le dixo, cesa de llorar: dentro de tres dias me seguirás: yo no hago sino mostrarte el camino. Las últimas palabras de Sixto fueron para Lorenzo un seguro presagio de la victoria. Amaneció el dia predicho por el Santo Pontífice, y le llevó una corona. ¿Qué voz podrá ser bastante fuerte para cantar una muerte tan dichosa? ¿Con qué alabanzas podré yo realzar esta gloria? ¿Versos mios, sereis vosotros dignos de este honor?

Entre los siete Levitas (1) que mas se acercan al altar, Lorenzo tenía el primer lugar por su mérito: era el principal de los guardias del Santuario: habíansele confiado las llaves; y elegídosele para ser el fiel dispensador de las ricas ofrendas que la piedad cada dia consagraba á los pies de los altares. Tenía entonces Roma un Gobernador, á quien la crueldad, y la avaricia poseían igualmente. Inhumano ministro de un Señor furioso (2), y vil esclavo de una baxa pasion, no

(1) Véanse las Notas. (2) El Emperador Valeriano.

no pensaba sino en amontonar oro, y en derramar sangre, sin que se pudiese saber si era mas avariento de lo uno, que pródigo de lo otro. Discurre, pues, para consigo mismo, de qué manera podrá hacerse dueño de los tesoros que cree encerrados en la Iglesia. Hace citar á Lorenzo delante de él: ínstale á que entregue el rico depósito, y aquel monton de piezas de oro, que su imaginacion le aparentaba. Bien sé, le dice, que os quexais vosotros á otros Christianos de que se os trata con demasiado rigor, y que se aprecia poco vuestra vida: ahora bien, cesad de quexaros: dexad de reprehendernos nuestra dureza: ved con qué dulzura os hablo, y que no empleo sino las súplicas para obtener de vosotros lo que tendría derecho á exîgir de otra suerte. Corresponded, pues, á mi atencion, y dad de buena gana lo que se os pide con cortesía. Dicen que vuestros Sacerdotes acostumbran á servirse de vasos de oro para hacer las libaciones; que reciben en copas de plata la sangre que aún humea de las víctimas; y que los lugares en que ofreceis vuestros sacrificios estan iluminados por un gran número de hachas de cera puestas en candeleros de oro. Además de esto, sabemos por buen original, que los Hermanos (porque dicen que así os llamais unos á otros), que los Hermanos, digo, no tienen mayor alegría que despojarse de sus bienes, vender sus heredades, y sus posesiones, y llevar su valor á los pies de vuestros Pontífices; y esto sube, segun dicen, á

unas

unas inmensas sumas. Muchas veces se vé tambien que el hijo desheredado por la mal fundada devocion de los que le dieron á luz al mundo, mira con dolor vender el patrimonio de sus abuelos; y reducido á la última miseria, gime de tener un padre demasiado hombre de bien. ¡Oh qué abuso! Creer que se honra á la divinidad quitando el pan á sus propios hijos por enriquecer á los estraños. Estoy informado del lugar en que estan todas esas riquezas baxo de llave: tú eres el depositario: es preciso que las pongas en mis manos, y que me abras ese oscuro aposento en donde estan ocultos esos pedazos de oro, y de plata, amontonados por caminos injustos, y por prestigios todavía mas oscuros que lo es la cueva que los encierra. El Estado tiene necesidad de ellos: el público los pide; y el erario vacío los aguarda para proveer á los gastos de la guerra, y para pagar á los soldados muchos sueldos que se les estan debiendo. Y así espero que cumplireis á la letra una de vuestras máxîmas, que os ordena dar á cada uno lo que le pertenece. El Emperador no exîge mas que lo que le toca: él halla su imagen grabada sobre vuestro oro, ¿no tiene derecho á tomarla? Ni tampoco ignorais que se debe dar al Cesar lo que pertenece al Cesar. Y aun este es uno de vuestros dogmas. Porque si no me engaño, vuestro Dios no hace acuñar moneda, y no creo que traxese muchos Filipos de oro (1)

 quan-

(1) Especie de moneda así llamada de Felipe Rey de Macedonia.

quando vino á la tierra. Era muy rico de bellos discursos; pero por lo que toca á dinero, poco era lo que tenía. Haced ver al mundo que sois los primeros que poneis en práctica lo que predicais á los otros; y que vuestras acciones corresponden á vuestras palabras. Sed opulentos en máxîmas, en hora buena: poseed grandes tesoros de santidad, no os lo envidio: pero deshaceos de esos tesoros corruptibles, y que tan poco dignos son de vuestro apego.

Luego que dexó de hablar el Prefecto, el Santo Diácono le respondió sin alterarse, que estaba pronto á obedecerle; que á la verdad la Iglesia poseía grandes riquezas; que el erario del Emperador, por señor que fuese del mundo, era el que menos tenía, aunque toda la moneda que corría en el Imperio estuviese batida con su cuño. Yo no rehuso, añadió Lorenzo, el entregaros el tesoro del Dios que adoro, que sin perjudicar á los otros Dioses, es incomparablemente mucho mas rico que ellos: nada ocultaré de él: y contad en que lo vereis todo á vuestra disposicion. Solo os pido un poco de tiempo para hâcer una exâcta memoria de tantas preciosas alhajas, y para formar un estado de las diversas especies que hay.

¡Quién podrá explicar la alegría que sintió el Prefecto al oir esta promesa, que tan agradablemente lisonjeaba su avaricia! La dulce esperanza de poseer bien presto estos inmensos tesoros, le anticipa el placer de disfrutarlos. Ya des-

destina en su casa un lugar para ponerlos en seguridad: en fin, dánsele tres dias de término al Santo Diácono: déxanle ir libre sobre su palabra, elogiado, acariciado, y colmado de honores. En este intervalo recorre toda la Ciudad; y juntando todos los mendigos, é inválidos que halla, forma un crecido número de ellos. Pone primero los ciegos, á quienes arma de un báculo, no para combatir, sino para que se gobiernen. Síguense despues los cojos con un paso lento, y desigual: unos, cuyas rodillas estan dislocadas, apenas pueden arrastrar sus débiles piernas sobre la tierra: otros no tienen sino muletas: estos tienen una mas corta que la otra, porque les falta el pie; y aquellos reducidos á la mitad de lo que fueron en otro tiempo, menos parecen hombres, que estatuas de medio cuerpo. Marchan despues los mancos, que no forman sino un mismo cuerpo con los que estan cubiertos de úlceras. Todos son conocidos de Lorenzo, y todos le conocen á él: la Iglesia que los sustenta, dexa á los Diáconos el cuidado de socorrer las necesidades de cada uno en particular: hace la revista de ellos: escribe exâctamente sus nombres; y los pone delante de la Iglesia todos sobre una hilera, pero muy extensa. Ya había llegado en fin aquel dia que tan distante parecía al Prefecto, y aun comenzaba á declinar, quando un furor inquieto conturbó el alma de este avaro Juez. Pregunta por el Diácono: le hace buscar; hállanle: llévanle á su presencia, y es reconvenido

so-

sobre su palabra. Yo estoy pronto á cumplirla, dixo el Santo Martir: solo os pido, Señor, os tomeis el trabajo de seguirme. Venid, y os quedareis aturdido al ver las riquezas que posee nuestro Dios, y que yo he hecho ponerlas todas en orden. Vereis un gran pórtico todo lleno de vasos de oro, y largas galerías en donde estan puestos en montones los talentos, las minas, y los sestercios. Marcha Lorenzo el primero, el impaciente Gobernador le sigue: llegan al sagrado pórtico, y se halla con una tropa de pobres, que parecen haber juntado en un mismo lugar todas las miserias humanas. Levántase á un tiempo un lastimoso ruido del medio de estos miserables, que imploran con un tono de voz lúgubre, mezclado de suspiros, y de gritos, el socorro de los asistentes. Brama de horror el Prefecto; y mirando al Santo Diácono con enojo, infunde terror en todos los ánimos, excepto en aquel contra quien se dirigía. Al contrario, volviéndose hácia el Prefecto: ¿Y qué os parece, Señor, le dixo, de esto? ¿parece que os turbais? ¿hallais aquí alguna cosa que os desagrade? ¿Esos andrajos, esas llagas, esas úlceras, todo eso os parece tan poco considerable? Ese oro que buscais con tanta pasion, ¿qué otra cosa es que un poco de lodo, y barro cocido al sol, y sacado de las entrañas de la tierra por unos delinqüentes (1); ó

(1) Porque se condenaban á las minas á los reos, ó delinqüentes, como se hace aun el dia de hoy en la Nueva-España.

ó á lo mas un poco de arena, que un rio (1) produce en su cenagosa profundidad, y que debe el debil esplendor con que brilla al fuego que le purifica? ¿Pero de qué delitos no es causa este desgraciado metal? El arma lazos á la honestidad: no respeta á la dignidad de los Jueces, y asalta sin temor su integridad: rompe la paz mas bien establecida: corrompe la fidelidad mas experimentada; y aun las mas santas leyes no estan seguras de él. ¿Y gustais de esto, que es ponzoña mortal de la gloria? Si quereis que os haga ver un oro puro, un oro verdaderamente precioso, ahí le teneis delante: poned los ojos sobre esos cuerpos agoviados de males: entre esas miserias es en donde conserva el alma una perfecta salud. Quando el dolor debilita, abate, y destruye el cuerpo, el espíritu se fortifica, se eleva, y se perficiona: pero si el cuerpo vuelve á tomar su vigor, y su fuerza, el espíritu pierde al mismo tiempo la suya. Ciertamente que si me fuese permitido el escoger una de dos cosas, dexaría desfigurar mi cuerpo, con tal que mi alma nada perdiese de su hermosura. Para esto no hay mas que comparar las enfermedades del alma con las del cuerpo, y á los Christianos con los que no lo son. Los primeros llevan muchas veces en un cuerpo lánguido, y cuyas facciones estan medio borradas, un alma muy hermosa, sin mancha alguna, y sin el menor defecto: los segun-

(1) El Pactolo, el Tajo, &c.

gundos ocultan casi siempre en un cuerpo lleno de fuerza, y de robustez, una alma infestada de lepra, á quien el error hace perder un brazo, y el fraude los dos ojos. ¿Quereis, Señor, que os haga ver á esos grandes del siglo, á esos hombres que hacen en el mundo tan bella figura, que todo brilla en sus casas, que son de una alta estatura, de un rostro fresco, y que llevan un magnífico vestido? ¿Lo querreis creer? Pues nada de real hay en esos hombres: todo es ficcion, todo apariencia, todo en fin es en ellos falso, grandeza, hermosura, y riquezas: pero en efecto son mas despreciables, mas enfermos, y mas pobres que todos los que estan aquí, y que os causan tanto horror: nada me es mas facil que el probarlo. El oro, y la seda de que se viste el uno, y la pomposa carroza que tira del otro, le ensoberbecen aquí la hidropesía, formada en lo interior, y que llegando á derramar su veneno en el alma, producen en ella una mortal hinchazon. La avaricia causa al otro una convulsion de nervios: encógensele sus manos, sus dedos se le encorvan, y no los puede estender. La impureza infesta el alma de aquel con una hedionda úlcera, que le ha producido en su corazon el haber andado por los lugares de prostitucion, y torpes deleites. El alma de aquel se abrasa dia, y noche con la ardiente sed del honor; y es para él una fiebre maligna, que enciende el fuego en sus venas. Uno tiene una sangre abrasada, que le causa una continua picazon
de

de hablar, y de no poder callar nada; ¿pues no se puede decir que su alma padece una especie de polilla en el corazon? Otro tiene en el alma un tumor cárdeno; y es la envidia quien le produce. Y en fin, la murmuracion forma en el alma de este último un cancer, que solo se alimenta de la reputacion de otro. Vos mismo, Señor, á quien Roma obedece: vos, que adorais los demonios, y despreciais al verdadero Dios: vos mismo, digo, estais poseido del melancólico accidente de la codicia (1). Al fin, esos pobres, que son el objeto de vuestro desprecio; y cuya miseria, lexos de moveros á compasion, no hace sino excitaros un orgullo desdeñoso, y una enemiga excesiva: esos hombres, la hez de los demás hombres, dexarán bien pronto sus miembros medio podridos: dentro de poco se les verá despojarse de una carne sujeta á la corrupcion; y descargados de la molesta carga que los incomoda, tomar su vuelo hácia el cielo, para ser en él vestidos de luz. Esos trages desventurados, cuyo intolerable hedor ofende vuestro olfato, se transformarán en una púrpura incorruptible, adornando unas coronas de oro sus cabezas. Pero si al mismo tiempo me fuese permitido el sacar de lo profundo del abismo aquellos grandes del mundo, y hacerlos comparecer á vues-

(1) La ictericia. La alusion mas recae sobre el nombre, que sobre la naturaleza de la enfermedad. Puede ser que le eche en cara la complacencia, y adulacion que tiene para con el Emperador, persiguiendo á los Christianos, y adorando á los Idolos.

vuestra vista, ¡qué espectáculo de horror os causaría, y qué motivo de confusion sería para ellos! Veríaislos medio desnudos: una saliva acre, y corrosiva les llaga la boca: sus narices han llegado á ser para ellos dos albañales, de donde sale una sangre negra, y corrompida: y sus párpados, pegados con un humor craso, que de ellos destila sin cesar, no son mas que tumba de sus ya apagados ojos. Sabed, Señor, que ninguna cosa mas horrible se puede ver que un alma en pecado: la lepra mas envejecida aun no se le asemeja: es una úlcera, que siempre se renueva, que jamás se cierra, y que ni aun el infierno arroja otro mas mortal vapor. Este alma, que mientras animaba al cuerpo á que el cielo la había unido, alimentaba, digamoslo así, sus propios ojos de la belleza de los objetos, ya no encuentra mas que horrores; y ella misma llega á ser uno que representa la misma fealdad.

Ahora bien, Señor, ya os he cumplido la palabra: he manifestado á vuestros ojos los tesoros de Jesu-Christo: vuélvolos á poner en vuestras manos: ahí estan mis tesoros; pero unos tesoros que no temen ni la violeneia del fuego, ni los asaltos de los ladrones. Y para que conozcais quál es la grandeza, y la magnificencia del Dios á quien servimos, quiero aún añadir á estos sus mas bellas perlas: ellas tienen un oriente admirable, y su brillantez deslumbra. Estas son esa casta, é inocente tropa de vírgenes que veis: esas son las joyas de la Iglesia, la esposa

de

de nuestro Dueño: ella se adorna de ellas quando quiere agradar á su esposo. Vé aquí quáles son nuestras riquezas: aceptadlas, Señor. Bien pueden servir, mas que ninguna otra cosa, al adorno de Roma, y poner la abundancia en los cofres del Emperador, y en los vuestros.

¡Con que así se nos burla (exclamó el Gobernador bramando de rabia): así se atreve á ridiculizarnos en nuestra presencia, y aún respira el insolente! ¿Tú te aplaudes de tus bellas figuras, y crees sin duda que habré escuchado sin resentimiento alguno esa larga serie de impertinencias injuriosas, y ese texido de sátiras ofensivas con que no has temido cansar mi paciencia? Tú te bufoneas: y yo mismo he dado lugar por mi dulzura, y por mi moderacion á tus pesadas burlas; y has creido poder divertir á costa mia esta respetable asamblea. A tí te parece que los haces, ó manojos de varas que llevo delante, no son mas que una vana señal de poder; y que las hachas de mis lictores tienen amohecido, y lleno de orin el corte. Preciso es que cuentes mucho sobre mi clemencia, ó que se te haya puesto en la imaginacion de que yo ni tengo ánimo, ni poder para castigar tu atrevida temeridad. Sin duda me dirás no temes tú la muerte, que debe ser el mas dulce deseo de un Martir. No ignoro que esa es una especie de vanidad, de que vosotros los Christianos os dexais preocupar: pero no aguardes á que yo satisfaga mi rabia del modo que tú te imaginas.

Una

Una muerte pronta te sería demasiado gustosa, y yo no me vengaría. Yo, yo retendré á tu alma entre la vida, y la muerte; y por la lentitud de los tormentos que te haré padecer, la detendré todas las veces que quiera salir de tu cuerpo: en vano llamarás á la muerte en tu socorro; porque no vendrá á acabar tus dolores sino quando yo la diere el permiso. Que enciendan al punto un fuego lento, que se tenga cuidado de templar el ardor, no sea que levantándose la llama, le entre por la boca, y lo ahogue, dándole al corazon una muerte precipitada: cuidado con que los carbones comiencen á perder su fuerza, y que su calor no obre sino lentamente, y poco á poco en los miembros medio tostados. Tengo mucha alegría de que el principal, y cabeza de esos contadores de misterios (1), haya caido en mis manos; porque á lo menos servirá de exemplo á los otros. Sube, miserable, sube sobre esa cama de hierro, digna de un malvado qual lo eres tú; y en ella podrás, si quisieres, sostener á fondo, que Vulcano (2) no es sino un Dios imaginario. Apenas había acabado de hablar el Prefecto, quando dos verdugos se apresuran por despojar al Santo Martir de su túnica: échanle sobre aquella terrible cama: estiéndenlo en ella, y lo atan. En esto cercan á su sagrada cabeza unos rayos de luz, así como se vió en otro tiempo el gran

(1) Misteriarca, ó cabeza de hombres misteriosos. (2) El Dios del fuego.

gran Legislador de los Hebreos, quando baxando del monte, se presentó delante de ellos; pero este pueblo, que en su ausencia se había manchado con la adoracion del becerro de oro, no pudo sufrir el resplandor que resaltaba de su rostro, no siendo mas que una leve idea de la gloria que la presencia de Dios imprimió en él. Tal apareció tambien á los Judíos Esteban, el primer Martir, quando muriendo por Jesu-Christo, no veía el cielo sino por entremedio de una nube de piedras. Ciertamente esta luz sobrenatural que salía del rostro del Santo Diácono, se percibía solo por los que purificados pocos dias antes en las saludables aguas del bautismo, habian recibido de Jesu-Christo el privilegio de verla; pero se ocultaba á los infieles, cuyos ojos cubiertos de un espeso velo, estaban anegados en las tinieblas de la impiedad: al modo que el pueblo de Dios gozaba de la claridad mientras que los Egipcios las tinieblas de una noche oscura. La misma diferencia se hallaba en el olor que exhalaba el cuerpo del Santo Diácono; que siendo para los Paganos un hedor insufrible, era para los Christianos un exquisito perfume: y el mismo ayre que llevaba al olfato de los primeros el vapor pestilente, y como vengativo de una carne que se derrite al fuego, causaba al mismo tiempo en el de los últimos una dulce, y agradable impresion. De este modo el fuego eterno alumbra á los escogidos, y quema á los réprobos.

El fuego, aunque lento, no había dexado de hacer su efecto en el cuerpo del Santo; y penetrando insensiblemente las carnes, había asado una parte de ellas: entonces Lorenzo, enderezándose un poco sobre las parrillas en que estaba tendido: Ya me parece, le dixo al Juez, que convendrá volverme del otro lado, porque de este ya estoy bastantemente asado: haced la prueba, y ved si vuestro Vulcano os ha hecho al caso. Mandó el Gobernador que le volviesen; y poco despues: Ya está bueno, dixo el Santo Martir: comed sin miedo, y probad si la carne de los Christianos es mejor asada que cruda.

Despues levantando los ojos al cielo en el mismo instante que su corazon, y su pensamiento estaban vueltos hácia Roma, exclamó suspirando: ¡Oh Jesus, único Dios del universo, luz eterna, autor de todas las cosas! Vos sois quien habeis dado á Roma todos los cetros de la tierra; que habeis querido que el mundo entero reconociese su poder, y se viese sujeto á sus leyes; que todas las naciones, aunque de diferentes costumbres, y lenguas, estuviesen reunidas baxo una sola cabeza, y ofreciesen los mismos sacrificios; pero vos habeis tenido en esto vuestros designios. Y estos, muchas veces incomprehensibles, y siempre adorables, tenian por objeto la Religion de vuestro Hijo, el nombre Christiano, y la union de todo el pueblo, siendo este sagrado nombre el enlace. Haced que Roma, capital del mundo, sujetándose á vos, haga que os confiese el universo.

ver-

verso: que todos los miembros de este vasto cuerpo, unidos á su cabeza, os confiesen como ella: que aquellos ritos gentílicos de los Troyanos no tengan ya acogida en Roma: que los tiempos idólatras de Rómulo, y de Numa se transformen en evangélicos, y christianos; y que su Senado abandone el torpe culto de los Dioses de Frigia. Borrad, Señor, esta mancha vergonzosa, que afea la mas hermosa Ciudad del mundo. Enviad vuestro Angel, que le haga conocer sois vos el verdadero Dios; y que el caritativo Rafael venga, y disipe la funesta ceguera de la posteridad de Julo (1). Ya posee Roma testimonios de esta esperanza, prendas fieles que le aseguran de vuestras bondades; y los Príncipes de los Apóstoles ya han tomado posesion en vuestro nombre. Vos os habeis servido del uno para desterrar el error de en medio de las naciones, y enseñarles la verdad; y habeis elegido al otro para conservar vuestro lugar sobre la tierra, y hacerle sentar en vuestro trono. Huye lexos de estos muros, infame adúltero, detestable Júpiter: libra á Roma de tu presencia, y á su pueblo de tu servidumbre. El gran Pablo te echa de ella, y la sangre de Pedro clama contra tí, y pide al cielo venganza de haberla derramado por la mano de tu impío Neron. Parece que ya estoy viendo un Príncipe (2), que pone su diadema á los pies de Jesu-Christo:

 sí:

(1) Los Romanos, que trahían su origen de Julo hijo de Eneas. (2) El gran Constantino.

sí: ya le veo, que abrasado de un santo zelo, corre á derribar tus altares, y á abolir tus abominables sacrificios: que cierra tu Templo para siempre: esas puertas de marfil ya no se abrirán mas: crecerá la hierba en sus gradas, por no ser ya pisadas de tus sacrílegos Sacerdotes, y demás Gentiles: unos cerrojos de bronce prohibirán la entrada á todos los siglos venideros. El marmol, y el bronce no se verán ya simulacros de la idolatría: la sangre impura de las víctimas no manchará mas la blancura, y la brillantez; y Roma en sus Idolos no admirará mas que el arte inocente de Fidias, y de Praxîteles (1). Por estas últimas palabras puso Lorenzo fin á su oracion, y á su vida; y rompiendo su alma sus cadenas, voló hácia el cielo con el sonido de su voz. Hipólito, y Justino, ganados en este momento á Jesu-Christo por la generosa libertad que había mostrado en el Santo Martir, doblan sus espaldas baxo los sagrados despojos de su cuerpo. Habíanse sentido tocados de un movimiento repentino, y eficaz, que insinuándose por la palabra del Santo Diácono hasta lo interior de su corazon, había introducido en él el amor de Dios, y desterrado los afectos del siglo, y el culto de los falsos Dioses.

La misma Roma desde este dia comenzó á renunciarlo; y resfriándose el pueblo para con aquellas divinidades ridículas, poco á poco vinieron á

(1) Famosos Estatuarios.

á quedar desiertos sus Templos; y los abandonaban por correr en tropas á los de Jesu-Christo. Y así combatiendo Lorenzo por la gloria del verdadero Dios, no se sirvió para vencer al enemigo, sino de las propias armas de este enemigo mismo: el demonio cayó herido del golpe que él le quería tirar: y sin haber podido jamás levantarse de su caida, ha quedado sepultado para siempre baxo los trofeos de este invencible Martir. Su muerte fue la del Paganismo; y el fuego que abrasó su cuerpo, destruyó la falsa Religion, y sus Templos (1). La Diosa Vesta se vé abandonada de los Dioses domésticos, que llevan consigo el famoso Paladion (2): los hijos de Rómulo ya no hacen mas sacrificios: los vasos de Numa (3) quedan inútiles: el altar del Dios de los Christianos se ha colocado: la Iglesia resuena en himnos, y cánticos: el augusto Senado está aturdido de ver sus principales cabezas despojarse de su púrpura por ponerla baxo de los pies de los Apóstoles. Ya no se vé humear mas la sangre de los carneros, y de los toros: ofrécense al Dios vivo víctimas mas nobles; y las Casas Patricias le consagran á porfia sus ilustres herederos. Los Sacerdotes de Júpiter, y de Apolo arrancan de su frente las bendas profanas, y las cintas de seda con que la tenian adornada, para armarla de la señal de la cruz: y la Vestal

(1) Esto está dicho en metáfora. (2) Véanse las Notas. (3) Destinados á estas ceremonias.

Claudia (1) dexa apagar el fuego sagrado por ir á venerar las cenizas de los Mártires. ¡Oh Ciudad, una, y mil veces dichosa! Los despojos de toda la tierra han llevado menos riquezas dentro de tus muros, que las que te han hecho tantos Santos Mártires, dexándote sus preciosas reliquias. ¡Oh quánto envidio la dicha de tus Ciudadanos de poder acercarse cada instante á besarlos, regarlas con sus lágrimas, postrarse delante de ellas, y darles todas las señales de un respeto religioso, y sincero! Pero nosotros, que estamos retirados sobre las orillas del Ebro (2), separados de la feliz Italia por los Alpes, y los Pirineos, apenas sabemos los nombres de tantos Santos de que Roma está llena, por no haber podido pasar las elevadas cimas de estas montañas siempre cubiertas de nieve. ¿Y quién sabe entre nosotros el número de sepulcros de que estan llenos sus campos? Pero puesto que estamos privados de este bien, y que no nos es permitido el besar los pasos de los Mártires, y las preciosas reliquias de su sangre, miraremos al cielo, en donde reynan: los honraremos en aquella habitacion de la gloria, cuya vista á lo menos es comun á todas las naciones. De este modo es, ó gran Santo, quando escribimos vuestro martirio, cómo buscamos los lugares en que os habeis señalado! Roma, que fue el lugar de vuestra victo-

(1) Esto es, las Vírgenes Vestales en general. Véanse las Notas. (2) Rio de España.

toria, conserva vuestro cuerpo: el cielo, que es testigo de vuestro triunfo, posee vuestra alma: en esa eterna Ciudad, que os ha concedido el privilegio de Ciudadano, es donde llevais la corona cívica (1). Paréceme que os veo revestido de una túnica toda sembrada de pedrerías, obtener por un mérito todavía mucho mas ilustre, el Consulado de la Roma del cielo. La de la tierra reconoce quál es vuestro poder en esa celestial patria; y no hay Romano que no lo haya experimentado felizmente. ¿Quién jamás se dirigió á vos, y no alcanzó lo que pedía? ¿Quién puede quexarse de habérsele negado? Y así, sed siempre el protector, y el padre de aquella célebre Ciudad (2), que habeis mantenido con tanto cuidado. Pero entre los que imploran vuestro socorro, ¿podrá un rústico Poeta esperar haceros oir sus votos, y sus gemidos? Alcanzadle el perdon. Yo bien sé que no merece que el mismo Jesu-Christo se digne oirle: ni se atreve tampoco á dirigirse á él; sino confia mucho en vuestra intercesion. Sed, pues, favorable, ó gran Santo, al pecador Prudencio.

(1) Corona de hojas de encina, dada al que había salvado la vida á un Ciudadano Romano. (2) Roma.

Extracto de los Oficios de S. Ambrosio, en donde se habla de S. Lorenzo. Lib. 1. cap. 41.

S. Lorenzo viendo que conducian al suplicio á S. Sixto su Obispo, se puso á llorar, no porque este Santo Papa iba á morir, sino porque no moría con él. ¿Dónde vais, le decía, querido Padre mio, dónde vais sin vuestro hijo? ¿Dónde vais, Sacerdote de Jesu-Christo, sin vuestro Diácono? No teneis la costumbre de ofrecer el sacrificio sin Ministro: ¿pues qué he hecho yo, que haya podido desagradaros? ¿Qué habeis notado en mí, que me hiciese indigno de ser llamado vuestro hijo? Probad á lo menos, á ver si no merezco mas la eleccion que habeis hecho de mí para consagrar (1) con vos la sangre del Señor. No quereis que yo junte mi sacrificio al vuestro, quando tantas veces me lo habeis permitido en la celebracion de los santos misterios. Pero mirad que quando se dan tan grandes alabanzas á la generosa firmeza que mostrais, no se os acuse al mismo tiempo de no hacerme á mí toda la justicia que me debeis; ó á lo menos creerán que habeis hallado en mí algun defecto. Mas la baxeza del discípulo jamás redundará en gloria del maestro: y por ilustre que sea este, triunfa mas gloriosamente por la victoria que alcanza su alumno, que por la que consigue él mismo. Y en fin, Abrahan ofreció pri-

(1) Véanse las Notas.

primero su hijo; S. Pedro envió delante de él á S. Esteban: haced lo mismo, querido Padre mio, conmigo: mostrad lo que puede vuestro hijo con un Padre como vos, y que su valor haga admirar el vuestro. Ofreced al que es hijo de vuestro espíritu, y de vuestra caridad: haced la prueba de su fé; para que estando seguro de no haberos engañado en el juicio que teneis formado de él, llegueis á la gloria que os aguarda acompañado de otro, que habiéndoos seguido en el combate, merezca seguiros en vuestro triunfo.

Entonces volviéndose S. Sixto hácia S. Lorenzo: Yo no te abandono, hijo mio, le dixo: no soy yo quien te dexa: el cielo es quien te reserva para mayores empresas. A nosotros se nos perdona por nuestra avanzada edad: pero á tí, que estás en la flor de la tuya, y que tienes todo el vigor de la juventud, otra victoria mas ilustre te aguarda. Dexa de afligirte: dentro de tres dias me seguirás: razon es que haya alguna distancia entre el Sacerdote, y el Diácono. ¿Qué ventaja era para tí el combatir á vista de tu maestro, como si tú tuvieses necesidad de ayuda para vencer? ¿Por qué deseas partir conmigo los tormentos que voy á sufrir? Yo te los dexo todos por mi muerte. ¿Acaso mi presencia es necesaria para animarte? ¿No sabes que los capitanes van á la frente de los soldados valerosos, llevando por delante los cobardes? Al modo que Elías dexó á Eliseo en el mundo quando fue arrebatado al paraiso, te dexo yo, muriendo, depositario

de

de mi espíritu, y te hago heredero de toda mi virtud.

Santa contienda, agradable disputa, digna por cierto de dos tan ilustres Ministros de Jesu-Christo, que porfian uno con otro sobre quién ha de morir primero por él. ¡Quántas veces se oían en las escenas trágicas los aplausos de sus concursos, á vista de la fidelidad de aquellos dos famosos amigos Orestes, y Pílades! Este decía que era Orestes, queriendo morir por su amigo. Orestes, no pudiendo sufrir que su amigo muriese por él, sostenía que él era el verdadero Orestes; pero uno, y otro eran reos de muerte, puesto que ambos estaban comprehendidos en un parricidio: Pílades el autor, y cómplice el Orestes. Al contrario, aquí es solo el amor de Jesu-Christo, sola la Religion, sola la divina caridad lo que hace hablar á S. Lorenzo, y que le hace pedir una muerte que no merece. Recibióla tres dias despues, segun sus deseos, y segun la profecía del Santo Pontífice.

Léase el cap. 2. de la Obra *de la Santidad, y magnificencia de S. Lorenzo Levita, y Martir, con los comentarios, y piadosas exposiciones del mismo Santísimo Martir*, que publicó en Roma el año 1771 el erudito P. Fr. Ignacio Como, Conventual, en que prueba, y parece demuestra que este glorioso Santo nació en la Ciudad de Huesca en el Reyno de Aragon.

AC-

ACTAS PROCONSULARES
DE S. CIPRIANO,
OBISPO DE CARTAGO, Y MARTIR.

Sacadas de diversas ediciones, cotejadas con muchos Manuscritos; á saber, uno de la Biblioteca del Rey de Francia; dos de la de M. Colbert; uno de S. Mauro de las Fosas; otros de Santa Genoveva de París; de S. Pedro de Conches; de Long-Pont; tres de S. German de los Prados; y uno de M. el Presidente Boubier, &c.

Año de Jesu-Christo 258, en el imperio de Valeriano, y de Galieno.

EN el quarto Consulado del Emperador Valeriano, y en el tercero de Galieno, su coléga en el Imperio, el dia 30 de Agosto, en Cartago, en la Sala de Audiencia del Proconsul: Paterno, Proconsul de Africa, dice al Obispo Cipriano: Nuestros muy religiosos Emperadores Valeriano, y Galieno me han hecho el honor de escribirme: es su voluntad que todos los que no hiciesen profesion de la religion de los Romanos, la abracen sin dilacion, con todos sus ritos, y ceremonias. Y así os he hecho venir para que me deis razon de vuestra religion; y para saber de vuestra boca lo que sentís sobre estas órdenes de nuestros Príncipes. El Obispo Cipriano respondió: Yo soy Christiano, y Obispo: no conozco á otro Dios sino á aquel solo que ha hecho el cie-

cielo, y la tierra: este es el Dios que nosotros los Christianos adoramos: á él es á quien dirigimos nuestras oraciones, por nosotros, y por todos los pueblos; pero particularmente por la conservacion de los Emperadores. P. ¿Persistís en esa declaracion? C. Quando es recta la voluntad, y Dios es quien la gobierna, no puede mudarse. P. Pues bien podeis disponeros á partir al punto para Curuba. Ese es el lugar que los Emperadores os han señalado para vuestro destierro. C. Yo estoy pronto á partir al momento. P. Las órdenes que he recibido, no solamente hablan con los Obispos, sino tambien con los Sacerdotes de la Provincia; y así dadme, pues, la lista de ellos. C. Vuestras leyes castigan á los delatores, y con justicia; y quereis vos que yo lo sea dándoos la lista de los nombres, y la habitacion de los Sacerdotes. Vos mismo podeis hacer la pesquisa, que ellos en todas las Ciudades circunvecinas estan. P. Hoy comenzaré á hacerla en esta Ciudad. C. Bien sabeis que los derechos natural, y civil prohiben el acusarse á sí mismo, y no podreis dexar de quebrantarlo: y así no debeis precisarlos á que vengan á entregarse en vuestras manos. Pero si, como ya os he dicho, haceis alguna indagacion, no será dificil el descubrirlos. P. Sí, ya digo que daré orden de que se haga, y muy exâcta. Y añadió: Los muy religiosos Emperadores han prohibido tambien todas las asambleas ocultas, ya sean en casas particulares, ya en los cimenterios. Y hay penas rigurosas para los que con-

contravinieren á este decreto. C. Pues teneis sus órdenes, os toca el seguirlas.

El bienaventurado Cipriano fue enviado á destierro. Permaneció en él hasta que habiendo sucedido Galerio Máxîmo á Paterno en la dignidad de Proconsul, este nuevo Magistrado llamó al Santo Obispo. Retiróse á un jardin que había en un arrabal de Cartago. En este apacible sitio se hallaba, quando siendo Cónsules Fusco, y Baso, vió llegar un dia, que era el 13 de Setiembre, dos Oficiales del Proconsul (1), que le hicieron subir en un carro, y le conduxeron á una casa de campo, poco distante de la Ciudad, adonde el Proconsul había venido á pasar algun tiempo, para restablecer su salud, por ser allí el ayre muy sano. Difirió algunos dias despues el proceso contra Cipriano, quien entretanto fue á tomar las órdenes del Proconsul en casa de su primer Caballerizo, que le señaló en ella quarto. Estaba este Oficial alojado en el lugar de Saturno, entre Veneria, y Salutaria. Acudian allí todos los Fieles todos los dias en gran número para ver á su Obispo; y habiendo venido tambien muchas doncellas de Cartago, y de los contornos, como se viesen obligadas á pasar la noche á la puerta de su hospedage, dió orden para que procurasen estar con toda modestia.

El dia 14 de Setiembre, sentándose el Proconsul Galerio en su tribunal (2), hizo que le lle-

(1) *Strator*, y *Equistrator*. Véanse las Notas. (2) Llamado *Gauciolum*. Véanse las Notas.

llevasen á Cipriano. Díxole: ¿No eres tú Tascio Cipriano? C. Sí, ese mismo soy. P. ¿No eres tú el Obispo de los Christianos, de esos hombres impíos, y sacrílegos? C. Sí, yo soy. P. Los religiosísimos Emperadores quieren, y determinan que des culto á los Dioses. C. Yo no lo puedo hacer. P. Míralo bien. C. Haced lo que se os ha mandado, que asunto tan justo bien mirado lo tengo.

Habiéndose informado el Proconsul Galerio, habló de esta manera á Cipriano: Ya há mucho tiempo que te acusan de vivir sin religion, y sin piedad, y de haber engañado á muchas personas, á quienes has inspirado las máxîmas impías de tu supersticion. Se sabe que haces vanidad de insultar á los Dioses, y de despreciar las leyes del Imperio; y por cariñosos medios que se hayan dignado tomar los augustos Príncipes Valeriano, y Galieno, y el muy ilustre Cesar Valeriano, para obligarte por dulzura á no reconocer otros Dioses que los que ellos adoran, jamás han podido alcanzar esto de tí. Y así estando convencido, como lo estás, de los mas torpes delitos, que no te has contentado cometer tú solo, sino que tambien los has enseñado á una infinidad de otros muchos, es necesario que tu muerte sirva de exemplo, y escarmiento á los que has hecho cómplices, ó á lo menos de intimidarlos; y es justo que tu sangre restablezca el buen orden, que has turbado por tus discursos, y la obediencia á las leyes, que has destruido por tus exem-

exemplos. Y tomando despues el libro, ó tablillas en que se escribian las sentencias, pronunció esta, que leyó en alta voz: "Condenamos á » Tascio Cipriano á morir degollado." El Obispo respondió: Sea Dios bendito.

Luego que los Fieles oyeron esta sentencia contra su Santo Obispo, se decian unos á otros: Vamos nosotros, y que nos hagan morir con él. Hubo tambien un gran número de ellos, que le siguió hasta el lugar en que iba á ser ajusticiado. Habiendo llegado allá, se quitó su capa (1), púsose de rodillas, y oró por algun tiempo. Despojóse despues de su dalmática, que la dió á algunos Diáconos que le habian acompañado, y se quedó solamente con la túnica de lino. Habiendo llegado el verdugo, hizo que le diesen veinte y cinco piezas de oro. Entretanto los Fieles tendian lienzos al rededor (2) del Santo Martir. Pero él, despues que Juliano Presbítero, y Juliano Subdiácono, le ataron las manos por disposicion suya, las puso sobre sus ojos; y en este estado recibió el golpe, que le quitó la vida. Su cuerpo, á quien acompañaron los Fieles, llevando hachas de cera, y cantando himnos, fue enterrado en un campo perteneciente á Macrobio Cándido, Intendente de la Provincia, á lo largo del camino de Mapala (3). Pocos dias despues murió Galerio Máximo.

(1) Era de color negro, ó un poco oscura. (2) Para recoger su sangre. (3) Véanse las Notas. (S. Cipriano padeció el martirio el dia 14 de Setiembre.)

AC-

ACTAS
DE LOS SANTOS MARTIRES
FRUCTUOSO OBISPO,
AUGURIO, Y EULOGIO DIACONOS.

Sacadas de diversos Manuscritos; á saber, tres de la Biblioteca de M. Colbert; dos de S. German de los Prados; uno de S. Cornelio de Compiegne; y otros de S. Benito sobre el Loira; de los Celestinos de París; de los Fevillans; de M. el Presidente Boubier; y de S. Mariano de Auxerre.

Año de Jesu-Christo 259, en el imperio de Valeriano, y de Galieno.

IMperando Valeriano, y Galieno, y siendo Cónsules Emiliano, y Baso, un Domingo 16 de Enero se prendió en Tarragona al Obispo Fructuoso, y á los Diáconos Augurio, y Eulogio. Descansando en su cama Fructuoso, seis soldados de los que llamaban Beneficiados (1), llegaron á la puerta de su quarto. Habiendo oido el Santo Obispo el ruido que hacian (2), se levantó prontamente, y les salió al encuentro hasta la es-

(1) Llamábanse así porque eran recibidos en las tropas, y admitidos despues á las dignidades, y á los honores de la milicia, aunque en un orden subalterno, por eleccion, y por un beneficio del Coronel General. Vegecio, *lib. 2. cap.* 7

Los nombres de estos seis soldados eran Aurelio, Testucio, Ælio, Polencio, Donato, y Máxîmo.

(2) Con sus bastones, ó varas largas de Lictores.

escalera. Ellos le dixeron: Síguenos: el Gobernador os manda llamar con vuestros Diáconos. Respondióles el Obispo Fructuoso: Ya os sigo: permitidme siquiera que me calce. Dixéronle: Bien podeis. Lleváronle preso á él, y á sus Diáconos. Fructuoso loco de contento á vista de la recompensa que le preparaba Dios, oraba sin interrupcion. Los Fieles le seguian, suplicándole se acordase de ellos quando ofreciese á Dios sus oraciones.

Al dia siguiente bautizó en la carcel á nuestro Rogaciano. El Santo Obispo, y los dos Diáconos estuvieron en ella seis dias enteros, y no salieron de ella hasta que fueron á la confesion.

Interrogatorio de Fructuoso Obispo, de Augurio, y de Eulogio Diáconos.

Dixo el Gobernador Emiliano: Entren el Obispo Fructuoso, y los Diáconos Augurio, y Eulogio. Dixo un Escribano: Aquí estan. G. No ignoras, sin duda, el nuevo decreto de los Emperadores. F. Yo nada sé de eso; pero en todo caso os declaro que soy Christiano. G. ¿Y sabes que este decreto habla del culto de los Dioses, y que quiere que todos los vasallos del Imperio, sin excepcion alguna, abracen este culto? F. Yo adoro á un solo Dios, que ha hecho el cielo, la tierra, y el mar, y todo quanto hay en ellos. G. ¿Y sabes que hay Dioses? F. Yo no sé nada. G. Ahora bien, ya te los enseñarán. Al decir esto, el

Obispo levantó su corazon á Dios, y oraba interiormente. G. ¿Qué se temerán, qué adorarán sobre la tierra, si se desprecia el culto de los Dioses inmortales, y de los Emperadores? Despues hablando con Augurio, le dixo: No hagas caso de lo que acaba de decir Fructuoso. A. Yo adoro al Dios Todopoderoso. G. ¿No adoras tú tambien á Fructuoso? A. Yo no adoro á mi Obispo, sino al mismo Dios que adora mi Obispo. G. ¿Luego tú eres Obispo? F. Sí lo soy. G. Dí que lo has sido; y al punto los condenó á todos á ser quemados vivos.

Al tiempo que los conducian al Anfiteatro, lloraba todo el pueblo: porque el Santo Obispo era muy amado, no solamente de los Christianos, sino aun de los Infieles. Y se puede decir que era tal como quiere el Espíritu Santo, hablando por el órgano del Doctor de los Gentiles, el gran Pablo, que sea un Obispo. Por lo qual el dolor de los Fieles estaba mezclado de alegría, quando veían á su padre adelantarse á paso largo hácia una eterna felicidad, y pronto á recibir la corona de la gloria. Algunos acercándose á él, le presentaron un vaso de agua, y de vino; pero él lo rehusó, diciendo: Hermanos mios, aún no es hora de romper el ayuno: eran como las diez del dia. Había guardado exâctamente, durante su prision, con los Fieles que le acompañaron en ella, el dia Miércoles anterior, y no quería adelantar la hora de comer en el dia Viernes en que se hallaba, ni violar, por poco que fuese, la re-

gularidad del ayuno; pues solo esperaba consumar su carrera aquel dia con los Patriarcas, y los Profetas.

Luego que hubo llegado al Anfiteatro, Augustal su Lector se acercó á él derramando lágrimas, y le suplicó tuviese á bien que le descalzase. El Santo Martir le respondió: Hijo mio, no te tomes ese trabajo: yo me descalzaré muy bien por mí mismo, y con tanta mas alegría, quanto estoy cierto que las promesas de Dios van á cumplirse en mí dentro de poco. Al mismo tiempo Felix, uno de los nuestros, le tomó la mano, y le suplicó se acordase de él. A lo que respondió S. Fructuoso, levantando su voz de suerte que todo el mundo le oyese clara, y distintamente: Yo debo acordarme de toda la Iglesia Católica, esparcida por toda la tierra, desde el Oriente hasta el Occidente. Estando ya para entrar en el Anfiteatro, volviéndose á los Fieles que le rodeaban: Hermanos mios, les dixo, nuestro Señor no os dexará como ovejas errantes sin pastor: él es fiel en sus promesas, y su bondad no dexará jamás de seros favorable: no os turbe el estado en que me veis: una hora de sufrimiento se pasa bien presto. Fortificados maravillosamente los dos Diáconos por medio de estas palabras, subieron con su Santo Obispo sobre la hoguera, como los tres jóvenes Hebreos entraron en otro tiempo en el horno de Babilonia. Allí fueron tambien asistidos de un modo sensible por las tres Personas de la Santísima Trinidad. El

 Pa-

Padre con todo su poder sostuvo su flaqueza: el Hijo los socorrió animándolos con su exemplo; y el Espiritu Santo por una dulce inspiracion templó el demasiado ardor del fuego. Luego que los lazos que ataban sus manos se quemaron, los estendieron en forma de cruz, para orar segun la costumbre de los Fieles; y representando así el trofeo de la Cruz del Salvador, ofrecieron sus almas en lo fuerte de sus oraciones.

Su muerte fue acompañada de muchos milagros. El cielo se abrió, y se vió á Fructuoso, y á sus dos Diáconos, que estaban ya para entrar en él. Aún aparecian como atados á los leños en que habian sido quemados. Abilan, y Migdonio, criados del Gobernador, y del número de los Fieles, fueron testigos de esta maravilla, como tambien la joven Emiliana su hija. Estos dos hombres fueron á decirle al mismo Emiliano esta maravillosa vision: Venid, Señor, le dixeron, venid á ver subir al cielo á estos hombres que habeis condenado al fuego. Fue el Gobernador; pero no vió cosa alguna: haciéndole su infidelidad indigno de ello.

No obstante, los Fieles fueron la noche siguiente al Anfiteatro, llevando vino para lavar los cuerpos medio consumidos de los bienaventurados Mártires, y acabar de apagar lo que aún estaba ardiendo. Recogieron, pues, con todo cuidado todo lo que se había podido libertar de las llamas, y lo repartieron entre ellos.

Pero el Santo Obispo se les apareció, y les advirtió volviesen á recoger lo que cada uno en particular había tomado de sus sagradas reliquias, y encerrarlas todas en un mismo lugar. Mostróse tambien con sus dos Diáconos á Emiliano, y le reprehendió su iniqua crueldad. Tú piensas acaso, le dixo, habernos hecho perecer para siempre, reduciendo nuestros cuerpos á cenizas; pero míranos aquí á todos vivos, y gloriosos.

MARTIRIO
DE LOS SANTOS MONTANO,
LUCIO, FLAVIANO, VICTORINO,
PRIMOLO, RENO, Y DONACIANO,
TODOS DISCIPULOS, Y DEL CLERO de S. Cipriano Obispo de Cartago,

Escrito por Flaviano, uno de estos Santos Mártires; y por otro Christiano, que fue testigo de vista de todo lo que refiere.

Sacado de un Manuscrito de M. de Noailles Obispo de Chalons; y de otro de S. Remigio de Reims; cotejados con las ediciones de Surio, de Baronio, y de Bolando.

Año de Jesu-Christo 260, en el imperio de Valeriano, y de Galieno.

AL dia siguiente de aquel terrible tumulto, que el furor del Gobernador de Africa movió en Cartago contra los Christianos, fuimos presos por su orden, y conducidos á la carcel, no estando aún satisfecho el pueblo de la sangre que se había derramado. Donaciano, que era solamente catecúmeno, murió en la prision, algunas horas despues de haber sido bautizado, recibiendo casi á un mismo tiempo la túnica del bautismo, y la corona del martirio. Prímolo ha-

había muerto pocos dias antes.

Los soldados que estaban de guardia nos dixeron que estábamos sentenciados á ser quemados vivos, y que la execucion se debía hacer al dia siguiente por la mañana. Pero Dios, que puede, quando le place, librar á sus siervos de en medio de las llamas, prontas á reducirlos á cenizas, y que tiene en su mano el corazon, y la lengua de los Reyes, y de los Jueces, apartó por su omnipotente bondad este remolino de fuego, que estaba para sorbernos; y concedió este favor á nuestras fervorosas, y repetidas oraciones. La hoguera que se encendió para nosotros, se apagó al instante: Dios derramó de lo alto un milagroso rocío, que amortiguó todo el ardor; y la misma mano que en otro tiempo sacó del horno de Babilonia á los tres jóvenes Israelitas, nos preservó del de Cartago.

Habiendo, pues, mudado el Gobernador de resolucion, y revocado su sentencia por un interior movimiento, que él ignoraba; pero que le era enviado de parte de Dios, nuestro poderoso protector, nos volvieron á la carcel. Este lugar nada tuvo para nosotros de horroroso. Su oscuridad ilustró prontamente una luz del todo celestial. Un rayo del Espíritu Santo penetró esta oscura mansion: desterró la noche, haciendo nacer el dia, y la claridad del seno de las tinieblas.

Reno, pues, nuestro hermano, que fue preso con nosotros, vió en sueños á muchos de los prisioneros, que parecía subian al cielo con el au-

xîlio de una antorcha que llevaban delante cada uno de ellos; pero que había otros, los quales se quedaban por falta de esta iluminacion. Conociónos á todos cinco en esta vision, y nos aseguró que éramos del número de los que caminaban con hachas. Èsto nos regocijó mucho, y nos hizo comprehender que nosotros caminábamos con Jesu-Christo (1), luz que alumbra nuestros pasos.

Nosotros no pensábamos sino en pasar alegremente el dia siguiente, quando por la tarde repentinamente fuimos sacados por los soldados del Intendente de la Provincia, que exercía por comision el empleo de Proconsul, habiendo muerto poco antes Galerio Máxîmo, que lo era en propiedad; y fuimos conducidos al palacio para tomarnos declaracion. ¡Oh dia feliz! ¡Oh qué ligeras nos parecieron las cadenas con que nos cargaron! ¡Qué honoríficas nos parecieron! mil veces mas preciosas que el oro, y las pedrerías!

Entretanto los soldados inciertos del lugar en que el Presidente (2) debía oirnos, nos llevaban de sala en sala, y de aposento en aposento, hasta que en fin nos hicieron quedar en la pequeña sala de Audiencia del Intendente. Vino al cabo de algun rato. Hízonos muchas preguntas, que mezcló de amenazas, y de promesas. Nuestras respuestas fueron modestas, pero firmes, generosas, y christianas. En fin, salimos de allí triun-

fan-

(1) *Ps.* 118. (2) Este nombre era comun á todos los Magistrados que eran enviados para gobernar las Provincias, ya fuesen Procónsules, Tenientes del Emperador, &c.

fantes, y vencedores del demonio, que se retiró con sus artificios confuso, y lleno de vergüenza. Volviéronnos á la carcel, en donde nos preparamos á nuevos vencimientos. El mas terrible que tuvimos fue contra el hambre, y la sed, que pensaron hacernos perecer por la desapiadada dureza del Tesorero Solon, que nos rehusaba hasta el agua, despues que nos habian hecho trabajar todo el dia.

Pero quiso Dios consolarnos por sí mismo en esta extrema miseria á que la crueldad de un hombre nos tenía reducidos, ofreciéndole la aparicion siguiente al Sacerdote Victor, uno de los prisioneros, que pocos dias despues de haberla tenido fue martirizado. He visto esta noche, nos dixo, á un tierno niño, hermoso como el dia, entrar en la carcel. Vínose á mí, y convidándome con un ademan caricioso á seguirle, me llevó á todas las puertas, como queriéndome poner en libertad; pero todas estaban cerradas. Lo que obligó á este divino niño á decirme: No os impacienteis: aún tendreis algunos dias que sufrir; pero tened confianza en mi poder: yo no os abandonaré: siempre estaré con vosotros. Vé, asegúrales de mi parte á tus compañeros, y diles estas palabras: El espíritu se prepara á unirse á su Dios; y el alma, desprendida dentro de poco de los lazos de su cuerpo, irá bien presto á tomar su lugar en el paraíso. Yo me tomé la libertad, prosiguió Victor, de preguntarle en qué parte del mundo estaba el paraíso. Y él me respon-

pondió: Está fuera del mundo. Pues hacedme el favor de mostrármele, continué yo. Pero este adorable niño me respondió sonriéndose: ¿Y dónde estaría el mérito de la fé? Y pidiendo que me diese una señal, que obligára á mis compañeros á creer en mis palabras quando les hablase de su parte: Yo te doy, me dixo, la señal de Jacob (1). Habiéndonos, pues, referido Victor este misterioso sueño, no pensamos ya mas que en alegrarnos, y en poner toda nuestra esperanza en aquel que ha dicho: Invocadme en el dia de vuestra afliccion (2), y yo os libraré de ella, y vosotros me glorificareis.

Este socorro no tardó mucho tiempo; y desde la misma noche tuvimos una nueva seguridad por otra vision, que se le mostró á nuestra hermana Quartilosia, que estaba presa con nosotros. Tres dias había que su marido, y su hijo sufrieron martirio; y ella tambien los siguió pocos dias despues. Vino, pues, á hacernos relacion de lo que se le representó en sueños. He visto, nos dixo, llegar aquí á mi hijo, aquel que estuvo entre vosotros, y que ha tenido la dicha de morir por la Fé. Sentóse sobre el brocal del pozo que está en medio del prado, y me ha dicho: Dios ha visto vuestros sufrimientos, y se ha compadecido de ellos. Mas arriba llegó un hombre de bella disposicion, que tenía en sus manos dos frascos, uno de agua, y otro de leche. Diónos de

(1) La escala misteriosa. (2) *Ps.* 49. *v.* 15.

de beber á todos, sin que los frascos se desmenguasen. A este tiempo la ventana de la sala en que estábamos, se vino á abrir de repente, y vimos el cielo á nuestro gusto. Despues aquel hermoso joven puso sobre el marco de esta ventana los dos frascos. Y despues de habernos dicho: Despues de estar satisfecha vuestra sed, aún queda leche, y agua en ellos: dentro de poco recibireis otro tercero frasco, desapareció. Esto es lo que nos refirió Quartilosia.

Al dia siguiente, como aguardásemos que el desapiadado Solon nos hiciese dar, no con que apaciguar enteramente nuestra sed, y nuestra hambre, sino solamente con que impedir el que muriésemos; porque en todo el dia antecedente no habíamos bebido, ni comido cosa alguna, se acordó el Señor de nosotros, y nos envió con que satisfacer nuestras mas urgentes necesidades, y nuestros mas ardientes deseos: quiero decir, pan, agua, y el martirio. Porque por el ministerio de Hereniano Subdiácono, y del catecúmeno Januario, fue por quien el caritativo Luciano, nuestro hermano, nos hizo llevar algunos refrescos; y esto es lo que se nos había dado á entender por aquellos dos frascos. Esto nos fortificó un poco, nuestros enfermos se restablecieron, olvidamos bien presto nuestras fatigas pasadas, y nos pusimos á ofrecer alabanzas, acciones de gracias, y mil cánticos de bendiciones al que nos miraba con compasion desde su gloria.

Ahora es preciso, hermanos mios, que os ha-

haga la relacion de algunas particularidades, que os harán conocer hasta qué punto nos amábamos los unos á los otros. No pretendo con esto daros una instruccion, ni constituirme maestro de las costumbres: solamente quiero haceros una simple narracion como historiador. No tenemos, pues, todos sino un mismo espíritu, que nos une, así en la oracion, como en las conversaciones, y en la conducta de la vida. Bien sabeis, amados hermanos mios, que no hay cosa mas bella que esta union producida por la caridad: nada mas dulce que estos vínculos con que el amor enlaza, y encadena todos los corazones. Estos son aquellos amables lazos, cuya vista sola hace huir al demonio: aquellas cadenas tan agradables á Dios, que todos aquellos que son dichosos por llevarlas, obtienen de él todo lo que le piden, segun aquella gloriosa palabra de Jesu-Christo (1): Si dos personas se uniesen sobre la tierra para pedir alguna cosa á mi Padre, la obtendrán infaliblemente de su bondad. Y despues de esto, ¿se puede pretender tener derecho al Reyno del cielo, si no se conserva la paz con sus hermanos? Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios, dice nuestro Señor Jesu-Christo (2); y despues de él, explicando su Apostol estas palabras, añade: Si nosotros somos hijos de Dios, somos por consiguiente sus herederos, y los coherederos de Jesu-Chris-

(1) *Matth.* 18. (2) *Matth.* 5. *Rom.* 8.

Christo; pero con tal que tengamos una compasion mutua los unos á los otros. Sigamos este discurso. Para ser heredero, es necesario ser hijo: es así que para ser hijo, es necesario ser pacífico: luego no se puede pretender la herencia del Padre celestial, si no se conserva con sus hermanos la paz, y la union que el Padre celestial ha establecido entre sus hijos.

Pero volvamos por ahora á tomar el hilo de nuestra historia. Habiendo tenido Montano algunas palabras con Juliano por la ocasion de cierta muger, que no siendo de nuestra comunion, se había mezclado no sé cómo entre nosotros; y habiendo mostrado Juliano un poco de exceso para con Montano, se guardaban el uno al otro como una especie de tibieza, que era como una semilla de discordia. Compadecióse el cielo de los dos; y para obligarlos á reconciliarse, le ofreció un sueño á Montano, que nos le refirió en estos términos.

Parecióme que un Centurion, y unos soldados se habian echado sobre nosotros, y nos llevaban á la carcel; y que despues de habernos hecho pasar toda una larga calle, nos conduxeron á un campo, en donde encontramos á Cipriano, y á Lucio. Despues nos hallamos en un lugar, cuyas paredes, el techo, y suelo eran de alabastro: nuestros vestidos se volvieron mas blancos que la nieve: y lo que nos pareció mas maravilloso fue que nuestro pecho estaba tan transparente, que los ojos facilmente podian ver al

tra-

través lo mas oculto que había en el corazon. Yo quedé aturdido, os lo confieso, continuó Montano, viendo en el mio un gran monton de inmundicias; y la alteracion que me causó esta vista, me despertó al punto del sueño. Lleno de las ideas que había impreso fuertemente en mi imaginacion, encontré á Luciano, al qual dí parte de ello. Y despues de haber hecho ambos una seria reflexîon, quedé persuadido á que estas inmundicias que advertí en mi corazon, eran aquella especie de enemistad que tuve; la que, aunque fue de corta consideracion, he procurado sostenerla, sin ocurrir á la debida reconciliacion. Por lo qual, muy amados hermanos mios, conservemos todos con cuidado la paz, la union, y la concordia: seamos acá abaxo lo que debemos ser eternamente allá arriba; esto es, un mismo corazon, un mismo espíritu, y una misma voluntad. Yo os deseo esta dichosa paz, y la gloria, que es su recompensa.

Lo que se sigue fue añadido por un Christiano, testigo ocular de los hechos que vá á referir.

De este modo acaba la relacion que Flaviano escribió en la carcel en nombre suyo, y de sus compañeros. Pero como por su extremada modestia calló muchos particulares, que servirían tanto de edificacion para los Fieles, como de honra, y gloria para Jesu-Christo; y como por otra parte quedaría imperfecta esta relacion si no se hallase en ella la preciosa muerte de estos Santos Mártires, nos ha parecido debíamos añadir

dir lo que faltaba á esta historia, y lo que puede completarla. Y lo hemos emprendido con tanto mayor gusto, quanto satisfaciendo á nuestra devocion, y á la de los lectores, cumplimos con las últimas disposiciones de un amigo, de un ilustre Martir de Jesu-Christo, de Flaviano mismo, que antes de morir nos hizo este encargo.

Ya había muchos meses que los tenian presos, y la hambre, y la sed, juntamente con las incomodidades de la prision, los tenian reducidos al estado mas deplorable que se puede imaginar, quando el Presidente los citó segunda vez para su tribunal. Declararon todos firmemente que subsistian en la primera confesion. Flaviano añadió que era Diácono; pero sus amigos, dando mas oidos á la voz de la carne, y de la sangre, que á la del espíritu, y de la Fé (1), sostuvieron que no lo era, aunque él mismo protestaba que tenía este honor. En vista de esto, el Presidente expidió sentencia, condenando á muerte á Montano, Lucio, Juliano, y Victórico. Flaviano sentía con impaciencia no estar comprehendido en la sentencia, quexándose de sus amigos, como faltos de lealtad. No obstante, como tenía una piedad sabia, é ilustrada, se sujetó humildemente á la voluntad de Dios, estando firmemente persuadido á que todo lo que sucede, nace de sus providencias; y que los hombres no obran sino conforme á

(1) Porque el edicto de Valeriano contenía pena de muerte contra todos los Clérigos, y era mucho mas favorable á los que no habian recibido las Ordenes. *Epist. Ciprian.* 82.

á sus decretos. Dexemos aquí á Flaviano por algun rato, y vamos á sus compañeros.

Mientras se les conducía al lugar en que habian de recibir el martirio, juntóse un concurso prodigioso de pueblo: los Gentiles, y los Fieles concurrian á porfia. Estos aunque ansiosos siempre de dar á los Mártires en estos últimos momentos todas las señales á que obliga la caridad christiana; no obstante, en esta ocasion parecía haber duplicado su zelo, y sus buenos oficios para con ellos, mostrándoselo en la alegría que manifestaban en sus semblantes, y que parece salía de sus mismos ojos, por considerar ya segura aquella felicidad eterna. Pero se contentaron con dar estos mudos testimonios del gozo que sentian en ir á morir por Jesu-Christo: mostrándolo tambien con las palabras con que exhortaban al pueblo con los mas atractivos afectos. Lucio, uno de los Mártires, era joven de modestia, y de dulzura admirable: lo dilatado de su prision le había debilitado mucho; y temiendo ser sofocado del tropel que le rodeaba, y que le oprimía sobremanera, y de este modo verse privado de la gloria de derramar su sangre por la Fé, se había adelantado un poco con un corto número de Fieles. Decíales las cosas mas admirables del mundo: y como le suplicasen se acordase de ellos quando estuviese con Jesu-Christo: Yo soy, les dixo, hermanos mios, quien tiene necesidad de vuestras oraciones: no me las rehuseis. ¡Oh, qué humildad para un Martir, que en el momento mis-

mismo en que dá su vida por confesar á su Dios, aún no se atreve á prometer su intercesion para con el mismo, por cuya gloria se dexa sacrificar! Por otra parte, Juliano, y Victórico, sobre todas cosas, recomendaban á los hermanos el conservar la paz entre sí, y el tener un cuidado particular de los Clérigos, que habian sufrido en la carcel el hambre, la sed, y toda aquella larga serie de miserias de que se ha hablado.

Montano, hombre de una complexîon fuerte, y robusta, y de un espíritu firme, y sólido, siempre había hecho profesion, aun antes de su martirio, de decir la verdad en todas ocasiones, sin tener miedo ni al estado, ni á la dignidad. Pero entonces creciendo su zelo á medida de lo que se acercaba su muerte, levantó su voz; y con un tono profético iba diciendo al pueblo que le rodeaba: Todo hombre que sacrificase á los falsos Dioses, será arruinado: es una impiedad horrible el abandonar el culto del verdadero Dios por el de los demonios. Repetía sin cesar las mismas palabras. Y de este modo hacía frente al obstinado orgullo de los Hereges. Abrid los ojos, les decía á voces, y por esta multitud de Mártires, que la Iglesia Católica dá á luz cada dia, reconoced que es la verdadera; y así dexad el cisma, y el error, y volveos á ella. Despues moderaba aquel demasiado anhelo con que los que se habian separado de la Fé, suspiraban por volverse á incorporar en la congregacion de los Fieles. Intimaba á unos el severo juicio de Jesu-

Christo, obligando á otros á cumplir la entera penitencia que se les había impuesto por las leyes de la Iglesia. A los que habian perseverado siempre en la verdadera Fé, los exhortaba á permanecer fieles, y á guardar con vigilancia este precioso depósito. Estad firmes, hermanos mios, en nuestra santa Religion, les decía, y haced que el exemplo de los que han tenido la infelicidad de abandonarla, no pueda prevalecer para pervertiros contra las doctrinas que os fortifican en ella. Volvíase tambien á las vírgenes consagradas á Dios, y representándolas la santidad de su estado, les hacía presente lo que era la fragilidad humana. ¡Qué facil es, añadía, empañarse la hermosura, y el lustre! En fin, encargaba á los legos la sumision á las leyes de la Iglesia, y el respeto á los Superiores Eclesiásticos; suplicando al mismo tiempo á estos la concordia en sus ánimos, la observancia de las mismas leyes, y últimamente la uniformidad en su conducta; asegurándoles que nada era mas agradable al Señor, que una pacífica union entre los Ministros de su Santuario.

Preparábase ya el verdugo para degollarlo; y teniendo ya casi en la garganta la cuchilla, levantó el Santo Martir las manos, y los ojos hácia el cielo, é hizo esta oracion, que pronunció con una voz fuerte, y clara, de suerte que no solamente los hermanos que estaban cerca de él, sino tambien muchos Paganos distantes la percibieron enteramente: Señor, haced que Flaviano,

que se halla separado de este trance por favor que le ha hecho el pueblo, sin solicitarlo, reciba tambien, como nosotros, dentro de tres dias la corona del martirio. Y para dar á conocer al mismo tiempo que estaba seguro de que su oracion, y súplica le habia sido concedida, rasgó en dos partes el lienzo con que le habian bendado los ojos, guardando un pedazo para él, y reservando el otro para Flaviano. Quiso tambien que en el lugar en que habian de ser enterrados, se dexase en medio de ellos un hoyo vacío para sepultar en él á Flaviano, á fin de que ni aun despues de su muerte estuviesen separados. Así sucedió en efecto; porque al dia tercero despues que Montano, y sus Compañeros padecieron el martirio, Flaviano recibió tambien la corona del suyo de este modo.

Despues que por aquella poderosa intercesion del pueblo, que alcanzaron los amigos de Flaviano, aun á pesar de este mismo, se le hizo volver á la carcel, estuvo tan firme en su fé, como resuelto á morir. Aquel grande espíritu no se acobardaba con los temores que le ofrecía la dilacion: y así aunque viese que el dichoso instante de su martirio se detenía, su invencible constancia le hacía mirar todos estos obstáculos como pasageros, que bien podian retardar su dicha, pero no privarle de ella para siempre. Iba su madre en su compañía desde la carcel al palacio, siguiéndole despues desde este á la prision: verdadera hija de Abrahan, que aunque

sintiese su corazon penetrado por el doloroso sacrificio que hacía á Dios de aquel hijo querido, no dexaba de hacérsele con una voluntad plena, y una perfecta resignacion. ¡Oh madre verdaderamente Christiana! ¡Madre digna de la admiracion de todos los siglos: madre comparable á la de los Macabeos! Si no teneis siete hijos que ofrecer á Dios, como aquella antigua heroina, á lo menos en uno solo ofreceis todo el amor que aquella consagró en los siete. Este hijo querido de su parte hacía mil elogios de esta grandeza de valor. Bien sabeis, madre mia, la decía, quánto he hecho por obtener la gloria del martirio: quántas veces me he visto cargado de cadenas, pronto á ser arrastrado á los suplicios; y quántas veces he tenido el disgusto de ver frustrada mi esperanza. Pero si lo que deseo tanto tiempo há con tanto ardor, y con tanta ansia, sucede en fin segun mis deseos; ¡oh madre mia, qué alegría para mí, y qué gloria para vos!

Luego que llegaron á la puerta de la carcel, estuvieron aguardando mucho tiempo que la abriesen, ya porque los carceleros, ó porteros estuviesen ocupados en otra parte, ó porque no se encontraban las llaves, ó por mejor decir porque algun Angel lo estorvase, indignado de ver á un Santo, que dentro de poco había de ser recibido en la compañía de espíritus bienaventurados, ser confundido con los malvados, y hombres infames; y que se viese obligado á estar en un calabozo aquel á quien la providencia pre-

pa-

paraba en el cielo un rico palacio. ¿Pero quáles serían en los dos dias intermedios los pensamientos del Santo Martir? ¿Qué esperanza alhagüeña no aliviaría sus penas? La oracion que Montano había hecho por él al morir, y el ardiente deseo que sentía de volverse á juntar á este amigo, le hacian esperar el dia tercero con una especie de impaciencia santa. Amaneció en fin este afortunado dia, y Flaviano le miró, no como aquel en que debía perder la vida, sino antes bien como al dia de su resurreccion, y de su triunfo. Los Gentiles que habian oido las últimas palabras de Montano, estaban por su parte aguardando con inquietud qué efecto producirían.

Luego que se cundió la orden del Gobernador para llevarlo á palacio, concurrieron á él Christianos, Judíos, y Paganos. En este tiempo sacaron al Santo de la carcel para el cadahalso. La alegría era universal entre los Fieles: ¿pero quién podrá explicar la que sentía Flaviano? Ya no dudaba que el Presidente diese en fin esta vez una sentencia como él la deseaba. La oracion que su amigo (1) había hecho en su favor, le aseguraba en algun modo, y él contaba mucho con su fé, y constancia, que irritarían al Juez, haciéndole romper en una sentencia de condenacion. Esto era lo que le hacía sin dificultad alguna prometérselo á los Fieles que llegaban á cada paso á hablarle, ó á los que encontraba en el

(1) Montano.

el camino. ¡Oh pasmosa confianza! ¡Oh fé inexplicable! Entró, pues, en palacio con estos afectos, y descansó algun rato en la sala de los guardias del Gobernador, aguardando que le mandasen entrar.

Estábamos nosotros (1) allí lo mas cerca que podíamos de él, dándole todo el honor que le es debido á un Martir de Jesu-Christo, y todos los servicios con que podía contribuir la caridad. Entre sus discípulos se hallaron algunos, que por un ciego amor á su maestro, y que era mucho mas segun la carne, que segun el espíritu, le aconsejaban que idolatrase. Representábanle que no debía dexarse preocupar tan fuertemente de la vida futura, despreciando la presente; que la muerte, que tenía á la vista, era cierta; y que la eterna, que él temía, era solo una aprehension. Que en todo caso despues de haber sacrificado, usaría de ella como juzgase á propósito; y que siempre le sería libre el confesar á Jesu-Christo, y satisfacer el deseo que tenía de morir por él. Los amigos que tenía entre los Paganos esforzaban mucho estas consideraciones, y llamaban furor, y desesperacion el despreciar la vida, y no temer la muerte. Pero el Martir, despues de haber dado gracias á estos perjudiciales amigos, cuyo pernicioso consejo de buena gana hubiera querido no oir, por ser contra la profesion de la Fé, se propuso debía por entonces explicarles su

(1) El Autor de esta relacion, con otros.

sù dictamen tocante á la divinidad, y á la verdadera Religion. Dixo, pues, con su eficacia acostumbrada, que era necesario morir mil veces antes que adorar las piedras: que no había sino un Dios, que había hecho todas las cosas, y que él solo debía ser adorado: que nosotros vivimos aun despues de nuestra muerte: que el alma no está sujeta á ella: que la muerte es la victoria del hombre, y no su destruccion; y en fin, que no había sino la Religion Christiana que pudiese conducir al conocimiento de la verdad.

Viendo estas personas que sus consejos habian tenido un suceso tan poco conforme á su intencion; y que el Santo, lexos de haberse dexado persuadir, los había confundido á ellos, recurrieron á un medio bien cruel, pero eficaz, segun sus intentos. Este fue se le diese tormento, por si la dureza de él alcanzaba mas que sus ruegos. Habiéndole hecho poner el Juez en el potro, le echó en cara segunda vez que era un impostor, titulándose Diácono, no siéndolo. Y asegurándole Flaviano que lo era, un Centurion presentó al Presidente un papel, que decía le habian dado. Esta era una declaracion firmada de muchos Ciudadanos, en que deponian que Flaviano jamás había sido Diácono. Al leer este papel, gritó el pueblo: Flaviano es un embustero; lo que obligó al Presidente á instarle sobre este artículo. Confesad ahora, le dixo: tú has faltado á la verdad quando has querido pasar por Diácono. Respondió Flaviano: ¿En qué? A esta

 res-

respuesta, perdiendo el pueblo la paciencia, pidió que se agravase el tormento; pero Dios no lo permitió así: perdonó este suplicio á su siervo, y el Juez se contentó con condenarle á muerte, sin hacerle pasar por los tormentos.

Teniendo Flaviano por esta sentencia una seguridad tan positiva de su muerte, no podía contenerse de alegría: esparcíase en todas sus palabras; y su conversacion nunca fue mas agradable, ni mas viva. Entonces fue quando me encargó el cuidado de escribir todas las particularidades de su martirio; y quiso tambien que añadiese á él algunas visiones con que el cielo le había favorecido, y que me contó en estos términos: Acababa el bienaventurado Cipriano, nuestro Obispo, me dixo, de dar su vida por la Fé, quando fui arrebatado en espíritu á un lugar en que le hallé. Preguntéle si era muy doloroso el morir degollado. Informábame yo de esto, porque me disponía tambien al martirio. El Santo me respondió: Quando el alma está del todo ocupada en las cosas del cielo, el cuerpo no siente, y es como si se tuviese un cuerpo prestado. ¡Oh palabras admirables de un Martir, que anima á la muerte á otro! Despues, continuó Flaviano, llevaron á muchos de mis compañeros, que padecieron todos la muerte con nuestro bienaventurado Obispo. No obstante, como yo veía que se acercaba la noche, me afligía mucho de que no recibiese la misma gracia que ellos. Ocupado estaba de este pensamiento, que me anegaba

en

en lágrimas, quando un hombre lleno de dulzura, y de magestad, acercándose á mí, me consolaba, y á un mismo tiempo me infundía veneracion, preguntándome el motivo de mi tristeza. Habiéndole confiado mi pena: Cesa de afligirte, me dixo: ya eres Confesor segunda vez; y en fin serás Martir á la tercera. Tambien tuve otra vision, que es necesario os descubra, prosiguió Flaviano. No había mucho tiempo que el Obispo Succeso, y Pablo habian padecido martirio, quando vi un dia entrar á Succeso en mi aposento. Al principio no lo conocí: tanta era la luz, y el resplandor glorioso que lo rodeaba. Díxome: Hermano mio Flaviano, yo he sido enviado aquí para advertirte que dentro de poco has de padecer martirio por Jesu-Christo; y despues desapareció. Al punto dos soldados llegaron, los quales tenian orden de presentarme al Gobernador. Lo demás ya lo sabeis.

Nada hubo mas magestuoso que la marcha del Santo desde el palacio hasta el lugar de la execucion: jamás hubo Martir que recibiese mas honor: jamás se vieron tantos Sacerdotes del Señor acompañar á un Diácono, del qual se gloriaban tambien llamarse discípulos. Esto mas parecía triunfo de un conquistador, que conduccion de un hombre al último suplicio. Como si ya se hubiese respetado en él la dignidad de Rey, de la qual iba dentro de poco á ser revestido en el cielo, donde Jesu-Christo le aguardaba para asociarle á su Reyno; el mismo cielo se concilió con

la

la tierra para hacer esta marcha mas solemne, enviando una lluvia dulce, que caía á manera de rocío sobre los que formaban este devoto acompañamiento; pero que sirvió para muchos fines; porque apartó á los Paganos, á quienes una maligna curiosidad había mezclado entre los Fieles; y dió lugar á estos de darse mutuamente el ósculo de paz, libres de aquellos testigos importunos, y profanos; y en cierta manera hizo el martirio del Santo semejante á la pasion del Salvador, en donde se dió la Sangre adorable de esta divina víctima mezclada con el agua que salió de su costado.

En fin, habiendo llegado el Martir al lugar en donde había de recibir la corona, subió sobre un sitio algo mas levantado; del qual, despues de haber dado señales de pedir silencio, habló á los Fieles en estos términos: Vosotros, hermanos mios, tendreis una grande union con la Iglesia triunfante (1), mientras que la conservaréis con la Iglesia militante. Y no creais que esta mi sentencia es de consideracion debil, pues comprehende aquella sana, y última doctrina que Jesu-Christo nuestro Señor, estando para consumar su sacrificio en la Cruz, recomendó á sus Discípulos. Amaos, les dixo, los unos á los otros, como yo os he amado. Ved aquí el último precepto que os doy, y la última ley que encomiendo

(1) Esto es, la union, ó la comunion con la Iglesia del Cielo.

do á vuestra obediencia. Despues de haber señalado el Santo Martir á Luciano Presbítero con el caracter de un mérito singular para succeder á S. Cipriano, y habiendo encargado á los Fieles le eligiesen por su Obispo, baxó de aquel lugar algo elevado; y habiéndose hecho bendar los ojos con el lienzo que Montano le había dexado al morir para este efecto, oró por un rato. En fin, recibió el golpe, con que dieron fin á su oracion, y á su vida.

MARTIRIO

DEL ILUSTRE NICEFORO (1).

Que contiene una admirable doctrina para saber perdonar las injurias.

Sacado de muchos Manuscritos Griegos, y Latinos.

Cerca del año de Jesu-Christo 260, en el imperio de Valeriano, y de Galieno.

HAbía en Antioquía un Presbítero llamado Sapricio, y un Lego llamado Nicéforo. Estaban tan estrechamente unidos con el lazo de una amistad recíproca, y de muchos años, que se había hecho como proverbio entre aquellas gentes el llamarles á los que así se amaban Sa-

pri-

(1) El dia 9 de Febrero, así en la Iglesia Griega, como en la Latina.

pricio, y Nicéforo. Habian pasado toda su vida en esta dulce union, quando el enemigo de los hombres vino á turbarla. Succedió á esta bella amistad un odio tan fuerte, y tan enconado, que huían el uno del otro con un sumo cuidado, y evitaban hasta el encontrarse juntos en las asambleas públicas.

Duró esto por algun tiempo: pero volviendo en fin Nicéforo en sí, y haciendo reflexìon de que todo odio es obra del demonio, resolvió el reconciliarse con Sapricio. Para este efecto suplicó á sus amigos le fuesen á ver de su parte, ofreciéndole todas sus satisfacciones; encargándoles expresamente le asegurasen lo mucho que lo había sentido, y el deseo sincero que tenía de reconciliarse con él. Cumplieron estos amigos con su comision; pero hallaron un hombre sumamente obstinado, y que les pareció resuelto á no perdonar. Nicéforo, á quien se lo contaron, envió otros, que hicieron nuevos esfuerzos en aquel endurecido corazon; pero Sapricio ni aun siquiera los quiso oir. No se acobardó Nicéforo del mal éxìto de estos oficios, y despachó hácia este inflexìble enemigo, á quien quería volver á ganar á qualquier precio que fuese, nuevos interpositores: pero esta tercer tentativa tuvo el mismo efecto que las dos precedentes. Cerró Sapricio los oidos, no solamente á las instancias de estos oficiosos mediadores, sino á la misma voz del Salvador, que le inspiraba: Perdona, y te perdonaré. Si así no lo haces con tu hermano,

¿có-

¿cómo lo ha de hacer tu Padre celestial contigo (1)? En fin, viendo el buen Nicéforo que nada había podido alcanzar de su dureza por la mediacion de otro, creyó que si él mismo iba á verle, le movería infaliblemente por esta accion, y por una señal tan extraordinaria de humildad, y de confianza. Vase, pues, al aposento de Sapricio; y echándose luego á sus pies, le dice bañado en lágrimas: Perdonadme, padre mio, en nombre de nuestro Señor. Pero este implacable hombre, quedándose endurecido en aquella horrible aversion que había concebido contra su amigo, no se rindió ni á sus súplicas, ni á sus lágrimas, ni á aquellas demostraciones de humillacion: aquel que como Sacerdote de Jesu-Christo, como Christiano, debía prevenirle, y por una pronta reconciliacion hacerle ver que imitaba á aquel de quien tenía el honor de ser Ministro.

En esto enciéndese la persecucion de repente. Sapricio es llevado preso, y conducido delante del Gobernador, que luego le pregunta su nombre. Yo me llamo Sapricio, respondió él. G. ¿De qué profesion eres? S. Soy Christiano. G. ¿Eres Eclesiástico? S. Tengo el honor de ser Presbítero. G. Nuestros augustos Señores los Emperadores Valeriano, y Galieno han mandado que todos los que se llamen Christianos sean obligados á ofrecer sacrificios á los Dioses inmor-

(1) *Matth.* 18.

mortales; y que á la menor resistencia que hicieren, sean luego aplicados al tormento; y si se obstinaren, sean castigados de muerte. S. Nosotros los Christianos reconocemos por nuestro Señor, y nuestro Maestro á Jesu-Christo, que es Dios, el único, y el verdadero, que ha criado el cielo, y la tierra. Por lo que toca á los Dioses de las naciones, esos no son sino unos malos demonios. ¡Ojalá que perezcan á vista del universo aquellos que ni tienen poder para proteger á los que los adoran, ni fuerza para dañar á los que los menosprecian!

Ofendido el Presidente de esta respuesta, mandó que se le pusiese en una máquina hecha en forma de husillo, ó prensa, que los Tiranos habian inventado para atormentar á los Fieles. El excesivo dolor que causaba este cruel instrumento, nada hizo perder á Sapricio de su constancia. Decíale al Juez: Mi cuerpo está en tu potestad; pero ninguna tendrás sobre mi alma; pues solo mi Señor Jesu-Christo es dueño de ella. Viendo el Presidente esta larga resistencia, y que nada podía alterar al Martir, pronunció contra él esta sentencia: "Sapricio, Sacerdote de » los Christianos, y ridículamente encaprichado » de la esperanza de resucitar, por haber rehu» sado con desprecio obedecer á los edictos de » los Emperadores, y ofrecer sacrificios á los » Dioses, será entregado al verdugo para que le » corte la cabeza."

Luego que Sapricio oyó pronunciar esta sen-

ten-

tencia, se apresuró por ir al lugar donde había de executarse, con la esperanza de recibir una corona de la mano del mismo Dios. Habiéndolo sabido Nicéforo, corrió delante de él, y se fue á echar á sus pies, diciéndole: Martir de Jesu-Christo, perdóname, porque yo he pecado contra tí. Sapricio no le respondió palabra. Levantándose Nicéforo, ganó una calle por donde Sapricio debía pasar, y lo fue á esperar allí. Quando vió que se acercaba, rompió por el tropel, y echándose segunda vez á sus pies, otra vez le suplicó le perdonase la falta que había cometido contra él, mas por fragilidad, que con expresa intencion de ofenderle. Os lo pido, le decía, por esta gloriosa confesion que acabais de hacer de la divinidad de Jesu-Christo. Pero Sapricio, cuyo corazon se endurecía mas, y mas, ni aun siquiera quiso mirarle. Los soldados que le conducian, cansados de oir repetir siempre una misma cosa á Nicéforo, le dixeron: Jamás hemos visto hombre mas tonto que tú: vá á morir, y le pides perdon. Pero Nicéforo les respondió: Vosotros no sabeis lo que yo le pido al Santo Confesor: bástame que lo sepa Dios. En fin, quando llegaron al lugar del suplicio, repitió Nicéforo la misma súplica, aun con mayor instancia, y ardor: y el inflexible Sapricio, á manera de un aspid, que no oye la voz del encantador, tapaba sus oidos, y cerraba su corazon á las humildes, y vivas súplicas de su amigo.

Pero es preciso confesar que si Dios es fiel,

é

é infinitamente liberal en el cumplimiento de sus promesas, no lo es menos riguroso, ni menos exâcto en la execucion de sus amenazas (1). Si no perdonais, dice el Salvador, no os perdonaré. En ninguna cosa se experimentó mas esta verdad, que en la suerte del infeliz Sapricio; porque como viese Dios que permanecía inexôrable para con su próximo, lo fue tambien para con él. Quitóle al principio los socorros de su gracia, y despues le privó para siempre de su gloria. Y Dios no se acordó mas de lo que Sapricio acababa de padecer por su nombre, porque no quiso olvidar la injuria que su amigo le había hecho. Dixéronle, pues, los verdugos á Sapricio: Ponte de rodillas, que te se vá á cortar la cabeza: Sapricio les dixo: ¿Y por qué se me ha de cortar la cabeza? Respondiéronle los verdugos: Porque no quieres dar culto á los Dioses; y porque rehusas obedecer á las órdenes del Emperador por el amor de ese hombre, que llaman Christo. Dixo el infeliz Sapricio á los verdugos: Deteneos, amigos mios, y no me hagais morir: yo haré todo quanto quieran, yo sacrificaré, yo sacrificaré. Ved aquí ya qué exceso de infidelidad, y de ceguera le traxo la aversion que había concebido contra su amigo antiguo: ved aquí en qué abismo de desgracias le precipitó.

Nicéforo, que se había quedado allí cerca de

(1) *Matth.* 18.

de Sapricio, con la esperanza de que su perseverancia, y su sumision por fin ablandarían aquella estraña dureza de su amigo, fue sumamente afligido de oirle hablar de aquella suerte: ¿Qué haceis, le dixo, hermano mio? ¡Ah, mirad no negueis á Jesu-Christo nuestro buen Maestro! Quitad, quitad allá ese pensamiento, y no os dexeis arrancar por una cobarde desercion la corona que acabais de ganar por una confesion generosa, y por tantos horribles tormentos. Bastante cara os cuesta, para no perderla tan facilmente. Miróle atravesado Sapricio; y corriendo ciegamente á su perdicion, despreció igualmente así los saludables consejos de su amigo, como tambien aquellas divinas máximas del Evangelio, salidas de la boca del Hijo de Dios (1): Si quando presentais vuestra ofrenda en los altares, dice este adorable Señor en una parte, os acordais de que vuestro hermano tiene alguna enemiga contra vosotros, dexadla allí, y idos á reconciliar antes con vuestro hermano, y despues volvereis á ofrecer vuestro don. Y en otra parte (2), respondiendo á S. Pedro, que le preguntaba: Señor, ¿quántas veces perdonaré á mi hermano quando me hubiere ofendido? ¿Serán hasta siete veces? No digo yo hasta siete veces, sino todas quantas te ofendiere. Pero el infeliz Sapricio no pudo resolverse á perdonar ni una vez á su hermano; y á un hermano que veía á sus pies su-

(1) *Matth.* 5. (2) *Matth.* 18.

plicando, llorando, doliéndose, y pidiéndole con el modo mas compasivo del mundo, le perdonase su falta.

Bien veis, amados hermanos mios, como nuestro Señor, y nuestro Dios, despreciando en algun modo sus propios intereses, y su propia gloria, quiere que se interrumpa el sacrificio que se le ofrece, y aun rehusa, ó á lo menos difiere el aceptarlo, hasta que aquel que se lo ofrece se haya reconciliado. La verdad es ser la reconciliacion con el próximo la víctima agradable que se le ofrece á Dios entre todos los dones, y sacrificios. ¡Qué horror, pues, no tuvo al que el miserable Sapricio le ofrecía de su vida, quando le vió determinado á no conceder el perdon al que con tanta humildad se lo pedía; y quando vió á su corazon absolutamente negado á la caridad! Entonces fue quando Dios le negó su amor, el Espíritu Santo su asistencia, y perdió toda aquella herencia que tenía en el Reyno del cielo. Exemplo terrible, amados hermanos mios, que nos enseña á evitar con un extremo cuidado este peligroso lazo, que el diablo nos arma. No nos dexemos llevar del odio: no demos entrada en nuestro corazon á esta funesta pasion: acostumbrémonos á olvidar en buena hora la injuria que nos hubieren hecho: no hay cosa mas temible que conservar su memoria. Si no perdonamos á nuestros hermanos, ¿con qué cara podremos decir á nuestro Padre celestial: Perdonanos (1) nues-

(1) *Matth.* 6. 12.

nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores?

Entretanto el bienaventurado Nicéforo, llorando amargamente la caida de Sapricio, dixo á los verdugos: Yo soy Christiano, y creo en Jesu-Christo, á quien este infeliz acaba de negar. Ved aquí estoy pronto á morir en su lugar: descargad sin miedo. Esta declaracion tan poco esperada, sorprendió á todo el mundo; pero los verdugos no se atrevieron á pasar adelante sin orden del Gobernador. Uno de ellos corrió á palacio, y le contó el caso. Señor, vengo á deciros como Sapricio promete dar adoracion á los Dioses: pero hay otro hombre que quiere morir valerosamente por Christo, á quien llama su Dios, y su Señor. El no cesa de decir que es Christiano: que no se le obligará jamás á la idolatría; y que sobre esto no ha de obedecer á los edictos de los Emperadores. El Gobernador, habiendo oido esta relacion, expidió la sentencia: Si no se le puede hacer resolver á ese hombre á dar culto á los Dioses inmortales, que muera degollado. Habiendo vuelto el Lictor (1), mostró el orden que llevaba. Y resistiéndose Nicéforo, se le cortó la cabeza.

Así murió el bienaventurado Nicéforo, que recibió de la mano de Jesu-Christo, con la palma del martirio, tres coronas inmortales: la de la fé, la de la humildad, y la de la caridad.

(1) Oficial que llevaba las hachas, y los haces de varas delante de los Jueces, y que executaba las sentencias de muerte.

MARTIRIO
DE S. CIRILO,
DE EDAD DE DIEZ Y SIETE AÑOS.

Sacado de Bolando, tom. 7, mes de Mayo.

Cerca del año de Jesu-Christo 2.......

LA Relacion que os envío, muy amados hermanos mios, de un joven llamado Cirilo, no os causará sin duda menos admiracion, que consuelo, y alegría. Este joven soldado de Jesu-Christo ha resistido generosamente contra la impiedad, y la crueldad de los Jueces; pero no ha sido él solo. La Fé: ¿mas qué digo yo? El mismo Dios le ha asistido en este combate. Ceséréa (1) ha sido el lugar de esta gloriosa pelea. La tierna edad de Cirilo llenaba al concurso de pasmo; y la firmeza de su fé atrahía á Jesu-Christo alabanzas, y bendiciones. Porque este Santo joven tenía sin cesar en la boca el sagrado nombre de Jesu-Christo; y decía que hallaba en este nombre adorable una virtud sincera, que le fortificaba, dexándole como insensible á los tormentos que le hacian padecer.

No pudiendo sufrir su padre que fuese Christiano, lo echó fuera de casa, y le privó de todas

(1) En Capadocia.

das las asistencias. Unos alababan en esto la conducta del padre, otros admiraban su desapego; pero había tambien otros que se oponian á esta especie de rigor. Cirilo viéndose echado de la casa de su padre, y privado de todo socorro, bendecía á Dios de que por la pérdida de algunas ventajas temporales, viles, y despreciables, adquiriese bienes de un precio infinito, y de una eterna duracion.

No obstante, habiendo llegado estas cosas á los oidos del Juez de Cesaréa, envió unos soldados para que prendiesen á este joven. Luego que le hizo llevar á su presencia, le habló con un tono propio á infundir el terror en aquella alma tierna: amenazóle con los suplicios: hízole una horrorosa pintura de ellos: pero todo esto fue inutil: el joven ni aun siquiera se asustó: y comparando en sí mismo los bienes que la Fé le hacía esperar, con los males que le querian hacer temer, se burló de las amenazas del Juez; y la vista de los tormentos no tuvo siquiera el poder de hacerle titubear un momento. Hijo mio, le dixo este Magistrado, yo quiero de buena gana perdonarte esta falta, en consideracion á tu edad: tu padre mismo consiente en olvidarla: está pronto á recibirte, y no espera otra cosa sino que tú vuelvas á entrar en su gracia, y en el goce de toda su hacienda; pero con condicion de que en adelante serás prudente, y renunciarás tu supersticion. ¡Quánto estimo yo, respondió Cirilo, vuestras reprehensiones, y vuestras ame-

amenazas; y quán dulce me será el sufrir por tan buena causa! Si mi padre me rehusa la entrada en su casa, mi Dios me abrirá la suya: y por una habitacion de tierra, y de lodo que pierda, recobraré otra toda de oro, y de pedrerías. Yo llegaré á ser voluntariamente pobre aquí abaxo, por ser rico allá en lo alto. Yo nada temo la muerte, porque será seguida de una vida feliz, y que nunca se acabará. Pronunció estas palabras con una fuerza enteramente divina, y se conocía facilmente que salian de una inteligencia infinitamente superior á su edad. El Juez para intimidarle, lo hizo atar, como si hubiese querido enviarle al suplicio. En efecto, hízosele ver una hoguera, que se le dixo estaba preparada para él. Pero lexos de mostrar alguna flaqueza, jamás se manifestó mas firme, y mas constante.

Y así, luego que se le hubo referido al Juez que la vista del fuego no hizo impresion alguna en él, que no había dado la menor muestra de temor, ni dado el menor suspiro, lo volvió á llamar, y quiso aún emplear la persuasion para procurar vencer este valor, que las amenazas no habian podido conseguir. Ahora bien, le dixo, ya has visto el fuego que he hecho encender para quemarte vivo: ¿serás mas cuerdo en adelante? ¿y por una entera sumision á mi voluntad, y á la de tu padre, te esforzarás á merecer que te vuelva á su afecto, y que te reciba en su casa? Respondió el joven Cirilo: ¡Qué daño me has

he-

hecho, Tirano, de haberme vuelto á llamar! ¿Pues qué no seré yo quemado en efecto? ¿Habías de haber hecho encender en vano ese fuego? Vuélveme, Tirano, vuélveme á enviar. Yo muero de impaciencia por no estar ya en medio de las llamas para ir á ver á mi Dios. Todos los asistentes, oyéndole hablar de esta suerte, se deshacían en lágrimas; pero él, reprehendiéndoles su flaqueza: Vosotros llorais, les decía, y os afligís por amor de mí; pero antes os habíais de alegrar, y regocijaros de mi dicha. Venid á cantar un cántico de alegría al rededor de mi hoguera. Ah! vosotros no sabeis qué gloria me espera; ó por mejor decir, ignorais quál es la grandeza de mi fé; y así, dexadme, pues, ir á acabar prontamente mi vida, y no deshonreis su fin por vuestras lágrimas. Diciendo esto, corrió á la hoguera, en donde halló bien presto una muerte preciosa delante de Dios, y gloriosa en la memoria de los hombres.

MARTIRIO
DE S. MARIN,
SOLDADO.

Sacado de la Historia Eclesiástica de Eusebio, lib. 7. cap. 15. de la edicion de M. de Valois.

Cerca del año de Jesu-Christo 261, en el imperio de Galieno.

AUnque la paz se hubiese restablecido en la Iglesia, con todo eso no se dexaba de ver aún de quando en quando correr la sangre christiana. Entonces derramó la suya Marin en Cesaréa (1). Era este un Soldado de distincion, de aquellos que sirven cerca de los Gobernadores de las Provincias; y además de esto, considerable por sus riquezas, y la nobleza de su familia. Perdió la vida por Jesu-Christo, y fue con la ocasion que voy á referir. Hay en la Milicia Romana un empleo honorífico, que se llama la Vid (2). Los que llegan á él son hechos Centuriones, ó Capitanes. Habiendo vacado este empleo en el cuerpo en que servía Marin, se presentó para ser provisto á él, como que tenía derecho por su antigüedad. Pero el que le seguía inmediatamente, con la esperanza de obtenerle pa-

(1) Ciudad de Palestina. (2) Los que obtenian este puesto llevaban una vid de oro en ademan de Centurion. Casaubon en las Notas sobre Esparciano. Baronio sobre el año 398. n.3.

para sí mismo, fue á delatarle al Gobernador, acusándole de ser Christiano, y por consiguiente incapaz de ocupar este empleo vacante: estando declarados los Christianos por las Leyes Romanas incapaces de poseer dignidad alguna militar, ni civil. A que añadía el delator que teniendo él todas las qualidades requisitas para ser condecorado con esta dignidad, debía succeder al derecho de Marin, que estaba desposeido de él á causa de la Religion que profesaba. Baxo esta acusacion el Gobernador hizo venir á Marin, y le preguntó sobre su Religion. Marin, no dudando un momento, responde que era Christiano. El Gobernador, que le estimaba, y que quería librarle, le dió tres horas para que últimamente se resolviese.

Al salir de palacio encuentra á Teotegno su Obispo. Dícele lo que le acaba de suceder, la proposicion que le hace el Gobernador, y el plazo que le concede. Esta relacion los conduxo insensiblemente hasta la Iglesia: entran en ella; y el Obispo, que tenía ya su intencion, conduxo á Marin cerca del altar. Allí volviéndose de repente hácia él, le abre un poco su casaca, y desenvaina su espada: despues mostrándole con una mano el libro de los Evangelios, que estaba sobre el altar; y poniendo la otra sobre el pomo de la espada: Es necesario elegir, le dixo, amado Marin mio. Mi eleccion ya está hecha, respondió este generoso Soldado, extendiendo el brazo hácia el libro de los Evangelios: ved aquí lo que elijo. Id en paz, le dixo el Obispo,

y

y permaneced firme en la eleccion que acabais de hacer: uníos á Dios, y él os fortificará. Sale Marin de la Iglesia, y vuelve á tomar el camino de palacio; y estando cerca de él, oyó que le llamaban por un pregonero. Era el Gobernador, que le hacía citar delante de él, habiendo espirado el término que se le había concedido. Comparece pues: ínstale el Gobernador á declarar lo que es, ó lo que quiere ser. Yo, Señor, soy Christiano, respondió Marin: esto es todo quanto tengo que decir. Apenas hubo acabado la última palabra, quando el Gobernador le envió al suplicio.

En esta ocasion fue quando Asturio, que se hallaba por entonces en Cesaréa, hizo una accion que ha hecho su nombre mas célebre, y su memoria mas gloriosa, que la hubieran hecho jamás su dignidad de Senador Romano, el favor de los Emperadores, su ilustre nacimiento, y sus grandes riquezas; porque todas estas tres cosas poseía. Asistió, pues, á la muerte de Marin; y movido de un impulso de devocion, y de una veneracion religiosa por los sagrados despojos de este bienaventurado, cargó sobre sus espaldas con este precioso depósito, sin temer el manchar una toga blanca que tenía de una tela muy exquisita, y toda bordada de oro; y le llevó de este modo á un lugar retirado, en donde le enterró con sus propias manos (1).

(1) La Fiesta de estos dos Santos Marin, y Asturio se celebra en la Iglesia Latina el dia 3 de Marzo. Comunmente se le llama á este último Asterio.

ACTAS
DE S. CLAUDIO,
DE S. ASTERIO,
Y DE OTROS MUCHOS MARTIRES.

Sacadas de quatro Manuscritos; uno de S. German de los Prados; dos de Santa Genoveva de París; tres del Monasterio de Corbia; y el quarto de los Carmelitas Descalzos de París.

Año de Jesu-Christo 285, en el imperio de Diocleciano.

EL dia 23 de Agosto, siendo Cónsules Diocleciano, y Aristóbolo (1) en Ægea (2), Ciudad de Licia, teniendo Audiencia el Proconsul Lisias, mandó traher á su presencia los Christianos presos por los Oficiales de la Ciudad en cumplimiento de sus órdenes. Eutalio, Alcayde de la carcel (3), dixo al Proconsul: Señor, por mas pesquisas que han hecho estos Oficiales, no han podido descubrir sino tres jóvenes mancebos, que son hermanos (4), dos mugeres, y un niño pequeñito. Ved aquí uno de los tres hermanos: ¿qué quiere vuestra Grandeza que se haga de él? Habiéndole hecho llamar el Proconsul, le dixo: Hi-

(1) O Aristóbulo. (2) O por mejor decir en Cilicia, donde está Ægea, Ciudad Episcopal, dependiente de Anazarbe Metrópoli. (3) *Commentariensis*, *Clavicularius*, *Cornicularius*. (4) Entregados por la malignidad de su madrastra.

Hijo mio, ¿cómo te llamas? Respondió el joven: Señor, me llamo Claudio. P. No te aficiones tanto á todas esas locuras, hijo mio: creeme: ofrece sacrificios á los Dioses. Este es el único medio de evitar los tormentos que estan preparados para todos aquellos que rehusaren hacerlo. C. El Dios á quien yo sirvo no pide semejantes sacrificios. Lo mas agradable que se le puede ofrecer, son las buenas obras: vé aquí los sacrificios que él gusta. Pero vuestros Dioses no son sino espíritus inmundos, que no se complacen sino en perder las almas de los que los adoran: este es el motivo por que jamás me persuadireis á darles culto. Entonces el Proconsul le hizo dar cien azotes, diciendo que no había otro medio de hacerle cuerdo. Claudio dixo: Aun quando me hiciéseis sufrir tormentos mil veces mas crueles, no por eso conseguiríais vuestro fin: sabed que os haceis mas mal á vos que á mí. P. Todavía te quiero volver á hacer saber que el orden riguroso de nuestro invencible Emperador manda á todos los Christianos idolatren; y quiere que si se resisten, al punto sean castigados: pero tambien dice que si obedecen, sean colmados de honores, y admitidos en el Estado para tener parte en sus gracias. C. Esos honores, y beneficios que tanto decantais, no serán sino por algun tiempo; en vez de que la recompensa que yo recibiré por haber confesado á Jesu-Christo, será eterna. El Proconsul hizo ponerle sobre el potro, y mandó ponerle fuego debaxo de sus

pies.

pies. Usó tambien de una extrema crueldad, que fue la de hacerle cortar la carne de los talones, y hacérsela poner en las manos, para que sacudiéndolos por el horror que le darían estos pedazos de carne sangrienta, cayesen en el brasero que se había encendido debaxo de él; y de este modo pareciese que los había ofrecido en sacrificio. Dixo Claudio: El fuego, y los mas ásperos tormentos nada pueden sobre los que temen á Dios. Mandó el Proconsul que se le aplicasen las uñas de hierro. C. Quiero que conozcais el poco efecto que vuestros tormentos hacen en mí, que vuestros Dioses nada son, ó quando mas, no son sino unos malos demonios, miserables, é impotentes criaturas. Pero vosotros temed el fuego que nunca se apaga. Mandó el Proconsul á los verdugos: Tomad pedazos de cascotes: escoged de los mas agudos, y de los mas cortantes: desgarradle los costados con ellos, y despues aplicadle hachones encendidos. Mientras que se executaba este orden, habló Claudio: Vuestros fuegos, y vuestros suplicios me hacen mas bien de lo que pensais: ellos ponen mi salvacion en plena seguridad. Lo que se sufre por el nombre, y la gloria del Señor, no causa tristeza alguna, ni algun dolor: morir por Jesu-Christo vale mas que todas las riquezas del mundo. El Proconsul resolvió que le quitasen de su presencia, y que volviéndolo á la carcel, traxesen á otro.

Eutalio, Alcayde de la carcel, dixo: Señor, en cumplimiento de las órdenes de vuestra Gran-

de-

deza, he presentado delante de ella á Asterio, el segundo de los tres hermanos. P. ¿Y tú, hijo mio, me creerás? Dá culto á los Dioses; porque á poca resistencia que hagas, ya vés que todo está dispuesto para obligarte á ello á fuerza de tormentos; y no tengo que decirte mas palabra. A. No hay sino un Dios, que habita en el cielo, que vendrá un dia sobre la tierra, la qual gobierna por su providencia: aquellos á quienes debo mi nacimiento me han enseñado á amarle, y á adorarle. En fin, yo no conozco á esos que vosotros llamais Dioses: creedme á mí igualmente: todo eso no es sino una pura invencion de hombres: no hay en ello la menor verdad. El Proconsul le hizo poner en el tormento: y mientras que se le desgarraban los costados, mandó que se le dixese: Sacrifica, sacrifica: cree en los Dioses, cree en los Dioses. A. Yo soy hermano de aquel á quien acabais de hacer el interrogatorio, y que os ha confundido con sus respuestas. Sabed que él, y yo obramos por un mismo espíritu; que no tenemos sino un mismo parecer, una misma Fé, y un mismo Dios. Haced lo peor que podais conmigo: mi cuerpo está en vuestro poder; pero, gracias á Dios, mi alma no lo está. P. Apriétenle los pies con tenazas, á ver si su alma no padece, pues dice que no está en mi poder. A. ¡Oh qué furor te posee! ¿Por qué me haces atormentar así? ¿Qué he hecho yo para merecer un tratamiento tan cruel? ¿No vés, miserable, lo que Dios te prepara para castigar tu cruel-

crueldad? P. Eso no impedirá para que yo te haga quemar los pies; y mientras que te los quemen, vosotros descargad sobre él con toda vuestra fuerza, terribles golpes con nervios de buey sobre el estómago, y sobre los riñones. A. Una gracia os pido, y es que no dexeis parte alguna en mi cuerpo, que no hagais una llaga. P. Que lo vuelvan á poner con los otros.

El Alcayde dixo: Señor, aquí esta Neon, el tercero de los hermanos. P. Acércate, hijo mio, y ven á dar adoracion á nuestros Dioses. N. Si vuestros Dioses tienen algun poder, que se venguen ellos mismos de los que los desprecian, como lo hacemos nosotros sin dexaros el cuidado de esta venganza. Si son alguna cosa, que nos lo den á conocer: entretanto no los creeremos. Pero si es que son algo, son unos malos genios; y vos sois el cómplice, y el executor de su malicia: sabed que mas valgo yo que ellos, y vos, puesto que adoro al verdadero Dios, que ha hecho el cielo, y la tierra. P. Dadle cien golpes sobre la cabeza, y decidle á cada golpe: Así se trata á los que blasfeman contra los Dioses inmortales. N. Yo no blasfemo: yo digo la verdad. P. Que le quemen las plantas de los pies, descargando sobre sus costillas, y vientre un crecido número de palos. Despues que se hubo executado este orden, dixo Neon: Todos estos tormentos no me harán mudar de resolucion: yo bien sé lo que me es util, y siempre haré lo que crea ser ventajoso para mi alma. Habiéndose re-

retirado un poco Lisias, se corrió una cortina; y vuelto á parecer despues de algunos momentos, leyó en sus tablillas, ó libro esta sentencia: "Claudio, Asterio, y Neon, todos tres hermanos, todos tres Christianos, y todos tres convencidos de haber blasfemado contra los Dioses inmortales, habiendo rehusado además de esto el venerarlos, será cada uno de ellos puesto en una cruz en la plaza mayor de palacio, y sus cuerpos echados á las bestias, y abandonados á las aves." Y añadió: "Encargamos la execucion de la presente sentencia á Eutalio Alcayde de la carcel, y Arquelao verdugo."

Eutalio dixo: Señor, siguiendo las órdenes de vuestra Grandeza, presento á Domnina. P. Bien ves ese fuego, y esos otros tormentos: todo eso está preparado para tí. ¿Quieres librarte de ello? Ven, y ofrécete á nuestra religion. D. Yo no temo sino los tormentos eternos, y el fuego que no se apagará jamás: y para no caer en él, adoro á Dios, y á Jesu-Christo, que ha criado el cielo, y la tierra; porque vuestros Dioses, esos no son sino Dioses de madera, y de piedra. P. Que la despojen, y la dexen totalmente desnuda, y que se la azote por largo tiempo con varas. Uno de los verdugos vino á decirle: Señor, por la vida de vuestra Grandeza, esta muger ya ha espirado. P. Pues que echen su cuerpo al rio.

Eutalio dixo: Vé aquí á Teonila. P. Os aconsejo como amigo el sacrificar á los Dioses, si que-

quereis evitar este fuego, y estos tormentos. T. Ese fuego no me dá miedo: el que yo temo es el fuego eterno, que puede abrasar el alma, como tambien el cuerpo, y que está preparado para los que se niegan á dar culto al verdadero Dios por adorar á los Idolos. P. Que le den muchas bofetadas en el rostro, que le quiten sus vestidos, y que la pisoteen. T. ¿Y os es permitido tratar tan indignamente á una muger de condicion libre, siendo un estrangero? Pues no lo ignorais, y Dios lo vé. P. Pues que la cuelguen ahora por los cabellos, y que no dexen de abofetearla. T. Con que no os basta haberme hecho poner toda desnuda, sin atender á mi honestidad, sino que quereis tambien hacer este ultrage, no á mí sola, sino á vuestra madre, y á vuestra muger; y en fin, á todo mi sexò, que debe tomar partido en esta injuria. P. ¿Sois casada, ó viuda? T. Veinte y tres años há que perdí á mi marido; y desde entonces, habiéndome consagrado toda á mi Dios, paso mi vida en el ayuno, las vigilias, y la oracion; porque fue en aquel tiempo quando mi Dios me hizo la gracia de retirarme de las tinieblas de la idolatría. P. Que la rasuren la cabeza: esta confusion bien la mereces, miserable. Y despues que la aten por los pies, y por las manos á quatro estacas: y luego que estuviese así suspensa en el ayre, enciendan fuego debaxo de ella; y en fin, que se la den tantos golpes con correas, que muera de ellos. Eutalio, y uno de los verdugos vinieron á decir á Lisias: Señor, ya ha muerto.

P. Pues que la echen al agua. Eutalio, y uno de los verdugos dixeron: Señor, ya hemos executado los órdenes de vuestra Grandeza.

MARTIRIO
DE S. GINÉS CÓMICO.

Sacado de cinco Manuscritos; el uno de M. Colbert; dos de S. German de los Prados; tres de los Carmelitas Descalzos; quatro del Cister; y el quinto de M. el Presidente Bouhier.

Año de Jesu-Christo 286, en el imperio de Diocleciano.

ERA Ginés Cómico de Roma en la Farsa del Emperador. En su arte aventajaba á todos. Quando cantaba en el teatro encantaba con la dulzura, y harmonía de su voz: representaba con una claridad que admiraba: ninguna cosa había mas natural, ni mas parecida que las pinturas que formaba con sus acciones de las costumbres de los hombres, y especialmente de lo ridículo que se encuentra en la mayor parte de ellos. Estando un dia Diocleciano en la comedia, Ginés, que sabía que este Príncipe aborrecía mortalmente á los Christianos, creyó que una pieza en que se representasen los misterios de su Religion, le agradaría infinito. Apareció, pues, en una cama. ¡Qué malo me siento, amigos mios! exclamó él. Yo me muero: siento en el estómago una pesadez terrible. ¿No hay quien me la quite, y me haga

mas

mas ligero? Los que estaban al rededor de su cama decian: ¿Qué quieres que te hagamos, y cómo te hemos de hacer mas ligero? ¿Somos nosotros carpinteros, ó carreteros? ¿Quieres que te se acepille? Hacian reir al pueblo á carcajada estas insípidas bufonadas. No lo entendeis, respondió Ginés, y no es eso lo que yo pido; sino que sintiendo que mi fin se acerca, quiero á lo menos morir Christiano. ¿Y por qué? le replicaron los otros actores. Para que en mi muerte, respondió Ginés, me reciba Dios en su paraíso, como un desertor del partido de vuestros Dioses.

Fingieron, pues, que iban á buscar un Sacerdote, y un Exôrcista: y representando dos cómicos las personas de estos dos Ministros de la Iglesia, habiéndose puesto á la cabecera de la cama de este pretendido enfermo, le dixeron: ¿Qué nos quereis, hijo mio, y para qué nos ha hecho venir? Entonces Ginés, mudado de repente por un efecto milagroso de la gracia, no por juego, ni por ficcion, sino muy seriamente, y de todo su corazon, dixo: Os he hecho llamar para recibir por vuestro ministerio la gracia de Jesu-Christo; á fin de que tomando un nuevo nacimiento en el santo bautismo, sea purificado de todos mis pecados, y descargado del peso de mis iniquidades. Entretanto acábanse las ceremonias del bautismo: revístesele al neófito, ó recien convertido, de una ropa blanca: despues unos soldados, que se fingen enviados por el Prefecto de Roma, se apoderan de él, fin-

giendo maltratarle, y le llevan al Emperador, que se estaba riendo con todas sus fuerzas, viendo executar de un modo tan vivo lo que pasaba de ordinario en la prision de los Santos Mártires. Para continuar la burla, haciendo Diocleciano semblante de estar muy encolerizado, le preguntó si era verdad que era Christiano. A que respondió Ginés en estos propios términos: Señor, y todos vosotros, Grandes del Imperio, Oficiales de la Casa del Príncipe, Cortesanos, y Ciudadanos, estad atentos á mis palabras. Había yo concebido un horror tan grande á los Christianos, que su encuentro era siempre para mí un funesto presagio: su nombre solo se me había llegado á hacer tan odioso, que no podía contenerme de furor al oir solamente pronunciarle; y sentía un extremo placer en ir á insultar, hasta en medio de los tormentos, á los que daban su vida por la defensa de él. Llegaba á tanto esta injusta aversion, y me inspiraba sentimientos tan poco razonables, que no solo podía sufrir á los que me unian la sangre, y la naturaleza; pero ni aun á aquellos á quienes debía el nacimiento. Bastaba para mí que fuesen Christianos, para que llegasen á ser el objeto de todo mi odio: sus mas santos misterios no me parecian menos dignos de risa, que lo eran sus personas de menosprecio. Esto es lo que me había hecho estudiar con cuidado sus ceremonias, y las diferentes prácticas de su Religion para ridiculizarlas, y componer de ellas piezas de teatro que puediesen di-

divertiros. Pero ¡ó maravilla sobrenatural! Desde el momento en que el agua del bautismo tocó á mi cuerpo, y que sobre la pregunta que se me hizo si creía, he respondido creo: en el mismo momento, digo, alcancé á ver una tropa de Angeles todos resplandecientes de luz, que baxando del cielo, se detuvieron al rededor de mí: leían en un libro todos los pecados que he cometido desde mi infancia: y despues sumergieron este libro en el agua de las fuentes, en que me hallaba todavía; de donde habiéndolo vuelto á sacar, me hicieron ver las hojas tan blancas como la nieve, sin que se conociese que en ellas se hubiese escrito jamás cosa alguna. Y así, tú, ó Emperador, y vosotros Romanos, que me escuchais: vosotros que tantas veces habeis aplaudido los sacrílegos insultos que yo he hecho contra estos sagrados misterios, comenzad á venerarlos desde hoy dia conmigo: creed que Jesu-Christo es el verdadero Dios; que él es la luz, la verdad, y la bondad misma; y que por él podeis esperar el perdon de vuestros pecados.

Diocleciano espumando todo de cólera, y de despecho, le entregó á Plauciano, Prefecto del Pretorio, despues de haberle hecho romper muchas varas sobre el cuerpo. Plauciano, habiéndole querido obligar en vano á que abjurase, lo hizo desgarrar, y quemar los costados. Mientras que se le atormentaba, no cesaba de repetir: No hay otro soberano Señor del mundo que aquel que he tenido la dicha de ver. Yo le adoro, yo

le reconozco por mi Dios: y aun quando se me hiciese morir mil veces por él, mil veces moriría con alegría. Los tormentos jamás me podrán quitar á Jesus del corazon: jamás podrán quitarme á su santo nombre de mi boca. ¡Qué pesar tengo de haberle conocido tan tarde! ¡Qué dolores no me causan mis horrores pasados! ¡Es posible que haya yo blasfemado por tanto tiempo este adorable nombre! ¡Cómo he podido yo tener tanto horror con los Christianos, quando tengo mi dicha en morir en esta santa ley! En fin, Plauciano le hizo cortar la cabeza el dia 25. de Agosto.

FIN

DEL TOMO PRIMERO.

NO-



NOTAS
SOBRE LAS ACTAS
DE LOS MARTIRES,
CONTENIDAS EN ESTE PRIMER TOMO.

SOBRE EL MARTIRIO DE SANTIAGO,
PRIMER OBISPO DE JERUSALEN.

1 LOS Historiadores Eclesiásticos no estan de acuerdo en el año de la muerte de Santiago. Eusebio, y S. Gerónimo, seguidos de Baronio, y algunos otros modernos, la ponen en el 7 de Neron, y el 61 de Jesu-Christo. Josefo, y S. Epifanio, y con ellos M. de Valois, la ponen tres años antes.

2 Pregúntase si Santiago primer Obispo de Jerusalen, fue del número de los Apóstoles, ó solamente del de los primeros Discípulos de Jesu-Christo: parece que S. Pablo decide la qüestion por estas palabras del cap. 1. de su Carta á los de Galacia: *Yo no he visto en Jerusalen á ninguno de los Apóstoles, sino á Santiago hermano del Señor.*

SOBRE LAS ACTAS DE S. IGNACIO,

Obispo de Antioquia.

1 REfiere Sócrates en el *cap.* 8. *del lib.* 6. *de su Historia Eclesiástica*, que S. Ignacio fue el primero que introduxo en su Iglesia la costumbre de cantar alternativamente en los dos coros: y que de la Iglesia de Antioquía pasó esta costumbre á las demás.

2 Quando S. Ignacio fue llevado de Antioquía á Roma para ser allí expuesto á las bestias, fue acompañado de tres personas de su Clero, Filon, Cayo, y Agatope: á ellos es á quienes debemos las particularidades de su viage, y de su martirio.

3 Los Griegos celebran la fiesta de S. Ignacio el dia 20 de Diciembre, que es el dia de su muerte. Los Latinos la hacen el 1 dia de Febrero, acaso porque en aquel dia se hizo alguna traslacion de sus reliquias.

4 Su elogio le han hecho los mas ilustres Padres de la Iglesia, S. Policarpo, S. Ireneo, Orígenes, Eusebio, S. Atanasio, S. Gerónimo, y especialmente el Grande S. Crisóstomo.

SOBRE EL MARTIRIO

DE SANTA SINFOROSA.

AUN se vé el dia de hoy en el camino que hay desde *Tibur* á Roma, las ruinas de una Iglesia antigua, dedicada á Dios con la advocacion de esta Santa Martir, y de sus siete hijos. Este lugar se llama aún al presente Los siete Hermanos. *Lib.* 4. *de la Roma subterranea*, *cap.* 17.

SOBRE EL MARTIRIO

DE SANTA FELICITAS ROMANA.

1 S. Gregorio en la Homilía 3 sobre los Evangelios, hace el elogio de esta bienaventurada Martir en estos términos: "Santa Felícitas ha sido la sierva de Jesu-Christo por la
» pureza de su fé; pero ha llegado á ser su ma-
» dre por la generosidad de su predicacion. Tuvo
» siete hijos (como nos lo enseñan las Actas mas
» fieles de su martirio): y no temió menos el de-
» xarlos acá en la tierra despues de su muerte,
» que las madres del siglo temen el ver á los
» suyos dexar la tierra antes que ella. Habiendo
» sido arrestada durante el mas terrible fuego de
» la persecucion, fortificó el valor de sus siete
» hijos con sus palabras abrasadas todas del amor
» divino: y los animó por la vista de su patria
» ce-

„ celestial á dexar con alegría la terrena::: Habiendo dado á Dios estas prendas tan queridas, „ y tan preciosas, murió otras tantas veces quantas vió morir á cada uno de ellos: y aunque „ fue la última que quedó con vida, no obstante „ fue la primera que murió."

2 S. Pedro Crisólogo en el Sermon 134 dice de esta excelente madre: "Corría ella entre los „ siete cuerpos de sus siete hijos tendidos, y nadando en su sangre, con una alegría mucho mas „ acelerada que se le había visto correr en su infancia por entre sus cunas; porque juzgaba la „ grandeza de su recompensa por lo considerable „ del martirio; porque contaba el premio que acababan de alcanzar, por el número de las heridas que acababan de recibir; y porque veía caer „ sobre su cabeza otras tantas coronas, como víctimas venía de ofrecer."

3 El Cardenal Baronio en sus Notas sobre el Martirologio Romano, advierte como había en otro tiempo en Roma un Cimenterio, que tenía el nombre de Santa Felícitas. Y siempre ha habido allí una Iglesia dedicada á Dios en su honor.

SO-

SOBRE EL MARTIRIO DE S. POLICARPO,

OBISPO DE ESMIRNA,

Y DE SUS COMPAÑEROS.

1 SU virtud venerada de toda la Iglesia, lo fue particularmente por el Papa Niceto, que era su Cabeza; porque le permitió hacer en Roma, á presencia suya, las funciones episcopales.

2 Policrato Obispo de Efeso, en una Carta que escribe al Papa Victor, dá á S. Policarpo el segundo lugar, despues del Apostol S. Juan, entre los mayores hombres de la Asia. "¿Qué » luces, dice este Obispo, no ha visto apagarse » en ella el Asia? A Felipe, uno de los doce » Apóstoles::: á Juan, que había reposado sobre » el pecho del Señor::: á Policarpo Obispo de » Esmirna, y Martir::: á Fraseas Obispo::: á » Sagaris::: á Papirio::: y á Meliton:::"

3 S. Policarpo escribió muchas cartas á diversas Iglesias; pero no nos ha quedado mas que una á la de Filipos, elogiada con términos magníficos por S. Ireneo, y leida con mucho respeto en las Iglesias del Asia en tiempo de S. Gerónimo.

4 No era permitido á los Christianos el jurar por la fortuna, ó por el genio del Emperador; porque entre los Paganos eran estas dos divi-

vinidades: pero podian jurar, sin pecar, por la salud del Cesar. Tertul. *Apolog. cap.* 32.

SOBRE LAS ACTAS DE S. JUSTINO,

FILOSOFO, Y MARTIR.

ERA este de *Flavia*, Ciudad de Samaría, y la antigua Siquen. Cuenta él mismo en su Diálogo con Trifon la causa de su conversion al Christianismo. Habíase dado al principio á la Secta de los Estóycos: abandonóla, y pasóse á la escuela de Aristóteles. Como no hallase en ella lo que buscaba, la dexó por hacerse discípulo de Pitágoras: pero no satisfaciéndole aún esta doctrina, abrazó en fin la de Platon: agradóle, y se dedicó á ella; hasta que paseándose un dia á la orilla del mar, se le apareció un viejo venerable, y travaron conversacion: este venerable, que era Christiano, y que sabía perfectamente su Religion, le dió á Justino las primeras instrucciones de ella; las quales le causaron tanto placer, que á poco tiempo despues se hizo Christiano. "Porque repasando para conmigo mismo, » dice él, la conversacion que había tenido con » este admirable viejo, reconocí que no había » otra que la Religion Christiana, que mereciese » el nombre de Filosofia, siendo ella sola la que » enseña una doctrina que pueda convencer el es» píritu, y arreglar las costumbres." En su primera Apología dá otra segunda causa de su conver-

version, que fue la constancia de los Mártires. Refiérese este pasage en la Prefacion.

SOBRE LA CARTA

DE LAS IGLESIAS DE VIENA, Y DE LEON,

Que contiene el Martirio de S. Potin Obispo de Leon, y de otros muchos Santos Mártires de la misma Ciudad.

EUsebio cita una Carta que contenía los nombres de todos los que padecieron en esta ocasion; pero este precioso monumento de la antigüedad se ha perdido, á excepcion de un fragmento que él refiere. El mismo Autor, S. Gregorio Obispo de Turs, y algunos Martirologios, los distribuyen en tres clases. La primera se compone de los que murieron á hierro: la segunda de los que fueron despedazados por las bestias: y la tercera de los que murieron en la prision.

PRIMERA CLASE.

Vetio, Epagato, Zacarías, Macario, Alcidíades, ó Asclepíades, Silvio, Primo, Ulpio, Vital, Comminio, Octubre, Filomino, y Gemino: Julia, Albina, Grata, Rogata, Emilia, Postumiena, ó Potamia, Pompeya, Rodona, Biblis, Quarta, Materna, Elpenipsa, y Estamas, ó Amnas.

SE-

SEGUNDA CLASE.

Santo, Maturo, Atalo, Alexandro, Póntico, y Blandina.

TERCERA CLASE.

Aristeo, Fotino, Cornelio, Zótimo, Tito, Zótico, Julio, Apolonio, y Geminiano: Julia, Ausonia, Jámnica, Pompeya, Alumna, Mamilia, Domna, Justa, Trífima, ó Trófima, Antonia, y el bienaventurado Obispo Potin. El lugar de su martirio es el famoso Ateneo de Leon, llamado hoy dia Aisnay. Hay en él una Abadía, cuya disciplina regular, y monástica ha pasado en nuestros dias á la eclesiástica, y secular; y el Monasterio se ha mudado en una Iglesia Colegial de Canónigos.

SOBRE LAS ACTAS DE S. SINFORIANO, *MARTIR DE AUTUN.*

La Diosa Cibeles.

COstó mucho trabajo en exterminar de Autun el impío culto de esta Diosa, llamada en otro tiempo Berecintia (1), y la Madre de los Dioses. Simplicio Obispo de esta Ciudad, hizo un dia un milagro, que no sirvió de poco para abo-

(1) Gregorio Turonense en su tratado *de la Gloria de los Confesores, cap.* 77.

abolirle. Llevando, segun costumbre, la imagen de la Diosa en una procesion, este Santo Prelado solo por la fuerza de sus oraciones, la hizo caer en tierra, de donde jamás la pudieron volver á levantar. Este milagro convirtió á muchos de sus habitantes.

SOBRE LAS ACTAS PROCONSULARES
DE LOS MARTIRES ESCILITANOS.

1 TEnemos nosotros, dice el Cardenal Baronio (1), las Actas de los Mártires Escilitanos conforme fueron extractadas de los Registros de la Escribanía del Proconsul de Cartago, sin que se las haya añadido, disminuido, ni mudado nada. Este Cardenal las consideraba como un tesoro que hacía parte de las riquezas de la Iglesia. Habíalas sacado él de tres Manuscritos antiquísimos. A esto se añade aquí el quarto, que es otro de la Biblioteca de M. Colbert, con un fragmento recogido por el P. D. Juan de Mabillon entre sus Analectas. Por los de Baronio fue por quien se ha hecho la traduccion; pero no se ha dexado de atender á otros, y se han tomado de ellos algunas circunstancias, que faltaban á los primeros.

2 Había en Cartago una Basílica edificada ba-

(1) En sus Notas sobre el Martirologio.

baxo la advocacion de estos Santos Mártires (1). S. Agustin pronunció allí un panegírico en honor suyo: este es el Sermon 155 de la nueva edicion de las Obras de este Padre.

SOBRE EL MARTIRIO

DE SANTA PERPETUA,

SANTA FELICITAS, Y SUS COMPAÑERAS.

El nacimiento de Cesar Geta.

ESte es Antonino Geta, hijo segundo de Severo, á quien su hermano Caracalla, en el principio de su reynado mató por sí mismo entre los brazos de su madre. Es necesario entender por este dia del nacimiento de Geta aquel en el qual había sido creado Cesar: así como el dia del nacimiento de un Obispo se debe tomar por el de su consagracion; porque segun Esparciano, este Príncipe nació el dia 26 de Mayo.

(1) Victor de Vite, *lib. 1. de la Persecucion de los Vándalos.*

SO-

SOBRE EL MARTIRIO
DE S. LEONIDES, &c.

Recibió el bautismo de fuego.

NAdie duda que el martirio pueda suplir al bautismo, y se le llama ordinariamente el bautismo de sangre. S. Cipriano le llama un bautismo muy elevado, y muy glorioso. *Epist.* 73.

Luego que llegase á su presencia.

Era la creencia de los primeros Christianos, que los Santos despues de su muerte interceden con Dios por aquellos que estan aún en este mundo.

SOBRE EL MARTIRIO
DE SANTA POTAMIANA,
VIRGEN DE ALEXANDRIA.

En el Imperio de Severo.

PAladio en su Historia Lausíaca refiere muy sucintamente la del martirio de Santa Potamiana. Dixo que la había obtenido del bienaventurado Isidoro, quien la recibió de S. Antonio. Pero como en esta relacion Santa Potamiana sufre el martirio imperando Maximiano; y Eusebio es-

escribe que padeció en tiempo de Severo: esto le hizo al Cardenal Baronio decir que hubo dos Santas de este mismo nombre. Creemos no obstante que no ha habido sino una; hallándose casi las mismas circunstancias de la historia en uno, y otro de estos Historiadores Eclesiásticos. Es mucho mejor decir que el bienaventurado Isidoro tuvo á Maxîmiano por Severo; lo que puede suceder aun á los mas exâctos.

Por la vida del Emperador.

Aunque este modo de hablar costase trabajo á muchos Christianos, y que algunos le tuviesen horror, se encuentra en otras Actas, que no son menos auténticas.

SOBRE LAS ACTAS DE S. SATURNINO,

OBISPO DE TOLOSA, Y MARTIR.

Delante del Capitolio.

HAbía en las principales Ciudades del Imperio Templos edificados por el modelo del Capitolio, y que tenian su nombre.

S. Exûpero.

S. Gerónimo hace en diversos lugares de sus Obras (1) el elogio de este Santo Obispo. Inocen-

(1) *Epist. ad Rustic. Monach. Epist. ad Furiam, Comment. in Zachar. Proph.*

cencio I le escribió una carta, que contiene muchos puntos de disciplina, y el Canon de los libros de las Escrituras Santas.

Todos los Martirologios, y las antiguas Liturgias hacen una memoria honrosa de S. Saturnino. El Misal Gótico, que es muy antiguo, y ha estado largo tiempo en uso en la Provincia Narbonense, le llama testigo del nombre, y del poder de Dios, que ha hecho su nombre muy conocido, y lo ha publicado altamente ::: *Conclamantissimus testis.* En el Misal Mozárabe tiene su Misa particular, lo mismo que en el Gótico. Sus Actas estan insertas enteramente tales quales estan aquí; y en el Breviario Mozárabe se hallan las mismas Actas puestas en verso. Fortunato, y Sidonio Apolinar han escrito su martirio en sus poesías.

Su fiesta está señalada en los Martirologios el dia 29 de Noviembre.

SOBRE EL MARTIRIO DE S. PIONIO,

Y DE SUS COMPAÑEROS.

Frigios, ó Montanistas.

LOS Sectadores de Montano se llamaron Frigios, ó Cata-Frigios, á causa que este Heresiarca era natural de Frigia.

Que no se imagine que el demonio ha sacado del seno de Abran el alma de Samuel.

S. Pionio no cree que fuese verdaderamente el alma de Samuel la que se apareció á Saul, sino un espectro formado por el demonio. Tertuliano en su libro del Alma, cap. 57, es de este parecer, y este es el de Eustacio. Orígenes, y S. Justino en su Diálogo con Trifon, son de parecer contrario. S. Agustin hace un problema de esta qüestion en su Carta á Simpliciano; pero se inclina al partido de Eustacio. Hay pocos Autores á favor de la opinion de Orígenes. Todos son á favor de la de Eustacio, que se halla conforme con la del Santo Martir Pionio.

Sócrates, Arístides, y Anaxârco.

Sócrates, Filósofo de Atenas, y el mas sabio de todos los Filósofos, segun el testimonio del Oráculo de Apolo, fue el primero que dió preceptos de moral. Los Atenienses le hicieron morir por haberse burlado de sus Dioses.

Arístides fue llamado el Justo á causa de su rectitud, y de la pureza de sus costumbres.

Anaxârco fue notable por su invencible constancia. *Diog. Laert.*

SOBRE LAS ACTAS DE S. LUCIANO,

Y DE S. MARCIANO MARTIRES.

LA antigüedad está llena de estas apariciones (1). Sozomeno, y Teodoreto refieren un exemplo célebre, y es de Juliano el Apóstata. Dicen que este Príncipe, haciendo un dia encantamientos para invocar los demonios, fue tan terriblemente asustado al ver algunos espectros, que obedeciendo á la voz de los Mágicos se le presentaron, que creyéndose en un grandísimo peligro, hizo prontamente sobre sí la señal de la cruz, segun la costumbre de los Christianos, y por el hábito que había tomado quando profesaba su Religion. Y la virtud de esta sagrada señal fue tan soberana, que puso en huida á los espectros, y á los demonios que le estremecian, y desconcertó todo el aparato mágico.

(1) *Hist. Ecles. lib. 5. cap. 2. lib. 3. cap. 3.*

SOBRE LA HISTORIA DEL MARTIRIO DE S. HIPOLITO,

PRESBITERO DE LA IGLESIA DE ROMA.

Himno de Prudencio.

ESte Príncipe de los Poetas Christianos, cuyos himnos cantan en sus Oficios todas las Iglesias de Occidente, á exemplo de la de Roma, era Español: nació el año 348. Sidonio Apolinario le llama el mas famoso, el mas excelente, y el mas ilustre de todos los Gramáticos, que la España ha visto florecer en ella. Erasmo le llama su *Píndaro*. Pero de todos los que han hecho su elogio, S. Abito Obispo de Viena, es el que le hizo mas honor. Con ocasion de un poema de Prudencio, que tiene por título *el Combate del alma*, este Santo Prelado lo elogia con unos términos muy ventajosos.

Ilustre Valeriano.

Es verosimil que Valeriano se haya puesto aquí por *Valerio* Obispo de Zaragoza, que asistió en 381 al Concilio que se tuvo en su Ciudad Episcopal contra los Priscilianistas.

Los Dioses Troyanos.

Los Romanos se gloriaban de traher su origen, y su religion de los Troyanos, y de haber

recibido uno, y otro de Eneas Príncipe Troyano, que decian haber venido á Italia, y edificado á Labinio.

El partido de Novato.

Este despues de haber excitado diversas turbaciones en la Iglesia de Africa, vino á Roma, en donde con Novaciano, el primer Anti-Papa, dieron mil sentimientos al Papa S. Cornelio.

El amor que su pueblo le tenía.

Estas palabras pudieran hacer creer que S. Hipólito había sido Obispo: pero ¿por qué no se pudieran aplicar tambien á un Presbítero, especialmente si era como muchos Curas, que tienen cuidado de una gran porcion del rebaño? Sozomeno dice que los había en Alexandría: y el P. Petavio los halla en Roma desde los primeros siglos.

El Janículo, &c.

El Janículo, uno de los siete montes de Roma, llamado así á causa de un Templo de Jano.

La Tribuna en las Harengas, llamada Rostra.

Este era un lugar elevado, desde donde se harengaba al pueblo, y que se habia construido de proas de navíos tomadas á los enemigos, llamadas en latin *Rostra.*

Los azotes, y las correas de cuero.

Distinguíanse siete géneros de *azotes*, ó látigos: *Lora*, que eran hechos de correas crudas:

Nervi, de nervios de bueyes: *Fustes*, de varas: *Virgæ*, de otras varas mas delgadas de madera, ó de hierro: *Flagra*, menos gruesas que las varas primeras, pero mas gruesas que las segundas: *Scorpiones*, unas varas llenas de nudos, ó de espinas: *Plumbata*, unas cuerdas, ó correas de cuero, á cuyo extremo se ataban balas, ó pequeñas bolas de plomo.

Las uñas de hierro.

Servíanse principalmente de tres suertes de instrumentos para desgarrar á los Mártires. *Ungulæ*, uñas de hierro: eran estas como tenazas, cuyas puntas estaban llenas de dientes, que se imprimian apretándolas en la carne de los Mártires. *Unci*, garfios: eran estos unos bastones largos, cuya punta estaba armada de un hierro corvo: con este se arrancaban las entrañas por las grandes aberturas que los azotes hacian en los costados. *Pectines*, peynes de hierro, hechos casi como las cardas de la lana, con la diferencia de que los mangos son mas largos.

Cesad vuestras torturas.

S. Cipriano hablando de los Mártires (1), los llama *Quæstionati & Torti*. Segun M. Rigault primero se daba la *qüestion*, y despues se les hacía pasar por los *tormentos*.

Hi-

(1) *Epist. ad Florentium* 66.

Hipólito hijo de Teseo.

Huyendo este joven Príncipe de la cólera de su padre, habiendo tenido miedo los caballos que tiraban de su carro, y habiéndosele enredado las riendas, no pudo gobernarlos, y le arrastraron por medio de los peñascos, en donde fue despedazado. La bella descripcion que hay en Fedro, y Hipólito de M. Racine, se ha hecho por el modelo de la que se halla aquí.

El noble, ó el plebeyo.

Discrimen procerum: la nobleza se distinguía del pueblo por los escudos, ó broqueles (*Umbones*), que hacía llevar delante de sí. Estos escudos representaban las bellas acciones de sus antepasados. El pueblo á la verdad tenía tambien sus escudos; pero todos lisos, y sin alguna figura.

Los campos vecinos.

Las ruinas de esta bella Iglesia hacen juzgar de su grandeza: aun el dia de hoy se ven muy cerca de la Basílica de S. Lorenzo.

SOBRE LA HISTORIA DEL MARTIRIO DE S. LORENZO.

Testimonios gloriosos dados á S. Lorenzo por los Padres de la Iglesia.

S. Agustin, Sermon 303: Roma no podrá ocultarse, ni la gloria de Lorenzo oscurecerse.

S. Pedro Crisólogo, Sermon 135: No hay ni un solo lugar en Roma, en donde no se halle algun monumento de la gloria de S. Lorenzo.

S. Leon en el Sermon que hizo en alabanza de este Santo Martir: El mérito de los Levitas, dice este gran Papa, vuela desde el Occidente al Oriente: y si Jerusalen se gloría de un Esteban, Roma no saca menos gloria de un Lorenzo.

De un Coso, de un Camilo, de un Cesar.

Tres ilustres Romanos. Coso derrotó á los Veyentinos: Camilo salvó de la irrupcion de los Galos á Roma, y al Capitolio; y Cesar fue el primer Emperador.

Entre los siete Levitas.

La Iglesia de Roma, dice Sozomeno, lib. 7, c. 19, no ha tenido hasta aquí sino siete Diáconos,

á

á imitacion de la de Jerusalen, que no tuvo al principio mas que los siete que fueron ordenados por los Apóstoles: en las demás Iglesias el número no está limitado.

El famoso Paladion.

Los Dioses domésticos, ó caseros, llamados *Lares*: estos guardaban las habitaciones; lo qual hace que Prudencio los llame *Paladionos*, á causa de una estatua de Palas, venerada en el Templo de Vesta, y llevada de Troya por Eneas, á la qual creían los Romanos deber la conservacion de su Ciudad, imaginándose que sería inexpugnable mientras que esta imagen estuviese en ella. A esto es á lo que se llamaba *Paladion*.

La Vestal Claudia.

Dos hay de este nombre: una de las quales, siendo acusada de impudicidad, se justificó de ella, haciendo entrar en el Puerto de Roma un navío que llevaba la Madre de los Dioses, en donde habiéndole atado á su cintura, lo sacó con una suma facilidad, aunque había estado hasta entonces inmovil en la rada, sin que ni el viento, ni los remos hubiesen podido moverle. Suetonio, Tito-Livio, Ovidio, Valerio Máxîmo, &c.

Con-

Consagrar contigo la sangre del Señor.

Hasta la nueva edicion que se hizo de S. Ambrosio, se leía *distribuir* en lugar de *consagrar*. Pero los RR. PP. Benedictinos, que han cuidado de esta nueva edicion, han restituido la palabra *consagrar*, que han hallado en casi todos los Manuscritos, y en todas las ediciones que habian precedido á la de Roma (1). Estos dos términos significan aquí una misma cosa; á saber, las funciones del Diácono, que consistian en asistir al Obispo en la consagracion de los santos misterios, y en hacer la distribucion al pueblo.

SOBRE LAS ACTAS

DE S. CIPRIANO,

OBISPO DE CARTAGO, Y MARTIR.

Dos Oficiales del Proconsul.

EStos dos Oficiales se llamaban Estrator, y Equistrator. El primero se llamó Estator, *quod* (*starent*) *ad jussa parati*. El segundo se llamó Equistrator, *quod equos* (*sternerent*). Glosario de M. du Cange.

Sen-

(1) S. Agustin, *sermon* 304, y el Misal Mozárabe.

Sentándose en su Tribunal.

En el texto Latino se halla: *In atrio sauciolo sedenti*: este era probablemente un lugar cerca del Tribunal del Proconsul, en donde se daba tormento á los reos, y en donde tambien se ajusticiaba á algunos (*à verbo sauciare*, herir). Este término (*sauciolo*) se halla en las Actas del segundo Concilio Matisconense.

El camino de Mapala.

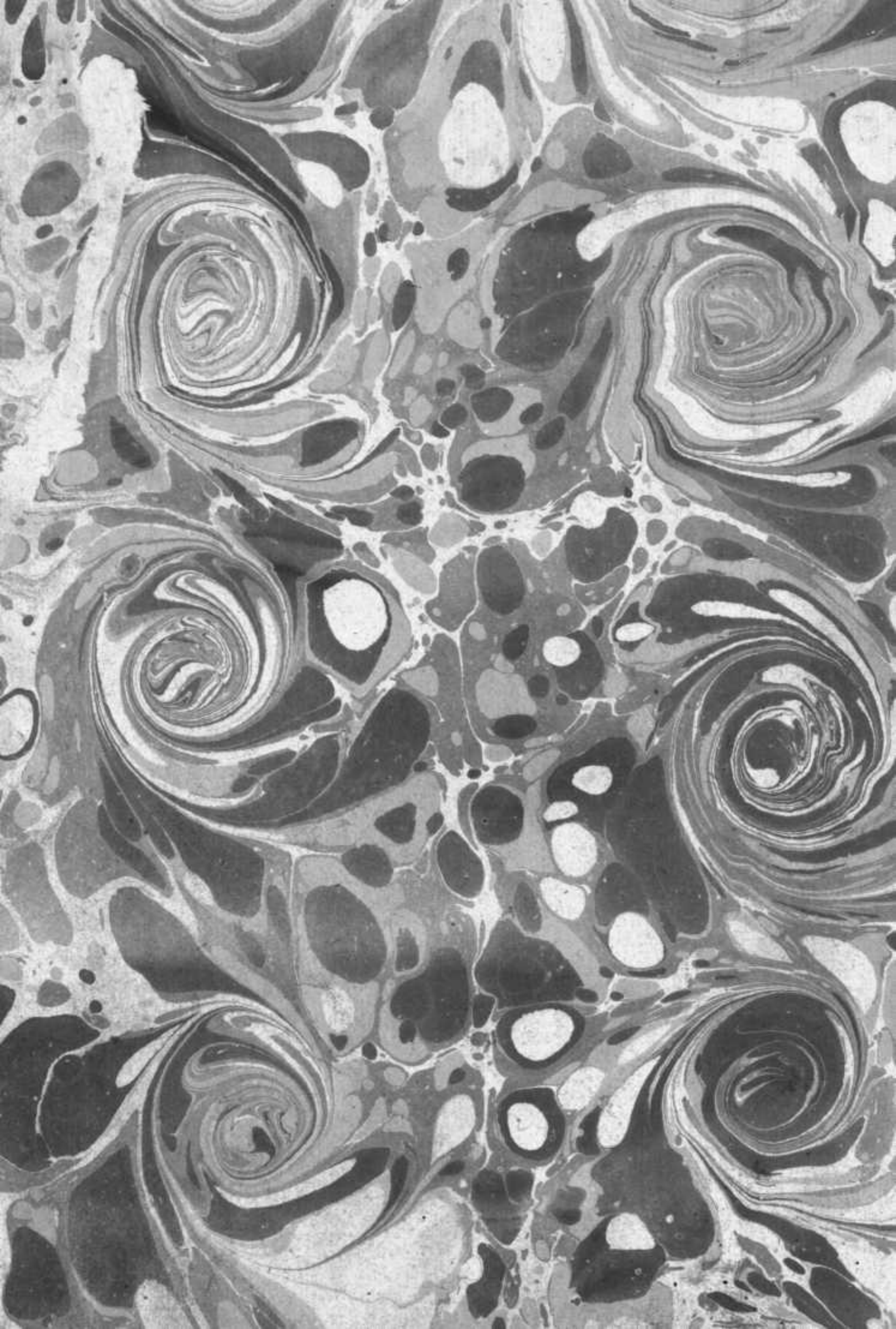
Hay dos Basílicas cerca de Cartago, edificadas baxo el nombre de S. Cipriano: la primera en el mismo lugar en que derramó su sangre; y la segunda en el que fue enterrado. Este lugar se llamaba Mapala (*Mappalia*). En la primera se veía aquella mesa (esto es, aquel altar), tan conocido por los sermones que S. Agustin ordinariamente hacía á su pueblo, y con el nombre de la Mesa de S. Cipriano (1).

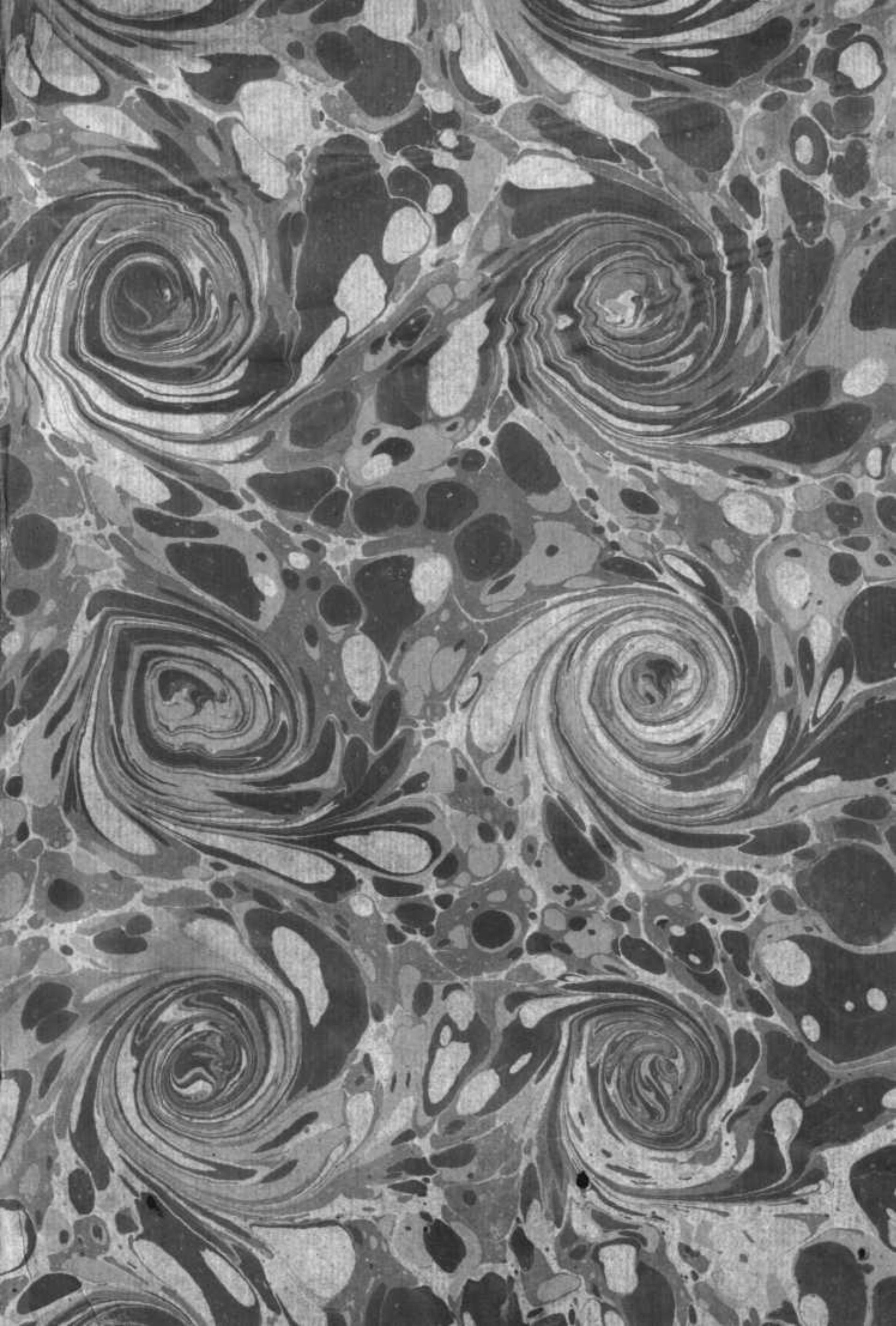
(1) Victor de Vite, *lib.* 1. *de la Persecucion de los Vándalos.*



FIN

DE LAS NOTAS.







ACTAS
DE LO
MARTIR

TOM. I